

# Maukos

*Una bicicleta para dos*



Gema Samaro

MAUKS

GEMA SAMARO

—

©Gema Samaro

Noviembre 2016

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

# ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[CAPÍTULO 68](#)

[CAPÍTULO 69](#)

[EPÍLOGO](#)

# SINOPSIS

*Bruno es un atractivo empresario y un novio desastroso que no tiene mejor ocurrencia para retener a su novia que regalarle una bicicleta holandesa y rosa.*

*Pero el regalo no llega por culpa de Macarena, la dueña de la tienda, una chica de armas tomar que está loca por quitarse de encima a un cliente tan terco y arrogante como Bruno.*

*Desesperado y hartado, Bruno le pide a su hermano Guido que es un genio, porque trabaja como tal en el musical de Aladino, que llame a la tienda para presionar más a la dueña. Sin embargo, quien responde a la llamada es Rocío, la dulce hermana de Macarena, quien se enamora perdidamente de la voz de Guido y viceversa.*

*Mientras Rocío y Guido viven su historia, a Bruno se le acumulan los problemas: su abuelo aventurero se ha enamorado, su hermano menor Lucas, en vez de dedicarse al negocio familiar, se quiere fugar con su amor y su novia que sigue pasando de él...*

*¿Por qué cuando todo puede salir mal, sale mucho peor?*

*Y además esa maldita bicicleta que sigue sin llegar y Macarena que no para de volverle loco. Tan loco que Bruno ni imagina la que se le viene encima...*

*Porque a veces cuando las cosas ya no pueden complicarse más, de repente te enamoras de quien menos imaginas.*

*Mauks es una comedia de enredo, romántica y loca, en la línea de Burbujas, Magia Inesperada o Beséame, que te encantará.*

# Capítulo 1

Bruno tenía todas sus esperanzas puestas en la bicicleta rosa. Tania le había comentado muchas veces que soñaba con perderse en bicicleta por las callejuelas con encanto de algún pueblo del Mediterráneo y ya tocaba hacer realidad su sueño.

Si es que Tania descolgaba el teléfono, porque desde hacía tres días ni respondía a sus llamadas ni a sus wasaps. Lo entendía...

Era un novio nefasto que lo hacía todo fatal, pero estaba dispuesto a enmendarse...

Apuró su primer café de la mañana, respiró hondo, cruzó los dedos y se dispuso a telefonarla. Marcó con las manos temblorosas y luego escuchó un tono, dos tonos, tres tonos... Estaba tan ansioso y le apretaba tanto el nudo que atenazaba su estómago que tuvo que apartarse el teléfono del oído, y escuchar ese maldito tono a lo lejos, en un vano intento de encontrar cierto alivio.

Y esperar, porque no pensaba colgar hasta que la llamada se cortara como pasaba siempre. Sin embargo, esta vez no se cortó porque al momento escuchó a Tania gruñir:

—No me jodas, Bruno. ¡Son las cinco y media de la mañana!

A Bruno le dio un vuelco al corazón, y feliz como no recordaba, se pegó el auricular a la oreja para gritar entusiasmado:

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Vete la mierda, tío! ¿Se puede saber qué coño quieres a estas horas?

Tania tenía un despertar horrible, así que a Bruno le pareció normal el mal humor que se gastaba su amorcito.

—A las siete sale mi vuelo para Frankfurt y no quiero marcharme sin decirte...

Tania bufó y luego le reprochó en un tono que sonó a puro ladrido de perra furiosa:

—Tú y tus vuelos, tú y tu trabajo tan importante, tú y solo tú. ¿Crees que yo no tengo un trabajo exigente? ¡Es muy duro ser encargada de un Zara! ¡No te puedes hacer ni la más mínima idea de las responsabilidades que tengo encima! ¡De lo estresante que es estar al frente de una tienda ubicada en una zona de pijas insoportables y que cada día todo salga sencillamente perfecto!

Bruno no pisaba una tienda desde hacía años porque no tenía tiempo para esas frivolidades. Se compraba la ropa por Internet dos veces al año y empleaba nueve minutos y medio en hacerlo. Pero entendía que ser la responsable de un Zara ubicado en una zona comercial de pijas insoportables tenía que ser algo terrible.

—Imagino la lucha interior de esas mujeres que no pueden resistirse a comprarse una camiseta de 5,99 euros, que pagan rápido y que luego corren a refugiarse a Gucci para volver a recobrar su paz de espíritu.



Durante unos instantes no se escuchó nada y Bruno llegó a creer que había logrado ablandar el corazón de Tania, que su novia estaba sintiéndose comprendida y escuchada y que, en definitiva, estaba empezando de una puñetera vez a hacer las cosas bien.

Sin embargo, un bufido descomunal le devolvió a la realidad:

—¿Qué gilipollecas me estás contando, Bruno? ¿Te estás cachondeando de mi, o qué?

Bruno solo había tratado de ser empático, pero todavía no dominaba la técnica.

—Lo que quiero decirte es que te entiendo y te admiro por todo lo que haces.

—¡Qué cínico eres! ¿A quién quieres engañar? Te importa un bledo lo que hago y cómo lo hago.

—¿Qué estás diciendo, Tania? ¡Todo lo tuyo me interesa!

Tania tenía sentimientos encontrados, por un lado Bruno era un pufo de novio, pero por otro le gustaba muchísimo. Era alto, rubio, de ojos azules, tenía buen cuerpo y follaba de vicio, cuando lo hacían que era casi nunca. Y ese era el problema, porque lo que en principio le había parecido que era una bendición —ya que después de una racha de novios vagos hasta para follar, había aparecido él, con su empresa, su casa en Somosaguas y su virtuosismo follarán—, enseguida se había convertido en una maldición pues le veía menos que a su perra Trinkí que vivía en el campo con su tía de Albacete, y ella iba muy poco por allí.

Y era una pena porque además de ser guapo, listo, trabajador y buen amante, era generoso, borde y divertido, pero... *¡Estaba harta de que le pusiera los cuernos con su empresa!* Por eso, había decidido plantarse y no responder a sus llamadas durante unos días a ver si espabilaba y comenzaba a tratarla como se merecía.

De hecho, no tenía pensado cogerle el teléfono hasta el sábado, pero como había llamado al fijo y en el teléfono del dormitorio no tenía identificador de llamadas, estaba escuchándole arrastrarse antes de lo que tenía previsto. Y lo que estaba escuchando le gustaba; sin embargo, ella quería más, mucho más... Quería a Bruno de rodillas, vencido y comiendo de su mano. Así que replicó airada, enojada, y segura de que pronto lograría su objetivo:

—¡Ja! Y voy yo y me lo creo.

Bruno no sabía ya qué hacer para que su novia entendiera que ella le importaba muchísimo. Tal vez por eso solo susurró un lánguido:

—Que sí, Tania, que es verdad.

—¡Demuéstramelo! —exigió y aquello sonó a latigazo verbal.

—Cuando quieras, amor —musitó Bruno, con arrepentimiento.

Tania esbozó una sonrisa triunfante porque le tenía con media rodilla en el suelo, pero necesitaba que hincara la otra...

—¡Lo quiero ahora! —sentenció, áspera—. A ver, dime ¿de qué es campeón mi padre?

Bruno tragó saliva y replicó perplejo:

—¿Cómo dices?

—¿No te interesa todo lo mío? ¡Comprobemos si es cierto! ¿De qué es campeón papá? —preguntó disfrutando de lo lindo con el interrogatorio.

Bruno sabía que era una pregunta trampa, que la respuesta no era tan obvia como parecía, así que respondió sin dudar:

—¡De los afectos! ¡Tú papá es un campeón de amor!

Tania se quedó perpleja, *¿ese tío se estaba burlando de ella o era más imbécil de lo que pensaba?*

Más cabreada que nunca, se revolvió entre las sábanas, donde todavía permanecía tumbada, resopló y luego espetó:

—¡Te he hablado muchísimas veces de las competiciones de papá! ¡Y tú ni escuchas! ¿Lo ves? ¡Tengo razón! ¡Te importo una mierda!

Bruno no paraba de darle vueltas a la cabeza a ver si recordaba en qué competía ese viejo estirado, soberbio y amargado que había visto un par de veces y con el que no esperaba coincidir mucho más, porque le caía fatal...

—Que sí que me importas, cielo. Si te he respondido así es porque tu papá te quiere mucho y claro que sé en qué compite... Es campeón de...

Bruno recordó que el viejo se encontraba en buena forma, así que no podía ser campeón de algo que se practicara sentado como el ajedrez o el mus, lo suyo tenía que ser algo que exigiera más acción y más carácter, más mal carácter... Por eso respondió:

—¡Tiro al plato, mi amor! ¡Tiro al plato senior!

Tania sonrió satisfecha: estaba a punto de colocarle el pie en el cogote.

—¡Papá juega al golf! —replicó ofendida—. ¿Ves? —añadió fingiendo un puchero—. ¿Y mamá? ¿De qué han operado recientemente a mamá?

Bruno tampoco tragaba a la madre de Tania, una cotorra sabelotodo de las que despiertan jaquecones que tardan tres días en pasarse, por lo que solo podían haberla operado de una cosa.

—¡De las cuerdas vocales, corazón! —respondió convencido.

Tania sonrió satisfecha de que su novio se hubiera metido un gol en propia meta y siguió con el teatro:

—Ya no necesito escuchar más... —susurró compungida—. Voy a colgar Bruno. No tengo más que decir.

*¿Cómo que no tenía nada más que decir? ¡Tenía que remontar la conversación como fuera! ¿Pero cómo?*

Cuando la desesperación estaba a punto de apoderarse de su espíritu, a Bruno se le vino a la mente la imagen de la cotorra en chanclas y soltó entusiasmado:

—¡De los pies amorfos!

A Tania por poco no se le cayó el teléfono de la mano. *¿Se había atrevido a decirle a la cara que su madre tenía los pies deformes? ¡Eso sí que no! ¡El juego había tocado a su fin!*

—¡Vete a la mierda, Bruno!

—Amor, por fav...

Tania colgó, pero Bruno no pensaba rendirse...

## Capítulo 2

Bruno volvió a marcar el número de Tania dispuesto a pedirle perdón, si hacía falta, aunque no entendiera qué podía haberle ofendido tanto. *¿Qué desconociera dos detalles de la vida de sus padres? ¡Qué tontería! Después de todo él con quien estaba saliendo era con ella y no con esos dos carcamales... a Dios gracias.*

Solo esperaba que descolgara el teléfono y que le diera la oportunidad de explicarse, de disculparse si se terciaba, y de pedirle una cita para así poder darle la sorpresita de la bicicleta.

Y al sexto tono, cuando Bruno ya estaba empezando a temer que no volviera a levantar el teléfono, Tania respondió muy enojada:

—Te cojo para remandarte a la mierda. ¿Te queda claro?

—Sí, cielo —respondió Bruno intentando mantener la calma—. Y de verdad que lamento desconocer esos pequeños datos anecdóticos de la vida de tus padres, pero...

—¿Qué? —gritó Tania, ofendidísima—. ¿Cómo eres tan insensible de llamar pequeño dato anecdótico a la peritonitis de mamá? ¿Tú sabes lo mal que lo hemos pasado? ¡Me tiré semana y media en el hospital mientras tú andabas haciendo no sé qué en no sé dónde! ¡Todos los días te daba el parte médico y ya lo has olvidado todo!

La verdad era que Bruno tenía el don de apagar su cerebro cuando un tema no le interesaba y las peritonitis de las cotorras no estaban en su listado de asuntos apasionantes.

—Es que fue hace un montón, mujer —se excusó—. No me juzgues por eso...

—Dos meses ¿un montón? —replicó muy molesta.

—La ciencia nos ha revelado que el tiempo es relativo —dijo para salir del paso—. No discutamos por esto. Lo importante es que tu madre ya está bien y que papá sigue pegando tiros...

—No te confundas, Bruno.

Se confundía por culpa de la cara de palo que tenía el padre de su novia, pero no iba a decírselo a ella...

—Ya, perdona. Sí. Quería decir que papá se va al hoyo.

—¿Qué papá qué? —replicó alteradísima.

—Disculpa, vida mía, no he querido decir que papá vaya a palmarla, sino que va a estar muchos años dándole a los hoyos y ganando. ¡Es un gran campeón de golf! ¿Ves cómo escucho?

—Cuando te da la gana, pero lo más grave es que tú no estás comprometido con esta relación, que yo soy la única que lucho y ya estoy cansada de tirar del carro...

—Yo estoy muy comprometido, de verdad que me llega el compromiso hasta la coronilla, pero te prometo que a partir de septiembre todo va a cambiar. Mi hermano está a punto de terminar la carrera

y se va a incorporar a la empresa, lo que significa que por fin voy a poder delegar y que nuestra relación va a ser como la de la gente normal. ¡Seré el mejor tirador de carros del mundo! ¡Con las orejas si hace falta!

—¡No te hagas el gracioso, por favor! Y que sepas que yo no soy una persona normal, yo soy una mujer que vale mucho y que se respeta a sí misma.

—Sí, claro que sí. Eres excepcional y muy respetable, totalmente respetable.

—Pues eso es lo que hay. Yo no quiero seguir teniendo un novio fantasma.

—¿Fantasma? ¡Yo solo uso las sábanas para dormir!

—Me aburres, tío. Voy a colgar... —dijo en un tono de voz gélido.

—¡Estoy sincerándome! No me puedes colgar... Te prometo que a partir de septiembre todo va a cambiar.

—Mi tiempo vale mucho y faltan tres meses para septiembre. Lo mejor es que lo dejemos aquí, y si eso en septiembre hablamos.

—Pero yo no quiero dejar nada, yo tengo tanto que decirte, Tania... ¿Por qué no quedamos el sábado?

—Porque es una decisión tomada. Cuando arregles tus asuntos y puedas dedicarme el tiempo que merezco, hablaremos. Me niego a seguir sintiéndome como algo meramente residual en tu vida.

—Pero no me dejes hasta septiembre sin verte, por favor.

—No insistas —dijo Tania con desdén y disfrutando al máximo de la escena.

—Por favor... Es que tengo que darte algo...

Estas cuatro últimas palabras hicieron que Tania reconsiderara colgar impelida por una intuición muy potente. *¡Iba a darle un anillo de compromiso! Y un anillo de compromiso lo cambiaba todo, porque ya casada y viviendo en la casa de Somosaguas, las ausencias de Bruno iban a ser mucho más llevaderas. ¡Dónde iba a parar!*

—Ya me lo darás en septiembre —murmuró simulando que no daba importancia a lo que acababa de escuchar.

—Es que tiene que ser ya... Lo que quiero regalarte es ideal para el verano...

*¡Qué mejor que lucir un pedazo de anillo de compromiso que el verano! Bruno tenía razón y ella estaba loca por ponérselo y restregárselo en la cara a todas esas pijas de mierda con las que tenía que lidiar a diario. Pero no iba a rendirse tan fácilmente, ella no era una chica facilona, ella se respetaba a sí misma y valía muchísimo, por supuesto...*

—No quiero seguir hablando —musitó lánguida—. Estoy sufriendo mucho y quiero que sepas que esta separación me está doliendo a mí mucho más que a ti.

—Joder, Tania, pues si te duele más que a mí ¿por qué no quedamos el sábado y se acabó el flagelo?

Tania respiró hondo, hizo una pausa dramática y luego dijo con un tono de voz cargado de

intensidad y de dolor:

—Necesito tiempo para procesar esto que nos está pasando.

—Sí, claro que sí, cariño. ¿Y tú calculas que para el sábado lo tendrás ya procesado?

Tania notó a Bruno tan nervioso que solo podía obedecer a la clásica ansiedad del novio previa a la petición matrimonial. ¡*En cuanto abrieran el kiosco iba a comprarse el Telva Novias!* Exultante de felicidad y loca por empezar a probarse vestidos de Rosa Clará con la espalda joya, le respondió con una pena que no le costó nada fingir:

—No lo sé, Bruno. No me presiones. Ya te llamaré...

Y tras colgar, se puso a dar saltos de alegría en la cama, hasta caer exhausta y feliz de imaginarse entrando en los Jerónimos del brazo de su orgulloso padre...

Bruno entretanto, abatido, daba vueltas con un bolígrafo a su café con la mirada fija y perdida en la pared de la cocina...

—¡Arriba ese ánimo, chavalote! —exclamó Manuel, el abuelo de Bruno, que acababa de entrar en la estancia, dándole un palmetazo en la espalda.

—¡Joder, abuelo! ¡Qué susto! —replicó Bruno, mientras se llevaba la mano al pecho—. ¿Qué haces levantado tan pronto?

Manuel había llegado a casa de su nieto hacía una semana tras pasarse una buena temporada viajando. Desde que su esposa había muerto hacía nueve años, se dedicaba a recorrer el mundo con distintos proyectos solidarios. Y de tanto en tanto recalaba en casa de sus nietos para hacerles una visita...

—Todavía no me ha acostado, he estado trabajando en mi novela hasta ahora mismo. Voy a hacerme unos huevos fritos bien grasientos que tengo mucha hambre. ¿Te hago unos? —preguntó el abuelo mientras abría la nevera buscando los huevos.

Desde hacía unos años, al abuelo también le había dado por meterse a novelista, y llevaba desde entonces escribiendo la mejor novela del mundo escrita por un viejo. O esa era su intención...

—No gracias, tengo el estómago cerrado. Y tú, con tus años, deberías comer otra cosa, un purecito, un caldito...

—Un bueyecito. A mis años me puedo comer cualquier cosa —dijo cerrando el frigorífico y dejando los huevos en la encimera.

—Desde luego, con huesos y todo, que bien caros que me han costado los implantes que te han puesto... Pero te recuerdo que por dentro tienes las tripas de un tío casi nonagenario.

Manuel sonrió y tras romper un huevo en el borde de un plato azul, replicó:

—Tengo las tripas tan fuertes como mi corazón.

—Pues yo lo tengo todo hecho una mierda, la tripa y el corazón. Estoy fatal con Tania, se niega a verme... —Y tras decirlo, apuró su café de un trago.

—¿Le regalaste ya la bicicleta?

—¡No me hables! —replicó limpiando el bolígrafo con una servilleta y después guardandoselo en el bolsillo de la camisa—. Vaya sitio más malo que me has recomendado. ¡Todavía no ha llegado el pedido a la tienda! Como Tania me diga que quiere quedar el sábado y todavía no esté la *bici*, se les va a caer el pelo.

—¿No será mejor que cambies de novia? Porque los chicos de la tienda de bicicletas son majísimos y muy profesionales.

—¡Mejor cambio de abuelo! Mira, me voy que me estoy poniendo de los nervios. La sal está en ese estante, por si quieres acabar de suicidarte...

# Capítulo 3

En cuanto aterrizó en Frankfurt, lo primero que hizo Bruno fue redactar un correo electrónico en el taxi que le conducía a la primera de sus reuniones del día. *Se iban a enterar esos de quién era Bruno Juanelo...*

Para: [bicicletasaranda@bicicletasarada.com](mailto:bicicletasaranda@bicicletasarada.com).

Asunto: Pedido 06/6754

Buenos días,

*Exijo la bicicleta que les he encargado ya. ¿Entienden lo que significa la palabra “ya”? Pues búsqüenla en el diccionario y actúen en consecuencia. Llevo dos semanas escuchando excusas y ya no acepto ni una más. Ustedes verán cómo lo hacen, pero si el sábado a primera hora no está la bicicleta, se las verán conmigo y créanme que no será divertido.*

Adiós, muy buenas.

Bruno Juanelo

*P. D.: Quiero un embalaje bonito, con corazones o alguna moñada similar, qué menos por las molestias ocasionadas por su incompetencia y falta de profesionalidad. Pues eso, que adiós.*

Bruno dio a “Enviar” y lo que menos podía esperar era que a los dos minutos y medio ya tuviera respuesta...

Claro que lo que él no sabía era que Macarena tenía por costumbre despachar el correo electrónico en cuanto abría la tienda y que aquel día, en cuanto leyó el mensaje tan grosero, le faltó tiempo para responder mientras pensaba que *se iba a enterar ese de quién era Macarena Aranda...*

Para: [bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com](mailto:bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com)

Asunto: RE: Pedido 06/6754

Buenos días,

*La semana pasada le dije que la bicicleta, por razones ajenas a nosotros, había tardado una semana en llegar a las oficinas centrales de la casa de bicicletas en Ámsterdam. Desde allí partió hacia España hace siete días, pero por culpa de la huelga de transportes en Francia, que todavía continúa, aún no ha cruzado la frontera. Así que el que va a tener que coger el diccionario y buscar lo que significa la palabra “paciencia” es usted. La bicicleta llegará cuando tenga que llegar...*

Mauks,

Macarena Aranda



*P. D. : Tengo un embalaje con nubes en forma de cerdos. ¿Le sirven?*

Macarena dio a “Enviar” y se quedó tan a gusto. Bueno, no tanto. Porque le dio por releer el mensaje y se percató de que había mandado besos a ese cretino. Eso sí, menos mal que había puesto “Mauks”, como siempre que iba acelerada y lo escribía en lugar de “Muaks”, y con un poco de suerte el estúpido de su cliente ni se daría cuenta.

Lo que Macarena no sabía era que Bruno no era un cliente cualquiera...

Bruno leyó el mensaje mientras el taxi seguía parado en uno de los larguísimos semáforos de Frankfurt. *Así que quieren guerra, pensó... Frunció el ceño, resopló, y escribió furioso a toda velocidad, porque de él, de Bruno Juanelo, no se reía nadie. Y menos una descarada que se atrevía a mandarle besos a modo de pedorreta final... ¡Se iba a enterar esa!*

*Para: [bicicletasaranda@bicicletasaranda.com](mailto:bicicletasaranda@bicicletasaranda.com)*

*Asunto: RE: RE: Pedido 06/6754*

*¿Todavía tiene ganas de hacer bromitas, Macarena? Supongo que sí. Es lo que tiene todo el día estar ociosa y ser una auténtica incompetente. Le recuerdo que en su página web aseguran que los pedidos llegan en tres días. ¿Sabe cuántos días llevo esperando ya? Le prometo que voy a tomarme la molestia de que se entere todo el mundo de lo bien que trabajan. Le garantizo que van a saber de su negligencia hasta en la China. ¿Y lo de “Mauks” qué es? ¿Una forma en clave de mandarme a la mierda?*

*Adiós, muy buenas.*

*Bruno Juanelo*

*P. D.: Mire bien por ahí, en el desorden que debe tener en sus almacenes, porque seguro que tiene algún embalaje con nubecitas en forma de cigarra holgazana y desvergonzada.*

Bruno dio al botón de “Enviar” y esbozó una sonrisa perversa. Es más, estaba tan orgulloso de su hazaña que no le importó estar atrapado en un atasco tremendo que le iba a hacer llegar tarde a su reunión.

*¡Qué bien sentaba poner en su sitio a una vendedora tan insolente como incapaz! ¡Si hasta Frankfurt le estaba pareciendo esa mañana gris y plomiza un lugar encantador y mágico!*

Y mientras Bruno disfrutaba de su particular cuento de hadas alemán, Macarena tecleaba su respuesta a un ritmo frenético:

*Para: [bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com](mailto:bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com)*

*Asunto: RE: RE: RE: Pedido 06/6754*

*Juanelo hasta aquí hemos llegado. Acabo de anular su pedido, así que se acabó su sufrimiento y*

*sobre todo el nuestro.*

*Le desearía que fuera feliz, pero me temo que jamás podrá serlo.*

*(Aquí vendrían los besos, que mando a montones a lo largo del día, a las personas amables y cariñosas con las que suelo tratar. Y como son tantas y yo estoy tan ocupada, la mayor parte de las veces suelo equivocarme y termino poniendo “Mauks” en vez “Muaks”. Algo que no dude que jamás le pondría a alguien tan retorcido y antipático como usted. Así que disculpe la equivocación).*

*Que le vaya bien, si es que su carácter de mierda se lo permite.*

*P. D.: Le ruego que olvide que nos ha conocido, nosotros haremos lo mismo.*

Macarena envió el mensaje feliz porque el modelo de bicicleta que había solicitado Juanelo era justo el que llevaba tiempo deseando comprarse. Y desde luego que, como las ventas del mes fueran buenas, y todo apuntaba a que sí, *iba a quedarse con la bicicleta de ese gilipollas. ¡Por listo!*

Al gilipollas, que en ese instante estaba leyendo el mensaje, se le esfumó de repente la sonrisa perversa y orgullosa y el Frankfurt de ensueño mutó en un lugar de pesadilla y terror.

*¿Cómo había osado esa majadera en anular su pedido sin su consentimiento? ¡Esto no iba a quedar así! Esa iba a enterarse de quién era Bruno Juanelo y la bicicleta rosa iba a estar en su poder el sábado presta a ser entregada a su dulce y bella Tania...*

Ya no le daba tiempo a comprar la bicicleta en ningún otro lugar, aparte de que Bicicletas Aranda era el único lugar donde había encontrado justo el modelo que necesitaba al mejor precio y él odiaba pagar de más. Así que como no le quedaba más remedio que pasar por el aro de la impertinente de Macarena, decidió cambiar de estrategia y pasar a la vía diplomática...

Marcó el teléfono de su abuelo con la esperanza de que deshiciera el entuerto con la enajenada de la vendedora. Además, el abuelo llevaba unos cuantos años comprando *bicis* en ese lugar y seguramente era un cliente al que Macarena enviaría “Mauks” envueltos en chocolate, fresa y babas caramelizadas.

Al séptimo tono, descolgó Guido y emitió un pequeño sonido gutural.

—¡Buenos días, gandul! ¡Pásame con el abuelo! ¡Es urgente! —exigió Bruno.

—El abuelo está durmiendo como yo... —murmuró somnoliento.

—¡Son más de las diez de la mañana! Mueve el culo y pásame al abuelo —ordenó a gritos.

—Te recuerdo que no somos gallinas, cabrón. ¡Somos artistas! No pienso despertar al abuelo que se acostó a las seis como yo. Él necesita dormir para poder escribir y yo también que estoy con los ensayos —habló Guido y después soltó un larguísimo bostezo.

Guido era el mediano de los tres hermanos, tenía veintiséis años, había estudiado Arte Dramático y estaba a punto de estrenarse como “genio” en el musical *Aladino*.

—Déjate de rollos y escucha bien. Necesito que el abuelo vaya donde Bicicletas Aranda y consiga que me traigan una bicicleta rosa que he encargado para el sábado.

—¿Y por qué no llamas tú? —preguntó Guido a punto de dormirse otra vez.

—Porque la loca que atiende el teléfono me ha cogido manía y ha anulado el pedido por su cuenta y riesgo. Si no necesitara la *bici* para el sábado, se le habría caído el pelo ya. Pero de momento no me queda otra que tragar...

—¿Por qué necesitas con tanta urgencia esa bicicleta? —replicó Guido más dormido que despierto.

—Porque en el mundo de la gente normal se cumplen los plazos, y se supone que me la tenían que haber entregado hace dos semanas —gritó y Guido, que ya estaba casi dormido, despertó otra vez.

—Les habrá surgido algo, el abuelo está muy contento con ellos. ¿Qué más te da esperar unos días? —farfulló, loco por volver a dormirse.

—Hablar contigo es imposible. Vivimos en galaxias diferentes. Despierta al abuelo y dile que vaya sin falta esta mañana. ¡Es una orden!

Bruno colgó y su hermano cayó en su sueño muy profundo...

# Capítulo 4

Guido se despertó a la una y cuarto de la tarde, se dirigió como un zombi a la nevera, buscando zumo y entonces recordó lo de la bicicleta rosa...

*¡Qué lata! Seguro que le tocaba bajar al abuelo a la ciudad, con el calorazo que hacía, cuando él lo que tenía previsto era hacerse unos cuantos largos en la piscina y luego tostarse al sol, para coger un buen tono de genio de Aladino.*

Y mientras se decidía entre el zumo de piña o el de naranja, pensaba que estos imprevistos no le sucederían si tuviera su propio apartamento, pero su sueldo de artista y su naturaleza desprendida y caprichosa no se lo permitían todavía.

De todas formas, en casa de su hermano Bruno tampoco se estaba tan mal. Tenía una planta entera para él solo, la nevera siempre llena, a Teresa que cocinaba para ellos, a Florencia que lo tenía todo limpiísimo y bien planchadito, Internet, televisión de pago, ropa sobria y aburrida que heredaba cada año de Bruno y que él tuneaba con mucho arte, una motaza a su disposición, siempre con el depósito lleno, piscina y pista de tenis.

Total, que vivía tan ricamente, sin gastar un céntimo, y las noches que ligaba, que era noche sí y noche también, se llevaba a sus conquistas al piso en el centro de la ciudad que tenían sus padres que ahora vivían en la playa.

Bien mirado, *aunque de vez en cuando tuviera que comerse marrones como el de la bicicleta rosa, su vida de cuco no estaba nada mal*, reflexionó mientras se bebía un litro de zumo de naranja del tirón y de pie.

Después subió hasta la buhardilla que ocupaba su abuelo siempre que iba a visitarlos, porque allí podía escribir tranquilo, llamó a la puerta y pasó:

—Perdona que te moleste...

Esta era una frase hecha porque a Guido no había nada que le gustara más que molestar a su abuelo cuando estaba escribiendo, desquiciarlo por completo y que acabara arrojándole lo primero que tuviera a mano para librarse de él...

—Pasa, pasa, estaba repasando lo que escribí el día anterior. Todavía no he empezado el capítulo nuevo, me quiero poner de inmediato porque me he levantado con un montón de ideas grandiosas —dijo el abuelo sin despegar la vista de la pantalla y disfrazado de aventurero, como siempre que escribía.

—Es muy breve —habló Guido, que estaba en calzoncillos y camiseta—. Bruno ha debido de liar alguna con la chica de la tienda de las bicicletas porque le han anulado el pedido y me ha dicho que vayas a ver si puedes conseguir que se la entreguen el sábado.

—Yo paso. Lo mejor es que la bicicleta no llegue a tiempo y que se libere de esa lagarta... —replicó dando un manotazo al aire.

—Por aquí menos mal que viene poco, pero cuando lo hace me mira como una madrastra desalmada. Esa está loca por librarse de mí y...

—...meterte en un buen internado. ¡Guido que ya tienes edad para tener nido propio! —le regañó el abuelo, que seguía con la vista puesta en la pantalla.

—¡Qué bonito! ¿Te pones del lado de la lagarta? —preguntó para chincharle—. Perfecto, tú terminarás en una residencia de saldo y yo debajo de un puente con goteras.

—Tengo otros planes para mí —dijo el abuelo con una sonrisita pícaro que Guido no vio al estar de espaldas.

—Pues me piro contigo...

—Ah no, conmigo no cuentas. Mejor vete pensando en sacarle rendimiento al puente, organiza saltos, suicidios, qué sé yo. ¡Búscate la vida! ¡Usa tu imaginación!

—Mi imaginación la tengo puesta en Broadway, donde protagonizaré los mejores musicales y donde te prometo que estarás siempre en cada estreno, en primera fila, más decrépito que nunca, pero orgulloso de...

—¿Decrépito? —le interrumpió revolviéndose en su asiento—. ¿Cuánto tiempo crees que te queda para llegar a Broadway?

—¿Un par de años? —contestó encogiéndose de hombros—. ¿Tres a lo sumo?

Manuel se giró, se quedó mirando a su nieto de arriba abajo, y luego espetó:

—¡Para entonces hasta tendré pelo, chaval! —Y volvió a clavar la vista en la pantalla.

—¿Quieres decir que vendrás con peluca?

Porque a Manuel ya solo le quedaban cuatro pelos en el cogote...

—Pelo. Quiero implantarme mucho pelo. ¡Como un león! Tengo que hablar con tu hermano, cuando se le pase el dolor del gasto de mi dentadura nueva, para que me ayude a financiar mi melena.

—¿Para qué quieres melena? ¿Tu próximo objetivo es montar la mejor banda *heavy* fundada por un viejales? —preguntó Guido con sorna.

—¡Para hacerme un moño alto como Bale! —soltó irónico.

—Para eso te dejo mi peluca de genio, está muy bien hecha... de pelo natural. Un día la traigo para que revoluciones a las de tu quinta en el Mercadona.

—No me hacen falta moños para revolucionar a las damas. Mi encanto reside en otra parte...

—¿Todavía se te pone dura sin pastillas? ¡No es que me interese tu vida sexual! Es por saber lo que me espera dentro de mil años. Esas cosas se heredan ¿no?

Si por algo le gustaba a Manuel escribir en la buhardilla de sus nietos era por las interrupciones del ganso de Guido.

—Oye ¿y tú no tienes que ensayar o hacer algo? —preguntó Manuel porque como le diera carrete

a Guido no se lo quitaba de encima ni en tres horas.

—Tengo que resolver primero el asunto de la bicicleta. Si quieres sacar pasta a mi hermano para tu melena, más vale que le tengas contento.

—Siempre se lo pido prestado, lo que pasa es que luego él no me acepta el dinero. Así que el que debe preocuparse por tenerle contento eres tú.

—Pero para eso necesito que consigas que la *bici* de la madrastra esté lista para el sábado.

Manuel resopló y, luego haciendo gestos con la mano para que abandonara la buhardilla de una vez, le ordenó:

—Llama a los chicos de la tienda, diles que vas de mi parte y que necesito la bicicleta para el sábado.

—¿Yo? ¿Lo lógico no es que llames tú?

Manuel se giró y señalándose la frente con el dedo índice, exclamó:

—¿Tú sabes lo que es una cabeza llena de ideas geniales a punto de estallar?

—Pues no —soltó Guido, muerto de risa.

—Como no las plasme ya, se me van a escapar. ¡No me hagas perder más tiempo! —dijo dando palmas para apremiarle a que se fuera.

—Vale, vale. Oye ¿y el teléfono de la tienda?

—¡Búscalos en Internet! ¡Imagina que es una chica que te gusta! —respondió Manuel, girándose otra vez para retomar su gran obra.

—¡Me tenéis puesto una fama de Casanova y yo solamente...!

Manuel cogió la grapadora que tenía sobre la mesa y amenazándole con tirársela a la cabeza, gritó:

—*Grrrrrrrrrrrr*. ¡Fuera!

Guido soltó una carcajada y se marchó feliz a su habitación, donde tenía el móvil cargando. Se tumbó en la cama, cogió el teléfono, buscó en Google el número de la tienda de bicicletas y llamó con cierto fastidio por tener que hacer de recadero.

Los de la tienda respondieron al momento, mejor dicho una grabación que decía “que esperara, que en breve sería atendido” y después comenzaron a sonar los primeros acordes de *Un mundo ideal* de *Aladino*. ¡Su musical! Sin duda, pensó, la canción solo podía ser una señal de que algún día ese papel sería suyo, ese y todos los protagonistas que no tardando mucho estrenaría en Broadway...

Y así, soñando con ese futuro esplendoroso, se puso a tararear una y otra vez la canción, hasta que a la novena, cuando estaba completamente entregado y cantaba: *Ven princesa y déjate llevar/a un mundo ideal/un mundo ideaaaaaaaaaal...*, escuchó, a la voz más hermosa del mundo, cantar:

—*Un mundo ideaaaaaaaaaal* —. Luego Rocío carraspeó un par de veces y dijo muy nerviosa—: Bicycletas Aranda, ¡buenos días! ¿En qué puedo ayudarle?

Guido estaba tan fascinado que solo pudo responder:

—Creo que me he enamorado...

# Capítulo 5

—¿Crees? —preguntó Rocío con una sonrisa enorme.

Rocío tenía el don de saber cómo era una persona con solo escuchar su voz y la voz de Guido le gustó tanto que sintió que no estaba sentada en una silla de oficina, sino en una nube en la que flotaba feliz.

—Tienes razón, borra el “creo”. Lo sé —aseguró Guido, rotundo.

Rocío también sabía detectar por los matices de la voz si le estaban diciendo o no la verdad, y Guido no mentía.

—Y yo —susurró suspirando.

Y dijo “y yo” porque era lo que sentía: se acababa de enamorar de esa voz. ¿Ridículo? ¿Demasiado precipitado? ¿Imposible?

Ya se imaginaba la bronca que le iba a echar su hermana, con su sensatez y su aburrida cordura, cuando se lo contara: que si utilizaba palabras grandes para sentimientos corrientes, que si confundía atracción con enamoramiento, que si estaba más salida que el pico de una plancha...

Pero solo ella sabía lo que estaba sintiendo y tenía un nombre: **MAGIA**. Así, con mayúsculas, **MAGIA**, y era algo tan especial que se sentía tan pocas veces, que por nada del mundo estaba dispuesta a romperla...

—Me llamo Guido y soy idiota —reconoció con el corazón latiéndole muy fuerte.

—Me llamo Rocío y no me importa que lo seas.

—Pero es que lo soy mucho —insistió él.

—De verdad que me da igual —replicó Rocío, entre risas.

—Cantas muy bien... —musitó nervioso, como no recordaba haberlo estado en la vida.

—Tú sí que cantas bien —dijo Rocío, suspirando—. Y esa canción... Mi canción...

—¿Tu canción?

—Me encanta. Te parecerá una tontería pero acabas de hacer realidad uno de mis sueños. ¡Siempre he fantaseado con que un chico maravilla me cantara esa canción!

—Yo soy un chico pesadilla, pero me alegro muchísimo de haberte alegrado un poco el día.

—Un poco no. Un infinito.

—Eres muy amable, pero debería cantártela mejor. La tengo poco trabajada, ahora mismo la parte que bordo es la del genio —comentó Guido, orgulloso—. Ya te invitaré al estreno para que me escuches con la orquesta...

—¡Actúas en un musical! ¡Me fascinan! ¿Por qué crees que tengo *Un mundo ideal* como tono de espera en el teléfono? Aparte de por lo de la fantasía del chico maravilla... ¡*Aladino* es uno de mis

musicales favoritos!

—¿Y tú qué haces que no estás en Broadway con la voz tan bonita que tienes?

Rocío soltó una carcajada y luego respondió:

—Porque mis hermanos no pueden vivir sin mí, no puedo dejarlos solos.

—¿Son muy pequeños?

Rocío rompió de nuevo a reír y respondió:

—Mi hermana Macarena 32 y Mario 27...

—Joder, maja, pues ya tienen edad de cuidarse solos.

—Es que esta tienda da mucho trabajo, me necesitan. Oye ¿tú para qué has llamado?

—Porque te tenía que conocer —contestó Guido convencido y a Rocío le enamoró más todavía su respuesta.

—Ya. Es genial y si además me quieres comprar una bicicleta o dos, esto sería ya la bomba — bromeó mientras jugueteaba con un mechón de pelo que tenía enrollado en el dedo.

—Se supone que mi hermano ha comprado una, pero como es un ser amargado y oscuro le habéis anulado el pedido. A lo mejor has sido tú...

Rocío sabía perfectamente a quién se refería porque su hermana le había estado leyendo el intercambio de mensajes con Bruno.

—Ha sido mi hermana, yo no le habría anulado jamás el pedido. ¡Tú hermano es muy gracioso!

—¿Gracioso? —replicó sorprendido—. ¡Tiene la gracia en el culo, con perdón! Tu hermana ha hecho muy bien en anularle el pedido. Además, la bicicleta es un regalo para una novia que tiene que me cae fatal, ¡no la soporto!

—¿Entonces para qué llamas? Aparte de porque tenías que conocerme... —susurró divertida.

—Porque mi hermano me ha pedido que arregle el desaguizado. Necesita para el sábado esa bicicleta para que la raspa le levante el castigo...

—Está la cosa complicada porque hay una huelga en Francia.

—¿Y por venir enchufado de mi abuelo, que es un buen cliente, no se puede dinamizar el tema?

—De momento, hasta que no terminen los paros por la huelga no hay nada que hacer. Oye, ¿y quién es tu abuelo?

—Manuel Juanelo ¿te suena?

—Sí, claro. Le adoramos tanto que te reactivo el pedido ahora mismo, en cuanto sepa algo te aviso —informó mientras daba de alta otra vez el pedido.

Guido solo podía pensar en por qué no habría llamado antes a Rocío, en por qué había perdido tanto tiempo de su vida saliendo con unas y con otras cuando esa chica lo tenía todo.

¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaría volviendo rematadamente imbécil por estar sintiendo tanto por una voz? Porque hasta ese instante él más que enamorado había sido caprichoso, es decir, de repente se le antojaban unas piernas, unos labios o unas buenas tetas y no paraba hasta que eran suyas.



Pero ¿una voz?

Esta era la primera vez en su vida que se quedaba colgado de una voz y era algo más que un capricho, mucho más que eso... ¡Estaba enamorado! ¡Así de sopetón! ¡De golpe y porrazo como les pasaba a sus amigos feos y losers! Y anda que él no se había descojonado de ellos, pero ahora era su turno y ahí estaba: colgado de una voz que podía pertenecer a cualquiera.

¡Y qué más daba! Lo mismo la dulce Rocío era un callo de tía, sin culo, sin tetas, sin labios... pero le importaba una mierda porque él se había enamorado de su alma. De la pureza, de la belleza y de la sensibilidad que encerraba su voz cristalina... Joder, ¿qué le estaba pasando? Aparte de ser un cursi de cojones, ¿estaría madurando a marchas forzadas? Ya lo analizaría más tarde, de momento siguió con la conversación...

—¿Tu hermana no se enfadará? Mi hermano cuando se pone cabrón, es el más cabrón...

—Los hay peores... Y por mi hermana no te preocupes, soy muy convincente, confía en mí.

Guido estuvo a punto de replicar que le confiaba su vida entera, pero temió que pensara que era un majadero y dijo:

—Completamente.

—Gracias...

Guido sintió el “gracias” de esa muchacha tan dentro que solo pudo sincerarse:

—Ahora se supone que tengo que colgar, pero es que no quiero hacerlo.

Rocío sonrió y luego se mordió los labios un poco nerviosa. ¡Y mira que era raro! Porque ella era una maestra absoluta en el arte de la seducción telefónica y siempre lo tenía todo bajo control. Elegía, seducía, mataba y remataba. Pero en ese instante, con ese tío, estaba totalmente descolocada... ¡y enamorada!

Porque sin duda lo que estaba sintiendo iba más allá del coqueteo habitual con el que se entretenía durante sus tediosas horas de trabajo. Y era tan hermoso sentirse así que canturreó:

—*Un mundo ideaaaal...* Yo tampoco quiero colgar —susurró Rocío, emocionada.

—Llámame cuando quieras, aunque no sepas nada de la jodida bicicleta.

—Y te pido que me cantes... —dijo risueña.

—Lo que quieras, a cualquier hora.

—Lo haré —aseguró mientras se estremecía por completo.

—Este día no voy a olvidarlo nunca.

—Ni yo.

—Buenos días, Rocío.

—Buenos días, Guido.

Y los dos colgaron convencidos de que algo muy grande acababa de empezar...

# Capítulo 6

Luego Rocío lanzó un largo suspiro y repantigándose en su silla solo pudo pensar en una cosa:

*¡Qué bonito era el amor!*

*¡Que alguien atara sus pies el suelo porque estaba a punto de salir flotando! ¡Qué cuelgue! ¡Qué delirio! ¡Qué mariposeo en la barriga y qué ganas de gritar: Guido, Guido, Guido!*

Pero quien gritó fue Macarena, iracunda desde el otro mostrador que estaba justo a la entrada de la tienda...

—*Roooooooooo, tíaaaaaaa, ¡no te puedes tirar tres horas con una llamada! ¡Yo no doy abasto! ¡Me están entrando todas a mí! ¿Cuántas veces tengo que decirte que liganes fuera del horario de trabajo?*

Desde el fondo de la tienda, donde se encontraba el puesto de Rocío, respondió alzando la voz, y no porque la tienda fuera grande, que lo era; sino para dejarle claro a su hermana que sabía bien lo que estaba haciendo:

—*¡No estaba ligando!*

—*¡Ja! ¡Ni que no conociera la cara de perra en celo que se te pone!* —replicó Macarena, muy molesta.

—*Te equivocas* —aclaró, enderezándose en su silla. *¡Qué sabría su hermana del amor!*

Macarena llevaba años sin tener una relación en serio desde que con 21 años la dejó tirada un novio de tres meses tras enterarse de que la había embarazado.

Desde entonces, desconfiaba de todo el mundo y solo se permitía escauceos de fin de semana que no le complicaran la existencia.

Vivía entregada a su hija Carlota y a su trabajo, así que —según su hermana— no era quién para opinar sobre asuntos amorosos. Es más, era tal la fobia que tenía al amor desde que la dejó aquel tiparraco que Macarena había desterrado de su vida hasta las novelas y las películas de amor.

Y cuando no era fobia, lo que presentaba era un odio visceral al amor romántico en todas sus manifestaciones. Odiaba a los 14 de febrero, odiaba a los que se besaban en los parques, odiaba a los que paseaban cogidos de la mano al atardecer por la playa, odiaba a los que decían “cari”, “churri”, “amor”, “cielo”, odiaba a los que regalaban flores, y odiaba todo lo que llevara forma de corazón, desde los peluchitos a las cajas de bombones.

*¿Un ser así estaba capacitado por opinar sobre el amor?*

—*Perdona, tienes esa cara de fumada porque acabas de cerrar una venta...* —soltó Macarena, mordaz.

—*¡Pues sí, listilla! He reactivado el pedido de la bicicleta de Bruno Juanelo.*

—*¡Perfecto!* —exclamó muy enfadada—. *Ese tío nos insulta, nos humilla y tú le jaleas y le mueves*

la colita. ¡Sigue así, tía, que lo haces genial! —explotó Macarena, mientras se quitaba la diadema telefónica inalámbrica.

—Acabo de hablar con su hermano Guido que no tiene nada que ver con él. Es un chico encantador, como su abuelo y voy a venderle la bicicleta, te pongas como te pongas —zanjó Rocío.

—¡Qué asco! —replicó Macarena—. ¿Sabes una cosa? El mundo es una mierda por gente como Bruno Juanelo, los tipos como él son capaces de todo para conseguir lo que quieren; caiga quien caiga, pisando a quien tengan que pisar.

—Maca ¡no exageres! Este hombre le ha pedido a su hermano que llame para disculparse en su nombre... —No era del todo así, pero era la única manera de calmar a su hermana.

—¿Disculparse? —preguntó Macarena con el ceño fruncido—. ¿Y por qué no llama él?

—Estará muy ocupado —improvisó Rocío encogiéndose de hombros.

—Es un manipulador. ¡No le creo ni una palabra! —bufó cruzándose de brazos.

—Su hermano es un buen tío. Tú sabes que rara vez me equivoco.

—Estará manipulando también a su hermano. Por eso alguien tiene que plantarle cara y ese alguien voy a ser yo. ¡Ahora mismo le anulo el pedido, pero la bicicleta me la voy a quedar yo porque me da la gana! ¡Hale!

—¿Una bici rosa? —preguntó Rocío extrañada.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo a la defensiva.

—Es como muy... romántica. Y tú odias todo lo que tenga que ver con eso.

—El rosa es un color como otro cualquiera. Y siempre me ha encantado...

—Pídete otra para ti. Me parece fatal que dejemos a esta familia sin la bicicleta, Maca.

—La bicicleta no es para esa familia, es para ese cabrón de tío que me ha llamado de todo menos bonita. ¿Tan difícil es de entender? —replicó Macarena bufando.

—Si yo te entiendo. Su mismo hermano dice que es un tío con mucho carácter, pero te recuerdo que tú siempre presumes de ser una profesional, no te puedes dejar llevar por tus emociones. Una venta es una venta, no la deberíamos dejar escapar.

La verdad era que a Rocío le daba lo mismo perder una venta, ella lo que quería era tener una excusa para llamar a Guido y, por supuesto, con la buena noticia de que la bicicleta ya estaba en la tienda.

—Y yo te recuerdo que eres una locaza peligrosa que se cuelga de cualquier voz...

—No de cualquiera. Solo de las especiales...

—Hija mía ¿y para ti cuál no lo es?

—Yo es que estoy abierta a la vida y al amor —respondió batiendo las manos.

—Pues con este tío lo siento mucho, pero vas a tener a que cerrarte —dijo Macarena, negando con la cabeza.

—¡Ni lo sueñes! —protestó Rocío—. Guido es el tío más especial de todos, ¡me he enamorado!

¡No te digo más!

—¡No digas bobadas, Rocío! ¡Eso lo dices de todos! —recordó Macarena, sin darle importancia a la confesión de su hermana.

—¿Alguna vez te he dicho que me he enamorado en la primera llamada? —se defendió enojada.

—En la tercera o en la cuarta, luego te los tiras siete veces y si te he visto, no me acuerdo...

—¡Qué vulgar eres, Maca! —concluyó Rocío, dando un manotazo al aire.

—¿Soy vulgar por decir la verdad, nena? —se defendió.

Rocío se revolvió en la silla, respiró hondo y se sinceró:

—Lo que he sentido hoy por Guido ha sido mágico.

—Ya, ya. ¿Te digo cuántas veces he escuchado eso? ¿8599?

—¡Búrlate de mí! ¡Pero yo no me cierro al amor por pavor a que me hagan daño!

A Macarena la respuesta de su hermana le pareció un golpe bajo, pero decidió no acusarlo para no darle armas. En su lugar prefirió replicar, fingiendo aplomo:

—¿Eso es lo que crees que me pasa a mí?

Rocío sabía que su hermana estaba muy molesta por sus palabras, a pesar de que intentara disimularlo. Pero no se arrepentía porque ya era hora de que empezara a pasar página. De tal forma que contestó tajante:

—Por supuesto.

A Macarena le dolió la respuesta como solo dolía la verdad. Si bien, siguió con el disimulo:

—Mejor resérvate tus opiniones, porque no tienes ni idea. Lo que sucede es que para mí el amor es un asunto muy serio y no me lo tomo tan a la ligera como tú.

—Yo es que me permito sentir. Tú no. Tú tienes el corazón congelado, de lo contrario entenderías lo que me ha pasado hoy con Guido. ¿Tú sabes la emoción infinita que he sentido cuando le he escuchado cantar *Un mundo ideal*? —confesó llevándose la mano al corazón.

A Macarena lo de “corazón congelado” le cayó peor que una bofetada y decidió pasar a la acción:

—Porque tú eres una sensiblera que se conmueve por cualquier cosita.

—¿Cosita? ¡Ese chico canta con el corazón y yo se lo he visto, Maca! Te digo yo que Guido tiene un corazón puro y bueno, aparte de que debe estar como un queso porque tiene una voz de macizorro que tira para atrás.

Macarena pensó que como siguiera escuchado a su hermana hablar de su flechazo telefónico iba a terminar vomitando, por eso lo cortó de raíz.

—¡Eres una ingenua y una frívola! Y no tengo más que decir. Además son las dos de la tarde y me muero de hambre. ¡Anula el pedido a ese tío y olvidemos este asunto!

—¿Y Guido? —preguntó Rocío, muy ansiosa.

—¡Me importa un bledo, querida!

# Capítulo 7

Rocío apenas probó bocado durante la comida, no podía dejar de pensar en Guido y en cómo arreglar el asunto de la bicicleta. Ella sabía que podía llamarle en cualquier momento, pero le preocupaba el trastorno que pudiera ocasionarle a su hermano y que, de rebote, él se llevara una bronca inmerecida.

Lo que Rocío desconocía era que, mientras se devanaba los sesos buscando alguna forma de traer la bicicleta sin que su hermana se enterara, Guido también estaba pensando en ella cuando almorzaba en casa con su abuelo.

—Abuelo ¿qué harías si acabaras de conocer a la mujer de tu vida? —preguntó al tiempo que devoraba un filete porque, a diferencia de Rocío, a Guido el amor le daba muchísima hambre.

—Ir a por a ella —contestó Manuel, sin pensarlo.

—¡Exacto! —dijo apuntándole con el tenedor—. ¿A qué hora abren la tienda de las bicicletas por la tarde? —preguntó a la vez que terminaba con su filete.

—¿Tú también vas a demostrar tu amor a tu dama regalándole una bicicleta? —preguntó Manuel divertido, tras dar un sorbo a su copa de vino.

—Mi dama es la chica de las bicicletas. Acabo de conocerla por teléfono, pero sé que es ella: su voz me lo ha dicho todo. Es dulce, es cariñosa, es divertida, es alocada, es soñadora, es romántica, es aventurera, es...

Su abuelo concluyó que por la descripción solo podía ser Rocío:

—Muy guapa y también es...

—¡No me digas nada, abuelo! ¡No necesito saber más! —exclamó limpiándose la boca con la servilleta.

—Como tú quieras —murmuró Manuel encogiéndose de hombros.

Después, Guido miró la hora en el reloj de la pared de la cocina, cogió una manzana y dijo:

—Me voy que quiero estar en la tienda lo antes posible. ¿Voy bien así o me pongo traje?

Guido llevaba unos vaqueros, una camiseta negra y unas zapatillas deportivas.

—Con todo estás bien. Da igual lo que te pongas. Rocío es una chica moderna y además es que es...

—¡Que no me digas nada de cómo es Rocío! Lo único que quiero saber es si voy bien así o me pongo más formal para nuestro primer encuentro.

—Las ganas que tengas de asarte con el traje. —Era finales de junio y ese día hacía como unos 38 grados y un sol de justicia.

—Me da igual asarme si estoy mejor con el traje. ¡Dime de una vez qué me pongo que quiero

llegar un poco antes de las cinco! ¿Con qué crees que Rocío me encontrará más irresistible? Es que no sé... Con la camiseta se me ven los brazacos y los pectorales que se me han puesto después de las cuatro horas diarias que me paso en el gimnasio, para dar credibilidad a mi personaje de genio de Aladino —explicó mientras mostraba los bíceps—. Con el traje doy una imagen de tío más serio, que sabe lo que quiere y que tiene además un cuerpo de empotrador de primera. Las dos opciones me parecen muy interesantes, pero necesito quedarme con el *look* que vuelva loco de deseo a esa mujer. ¿Cuál crees que es más matador? —preguntó dando un mordisco a la manzana.

Manuel se levantó, cogió su plato y tras dejarlo en el fregadero, dio una palmada en la espalda de su nieto y dijo sonriente:

—¡Márchate ya de una vez! ¡Y que Dios te bendiga!

Guido se abrazó a su abuelo y, con los ojos llenos de lágrimas, musitó:

—Joder, abuelo, estoy muerto de nervios. Siento que estoy a punto de asistir a uno de los momentos más importantes de mi vida. ¿Qué me está pasando? ¿Mis días de *picafo llador* habrán quedado definitivamente atrás?

Manuel le devolvió el abrazo y luego le habló con la solemnidad que merecía ese momento tan importante:

—Es la primera vez que te veo perder la cabeza por una mujer de esta manera. Y me gusta, es maravilloso sentir la locura del amor y dejarse llevar. Te deseo todo lo mejor, pero como se te ocurra hacer daño a esa chica yo mismo te cortaré los huevos.

Guido que acababa de dar otro mordisco a la manzana, estuvo a punto de atragantarse:

—Tío, quiero decir, abuelo, me estás asustando... —farfulló.

—Tú pórtate bien, majo, por la cuenta que te tiene —amenazó dándole unas palmaditas cariñosas en la mejilla.

Manuel sabía que Rocío era demasiado mujer para un niño como Guido, pero como el amor vuelve idiota hasta el más cuerdo, prefirió dejarle las cosas claras.

—¿Cuándo me he portado yo mal? —preguntó Guido, arqueando una ceja—. Nunca he jugado con los sentimientos de nadie. Siempre dejo bien claro que solo busco pasarlo bien y nada más. Ellas luego aceptan o no. Pero yo no engaño a nadie.

—Lo que tú digas, pero luego ellas se cuelgan de ti y las tienes llorando a lágrima viva durante tres días en la puerta de casa.

—¡Esa fue la loca de Jacqueline! Esa tía no estaba bien de la cabeza, así que no cuenta.

—Bueno, yo solo te digo que ojito y mucha suerte...

—Los artistas nos deseamos mierda. Mucha mierda.

—Sí, hijo, sí, mucha que buena falta te hace... —Y Manuel se calló de repente porque también le dio por pensar que otra cosa que podría suceder, y tal vez la más probable, era que a Rocío le durase su nieto medio asalto. *¡Y el batacazo para el pobre muchacho iba a ser morrocotudo!*

—Lo sé. Pero ¡voy a por todas! —replicó Guido alzando los pulgares.

—Solo espero que no te duela mucho... —masculló Manuel.

—¿Cómo dices, abuelo?

—Nada, ¡que disfrutes mucho! —Y tras estrecharle otra vez en sus brazos, al fin se despidieron.

Guido bajó al garaje, arrancó la moto y se lanzó al asfalto derretido por el calor, invadido por la ansiedad y la esperanza, pero convencido de que estaba haciendo lo correcto.

Su abuelo tenía razón, cuando un hombre acababa de conocer a la mujer de su vida, tenía que salir a por ella. Y ahí estaba él, sudando la gota gorda, pero feliz por ir al encuentro del más bello sueño que iba a tener nunca. Rocío. *¡Si es que tenía bonito hasta el nombre!*

Y repitiendo su nombre una y mil veces, condujo eufórico por la carretera de la Coruña hasta Moncloa, bajó exultante hasta Plaza de España, tomó luego la Gran Vía más que emocionado, porque era su Gran Vía, el lugar donde iba a estrenarlo absolutamente todo, después subió hasta Cibeles y ahí empezaron a entrarle unos nervios malísimos que le hicieron perderse por un laberinto de callejuelas, hasta que quince minutos después apareció frente a la tienda de bicicletas, que estaba a la espalda de El Retiro.

Mareado por calor, por los nervios y sobre todo por el amor que tenía dentro y que no le permitía ni respirar, aparcó la moto, se liberó del casco y se quedó esperando en la puerta a que llegara su princesa.

Eran las cinco menos cinco de la tarde, y ahí estaba él, chorreando de sudor y con una erección que estaba a punto de romperle los pantalones. *Lo de la ansiedad anticipatoria de su polla era tremendo*, pensó. *Siempre le jugaba malas pasadas, ¿tendría tratamiento?*

Y mientras Guido seguía cavilando sobre su problema anticipatorio, Rocío ya venía por la acera de enfrente caminando del brazo de su hermano. Macarena iba al lado de ellos, algo separada y con una cara de acelga que se volvió casi de odio, cuando llegaron a la puerta de la tienda y se encontraron con que un tío alto, rubio, sudoroso y muy nervioso les estaba esperando.

—Ese tío me da muy mala espina... —dijo entre dientes a sus hermanos.

—¿Qué tío? —preguntó Rocío, con cierta preocupación.

—Tranquila. Solo es alguien que está esperando a que abramos —contestó Mario, sereno.

Apenas quedaban escasos metros para llegar a la tienda, pero Rocío lo sintió. Guido estaba ahí y solo pudo sonreír de oreja a oreja, mientras su hermana estaba teniendo un pálpito parecido, pero errado.

—No es alguien, me apuesto la cabeza a que ese tío es Bruno Juanelo —masculló Macarena, echando chispas por los ojos del enojo que tenía.

—Pues la vas a perder, porque es Guido... —dijo Rocío cuando ya estaba frente a él.

Y al escuchar su nombre, Guido solo pudo musitar:

—Rocío... —Y se cayó redondo al suelo.

# Capítulo 8

Rocío pidió a su hermano que pasara la tienda y trajera una botella de agua y una toalla húmeda...

—Debe ser una lipotimia —dijo arrodillándose junto a Guido.

—La culpa es de su hermano que lo habrá mandado a la tienda sin que le haya dado tiempo ni a comer —comentó Macarena, enfadada y de brazos cruzados.

—Se ha mareado de la impresión que le ha dado verme por primera vez —replicó Rocío mientras colocaba con delicadeza la mano sobre la frente de Guido.

—¡Ni que fuera una damisela decimonónica! No lo flipes, hermana, que este tiene una pinta de chulazo castigador que no puede con ella. ¡A tu amiguito no le tiemblan las piernas ni para follar haciendo el pino puente! Para mí no hay duda, seguro que viene sin comer y debe estar también deshidratado por culpa del *cachocerdocabrón* de su hermano.

—Si tuvieras en tu corazón algo más que hielo y cinismo, te habrías dado cuenta de que Guido es un espíritu puro y sensible —replicó Rocío, enojada—. Y ahora ayúdame a colocar su cabeza en mi regazo —pidió Rocío que tiraba de los hombros de Guido para levantarlo y apenas podía moverlo.

—¡Ni lo sueñes! ¡Este tiarrón debe pesar muchísimo! Tengo las cervicales fatal —negó llevándose la mano al cuello.

—Él no tiene culpa de que su hermano sea un borde, ¡así que mueve el culo y ayúdame a incorporarle! —exigió Rocío que seguía tirando de él sin ningún resultado.

Macarena se agachó y comenzó a empujar de los hombros de Guido con la intención de levantarlo, pero resultó imposible.

—¡Este tío pesa más que un elefante! —protestó resoplando del esfuerzo—. Como no llamemos al zoo y pidamos prestada una grúa, me parece que no le levantamos ni en tres meses.

—¡Calla que parece que está volviendo en sí y no quiero que se desvanezca otra vez por escuchar tus tonterías! —pidió Rocío, mientras Guido entreabría los ojos.

—Perdón, es la primera vez que me pasa algo así —musitó Guido, llevándose la mano a la frente y acariciando así la mano la de Rocío.

Rocío se estremeció tanto que se le escapó un suspiro profundo y largo que a Guido le hizo empalmarse de nuevo, para su horror...

—¡Ya está aquí el agua y la toalla mojada! ¡Te lo paso, Ro! —anunció Mario, entregándole primero la toalla.

—¡Prefiero tu mano! —dijo Guido, apretando la mano de Rocío.

Rocío tomó con la mano libre la toalla que su hermano le estaba pasando, mientras Macarena gruñía:



—¡Y una mierda la mano! ¡Ponle la toalla, Ro, para que se espabile de una puñetera vez, que me niego a pasarme toda la tarde aquí afuera!

—Ahora entiendo el rifirrafe con mi hermano —dijo Guido dirigiéndose a Macarena—, ¡sois tal para cual! Ya podrías enamorarlo y quitarme de encima a la madrastrona de su novia.

Macarena bufó, le quitó a Mario la botella que sostenía en la mano y luego espetó:

—Bébetela botella del tirón porque tú estás delirando como los que se quedan sin agua en el desierto.

Macarena abrió el tapón de la botella y le tendió la botella a Guido que se incorporó un poco, pero sin soltar la mano de Rocío que seguía sobre su frente:

—Te lo agradezco, aunque debes saber que me la voy a beber, solo para complacerte. Te aseguro que no estoy deshidratado: yo me he desvanecido por amor.

—¿Por amor a qué? ¿Al suelo donde por poco no te abres la cabeza? ¿Querías besarlo o qué? —soltó Macarena mordaz y con el gesto contrariado.

—Por amor a mí —contestó Rocío, sin dudarlo.

Guido se bebió medio litro de agua de un trago, luego dejó la botella a un lado y besó la mano de Rocío con los ojos llenos de lágrimas y el deseo a punto de romperle los pantalones.

—Así es... Eres un cielo azul del que cuelgan nubes rosas de azúcar... —musitó Guido, parpadeando muy deprisa para cerciorarse de que lo que estaba viviendo era cierto, que esa mujer preciosa que estaba frente a él, era real y no el más bello sueño que había tenido hasta entonces.

—Joder, ¡qué bobadas dices, tío! ¡Dan ganas de meterte una buena bofetada! ¿Cómo un tío tan grande puede soltar tanta mierda de cursilería barata por la boca? —replicó Macarena asqueada.

—Me encanta la imagen... —dijo Rocío esbozando una sonrisa.

—Chica, espabila, que te está llamando plana como el cielo y relamida como las nubes de azúcar —explicó Macarena, cruzándose de brazos.

—Calla, que no entiendes de poesía... —exigió Rocío.

—Ah, o sea que este tío es poeta...

—Sí y además me chiflan las nubes de azúcar —habló Rocío con una sonrisa más amplia todavía, que estuvo a punto de tumbar a Guido otra vez, porque esa mujer con su menudez, su fragilidad, el flequillito ladeado, los hoyuelos de las mejillas, los labios tentadores, las tetas pequeñas, las patitas de alambre y las gafitas de sol redondas le ponían tan tierno como excitado. Tenía que reconocerlo, sí. Era una extraña mezcla pero era como se sentía.

—Y a mí también me encantan las nubes de azúcar —confesó Guido entre suspiros—. Y sí —añadió dirigiéndose a Macarena—, no sé qué me pasa que desde que Rocío ha llegado a mi vida estoy moñas como un unicornio y cachondo como un mono en celo...

Macarena, ofendida con la respuesta, se puso de pie y le dijo apuntándole con el dedo índice:

—Hay dos cosas que detesto en la vida...

—¿Solo dos? —interrumpió Guido.

—¿Cómo dices? —replicó Macarena, retándole con la mirada.

—Nada, solo un apunte: que con la forma tan avinagrada que tienes de estar en el mundo seguro que detestas más de dos cosas...

Macarena frunció el ceño, bufó y después poniéndose en jarras respondió:

—Pues mira, sí, tienes razón, son cuatro las cosas que odio: a los groseros, a los cretinos, a los sinceros y los cursis. ¡Y tú las reúnes todas! Así que si no te importa, me voy que además de no soportarte tengo que abrir una tienda. ¡Vamos, Ro! —exigió a su hermana, tirándole del brazo.

—No hagas caso a mi hermana, ladra mucho pero no muerde nada... —bromeó zafándose del brazo de Macarena, porque no quería separarse de Guido por nada del mundo.

—Me lo he imaginado, tiene toda la pinta de que no folla desde hace lustros... —comentó Guido divertido.

—Seguro que no tantos como tú debes llevar sin usar el cerebro... —Macarena tenía ganas de seguir regalando dentelladas verbales a ese ser despreciable y vulgar que le dejaran para al arrastre por varios lustros, pero enseguida las reprimió porque era acusar el golpe y darle demasiada importancia, así que decidió dejarlo ahí y marcharse sin más.

Rocío escuchó cómo se alejaban los pasos de su hermana y un poco triste, susurró...

—Siento mucho que...

Guido posó el dedo índice sobre los labios que se moría por besar y luego se excusó:

—El que lo siente soy yo, tu hermana tiene razón.

Rocío sonrió tímidamente y después acarició con la yema de los dedos la mejilla del hombre al que también se moría por besar.

—Déjame que te vea —pidió ella, aunque por la voz supiera ya lo importante del hombre con el que sentía que iba a perder la cabeza. Luego, acercó los dedos hasta las cejas espesas de Guido que recorrió con suavidad...

Él cerró los ojos y sintió vértigo porque en ese instante supo que esa chica ciega iba a ser la única mujer capaz de verle de verdad...

# Capítulo 9

—¿De qué color tienes el cabello? —preguntó Rocío mientras acariciaba el cabello de Guido, corto pero un poco más largo y de punta por la parte de arriba.

—Una mezcla entre el color de los trigales en agosto y las melenas de los leones más fieros —respondió, dejándose acariciar extasiado.

Rocío se echó a reír y entonces Guido se preguntó si la chica habría visto alguna vez un campo de trigales o un león feroz. La respuesta la obtuvo al momento...

—Soy ciega de nacimiento pero he corrido entre trigales y he ido al zoo —explicó con una sonrisa gigantesca que a Bruno le provocó unas ganas infinitas de abrazarla—. Los he sentido, los he escuchado, los he olido... así que puedo hacerme una idea perfecta de cómo es tu pelo.

—¿Te gusta?

—Mucho, además sabía que eras rubio. Tienes voz de rubio.

—¿Y los ojos? ¿Mi voz te dice algo de mis ojos?

—Son del color de una mariposa azul —contestó Rocío, mientras seguía explorando el rostro de Guido con los dedos: la frente ancha, la nariz recta, el mentón fuerte, los labios gruesos... Y luego se paró.

—¿Por qué paras? —protestó Guido, temblando casi de deseo.

—Porque te estoy alterando demasiado —replicó divertida.

Guido se llevó instintivamente las manos a la entrepierna, como si eso pudiera ocultar lo que era más que evidente.

—¿También puedes percibir por mi voz si estoy empalmado? Y perdona que sea tan burro, pero es que estoy alucinado.

—Tu respiración te delata... —comentó Rocío, risueña.

—Perdóname. Es que es algo que no puedo evitar, tengo un miembro rebelde. Mi cerebro le está dando órdenes para que se comporte, pero hace lo que le da la gana...

—Me encanta. Adoro a los rebeldes.

—No le jalees, que de verdad que no respondo.

—No respondas. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Sexo salvaje en mitad de la calle? —bromeó Rocío encogiéndose de hombros.

—Sí, pero yo prefiero invitarte a un helado o a un paseo en moto...

—Vale —habló Rocío, poniéndose de pie—. Invítame a todo.

Guido se quedó perplejo, sin poder dejar de contemplarla fascinado y todavía sentado en el suelo.

—Cuando dices todo... —preguntó sin salir de su asombro—, ¿lo del sexo salvaje también va en el

lote?

—Sí, claro. Eso siempre —contestó tendiéndole la mano para que se incorporara.

Guido sintió que como tomara la delicada mano de la muchacha iban a terminar haciendo el amor sobre el asfalto que a esas horas estaba a punto de derretirse. Así que decidió ponerse de pie casi de un salto, que para algo llevaba meses entrenando duro para convertirse en un verdadero genio, y luego preguntó temiéndose que la chica quisiera dejar la invitación para otro momento y día.

—Te agradezco que me ofrezcas tu mano, pero de momento no la necesito.

Rocío sonrió y luego dijo:

—¿Te sientes mejor?

—Mejor que nunca. Oye... —carraspeó Guido, nervioso—, lo del paseo, el helado y...

—Todo lo demás.

—Sí, claro, todo lo demás... ¿Es para hoy?

—Por supuesto. No debemos dejar para mañana lo que podemos hacer hoy.

—Mira que tengo manía a ese refrán, pero gracias a ti acabo de descubrir que me fascina.

—¿A qué esperas entonces?

—¿No tienes que avisar a tu hermana de que te vas a perder un rato conmigo? A ver si se va a pensar que te he secuestrado...

—Te recuerdo que para ella eres el hombre que lleva lustros sin usar el cerebro. Dudo que tengas capacidad para organizar un secuestro medianamente decente.

—Pues me están viniendo a la cabeza miles de sitios en los que podría esconderte para hacer cosas indecentes... —Rocío rompió a reír y acto seguido Guido se disculpó avergonzado—: Tu hermana tiene razón soy rematadamente tonto.

—Mi hermana lleva un tiempo muy confundida —dijo Rocío, sacando el móvil del bolsillo trasero del pantalón corto—. Voy a decirle que estará fuera una hora para que no se agobie, aunque seguro que con este calor hasta las siete no van a llegar clientes.

Rocío marcó el número de teléfono de su hermana, mientras Guido muy ansioso preguntaba:

—¿Solo una hora?

—No puedo ausentarme más... —contestó encogiéndose de hombros y después llevándose el dedo índice a los labios para pedirle silencio—. Macarena... —habló en cuanto su hermana descolgó el teléfono—. Me voy a ir a dar una vuelta un rato con Guido...

—No. No puedes irte —exigió Macarena a gritos.

—¿Qué?

—Tienes a una legión de hombres suspirando por ti. No necesitas a este tío maleducado y machista para nada...

—Regreso en una hora —replicó, mientras Guido se llevaba la mano a la boca para evitar que se le escapara la carcajada.

—¿Te recuerdo que me acaba de llamar mal follada por decirle verdades como puños?

—Te recuerdo que solo soy ciega, lo he escuchado perfectamente, pero si no te hubieras marchado con tantas prisas Guido te habría pedido perdón...

—Uy sí, tiene que estar de un arrepentido —ironizó Macarena, ofuscada.

—Lo está. Aunque algo de razón no le falta: ¡estás estancada! Te has cerrado tanto para que no te hagan daño que debes tener el corazón lleno de moho, polvo, pelusas y mierda, mucha mierda.

—Ro, ¡te estás pasando! —soltó Macarena, muy ofuscada.

—Sonríe un poco a la vida, arriégate, ábrete, ventila las ventanas y saca de una vez la basura tóxica de tu corazón...

—¡Eso es lo mismo que le digo a mi hermano! ¡A estos dos tendríamos que juntarlos y llevarlos a un especialista para que les reciclaran los residuos nucleares que les reconcomen por dentro! —intervino Guido, que seguía con mucho interés la conversación.

—¿Qué dice ese escombros? ¡Tía, no me jodas que le tienes al lado! —exclamó Macarena, más cabreada todavía.

A Rocío lo de “escombros” le dolió porque Guido ya le estaba importando demasiado, por eso replicó:

—Le tengo donde me da la gana. Y vete a acostumbrándote porque vas a verle muy a menudo.

—¿Ah sí? —soltó Guido, entre asombrado y pletórico.

—Pobre iluso. Apuesto que no te va a durar ni tres tardes, como todos los que te tiras —habló Macarena, que todavía respiraba por la herida—. Mira, me da igual lo que hagas —mintió—, lo único que te pido que te quede claro es que no quiero volver a saber nada de esta gente ni de la bicicleta. ¿Estamos?

Rocío, harta de recibir órdenes de su hermana, contestó frunciendo el ceño:

—La tienda es de los tres, así que lo único que quiero que te quede claro es que no, que no estamos. —Y colgó, rezando para que Guido no hubiera escuchado lo de las tres tardes porque, aunque era cierto, con él tenía la corazonada de que podía ser diferente.

—Soy como tú —confesó en cuanto ella volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

—¿Te refieres a que los dos tenemos hermanos mayores insufribles? —preguntó Rocío echándose el flequillo a un lado.

—A eso y a que nos encanta... conocer gente. Mucha gente.

—Pero ahora estoy contigo. ¡Sácame de aquí! —pidió tendiéndole la mano que Guido tomó al instante.

Entonces, a él le asaltó una duda ¿podía llevarse a una chica ciega así como así?

—Perdona que te pregunte, es que es todo tan nuevo para mí pero ¿no necesitas bastón o perro-guía o algo?

Rocío negó con la cabeza y después le dijo apretándole fuerte la mano:

—Solo te necesito a ti...

# Capítulo 10

Feliz, por tener los brazos de Rocío rodeando su cintura y justo antes de arrancar, Guido preguntó:

—¿Quieres ir a algún lugar en especial?

—Estar subida en tu moto es de por sí muy especial —contestó Rocío con una sonrisa gigante—.

¡Llévame adonde quieras!

Guido quería llevársela a alguna playa perdida y no regresar en tres siglos. ¡Pero solo disponían de una hora! Así que mintió y dijo:

—Era por si tenías alguna heladería favorita...

—Me gusta el helado de frambuesa.

—No te lo vas a creer: pero tengo en casa el helado de frambuesa más delicioso que hayas probado nunca. Y no te lo digo porque quiera llevarte a casa, que también...

—¿El más delicioso? —preguntó Rocío arqueando una ceja.

El helado se lo había traído hacía un par de semanas Sofía, una azafata italiana con la que se veía de vez en cuando y que se desvivía por darle todos los caprichos.

—Mi helado favorito también es el de frambuesa y puedo asegurarte que el que tengo en casa es el mejor. Es de una heladería que se llama... —¿Cómo? No se acordaba, solo sabía que se lo traía Sofía en tarrinas enormes de una de las mejores heladerías italianas de la ciudad. El nombre se lo había repetido miles de veces, pero cuando se encontraba con Sofía lo que menos hacía era escucharla. Ahora se arrepentía porque habría quedado ante Rocío como lo que no era: un tipo exquisito.

—Tenemos poco tiempo, así que lo de tu casa me parece perfecto.

—¡Estupendo! ¡El truco del helado siempre funciona!

¿Truco? Rocío estaba ocho etapas más allá y no le importó confesarlo:

—Conmigo ya no te hacen falta, estoy en tu moto en calidad de enamorada.

Guido suspiró, se giró más todavía para ver bien a esa chica menuda a la que le quedaba un poco grande el casco que se habían puesto unas cuantas mujeres, y dio gracias al cielo porque por fin Rocío hubiera llegado a su vida.

—Pues yo tengo la barriga que no me cabe una mariposa más, así que abrázate fuerte que esto tenemos que celebrarlo...

Guido arrancó y condujo en dirección a Cibeles sin creerse del todo que la chica más maravillosa del planeta fuera detrás, aferrada a él muy fuerte y gritando: ¡Cómo mola! ¡Quiero másssssssssss!

Él sí que quería más, pensó. La quería a ella, la quería entera y la quería ya. ¿Sería capaz de aguantar los diez minutos que calculó que le quedaban para llegar a casa?

—Yo te llevaría a la playa, pero no me gustaría cabrear más a tu hermana —dijo cuando pararon

en el semáforo de la calle de Alcalá, a la altura del Círculo de Bellas Artes.

—Quiero sentir más, más libertad, más emoción, más locura, más riesgo... —replicó Rocío, sin dejar de abrazarle muy fuerte.

—¿Me estás pidiendo que le pise? ¿Te pone la velocidad? —preguntó fascinado porque esa chica era lo más.

El semáforo se abrió y Rocío respondió a gritos:

—¡Te estoy pidiendo que me lleves a tu cama!

—¡Ay estos hombres de hoy en día que no se enteran de nada! ¡Qué lacra hija mía! —exclamó una anciana que estaba en la acera dándose aire con un abanico amarillo.

Guido, con una erección que hasta dolía y con el corazón latiendo con fuerza, arrancó presto a cumplir con los deseos de su dama. ¿Se podía ser más afortunado?

De hecho era tan afortunado que incluso los semáforos de la Gran Vía se pusieron todos en verde para que pudiera llegar cuanto antes al paraíso...

—¿Queda mucho? —preguntó Rocío, ansiosa cuando ya iban por Callao.

—Casi hemos llegado —contestó Guido con unas ganas tremendas de parar y montárselo allí mismo en plena vía pública.

Pero no lo hizo, en su lugar respiró hondo y se metió por un laberinto de callejuelas que le condujeron a la puerta del garaje de la casa de sus padres.

—Ya hemos llegado, ahora solo hay que esperar unos segundos a que se abra la puerta del garaje.

—Supongo que vives aquí porque te queda muy cerca de los teatros...

—Vivo con mi hermano en Somosaguas, esta es la casa de mis padres que ahora están en la playa. Vengo de vez en cuando para regar... las plantas.

—Yo las riego en el taller...

Guido se giró, cuando a la puerta vieja y chirriante apenas le quedaba un poco para abrirse del todo, y soltó una carcajada casi al mismo tiempo que Rocío.

—Me temo que nos parecemos demasiado —concluyó Guido divertido, mientras se quitaba el casco—. ¿Sabes que llevo también unas Adidas Gazelle azules?

—Me lo he imaginado —respondió Rocío, entre risas—. Oye, la puerta del garaje la tenéis fatal. ¿Es muy viejo este edificio?

Guido alzó la cabeza, contempló el edificio y lo encontró diferente...

—Del siglo XIX, y te prometo que hasta ayer me parecía feo, anodino y gris, pero ¿puedes creer que ahora que lo miro lo encuentro encantador, mágico y elegante? Todo es un pálido reflejo de ti...

—susurró emocionado.

Rocío le tomó por los hombros, le trajo hacia sí y le dio un beso en la nariz.

—Perdona, quería besarte en los labios —musitó risueña.

—Eso tiene arreglo...



Guido la tomó por la barbilla, la alzó y la besó suavemente en los labios que se moría por probar desde la primera vez que los había visto.

Y cerró los ojos para ver de verdad, para ver como veía Rocío, para sentir y para respirar como ella, para ser uno de alguna forma.

Rocío enterró los dedos en el pelo de Guido y entreabrió los labios para alargar el beso que se hubiera hecho eterno si no llega a ser porque al momento apareció un vecino que también quería aparcar.

—¡Vaya por Dios! ¡Tiene que llegar ahora don Julián!—masculló Guido.

—¿Quién es don Julián? —preguntó Rocío mordiéndose los labios.

—Un vecino que debía llevar sin mover el coche desde 1850 o así —respondió en voz baja, mientras saludaba con la mano a su vecino—. Y justo tiene que salir de paseo hoy, el día de nuestro primer beso.

—Qué viene ¿con carruaje? —preguntó ella, divertida.

—Tiene un Mercedes de los años 60 que un día osé a rozar con el codo y me metió tal bastonazo que por poco no me rompió el húmero. Así que mejor no le hagamos esperar, voy a entrar rápido, aparco y nos tomamos el helado...

—Ah sí... El helado... Pero el beso hay que retomarlo en el ascensor...

Guido asintió eufórico, estacionó la motocicleta y, de la mano, se dirigieron al ascensor, donde no pasó nada porque cuando estaban ya dentro y con la puerta a punto de cerrarse, de repente apareció don Julián y la bloqueó con su bastón.

—Buenas tardes, jóvenes —saludó serio, mirándolos de arriba abajo con cierto desdén.

Ellos respondieron al saludo, le hicieron un hueco y acto seguido Guido pulsó el 5, para perder de vista cuanto antes a su vecino del quinto.

—Espero que no se le estén pasando ideas raras por la cabeza, joven —dijo el anciano a Guido, en cuanto la puerta se cerró.

—¿Ideas raras? —replicó Guido, perplejo.

—Sí, en el ascensor. Que nos conocemos joven Joselo.

—Me llamo Juanelo y mi comportamiento en el ascensor es ejemplar, cosa que no puedo decir de sus nietos que lo tienen todo rayado.

—¡Qué ignominia! ¡Y qué insolencia la suya! ¡No le estampo el bastón en la cabeza por respeto a la señorita! —exclamó ofuscado, aferrándose a su bastón.

—Oiga, que no me invento nada. ¡A las pruebas me remito! Mire lo que pone aquí —indicó señalando unas letras trazadas con un punzón o una llave en la parte de debajo de la puerta—: Telémaco. Su nieto es el único que tiene ese nombre en el edificio... y en el barrio —dijo conteniendo la carcajada.

El anciano le miró con desdén y luego dijo:

—Mi nieto no tiene una letra tan fea. Eso seguro que lo ha pintado usted...

—¿Yo?

El ascensor se paró entonces en el quinto piso y antes de abandonarlo Don Julián le advirtió a Guido con una mirada amenazante.

—Ojito con no subir derecho al séptimo, joven; porque se las tendrá que ver conmigo...

Luego, la puerta se cerró y Rocío susurró entre risas:

—Me parece que lo del beso vamos a tener que dejarlo para tu casa...

# Capítulo 11

—¡Me niego a que don Julián me gane la partida! —exclamó Guido, tomando a Rocío por la cintura y estrechándola contra él.

—¡Calla y dale al 7 antes de que ese viejo loco nos saque a bastonazos!

Guido pulsó el 7 y luego musitó sin dejar de abrazarla:

—Solo hay una manera de hacerme callar...

Rocío acercó los labios al cuello de Guido y lo besó de tal manera que lejos de hacerle callar lo que consiguió es que soltara un gemido que don Julián censuró dando unos cuantos bastonazos en la puerta del ascensor.

—*Shhhhhhh*.

Y volvió a besarle, pero esta vez fue peor. O sea, mejor, porque primero fue un beso y luego un mordisquito que a Guido le hizo gemir tan fuerte que al llegar al séptimo piso, no le quedó más remedio que abrir la puerta del ascensor y gritar para que don Julián le escuchara:

—¡Aaaaaaaaay está lumbalgia me mata! ¡Aaaaaaaaay!

—¡Truhán! ¡Golfante! ¡Malandrín! —gritó sofocado don Julián que terminaba de subir los últimos peldaños que conducían al séptimo piso—. ¡No hagas pasar por lumbalgia lo que es puro vicio y lascivia! —exclamó levantando su bastón.

—¿Qué hace usted aquí arriba? —preguntó Guido llevándose las manos a los riñones, poniendo cara de dolor y sujetando la puerta del ascensor con el pie.

—Proteger a esta damita encantadora. —Y ya en el descansillo y con la respiración entrecortada, don Julián le preguntó a Rocío—: ¿Está bien, señorita? ¿Se ha propasado con usted este rijoso?

Guido tomó de la mano a Rocío y salieron del ascensor.

—Estoy de maravilla, don Julián. De verdad que agradezco mucho su preocupación, pero quédese tranquilo que el joven es todo un caballero.

—¿Este pollo un caballero? ¡Señorita, su candidez dice mucho de usted, pero debo advertirle de que este pájaro es un zascandil, un tarambana, un trapisondista y un crápula! Si yo le contara las cosas que he visto desde mi ventana... Por aquí pasan una media de catorce vicetiples a la semana, créame que este joven no le conviene para nada. Pero tranquila, que aquí estoy yo para velar por usted, jovencita.

—¡Usted lo que tiene que hacer es dejar de ser tan cotilla y meterse en sus asuntos! —replicó Guido, cogiendo a Rocío por la cintura.

—¡Descarado! —dijo retorciendo con ambas manos la empuñadura de su bastón—. Porque está la dama delante que si no...

—Le agradezco mucho sus desvelos, don Julián —intervino Rocío con una sonrisa conciliadora—, pero le recuerdo que mi... prometido —se inventó el compromiso para ver si así se deshacían pronto de él— es artista de musicales. ¡Es normal que por aquí pasen personas del mundo del espectáculo!

—Rabialseras de todo pelaje y condición, señorita —contó don Julián, resoplando escandalizado—. ¡Usted es la primera damita que veo por aquí! Y he escuchado bien... ¿Prometido? ¡Pero si este badulaque no tiene ni palabra!

—Lo que no tengo en mi vocabulario son esas palabras de Atapuerca que utiliza para insultar —replicó Guido—. Siga, siga llamándome cosas raras que no le pillo ni una palabra...

—No hay nada más que decir. ¡Está todo de maravilla! —terció Rocío para librarse cuanto antes del anciano—. Hemos llegado sanos y salvos y ahora vamos a tomarnos un heladito de frambuesa. ¡Gracias por cuidarnos tanto, don Julián!

—¿Helado de frambuesa? ¡Por favor! ¡Es el favorito de mi señora! Un momento que la llamo para que suba... —Don Julián sacó el teléfono móvil del bolsillo y mientras marcaba Guido se llevaba la mano a la frente de la frustración—. Juana, ¿no te quejabas de que salimos poco? ¡Sube al séptimo que la prometida de Joselo nos invita a helado! ¡Vamos, date prisa! —Y colgó—. Enseguida sube mi esposa, vayamos nosotros preparando la merienda...

Guido, por supuesto, no estaba dispuesto a pasarse lo poco que le quedaba de tiempo para estar con Rocío compartiendo helado con el pelmazo de don Julián...

—Don Julián he invitado a un helado a mi prometida y tenemos poco tiempo. En apenas media hora tenemos que irnos —dijo con orgullo porque lo cierto era que la palabra “prometida” aunque la hubiera pronunciado Rocío de mentirijilla le había encantado—. Si quiere otro día nos lo tomamos tranquilamente, usted y yo... —*Dentro de mil años*, pensó Guido.

—En media hora se pueden hacer muchas cosas... —replicó el anciano clavando la mirada a Guido.

—Sí, pero quiero hacerlas con ella —aclaró el joven, con sorna.

—Yo también quiero hacer otras cosas, pero primero es la obligación y luego la devoción. Así que vamos, abra la puerta ¡y sin rezongar, que nos conocemos!

Bruno bufó y luego preguntó, harto de esa absurda situación:

—¿Me quiere explicar por qué estoy obligado a invitarle a un helado?

—¡Esta juventud! —exclamó echándose las manos a la cabeza—. Mire, joven, en resumidas cuentas se trata de una cuestión de cortesía, de respeto doble: a su prometida y a mis canas, también un gesto de buena crianza y, por supuesto, de buena vecindad. ¿Le parece poco?

Guido se encogió de hombros y luego concluyó:

—Usted quiere volverme loco. ¿Es eso, no?

Como Rocío sabía que ya era imposible librarse del anciano, decidió que lo más sensato era entregarse a lo inexorable:

—Amor —habló, melosa, cogiéndole por el brazo— tomemos el helado con tu vecino, que nosotros tenemos toda la vida para hacerlo...

A Guido las cinco últimas palabras le provocaron una súbita erección que estuvo a punto de tirarle al suelo, solo de imaginarse lo que debía ser pasar toda la vida haciéndolo con esa muchacha que le ponía como ninguna.

—Lo sé, mi cielo. Pero estoy enamorado —atinó a decir— y te quiero solo para mí...

—¡Pues eso sí que no! —exclamó una voz aguda, de mujer, que se escuchó de repente desde la escalera.

—Es mi señora —informó don Julián, con un rictus de asco en la boca.

—¡Soy yo! Juana Carrascosa ¡ya estoy aquí! —se presentó en cuanto puso un pie en el descansillo.

Doña Juana era una mujer gruesa, de escasa estatura, ojos saltones y un rictus de amargura eterna en la boca.

Don Julián le presentó a los chicos y de nuevo le ordenó a Guido alzando el bastón:

—¡Abra la puerta de una vez, que es un zurumbático!

—¡Y un ladrón de ideas! —apuntó la señora Carrascosa señalando a Guido con el dedo índice bien estirado.

—¿Zuru qué? ¿Eso qué es? ¿Cagado? ¿Me está llamando acojonado? —preguntó Guido con la vena del cuello hinchada.

—No, cariño, no —susurró Rocío acariciándole la espalda y sin tener ni idea de lo que le había llamado el anciano.

—¿Y usted qué dice, señora? Que robo ¿qué? —replicó Guido, desesperado. *¿Por qué burla del destino en vez de estar abrazado a Rocío estaba discutiendo con la Carrascosa?*

—Ideas, robas ideas como hacía Einstein, que por lo visto según cuentan en Internet se apropiaba de las ideas de los demás —respondió la vecina Carrascosa—. ¡Como haces tú! ¿O te crees que no me he dado cuenta de que nos has copiado el tendedero del Ikea? Pero la cosa no queda ahí, por lo que acabo de escuchar también ¡eres un egoísta que no te quieres más que a ti mismo! ¡Como Einstein, que también he leído que era un ser deplorable que sabía muy poco del amor!

—¡Señora, qué obsesión tiene con Einstein! ¡Ni que fuera un antiguo novio! —soltó Guido, atacado de los nervios.

Para distender un poco el ambiente y para no partirse de risa allí mismo, Rocío intervino diciendo:

—¿Pasamos y nos tomamos los heladitos?

La señora Carrascosa puso la boca en forma de U y cruzándose de brazos contestó:

—Estoy a dieta de toda la vida, señorita. Y el joven Joselo lo sabe como lo sabe toda la comunidad.

—Lo desconocía, pero ahora entiendo lo suyo con Einstein y todo lo demás... ¿Sabía usted que la lechuga en grandes cantidades es alucinógena?

—Yo solo sé que tú lo que quieres es invitarme a helado para tentarme, provocarme y conseguir

que me ponga como el resto de focas que habitan en esta comunidad.

—¡Joselo es usted maquiavélico! —le espetó don Julián retorciendo la empuñadora de su bastón.

—¡Ya quisiera! —exclamó doña Juana, dando un manotazo al aire—. ¡Este es un tontaina, un mero títere de las lagartas que pululan por aquí! ¡Vámonos de aquí, Julián! ¡Huyamos de esta pandilla de envidiosos...!

Doña Juana tiró del brazo de su marido y, cuando ya se perdieron escaleras abajo, Guido estuvo a punto de gritar de felicidad. ¡Al fin estaban solos!

# Capítulo 12

Rocío entró en la casa de la mano de Guido, que en ese momento le estaba describiendo todo lo que salía a su paso. Sin embargo, a ella solo le interesaba una cosa:

—¿Sigues teniendo tu habitación?

—¡Por supuesto! Uno nunca sabe cuándo a Bruno se le pueden cruzar los cables y condenarme al destierro...

—Y este destierro es durísimo, céntrico, acogedor, amplio, soleado... —ironizó Rocío mientras caminaban por un largo pasillo.

—Comparado con la casa de mi hermano, créeme que es muy duro. Aquí tengo que hacer la compra, cocinar, planchar...

—Ya. Por eso solo vienes a regar las plantas.

—Porque no te conocía, ahora todo va a ser distinto —susurró Guido al oído de Rocío, cuando ya estaban en el umbral de la puerta de su habitación.

Guido abrazó por detrás a Rocío y la besó suave en el cuello...

—Ya es distinto —replicó ella, que se dio la vuelta y le dio un beso intenso y largo en la boca, que les dejó sin respiración.

—¡Esto se avisa! —exclamó Guido un poco mareado, mientras se abanicaba con la mano.

*¿Ahora qué hacía? ¿Lo que verdaderamente estaba deseando que era empotrarla contra la pared repleta de sus viejos carteles de musicales de Broadway o se comportaba como un tío formal y se la llevaba al salón al tomar el helado?*

—¿Te sientes mal? —preguntó Rocío preocupada por si se desvanecía otra vez. ¿Por qué no abres las ventanas?

—He conectado el aire acondicionado en cuanto hemos entrado.

—Entonces ¿qué te pasa? Te encuentro raro, respiras raro, te siento raro...

Guido creyó que lo mejor era decir la verdad porque esa chica era tan sensible que se percataba de todo:

—Tranquila que solo es un acaloramiento súbito por un exceso de deseo —confesó tomándola por la cintura y estrechándola contra su erección—. Me gustas mucho, Rocío. Demasiado. Y no sé qué hacer para no pifiarla...

Rocío soltó una carcajada y sin entender nada preguntó:

—¿Por qué la vas a pifiar?

—Porque desde la primera vez que nos vimos solo pienso en sexo. Contigo claro. Sexo. Mucho sexo. Tú y yo. Pero también quiero enseñarte mi habitación, contarte anécdotas patéticas de mi vida y

tomarnos el helado juntos. Y de verdad que no sé qué hacer. Entiende que soy un chico rudimentario, básico, casi de las cavernas y te soy sincero: me estoy agobiando —habló revolviéndose el pelo con la mano.

—Y además solo disponemos de 20 minutos —dijo Rocío entre risas—. No te tortures que no eres nada básico, esta situación es muy compleja.

—Para mí es completamente nueva. Yo nunca me como el coco con estas cosas, voy a lo que voy, pimpampum y fuera. Pero contigo quiero pimpam, pero no quiero pum... ¿Entiendes? —susurró mordiéndose los labios.

—Perfectamente —contestó Rocío, al tiempo que acariciaba la mejilla de Guido con el dorso de la mano.

Y había contestado “perfectamente” porque a ella le estaba pasando lo mismo...

—Entonces, tal vez voy a tener suerte y quizá también entiendas que me angustia que mis ganas inmensas de hacer el amor contigo te asusten y salgas corriendo a pedir ayuda a don Julián.

—Ah, no. ¡Don Julián, no! ¡Eso sí que no! Tranquilo que no me voy a ir —Rocío cogió la mano de Guido y le pidió para que se relajara—: Cuéntame cómo es tu habitación...

—A mí esto de las descripciones no se me da nada bien. En el colegio lo pasaba fatal para escribir la redacción de “Mi maceta”.

—Genial, porque a mí me aburren las descripciones minuciosas. Dame cuatro pinceladas de lo que ves, pero solo las cosas que son importantes para ti, para hacerme una buena composición de lugar.

Guido respiró hondo, apretó la mano de Rocío y dijo:

—Soy más de brochazo que de pincelada, pero lo voy a intentar. Ven, pasa...

Los dos se adentraron en la habitación y Rocío susurró:

—Huele a ti. ¿Cuánto tiempo llevas usando Fahrenheit?

—Creo que desde que empecé a robársela a mi padre, en mi más tierna infancia, para que me desearan todas las niñas de mi clase y la profesora, por supuesto. —Y tras decirlo, arrugó la nariz y preguntó—: ¿Por qué contigo solo puedo decir la verdad?

—Porque sabes que te leo... ¿Para qué fingir? —replicó encogiéndose de hombros.

—Fingimos demasiado. Fingimos que estamos bien, que no nos duele, que no nos importa... Joder, Rocío, ahora me estoy poniendo profundo. ¿Qué estás haciendo conmigo? De verdad que te juro que soy de pimpampum, yo jamás he sido un tío de esos que se tiran tres horas hablando para que les haga efecto los *gin tonics*, las drogas o la Viagra. Yo voy a tumba abierta, no me hacen falta accesorios ni parafernalias. Pero contigo...

Rocío le abrazó, lo besó otra vez, largo y lento, mientras sus manos se perdían por debajo de la camiseta... ¡Ese hombre era un amasijo de músculos bien puestos!

—Es diferente porque te fulmino con mis besos... —susurró Rocío, risueña, con los labios pegados a los suyos; después de darle un beso espectacular.



Después del beso, Guido suspiró profundo y exclamó:

—¡A ver cómo te describo mi habitación con la borrachera de amor que tengo encima!

—Empieza por la cama... —sugirió Rocío con una mueca graciosa.

—¡Un espanto! Mi madre se equivocó y la compró de 1,90 y de viscolástica, así que se me salen los pies, me hundo en el colchón, en verano me da calor...

—Déjame probar.

Guido condujo a Rocío hasta la cama en la que se sentó y habló divertida:

—¡Qué exagerado eres! ¡La encuentro perfecta!

Rocío se tumbó dejando los pies fuera y a Guido por poco no le dio algo cuando vio a esa mujer preciosa en su cama, en la cama que no había compartido jamás con nadie, porque lo más lejos adonde le habían llevado los arrebatos con sus conquistas era al sofá amarillo del salón.

—Tú sí que eres perfecta —musitó extasiado.

—Ven, tumbate —pidió ella, haciéndole un hueco y dando unos golpecitos con la mano al colchón.

A Guido le entró de nuevo la angustia porque su abuelo decía que las prisas nunca eran buenas y él quería que todo saliera bien con Rocío. Por eso, replicó ansioso:

—Creo que es mejor que te siga describiendo la habitación desde aquí.

—Pues yo creo que no —dijo Rocío tirando de la mano de Guido, primero suave y luego, como el chico permanecía hierático, con mucha más fuerza, tanta que consiguió desestabilizarlo y que cayera en la cama sentado.

—Esto es lo más peligroso que he vivido nunca —confesó muy nervioso.

—¿Te vas a quedar ahí sentado? —inquirió Rocío, a la vez que tiraba del brazo de Guido para que se tumbara.

—¿Y qué les contaremos a nuestros nietos? ¿Que nos metimos en la cama en nuestra primera cita? ¡No creo que sea muy ejemplar! —exclamó Guido, tumbándose junto a ella.

—Abrázame... —pidió Rocío a la vez que colocaba la cabeza en el pecho de Guido.

—Qué difícil es esto para mí —protestó estrechando a Rocío entre sus brazos.

—Tienes unos brazos perfectos para abrazar —comentó ella, acariciando los fornidos brazos de Guido.

—Es que llevo cuatro meses levantado pesas para lograr los músculos del genio de la lámpara. Normalmente, tengo otros brazos... Quiero decir estos mismos pero menos musculados... Oye y antes de que siga diciendo tonterías, ¿ahora qué hacemos?

—Abrázame. De momento, solo abrazame...

# Capítulo 13

Y se abrazaron y solo se abrazaron hasta caer en un sueño profundo del que le despertó *Una vaina loca*, la melodía que tenía en el teléfono Rocío para identificar las llamadas de su hermana.

—¿Está sonando *Una vaina loca* o estoy soñando que estoy abrazado a la mujer de mi vida mientras suena la canción de mis pesadillas?—preguntó Guido, medio dormido todavía.

—No sueñas. Estoy aquí y está sonando mi móvil. ¡Es mi hermana! Oda esta canción con toda su alma —exclamó Rocío, cogiendo el teléfono que se había deslizado del bolsillo de su pantalón trasero y se le estaba clavando en el riñón.

—Pues ya tiene sus años la canción... Oye... y... ¡No lo cojas! Si no habrán pasado más que diez minutos. Nos damos un abrazo final y nos vamos a la tienda.

—¡Tengo que cogerlo! Si llama es porque está preocupada, me necesita o ha pasado algo.

—¡A lo mejor es que ha llegado la bicicleta de mi hermano! —concluyó Guido entusiasmado.

—Ni lo sueñes. Lo más probable es que en mi ausencia haya anulado el pedido, tiene que llamar para otra cosa.

—No descuelgues y llámala en cinco minutos, por favor... —susurró Guido que, al acercarse a Rocío para besarla, se percató de la hora que era—. ¡Ay Dios, que son las ocho y media de la tarde! ¿Llevas el teléfono con horario de España? —preguntó Guido, preocupado.

—No. Llevo el horario de Kuala Lumpur —ironizó nerviosa, mientras seguía *La vaina loca* sonando—. ¡Pues claro que llevo el teléfono en hora! ¿Cómo hemos podido estar durmiendo tantas horas? ¡En la vida me he echado una siesta tan larga!

—¡Yo sí! ¡Te levantas de un humor de perros, con muchísima hambre y sin ganas de nada! ¡Pero hoy es diferente! ¡Hoy soy tan *feliuuuuuuuuiz* que acabo de descubrir que amo *La vaina loca*! —Y se puso a cantar acompañando a la melodía del teléfono—: *Ella me descoloca cuando estamos a solas. Cuando yo siento eso es una vaina ratataaaaaaaaaa*.

Rocío se echó a reír, a pesar de los nervios y luego habló:

—¡Mi hermana tiene que estar atacada! ¿Y ahora qué le digo? ¿Qué excusa le doy?

Guido se echó el pelo hacia atrás con la mano y confesó ansioso:

—¡*La vaina loca* no me deja pensar! ¡A ver si se calla de una vez y puedo urdir algo creíble para ti y para mí! ¡Tenía ensayo con los chicos de la obra esta tarde! ¡El director me mata!

—¡No hay tiempo para pensar! ¡Hay que ser valiente! ¡Lo voy a descolgar y que sea lo que Dios quiera!

—Espera un segundo, si no debe quedar nada para que *la vaina* calle... —apuntó Guido, pero Rocío no quería esperar más.

—Sí, Maca, dime. ¿Cómo va todo? —descolgó el teléfono fingiendo normalidad, como si no llevara cuatro horas perdida.

—La que debería hacer esa pregunta soy yo. ¿No crees? —replicó Macarena con un tono de voz muy cortante.

—Es que verás... Sí... Verás... Mi idea era volver rápido a la tienda, pero... ha sucedido algo... —balbuceaba a ver si se le ocurría algo creíble—. Algo que ha sido... Es que no te lo puedes ni imaginar... Es... Una cosa que...

—¿Tía, de qué estás hablando? ¿De su polla? ¿Tan grande la tiene que sigues impresionada? —soltó más antipática todavía.

—¡Qué zafia eres, hermana!

—Si llevaras unas horas angustiada por no saber dónde está tu hermana, a saber cómo estarías...

Rocío se sintió tan culpable que solo pudo decir la verdad:

—Lo siento. Me he venido a casa de Guido y nos hemos quedado dormidos... ¡Debe ser el calor!

—Ya sí, el calor. ¿Y no puedes avisarme para decirme que hace calor y que te vas a quedar durmiendo?

—¿Cómo te voy a avisar si nos sobrevino el sueño de repente?

—Rocío que no cuele. Nosotros vamos a cerrar ya...

—Mañana cógete la tarde libre, en compensación.

—No, gracias. Tengo que sacar un negocio adelante.

—¿Me estás llamando irresponsable? ¡Te he contado lo que nos ha sucedido! ¡Nos hemos quedado dormidos sin más!

—Me da igual lo que hayas hecho con ese cromañón. ¿Nos vemos más tarde en casa o te va a dar otro ataque de modorra súbita? —preguntó Macarena con sorna.

—Luego voy, sí...

—Si no vas a venir, al menos manda un wasap entre sueño y sueño. Adiós.

Macarena colgó y Guido se abrazó a ella de nuevo:

—¿Está muy enfadada? —preguntó dándole un beso en la mejilla.

—No se cree que nos hayamos quedado dormidos.

—Y qué sueño más profundo. He soñado con un bosque y un lince... —dijo Guido besándola en el cuello, muy suave.

—Es el lince que viene a veces a mis sueños... Ha debido saltar de mi mente a la tuya.

Guido se incorporó un poco, se quedó mirándola fascinado y después preguntó:

—¿Ves en sueños?

—No. En los sueños siento, huelo, toco, escucho... Una vez estando en un bosque apareció un lince y aunque estaba lejos, pude sentirlo...

—¿Y sueñas mucho con el lince? —preguntó mientras Rocío se peinaba hacia un lado el flequillo

con la mano.

—A veces... —susurró.

—¿Por qué habré soñado con él? ¿Habré entrado en tu mente?

—Seguro que sí. Por eso te has encontrado con el lince que habita por aquí —respondió divertida, señalándose la frente con el dedo índice.

—Me encantaría poder estar aquí, algún día... —confesó poniendo la mano sobre el corazón de Rocío.

—Ya lo estás —replicó Rocío colocando la mano sobre la de Guido.

Guido tuvo que respirar hondo para no hiperventilar y luego siguió con las confesiones:

—Hoy ha sido la vez que he estado más dentro de alguien. ¿Me estaré volviendo un místico?

Rocío besó a Guido en los labios, suave, Guido la estrechó contra él y sucedió que...

—Místico y carnal. Tienes las dos facetas —bromeó Rocío que estaba sintiendo cómo la tremenda excitación de Guido presionaba su pubis.

—Perdóname. Sé que no es muy romántico que me empalme en este momento —se excusó.

—Te equivocas, es muy romántico —replicó Rocío poniendo la mano sobre la erección de Guido.

Él soltó un gruñido de placer y de nuevo le entró miedo a estropearlo todo si se dejaba guiar por sus instintos...

—Tengo miedo a pifiarla por completo, pero me muero por hacer el amor contigo —dijo tomando a la chica por las caderas y estrechándola más contra él.

—Y yo. Además pase lo que pase será nuestro secreto —habló desabrochando los *jeans* de Guido.

—Y no siempre se ha de tener un comportamiento ejemplar... —replicó Guido, haciendo lo mismo con los de ella.

—Es hasta conveniente no tenerlo de vez en cuando...

—Tienes razón, toda la razón...—musitó Guido, justo antes de besarla con fuerza, bajarle los pantalones y la ropa interior y arrebatarse la camiseta del tirón.

Ella hizo lo mismo y ya desnudos, volvieron a besarse hasta que Guido no pudo más, cogió un preservativo de la mesilla de noche, lo abrió y se lo puso.

Después la sacó de la cama en sus brazos fornidos de genio de la lámpara y como había deseado desde el primer momento que la había visto, hicieron el amor contra la pared repleta de carteles de musicales.

Hubo saliva, sudor, pasión, deseo, locura y sobre todo amor...

—Porque mira que es bonito follar con amor... —susurró Guido, con los labios pegados a los de Rocío, justo después de tener el mejor polvo de sus vidas.

# Capítulo 14

Guido se ausentó unos instantes de la habitación, después de dejar a Rocío de nuevo en la cama y regresó al momento con dos bols colmados de helado de frambuesa.

—No te puedes ir de mi casa sin probar el helado. Toma. Te va a encantar —dijo Guido, tendiéndoselo.

Rocío se incorporó y tomó el bol con una sonrisa enorme.

—Nadie se va a creer esto, pero me da igual. ¿Hay algo más bonito que encontrarse, reconocerse y amarse? —preguntó él, sentándose al lado de Rocío.

—A mí no me preocupa en absoluto lo que piensen los demás. Llevo toda la vida guiándome por lo que siento, no por lo que sea razonable a los ojos ajenos. Mis ojos están en el corazón y sé lo que están viendo —explicó después de probar el helado—. *Mmmm* tenías razón, este helado es el mejor que he probado nunca...

Guido se acercó a Rocío y la besó en los labios un par de veces, con voracidad:

—Tú sí que eres lo mejor que he probado nunca.

Rocío sonrió encantada, después suspiró y dijo:

—Nuestros sentimientos están claros, pero tenemos que resolver el asunto de nuestros hermanos...

Guido se tomó un cucharón de helado y luego preguntó:

—¿No dices que no te preocupa lo que piensen los demás?

—Quiero decir que no me asusta la velocidad, ni el vértigo, ni la intensidad de esto que nos está pasando. Pero a los demás les va a costar un tiempo digerirlo... Sobre todo a mi hermana... que te recuerdo que os detesta a tu hermano y a ti.

—Tenemos que liarlos, es la única manera de quitarnos el problema de encima.

—¿Liarlos? —inquirió con la cucharilla en alto—. Mi hermana está cerrada al amor. Tuvo una mala experiencia y todavía sigue con eso enquistado. Aparte de que tu hermano no es su tipo para nada...

—Tu hermana tampoco es su tipo. Debería teñirse de rubia y presentar un perfil más madrastrón. Y mira que tu hermana es antipática, pero todavía tendría que subir siete niveles más para ser del agrado de mi hermano.

—Lo veo muy complicado —habló Rocío mientras cogía otro trozo de helado—. Mi hermana es buena chica, dudo que pueda alcanzar ese nivel...

—Entonces entenderá lo que nos ha sucedido y no le quedará más remedio que verse las caras con mi hermano en los acontecimientos familiares: nuestra boda, el bautizo de nuestros hijos, los cumpleaños, las graduaciones... —comentó Guido, muy serio.

—Si no estuviera sintiendo lo mismo que tú, ahora mismo pensaría que eres un chiflado —dijo Rocío entre risas, sin parar de devorar el helado.

—Es que eso. Estas cosas se sienten o no. Y yo ya no quiero separarme de ti nunca más. —Guido miró a Rocío embelesado y la volvió a besar otra vez.

—Yo tampoco —susurró Rocío—, pero van a tardar en tomarnos en serio. Cuenta con eso... y más con nuestros antecedentes.

—Mi abuelo me ha exigido que no te haga daño, pero yo no he jugado nunca con los sentimientos de ninguna mujer. No al menos conscientemente... —se sinceró Guido, llevándose la mano al pecho—. Si pudieras ver mis ojos te daría cuenta de que... —Y tras decir esto, Guido se mordió los labios y temió haberla molestado.

—No imaginas lo que me gustaría poder mirarte a los ojos, pero no me hace falta verte para saber que tus palabras son sinceras. Creo en ti, Guido —Rocío cogió la mano de Guido y entrelazaron los dedos.

—No te voy a fallar, Rocío. Nunca —aseguró besándola en el cuello—. Y sé que nuestro entorno no va a entender nada, pero a largo plazo no les quedará más remedio que rendirse a la evidencia de nuestro amor.

—Ni yo te voy a fallar a ti. Eso sí, me encantaría que nos lleváramos todos bien y de verdad que voy a hacer lo que esté en mi mano para que tu hermano tenga lo antes posible la bicicleta.

—¡Me da igual la bicicleta! Lo único que me importa eres tú... ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—¿La noche entera? —quiso saber Rocío, emocionada.

Guido asintió con la cabeza, ella cogió el móvil que descansaba en el suelo y dijo:

—Voy a decirle a mi hermana que dormiré fuera: por nada del mundo me perdería nuestra primera noche juntos... —Y tras enviar el mensaje, silenciar el teléfono y dejarlo otra vez en el suelo, aclaró—: Pues a mí la bicicleta sí que me importa. Gracias a ella, estamos comiendo helado de frambuesa juntos y desnudos, después de habernos fusionado al máximo.

—Eres la chica más valiente que he conocido nunca.

Rocío se encogió de hombros y luego habló mientras acababa con su helado:

—No voy a perderme esto por miedo o porque estemos yendo demasiado deprisa.

—Nosotros somos trenes de alta velocidad. Nuestro ritmo es este. Y es único. Es el nuestro. En la vida me he fusionado así con alguien en todos los niveles —Rocío asintió, mientras Guido terminaba de rebañar los últimos restos del helado—. Y tampoco tengo miedo. Soy feliz porque he entrado en tus sueños, porque he visto a tu lince y porque me ha fascinado hacer el amor contigo. No me asusta la intimidad, ni sentirme vulnerable, ni que me veas tal cual soy: una calamidad de tío, pero estoy aquí dispuesto a dártelo todo... —Guido terminó su helado, dejó el bol en el suelo y después apoyó la cabeza en el muslo de Rocío que seguía sentada, aferrada al bol de helado.

—Yo tampoco es que sea una chica perfecta.

—No imaginas cuánto me aburren las chicas perfectas... —confesó Guido besando sus muslos.

—No imaginas lo que me gustan los chicos calamitosos... —susurró mientras Guido ascendía con los besos hasta justo ese punto en el que tuvo que gemir y dejar el bol al lado de la cama—. Y más si sigues haciendo eso...

—No voy a parar de hacerlo.

Guido se perdió entre los muslos de Rocío y ella se dejó llevar, lejos pero muy lejos...

El chico calamitoso dominaba el arte de dar placer a la chica imperfecta que ahogaba los jadeos con la almohada para evitar que los vecinos llamaran a la policía para denunciarlos por exceso de felicidad. Aquello era el paraíso.

Y cuando Guido terminó, siguió Rocío... Y luego abrieron una botella de champán, regalo de una vicetiple perfectamente aburrída, y se la bebieron entre risas y confesiones...

Después volvieron a hacer el amor y allá por las cuatro de la mañana les entró un hambre tremenda y Guido trajo unas Petits Beurre, unas galletitas que dejó otra chica perfecta, y que se comieron muertos de risa en la cama...

Y como ya era muy tarde y era absurdo perder el tiempo durmiendo, volvieron a besarse y a olvidarse de que afuera había un mundo que los estaba esperando en cuanto amaneciera.

Porque amaneció a pesar de que ellos creyeron parar el tiempo esa noche. Y puede ser que lo pararan durante un rato, pero el caso es que a las ocho de la mañana se despertaron después de haber dormido apenas una hora, con las cabezas en los pies de la cama, los pelos revueltos y los cuerpos enredados.

—Como sean más de las diez de la mañana, mi hermana me mata... —Fue lo primero que dijo Rocío con una sonrisa enorme.

Guido estiró la mano, cogió el móvil de Rocío que estaba en el suelo en su lado de la cama y vio que solo eran las ocho de la mañana.

—Son las ocho. ¿Nos da tiempo a desayunar algo que tenga por ahí?

—Por ahí solo tienes champán... —contestó Rocío, feliz—. Mejor lo dejamos para otro día.

Guido abrazó a Rocío muy fuerte, respiró hondo y exclamó:

—Eres preciosa.

—Todavía no me has visto dormir con la férula de descarga puesta —replicó risueña.

—Seguro que me enamoro más. No sé qué he hecho para merecerte, pero solo puedo decir: gracias Señor, gracias. Prometo que seré bueno y que sabré estar a la altura de tamaña bendición.

—Lo de la bendición no sé yo, pero sí tú lo dices...

—Lo digo. Además anoche dijiste que crees en mí ¿o ya has cambiado de opinión? —preguntó Guido con el ceño fruncido.

—Creo, creo... —contestó Rocío entre risas.

—Pues eso, créeme cuando te digo que eres un sueño...

# Capítulo 15

Después de dejar a Rocío en su casa, Guido se marchó a la suya y se metió en la cama para soñar con ella. Sin embargo, soñó poco porque a los quince minutos llamó su hermano, que no estaba precisamente contento:

—Gandul son más de las diez ¿qué haces todavía en la cama? —preguntó ofuscado, desde un taxi de Frankfurt de camino a una reunión.

Guido gruñó, se restregó los ojos y contestó de mala gana:

—¿A ti qué te importa? No tengo por qué darte explicaciones.

—No me hacen falta tampoco: ¡no hay más explicación que tu vagancia! —ladró con la vista perdida en las calles repletas de gentes de bien, que se levantaban cuando había que hacerlo y que tenían vidas ordenadas y responsables. *¿Por qué no podía haberle tocado como hermano a cualquiera de ellos y no ese parásito que estaba a punto de sacarle de sus casillas?*

—Mira tío, voy a colgar, hoy no estoy para escuchar tus chapas matutinas de Don Perfecto Amargado —protestó Guido, enterrando la cabeza en la almohada.

—Ayer te estuve llamando hasta que me acosté.

—Tenía el teléfono sin batería, de todas formas: tenía asuntos más importantes entre manos que atender tus llamadas.

Bruno gruñó, porque la actitud de su hermano le parecía el colmo de la cara dura y la insolencia. *¡No podía consentirlo! Había llegado la hora de pararle los pies y dejarle las cosas bien claras:*

—Pues mira tú por dónde te acabas de convertir en mi prioridad.

—¿Ah así? —replicó Guido, retándole.

—Cuando llegue a Madrid voy a ponerte de patitas en la calle. ¡Por listo! ¡Se te acabó el zanganeo!

En otro tiempo, la respuesta de su hermano le habría hecho entrar en pánico, pero con Rocío ya en su vida todo le daba lo mismo.

—Me da igual, Bruno. ¡Soy feliz! —replicó soltando un suspiro.

—¿Te da igual decir adiós a tu vida regalada? ¿A la nevera llena? ¿A la piscina? ¿A la moto? ¿A la ropa limpia y planchada?

—¿A quién le interesan las minucias materiales cuando ha tocado el cielo con los dedos? —replicó emocionado, solo de recordar a Rocío.

—¿A ti qué te pasa? ¿Has sufrido una conversión rápida? ¿Te has hecho budista de repente o qué? —bufó cada vez más enojado.

Guido suspiró y luego soltó pletórico:

—¡Me he enamorado!



A Bruno la respuesta de su hermano tampoco le extrañó demasiado ya que se pasaba el día diciendo estupideces y esta se lo tomó como la última de ellas. Lo único que le preocupaba llegados a este punto era una cosa:

—¿Tu atontamiento súbito no tendrá nada que ver con mi bicicleta? —preguntó temiéndose lo peor.

—Tiene todo que ver, hermano. ¡Gracias a ti, he conocido al amor de mi vida! ¡Tienes que ser testigo en mi boda! ¡Dime que sí! ¡Dime que sí!

A Bruno por poco no se le cayó el teléfono de la mano de la impresión y un único pensamiento cruzó su mente a la velocidad del patinador loco que acababa de pasar a su lado, mientras estaban parados en un semáforo: *¿se podía ser más botarate que Guido?*

—¿Te has liado con Macarena Aranda? —Bruno se revolvió en su asiento y luego bufó—: ¡Te ordené que le pidieras al abuelo que arreglara el asunto de la bicicleta, no que te enredaras con la bruja de la dueña! —Y tras resoplar y antes de que a Guido le diera tiempo a responder nada, una lucecita se iluminó en su mente: *¿y si su hermano no era tan tonto como parecía?*

—Te equivocas, tío. Eso no es así... —replicó Guido, estirándose.

Bruno esbozó una sonrisa perversa, sus ojos chispearon de puro goce solo de pensar en que la maquiavélica estrategia de su hermano era brutal. *¡Enamorar a la raspa de Macarena, conseguir la bicicleta y luego mandarla a paseo! ¡Y bien lejos!*

Desde luego que era un plan perfecto, pensó relamiéndose de gusto, paladeando su deliciosa victoria, disfrutando de los pequeños rayos de sol que empujaban detrás de las nubes y que teñían las calles de Frankfurt de un precioso color melocotón.

—Cuéntame, querido hermano, soy todo oídos —pidió repantigándose en el maravilloso asiento de cuero del Mercedes que le llevaba a su destino.

—¿De verdad que te interesa mi historia? —preguntó Guido sorprendido, mientras doblaba la almohada para colocársela debajo del cuello.

—Sí, claro. Muchísimo... —dijo salivando de la emoción de tener a esa insoportable mujer contra las cuerdas.

—Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida...

—La verdad es que es un placer poner a la gente en su sitio —apostilló Bruno, orgulloso de la ocurrencia de su hermano.

—Pues sí. Ella me ha puesto en mi sitio, pero bien puesto.

Bruno frunció el ceño y agitó un poco la cabeza ¿había escuchado bien?

—A ver, explícate mejor...

—Un flechazo que me ha vuelto del revés, mi mundo ha cambiado por completo, soy otro, soy de ella.

Bruno se llevó la mano libre a la frente y, tras respirar hondo, soltó:

—¿Qué dices, insensato? ¿Cómo vas a ser de esa bruja?

—¡De la bruja, no! ¡Soy de la hermana! La bruja te la dejo a ti, su hermana dice que tiene un gran corazón... Creo que haríais muy buena pareja...

A falta de poder hacerlo con el cuello de su hermano, Bruno estrujó el móvil y luego espetó:

—¿Quién te manda a ti ir a la tienda? ¡So botarate!

—El destino. El abuelo me dijo que llamara, yo escuché su voz y caí rendido de amor para siempre. Qué voz... y qué todo. Es mi musa, mi dama, mi princesa... ¡Bruno soy tan feliz!

Bruno miró por la ventana y deseó que *las nubes de mierda se volvieran negras y gordas y que cayera una gran tormenta que le hiciera olvidarse de todo.*

—¡Despierta, imbécil! —exclamó furioso—. La hermana debe ser otra bruja disfrazada de sirenita encantadora, que te ha embaucado con sus cantos. ¡De ahora en adelante lleva unos puñeteros tapones de cera en el bolsillo! ¡Espabila y dime que al menos has logrado que me traigan la bicicleta para el sábado!

—Tío, en pleno delirio de amor ¿cómo iba a estar hablando de tu bicicleta? Estaba a lo que estaba... que era amarla con todo mi ser —dijo llevándose la mano al pecho, presa de una emoción incontenible.

Bruno estaba a punto de vomitar el desayuno continental que se había tomado hacía unas horas en el hotel en el que había pasado una noche pésima.

—Tú eres un mamarracho, un cretino y un... —Bruno miró al taxista, un señor de pelo cano, enorme y con pinta de no saber nada de español, por eso dijo con todas sus ganas—: ¡gilipollas!

A Guido le resbalaron los insultos de su hermano, porque en la nube de amor en la que flotaba nada podía alcanzarle.

—Si estuvieras enamorado de verdad, me entenderías...

*¡Lo que le faltaba! ¡Sin bicicleta y Guido colgado de la hermana de la bruja!*

—¡Lo que no entiendo es cómo el abuelo dejó en tus manos esta misión tan importante! ¡Cómo permitió que fueras solo a esa cueva de brujas embaucadoras!

—Bruja es la tuya, la mía es un ángel... El abuelo estaba ocupado y me pidió que llamara, cosa que me sentó como un tiro. Pero luego llamé y al escuchar esa voz tan hermosa, mi mundo cambió por completo. ¡Fue un flechazo vocal! Colgué y no podía parar de pensar en ella, así que decidí ir a verla, animado por el abuelo... Y allí que me planté. Y al verla... ¡Ay Bruno al verla!

Bruno estaba echando humo hasta por las orejas del cabreo que tenía encima:

—¡Deja de decir tonterías que me estoy poniendo malo!

—¿El amor te parece una tontería? Pues yo me siento mejor que nunca, siento que es la primera vez que una mujer me ha visto de verdad, tal y como soy, mi verdadera esencia y no solo no ha salido corriendo, sino que se ha quedado para amarme.

Bruno sacudió la cabeza de los nervios que tenía y exigió:

—¡Basta! No necesito saber más. Llamaste para exigir que traigan mi pedido y resulta que terminaste follando con la hermana de la tía que se ha reído de mí en mi propia cara. Muy bonito, Guido. ¡Tú sigue así!

—¡Un respeto, tío! ¡Que yo con Rocío solo hago el amor! ¡Y mucho! ¡Una locura! ¡Un no parar!

—¡Cállate ya que estoy a punto de que se me agote la paciencia! Esta tarde regreso a Madrid, espero que para entonces tengas confirmado que el sábado tendré mi bicicleta.

—Pero Bruno que hay una huelga y...

—Búscate la vida. ¡Adiós!

# Capítulo 16

Guido estaba convencido de que a su hermano se le acabaría pasando la obsesión que tenía por la bicicleta, por eso cerró los ojos y se dedicó a pensar en Rocío. Eso sí, no mucho porque a los cinco minutos, cayó en un sueño profundo del que no iba a sacarle ni la banda municipal de tambores.

Rocío por su parte daba cabezadas en el trabajo, entre llamada y llamada, entre pedido y pedido...

Sacó adelante el trabajo de la mañana como pudo, pero la tarde se le hizo muy cuesta arriba. Necesitaba con urgencia unos palillos para sujetarse los párpados y no quedarse dormida sobre la mesa. Y lo peor era que Macarena se había percatado de todo:

—Para estar así, lo mejor es que te marches a casa. ¡Das una imagen horrible! —la regañó desde su sitio, cansada de verla dormir en la silla.

—Horrible ¿por qué? —repuso Rocío, enderezándose en la silla.

¿Quería saber por qué? Como en ese momento la tienda estaba vacía, Macarena aprovechó para, por fin, despacharse a gusto:

—Porque hace un minuto estabas frita, con la boca abierta y a punto de caerte de la silla. Bueno, hace un minuto y hace diez, y hace media hora y así llevas todo el día. ¡No es la mejor actitud para estar en el trabajo!

—Ha sido un segundo... Estoy bien.

—Podías haber dejado la fiesta para el sábado. Me parece tremendamente irresponsable que te pases la noche en blanco, cuando al día siguiente tienes que trabajar.

Rocío resopló, se llevó las manos a los oídos y luego se excusó:

—¡Déjame, por favor! Sé que lo ideal es dormir ocho horas. Pero sucedió y nos dejamos llevar.

—Pues mira las consecuencias de ser tan espontánea... —comentó Macarena, cruzándose de brazos.

—Las asumo todas. Lo de anoche fue lo más romántico que me ha pasado jamás —dijo con cara de enamorada.

—A cualquier cosa se llama romanticismo ahora... —refunfuñó Macarena, mientras archivaba una factura.

—Tomamos helado, champán, galletitas, hablamos de cosas importantes y...

—¿Y qué es importante para ese primate? ¿El precio de los cacahuetes? —bromeó divertida.

Rocío estaba tan feliz que acababa de descubrir que era inmune al sarcasmo barato de su hermana.

—De la familia, del amor, de los sueños...

Macarena prefería no saber las tonterías que pensaría ese necio sobre esos temas, en su lugar optó por preguntar:

—Y ¿para cuándo te habrás cansado de él? ¿Para el sábado o para el domingo?

Rocío sonrió abiertamente y respondió contundente:

—De Guido no me voy a cansar nunca. Ha llegado para quedarse.

Macarena estuvo a punto de soltar una carcajada, *¿quién en su sano juicio, y más conociendo a Rocío, iba a creerse esa patraña?*

Guardó la carpeta de las facturas y, luego con la vista puesta en la pantalla del ordenador, dijo mordiéndose los carrillos para evitar la carcajada:

—Para quedarse hasta el domingo. No le doy un día más.

A Rocío le dio pena su hermana, sobre todo que tuviera el corazón tan duro como para no entender ni creer en el amor...

—Es la primera vez que me pasa, con Guido me apetece todo. Subirme a una azotea a contar estrellas, sentarme frente al mar a que me cante lo que quiera, pasear por el parque riéndonos de tonterías...

—¡Desde luego con ese tío las tonterías están garantizadas! —soltó Macarena, muerta de risa.

—Tú ríete, pero también te pasará a ti...

—¿A mí? ¿Qué me tiene que pasar? ¿Que aparezca un idiota y que me quede colgada de sus estulticias? No, hija. Yo hace mucho que me vacuné contra eso.

—No hay vacuna contra el amor. Un día te pasará y no podrás hacer nada para evitarlo. Quién sabe —dijo encogiéndose de hombros y con su mejor sonrisa—: ¡podría ser Bruno!

—Es el escenario perfecto: ¡Bruno de marido y Guido de cuñado! ¡Antes me meto a monja de clausura! ¡Y calla, no vuelvas a hablar más de él, que acabas de invocarle! —habló Macarena, con la vista clavada en el ordenador.

—¿Quién te ha escrito? ¿Mi Guido o tu Bruno? —preguntó mordisqueando el bolígrafo que tenía en la mano de la curiosidad.

—Ninguno de los dos. El del almacén de *Ámsterdam*, me asegura que la *bici* que quería el innombrable estará aquí el lunes.

—Y que sigue queriendo. ¡Es una noticia genial! —exclamó Rocío, aplaudiendo—. ¡Voy a llamar a Guido para que se ponga contento!

Macarena detestaba ser una aguafiestas, pero no iba a consentir que ese déspota se saliese con la suya.

—No vas a llamar a nadie porque esa bicicleta es para mí —informó rotunda, en un tono de voz que no aceptaba réplica.

Bueno, que no aceptaba réplica para cualquiera menos para Rocío que no estaba dispuesta a rendirse.

—¡Pídete una para ti, si es que tienes tantas ganas de tener una! La que llega el lunes es para Bruno, te pongas como te pongas.

Mientras Macarena respondía al correo electrónico del holandés, volvió a dejarle claro a su hermana que:

—Me pongo como quiero, porque esto es algo personal. Ese tío me ha ofendido y no voy a premiarle con la biciletita, como comprenderás: ¡no soy masoquista!

—Su hermano dice que es un buen tío, lo que pasa es que tiene mucho estrés por la vida que lleva, su trabajo, una novia que es una madrastra...

—Ya. Y por eso debo permitir que me insulte y me machaque. *Jaaaa*.

—Te estás equivocando y sobre todo: no estás siendo profesional.

Rocío cogió el móvil que tenía sobre la mesa y llamó a Guido que obviamente ni escuchó el teléfono, si bien pudo dejar grabado en su buzón de voz el siguiente mensaje:

*Buenos lo que sea para cuando escuches esto, amor. ¡Te echo tanto de menos! Pienso a ti a cada instante, ojalá que nos veamos muy pronto. También te llamo porque tengo una buenísima noticia. ¡El lunes llega la bicicleta de tu hermano! ¡Llámame cuando puedas! Besos guarros.*

Rocío colgó y Macarena con los ojos como platos y la boca abierta farfulló:

—No me puedo creer que...

—Que ¿qué?

Macarena parpadeó un par de veces, tragó saliva y luego respondió:

—Es que no sé qué eres más: traidora, desleal, cabeza hueca, descerebrada o guarra como tus besos...

Rocío no se amilanó por las duras palabras de su hermana, al contrario sacó carácter y replicó:

—Tanto que criticas a Bruno y eres igual que él. Insulta todo lo que quieras, pero en tu fuero interno sabes que estoy haciendo lo correcto.

—Tú lo que estás haciendo es bailarle el agua al orangután, porque estás salida como el pico de una plancha.

—Y tú lo que eres es una rencorosa y una amarg...

Rocío no pudo terminar la frase porque justo en ese instante se abrió la puerta y el innombrable apareció con su mejor sonrisa. O sea, una sonrisa forzada, como si un pequeño ratón subido a su coronilla estuviera tirando de las comisuras de los labios con unos hilos invisibles.

—¡Buenas tardes!

Macarena agradeció que entrara un cliente, para así no tener que seguir escuchando los exabruptos de su hermana. Además, era un joven alto, rubio, bien parecido y con una sonrisa bonita. Era agradable de ver, muy agradable... Aunque ella no era como Rocío de tontear con clientes, la verdad era que este tenía muy buena planta y parecía interesante, tenía una mirada inteligente y transmitía seguridad y confianza.

Instintivamente, Macarena se echó el cabello a un lado y se mordió los labios para darles brillo...

—¡Buenas tardes! ¿En qué puedo ayudarle? —respondió al saludo con una sonrisa encantadora.

O eso era al menos lo que le pareció a Bruno, *una pena que esa chica con esa sonrisa tan encantadora, tuviera que soportar cada día a la bruja de su jefa. Menos mal que además de ser guapa y de tener una bonita figura, parecía una chica lista, decidida, fuerte, determinada y con agallas. Desde luego, había que tenerlas para trabajar con la hiena de Macarena Aranda.*

—Ojalá que pueda hacerlo... —habló Bruno, sin dejar de sonreír, a su manera.

—Esa voz, su voz me suena muchísimo... —intervino Rocío—. ¡Se parece mucho a la de Guido!

—¡Guido! ¡Qué pesada con Guido! ¡Estás obsesionada! —replicó Macarena, molesta con su hermana.

—A lo mejor la señorita tiene razón: muy a mi pesar tengo un hermano que se llama Guido... —apuntó.

# Capítulo 17

Bruno miró de arriba abajo a Rocío y concluyó que obviamente solo podía ser la hermana de Macarena. Ella debía ser la sirena enredadora que había embrujado a su hermano y que ahora ocultaba las evidencias de la trasnochada detrás de unas gafitas de sol redondas y un vestido de niña buena con los que a él no le iba a engañar.

—Soy Rocío, encantada de conocerle —se presentó Rocío, emocionada de conocer a su cuñado.

Bruno respondió al saludo con un ligero golpe de cabeza y, sin perder su sonrisa forzada, replicó:

—Soy Bruno Juanelo, es un placer estar aquí.

—¡Es increíble! Acabo de dejar un mensaje a Guido para decirle que el lunes llegará su bicicleta —comentó Rocío, muy contenta de poder darle en persona la noticia a su cuñado.

A Bruno se le cambió el semblante, se cruzó de brazos y luego dijo:

—¿Habrá querido decir sábado?

—No. Me hubiera gustado decir sábado, pero la bicicleta no va a estar hasta el lunes —contestó Rocío, arrugando la nariz de la ansiedad.

Bruno descruzó los brazos, esbozó una sonrisa cínica y volvió a la carga:

—Pero resulta que la necesito para el sábado.

A Rocío de repente se le ocurrió algo para contentar a su cuñado, el señor con el que de ahora en adelante iba a celebrar los cumpleaños, las Navidades, los bautizos...:

—Si le urge mucho, podemos prestarle una de momento. Tenemos una muy parecida de color rojo nariz de payaso que podría hacer el apaño... —dijo convencida de que su proposición era de lo más justa y atractiva.

Bruno se llevó la mano a la frente, resopló y haciendo un ejercicio enorme de contención, le preguntó:

—¿Me está usted llamando payaso?

—¿Qué? —replicó Rocío sin entender por qué había tanta dureza en la voz de ese hombre. ¿Qué había dicho para que estuviera tan enojado?

—Ella no, pero yo sí —intervino Macarena, alzando la barbilla.

Bruno se quedó callado y se limitó a mirar a la dependienta, a sus ojos verdes tan preciosos como altaneros, a su boca gruesa y con un rictus de soberbia, a la nariz respingona y *al cuello largo que debía ser delicioso morder*.

*¿Morder? ¿Esa descarada le acababa de llamar “payaso” y todavía tenía ganas de hacerle el favor de morderle el cuello?*

El caso es que ella seguía sosteniéndole la mirada, dura y retadora, con el cuerpo en tensión y con



la réplica hiriente en la punta de la lengua.

—Bien... —musitó Bruno, fascinado.

Porque de no haber estado enamorado de Tania, esa mujer no se le habría escapado jamás. La dependienta tenía todo lo que le gustaba en una mujer: carácter, nervio, talento y curvas, muchas curvas. Ni siquiera le hubiese importado que no fuera rubia, pues en su lugar lucía una melena castaña, indómita y salvaje, y un flequillo largo y rebelde que de no haber tenido novia, le habrían vuelto loco.

Sin embargo, él no estaba allí para volverse loco, sino para conseguir el pasaporte al corazón de Tania. *¡Y no iba a parar hasta conseguir su objetivo!*

—¿Bien? ¿Reconoce que es un payaso? —replicó Macarena, arqueando una ceja.

Bruno pensó que la señorita Ojos Verdes era tan desvergonzada como valiente, tan irritante como *sexy*, tan insoportable como excitante.

—¿Es usted la alumna aventajada de la desequilibrada de Macarena Aranda? —preguntó impertérrito, como si las provocaciones de esa mujer le resbalaran absolutamente.

Macarena frunció el ceño, le lanzó una mirada de desprecio, implacable y dura, se retiró bruscamente el flequillo a un lado y entonces Bruno se percató del parecido que tenía la dependienta con la sirena de dulce canto embelesador.

De todas formas, por si hubiese tenido alguna duda ahí estaba Macarena para despejarla:

—Soy yo Macarena Aranda, idiota —espetó con orgullo.

Con orgullo y cierta pena, porque Macarena pensaba que era una auténtica tristeza que un señor con un cuerpazo como el de Bruno, tan rubio, con esos hermosos ojos azules como un mar frío y bravo, y esa sonrisa de cínico, pero perfectamente perfecta, tuviera un carácter tan malo y un corazón tan negro.

Bruno estaba sintiendo algo parecido, imaginaba a Macarena Aranda como una bruja de cuento, con verrugas, nariz ganchuda y barbilla de tres kilómetros, y no como la bella muchacha que tenía enfrente que no dejaba de mirarle con ojos asesinos.

—Qué ganas tenía de tenerla enfrente, Macarena —replicó Bruno.

—Yo no puedo decir lo mismo —repuso ella, cruzándose de brazos.

Bruno se llevó la mano a la barbilla y se lanzó al juego, con todo, porque no estaba dispuesto a perder.

—Lo único que quiero escuchar de usted es que mi bicicleta estará aquí el sábado.

—A mi tienda jamás llegará ninguna bicicleta para usted... —sentenció Macarena con una sonrisa enorme.

—Maca, no seas así. Y usted, Bruno, tampoco... ¿Qué más le da que un sábado que un lunes? —intervino Rocío intentando destensar el ambiente.

—¡Yo soy como me da la gana! —exclamó Macarena.

—¡Y yo igual! ¡Faltaría más! —habló Bruno, indignado—. Esto es alucinante ¿qué sentido del negocio tienen que se saltan a la torera los plazos de entrega? ¡Si no está un sábado, lo traemos el martes! ¡Y nos quedamos tan frescas!

—¡Exacto! ¿No me ve? ¿Fresquísima estoy? Y usted también va a estarlo porque ahí tiene la puerta. ¡Largo! —dijo Macarena señalando la puerta con el dedo índice.

—Maca, por favor... —rogó Rocío, muy agobiada por la situación.

—Esto me pasa por tratar con gente muy poco profesional, a ustedes le han debido poner esta tienda sus papás para no tenerlas holgazaneando en casa. Pero resulta que el mundo de los negocios es algo más que poner un cartelito mono en la puerta y jugar a que vendemos cositas...

Macarena cogió una barra de remolque para bicicleta que tenía a mano y blandiéndola, le amenazó:

—O se va ahora mismo, o toda la furia de mi brazo, que es mucha, caerá sobre esa cabeza de chorlito que tiene. ¡Merluzo integral!

Rocío soltó una carcajada que a Bruno le enfureció mucho más:

—¡Genial! ¡Abrir la cabeza a sus clientes es la manera perfecta de gestionar las incidencias! —Bruno se revolvió el pelo con la mano y luego dijo—: Mire, si fueran serios y profesionales, si esta tienducha fuera algo más que el juguete que les han regalado sus papás para sobrellevar sus aburridas existencias...

—¡De verdad, Brunelo, que como no cierre el pico no respondo! ¡Tiene una dentadura demasiado bonita para perderla entera!

—Las verdades duelen, Calanda —repuso Bruno, mostrando bien sus dientes a Macarena.

—¿Calanda? ¿Me está llamando pelmaza como un tambor?

—¡A mí los tambores me encantan! —contestó levantando los labios de forma exagerada para enseñarle también las encías.

—Dudo mucho que un cretino como usted hubiera luchado ni la cuarta parte de lo que hemos luchado nosotros para levantar este negocio. Nuestra vida no ha sido nada fácil...

—No me diga, a ver si adivino... ¿Su padre les montó el negocio para que se les quitara el trauma infantil de no poder estrenar bicisetita cada tres meses?

Macarena dejó la barra sobre el mostrador y con los ojos llenos de lágrimas de pura rabia, le respondió:

—Papá se fue cuando mi madre estaba embarazada de mi hermano. Nunca más volvimos a saber de él. Mi madre limpiaba casas y su sueldo no daba para bicicletas. Pero ¿sabe una cosa? Descubrimos enseguida que no teníamos dinero, pero sí mucha imaginación y talento. Reciclabamos las bicicletas que la gente tiraba y fabricamos un tándem para Rocío cuando apenas éramos unos mocosos. Nosotros es que hemos sido siempre como los mosqueteros: o pedaleamos todos o no pedaleamos ninguno.

—Aquella bicicleta se llamaba Rayo Veloz, creo que veía demasiadas *pelis* del Oeste —recordó

Rocío con nostalgia y solo entonces Bruno se dio cuenta de que esa chica no llevaba las gafas de sol solo porque estuviera de resacón y que él, como bien había dicho Macarena, era un merluzo integral.

# Capítulo 18

Bruno agachó la cabeza, se mordió los labios y sintiéndose tremendamente avergonzado, se disculpó:

—Lamento mis palabras, no tenía que haberlas prejuzgado y les pido que me perdonen por mi torpeza.

—Disculpas aceptadas —dijo Rocío, asintiendo con la cabeza.

—Lo que no quita que siga pensando que su servicio de atención al cliente es penoso y que siga exigiendo mi bicicleta para el sábado o se las tendrán que ver c...

Bruno se calló porque el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo de la chaqueta vibró y lo sacó para comprobar si era algo urgente del trabajo.

—Ya veo lo que lamenta sus palabras... —dijo Macarena, mirándole con desprecio.

Era Tania, su prioridad absoluta en esos momentos de su vida.

—Ahora sigo con ustedes, tengo una llamada muy importante que atender. ¿Tienen algún despacho donde pueda hablar tranquilamente? —preguntó buscándolo con la mirada.

—Sí, detrás de esa puerta —respondió Macarena, señalando la puerta con la cabeza.

—¿Dónde dice? —replicó Bruno con pánico a que Tania colgara y no volviera a saber de ella en dos semanas.

—Al fondo a mano derecha tenemos un despachito, puede hablar desde allí —indicó Rocío muy gentil.

—Gracias, Rocío, su amabilidad podría hacer que reconsiderara un pelín la opinión que tengo de su servicio de atención al cliente.

Bruno salió corriendo a encerrarse en el pequeño despacho y Macarena fue tras él para evitarlo.

—¿Cómo invitas a ese pirado a que entre en nuestro despacho privado? —reprendió Macarena a su hermana, a gritos, justo antes de que Bruno le diera con la puerta en las narices y cerrara por dentro con pestillo.

—No es ningún pirado. ¡Es mi cuñado y necesita intimidad!

—¡Lo que me faltaba por oír! —exclamó Macarena, furiosa, mientras golpeaba la puerta con los puños cerrados—. ¡Sal de ahí, Brunelo o yo misma echaré la puerta abajo!

Bruno pensó que Macarena era una exagerada, que en breve se cansaría de gritar y se centró en lo importante: hablar con Tania.

No habían vuelto a hacerlo desde la última conversación que tuvieron antes de su viaje a Frankfurt, y no porque él no lo hubiera intentado, sino porque ella se negaba a responder a llamadas, wasaps y correos electrónicos.

—Amor, ¡buenas tardes! —descolgó Bruno el teléfono al fin, con el corazón latiéndole muy fuerte.

—A ti no hay quien te entienda, Bruno. Te pasas el día acribillándome a llamaditas y mensajes, te llamo y no te das ninguna prisa en cogerlo.

—Estaba... reunido y me he tenido que salir a una sala adjunta para poder hablar con discreción. ¡Cuánto te echo de menos, Tania! ¡Dime que nos vamos a ver pronto! Me muero por estar contigo...

—susurró Bruno, desesperado.

—¡Que abras la puerta, majadero! —seguía gritando Macarena desde afuera, dando porrazos a la puerta—. ¡No te imaginas de lo que soy capaz cuando me ofusco!

—¿Quién grita? —preguntó Tania, curiosa.

—Una loca que está en el despacho de al lado... No sé. No la conozco —contestó quitándole importancia—. Mejor, hablemos de nosotros...

—¡Sal de mi despacho, ya! —exigió Macarena, a gritos.

—¿Te has colado en su despacho? —inquirió Tania.

—¡Olvídate de esa chalada y dime a qué hora te recojo el sábado!

—Te llamaba precisamente por eso...

Bruno respiró aliviado y, feliz por escuchar esas palabras, dijo:

—A la hora que digas, amor.

—¡Usted lo ha querido! ¡Me voy al taller a buscar un hacha! —anunció Macarena, sin dejar de aporrear la puerta.

—¡Váyase adónde le dé la gana y déjeme atender la llamada de teléfono! —replicó Bruno, chillando.

—¿Ha dicho que va a regresar con un hacha? —preguntó Tania, sin dar crédito.

—Está loca. Ya te lo he dicho, pero no te preocupes que supongo que por el camino de vuelta alguien la detendrá.

—¿Alguien de seguridad? —preguntó preocupada a ver si después de todo iba a quedarse sin anillo y sin novio, claro.

—No. Su hermana ciega, que la gobierna muy bien.

—Lo tuyo no tiene remedio —replicó Tania, molesta—. ¿Te estás burlando de mí?

—Que no, cielo. Te juro que todo es verdad.

—Me estás poniendo muy nerviosa. Así que será breve...

—Tómame el tiempo que necesites, por la loca ni te preocupes, de verdad.

—Bruno ¿no te das cuenta de que contigo todo es atípico? —se lamentó—. ¡Yo quiero tener un novio normal! —exigió.

—¡Y lo tienes! ¿A quién no le ha aporreado alguna vez la puerta una loca indómita? —dijo Bruno mientras pensaba en la mala suerte de que Tania hubiera llamado justo cuando estaba en la tienda de la raspa.

—Mira, el sábado no puedo quedar...

—Tania no digas que es por esto de la loca... —objetó desesperado.

—Me voy a Marbella con unos amigos: el domingo estaré de vuelta —dijo haciéndose la afligida.

Porque el único plan que tenía Tania era pasarse un fin de semana dedicada a los cuidados de belleza caseros, a guardar la ropa de invierno en el armario, a sacar los básicos del verano pasado y a seguir consultando en Internet páginas para organizar la boda perfecta.

—Ya... —musitó Bruno, decepcionado—. ¿Y el lunes cuando salgas del trabajo? Tengo algo que darte algo que te va a encantar...

—No sé... —susurró disimulando la alegría que tenía encima de pensar en el anillaco que su novio iba a regalarle—. Depende de lo cansada que esté a mi regreso. Llámame el lunes por la mañana y lo vemos. Chao, Bruno. —Y colgó.

Bruno cayó desolado en la silla giratoria del despacho, solo de pensar que iba a estar otro fin de semana sin ella. ¡Y ya eran unos cuantos! Menos mal que en seguida se consoló pensando que lo bueno era que al posponer la cita para el lunes, la bicicleta iba a estar lista para sorprenderla... porque le iba a encantar su regalo. ¡De eso estaba más que seguro!

Y en esos pensamientos estaba mientras sus ojos vagaban por las incontables fotografías de los Aranda que empapelaban las paredes del despacho en el que se había atrincherado.

Había muchas de los tres en bicicleta, en el parque, en empedrados de piedra de pueblo y en caminos polvorientos, siempre felices y siempre sonrientes.

Y Bruno también sonrió al recordar momentos similares con sus hermanos, aquellos días preciosos de rodillas llenas de tiritas y brazos repletos de calcomanías.

Desde luego, parecía mentira que Macarena alguna vez hubiera sido niña y feliz, pero ahí estaba con actitud determinada, la melena rebelde, sus ojazos verdes, y una luz y una alegría en la mirada de la que ya no había ni rastro.

*¿En qué momento se había convertido en una avinagrada y por qué?*

Siguió escrutando las fotos, buscando respuestas...

En otra salían los tres hermanos, en un chiscón, rodeados de bicicletas viejas que supuso que repararían. Macarena no debía tener más de quince años y estaba tan guapa como ahora, pero con esa luz que ya no estaba.

En otra salían en un local un poco más grande, rodeados de la misma chatarra y siempre sonrientes y felices.

En otra...

—Brunelo ¡tú lo has querido! —advirtió Macarena desde afuera.

Bruno tuvo que dejar el enigma de la luz que se apagó para otro momento y abrió la puerta con su mejor sonrisa.

—¡Lo del hacha era verdad! —soltó perplejo, al ver a Macarena empuñando el hacha.

—He intentado evitarlo, Bruno, pero a mi hermana no le gusta que toquen sus cosas. Lamento de verdad que se haya puesto un poco histérica al ver que se encerraba con pestillo... —se excusó Rocío, que cada vez le estaba cayendo mejor. Parecía una chica sensata, equilibrada y con cerebro, así que dudaba que aguantara a Guido más de tres tardes, pero le caía bien. Muy bien.

—Perdona —intervino Macarena, muy ofendida—, pero aquí el único histérico es él.

Bruno hizo como si no la hubiera escuchado y dijo dirigiéndose a Rocío:

—No se preocupe, Rocío. Todo está bien. Mándeme el lunes la bicicleta a casa, con un embalaje de muchos corazones y toda esta pesadilla habrá acabado para todos. ¡Buenas tardes!

Y Bruno se marchó, mientras Macarena hecha en mano gritaba:

—¡Esto no va a quedar así, Brunelo! ¡Ni sueñe con que se va a ir de rositas!

# Capítulo 19

Pero la pesadilla de Brunelo lejos de acabar, crecía por momentos y no por el asunto de la bicicleta sino porque cuando salía de la tienda recibió una llamada de lo más inoportuna desde Nueva York:

—¡Hermanito, buenos días! ¿A qué se debe esta llamada? ¿Te has vuelto a quedar sin pasta? —preguntó Bruno en cuanto descolgó a su hermano Lucas, que estaba estudiando en Nueva York.

—De pasta voy fatal, si puedes mandar algo, perfecto. Pero te llamo por otra cosa que no me está dejando vivir...

Bruno bufó puesto que Lucas era un trágico, siempre estaba con sus emociones a flor de piel, llevándolo todo al extremo...

—Cuenta —dijo esperando que la cosa sería algo del tipo si comprarse unas Adidas o unas Nike.

—Prefiero el teléfono porque en el Skype no voy a poder... Me cuesta muchísimo dar este paso, hermano. Pero tengo que darlo, me lo ha dicho mi terapeuta.

—¡Coño! ¿Y quién lo paga? —preguntó Bruno parándose en seco delante de una farmacia.

—Joder, pues tú. Por eso también necesito que me mandes más pasta.

—¿Pero qué problema tienes tan grave como para necesitar un terapeuta, macho? ¡Tienes una vida regalada, vives como quieres, estudias en la mejor universidad del mundo! ¡Tío, tú eres un maricón de mierda!

—Sí. Lo soy —respondió Lucas, orgulloso.

—¿Cómo?

—Que soy gay.

Era la primera vez que Lucas confirmaba algo que todos sospechaban desde hacía mucho, pero jamás habían querido presionarle para que se pronunciara sobre el asunto.

—Lo sabía —dijo Bruno—, y me alegro de que lo verbalices. Cada uno es lo que es y punto. Te queremos como eres, somos una familia abierta, moderna, comprensiva... ¿no me jodas que vas a terapia por ser gay?

—No. Voy a terapia porque no sé cómo decirte que me he enamorado y que quiero irme a vivir a San Francisco con Jack.

Bruno se dejó caer en un banco ya cerca del Retiro porque aquello era demasiado...

—No me jodas, Lucas, que vas a tirar tu vida por la borda por un amorcito de universidad —dijo enojado, desflojándose el nudo de la corbata.

—Es al revés, hermano. Como vuelva a Madrid en septiembre sí que lo voy a hacer, porque mi vida está aquí, con Jack. Y no me toques los cojones porque he necesitado muchas sesiones de terapia para llegar a asimilarlo. ¡Tengo que vivir mi vida, la que yo elija y no la que otros decidan por mí!



Bruno se revolvió en el banco y tras frotarse la cara con la mano de puro enojo, replicó:

—¿Tú crees que yo pude elegir hacer otra cosa que no fuera seguir con la empresa del abuelo?

—A otro perro con ese hueso, tío. No hay nada que te la ponga más dura que esa puta empresa. Es la única novia que has tenido y que tendrás, vives por y para ella y te hace muy feliz.

—Sí, felicísimo...

—Joder, Bruno, si te cogías unos cabreos enormes si el abuelo no te llevaba a la fábrica los días que no había colegio o los veranos...

—¿Y? —replicó Bruno a la defensiva.

—Pues que es tu vida y me parece genial, pero mis inquietudes son otras y mi vida a partir de septiembre va a ser la que yo decida.

—¡Y unos cojones de pato! En septiembre vas a estar en Madrid, a mi vera, codo con codo, luchando por sacar la empresa de la familia adelante.

—Lo siento, pero tengo previsto emprender un proyecto apasionante con Jack. Es un tío listísimo, el mejor de la promoción, y tenemos en mente montar un negocio que...

—Que no, Lucas. ¡Que te quites esos pájaros de la cabeza! Que tu sitio está en Madrid, conmigo, y no hay más que hablar... Madrid está lleno de chicos listísimos, seguro que encuentras el amor en cualquier sitio.

—¿Cómo me puedes decir eso? ¡Yo ya he encontrado el amor! ¡No necesito buscar más!

—A tu edad se confunde el amor con los rollos, la buena noticia es que se pasa, que recobrarás pronto la lucidez y que en definitiva tu vida está en Madrid.

—Gracias por tus consejos, hermano. Se me había olvidado que eres todo un experto en el amor. Tal vez por eso, porque lo sabes todo, no hay ninguna que se quiera quedar contigo...

Era un golpe bajo, pero Bruno no se lo tomó como tal porque estaba convencido de que esta vez sí que iba a salir todo bien, de que Tania era la definitiva.

—No se queda ninguna conmigo porque tengo una empresa que atender que me exige casi todo mi tiempo. Pero ahora va a cambiar porque mi hermanito querido, tan listo y eficiente, va a venirse en septiembre a Madrid y al fin voy a saber qué es eso de delegar.

Una de las cosas que Lucas había aprendido en la terapia era a ser asertivo, a decir que lo pensaba y a vivir como él quería hacerlo, por eso le replicó tajante:

—No lo flipes, Bruno. Las tías no se quedan contigo por otra razón, por el curro no es... ¡Si te llevan dejando plantado desde la guardería! Y en cuanto a mí, es una decisión tomada: en septiembre me marcho a San Francisco, con Jack, y vamos a ser muy felices.

Bruno desesperado se revolvió el cabello, necesitaba que su hermano regresara a Madrid como fuera, de él dependía su futuro y su felicidad amorosa. Necesitaba traérselo sí o sí y dado lo terco que estaba poniéndose, ya solo quedaba una opción:

—¿Has dicho que ese chico es listo?

—El que más.

Bruno desconfiaba de todo el mundo, era demasiado controlador, como para poner en las manos de un desconocido lo que más amaba, pero no le quedaba otra y propuso:

—Que se venga a Madrid contigo. Aquí podrá desarrollarse profesionalmente y podréis ser felices igual.

—A Jack no le interesa para nada tu sector, ni a mí tampoco. Nosotros queremos trabajar con renovables, estamos en una onda totalmente distinta.

Bruno gruñó porque Lucas ya estaba colmando el vaso de su paciencia:

—Mira, niñato, no sé qué lavada de coco te habrán hecho en la terapia, pero en la vida no se hace siempre lo que uno quiere. Tu sitio está en Madrid, en la empresa de tu familia y no hay nada más que hablar.

—Lo siento, hermano pero no. Mi vida es mía y la voy a vivir como me salga de la pinga. Tú tienes a Enríquez, le conoces desde la universidad, es tu mano derecha y te ha demostrado de sobra lealtad, entrega y sacrificio. ¡A mí no me necesitas para nada!

Bruno pensó que Enríquez era todo eso, pero flaqueaba en otros muchos aspectos y además no era de la familia.

—Te necesito para todo ¡y con urgencia! Así que termina la carrera de una maldita vez que en septiembre te quiero en Madrid, listo para llevar con mano firme la empresa a mi lado.

Bruno escuchó cómo su hermano resoplaba al otro lado del teléfono y luego le espetó:

—Me estás provocando un ataque de ansiedad, cabrón. ¡Vete a la mierda! ¡Me tienes hasta los huevos con tus exigencias y tus autoritarismos!

—Tú sí que me tienes a mí harto con tus caprichitos de niño malcriado. ¡Así que espabila o te corto el grifo!

—¿Me estás amenazando? —preguntó con la respiración entrecortada.

Bruno se puso de pie y muy irritado le gritó:

—¡Te estoy exigiendo responsabilidad y sensatez! ¡Te he mandado a Estados Unidos para que te conviertas en el mejor ingeniero y que luego apliques los conocimientos en nuestra empresa! ¿Tú sabes el esfuerzo que me supone financiarte la carrera? ¿Y ahora qué? ¿Tanto sacrificio para que se beneficie el tal Jack?

—Te agradezco todo, pero voy a luchar por mi felicidad. Lo quieras o no —respondió Lucas, llorando de pura rabia.

—Estudia y en septiembre hablamos. ¡Espero que para entonces hayas recobrado la cordura!

Bruno colgó seguro de que así sería, y loco por llegar a casa y olvidar de una vez ese día de mierda...

Sin embargo, como todo el mundo sabe, los días de mierda terminan cuando a ellos les da la gana...

## Capítulo 20

Sí, porque cuando llegó a casa, le estaba esperando el abuelo, sentado en el sofá y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Acabo de hablar con Lucas y me ha dicho que ya te lo ha contado todo.

—Abuelo, ¿no me irás a dar la brasa con el rollo de Lucas? —preguntó tirándose en el sofá blanco de piel de tres piezas en forma de L.

—Solo te digo que me alegro mucho de que se haya abierto por fin.

—¿Abierto? ¡Son boberías de niñato! Ese en septiembre está aquí, currando conmigo como un mono. ¡Ya lo verás! —dijo cogiendo el mando de la televisión que se le había clavado en una costilla—. ¡Y el zángano de Guido otra vez se ha dejado el mando aquí tirado! Mira que le tengo dicho que lo deje en su sitio...

—Guido está trabajando muy duro para el musical, es un poco desordenado pero...

—Abuelo ¿me vas a contar a mí cómo es mi hermano? —inquirió apuntando con el mando a la televisión para encenderla.

—Espera un poco, que necesito contarte algo —dijo el abuelo con un gesto serio.

Bruno dejó el mando sobre la mesita de metacrilato que tenía al lado y luego le pidió:

—No quiero hablar más de Lucas. No pasa nada porque sea gay, saldré en una carroza con él el día del Orgullo, si hace falta, pero ahora te lo suplico, déjame ver cualquier cosa estúpida que me deje el cerebro en encefalograma plano.

—No quiero hablarte de Lucas, quiero hablarte de mí. Quiero que sepas que en septiembre me caso con Gizela...

Bruno se incorporó de un respingó y se frotó los ojos porque eso solo podía ser una pesadilla.

—¿Quién demonios es Gizela?

—Llevo con ella cinco años, hasta ahora no he dicho nada porque consideramos que lo más prudente era vivirlo con discreción, sobre todo por su madre...

—¿Su madre? ¿Tiene la madre viva? ¿No es una abuela como tú? —preguntó Bruno, horrorizado, temiéndose lo peor.

—Su madre murió hace una semana. Gizela tiene treinta años menos que yo. Vive en Varsovia, tiene una floristería, la conocí precisamente porque lucían en su escaparate unas hortensias preciosas, como las que le gustaban a tu abuela, pasé y estaba sonando Gardel. ¡No necesité más señales!

—¿Señales de qué?

—De que tu abuela me había conducido hasta esa floristería para que no estuviera más solo.

—¿Solo? ¡Nos tienes a nosotros y a la ONG con la que recorres el mundo llevando agua potable!

—Vosotros tenéis vuestras vidas y con la ONG colaboro solo unas cuantas semanas al año, el resto del tiempo lo paso en Varsovia, encerrado en la buhardilla de Gizela. ¿Por qué crees que me metí a escritor?

Bruno se dejó caer de espaldas porque ya era demasiado, la señorita Mauks, Lucas y ahora el abuelo... “¿Qué había hecho para merecer semejante tormento?”.

—Hoy mi vida tendría que tener la tecla “Esc”.

—No exageres tampoco, lo que nos está pasando es bonito. ¡Tendrías que alegrarte más que hacer un drama!

—¿Qué? —replicó Bruno revolviéndose en el sofá—. Mi hermano pequeño quiere endosarme todo el peso de la empresa, mi abuelo me cuenta que se va a casar con una tía que le va a quitar hasta la camisa y yo tengo que abrir una botella de champán. ¿Estamos locos o qué?

Manuel miró enojado a su nieto y le exigió poniéndose de pie:

—¡Retira tus palabras ahora mismo!

—¿Por qué si son ciertas? Lucas quiere montar un negocio en San Francisco y tu Jazmín te quiere para sacarte hasta el último céntimo. ¡Cómo para no hacer drama! ¿Quién en su sano juicio se va a liar con un vejestorio si no es para sacarle la pasta? —inquirió Bruno, cogiendo el mando otra vez.

Sin embargo, el abuelo muy enfadado le arrebató el mando de un manotazo y le explicó encarándose con él:

—¡Se llama Gizela y no es ninguna jovencita! Tiene 57 años, un corazón puro y noble y un negocio propio. Está conmigo por amor y solo por amor...

—Esa lo que quiere es que entres en parada cardiaca puesto hasta arriba de Viagra y quedarse con todo lo tuyo. Tenemos que arreglar cuanto antes lo de la empresa. ¡Tienes que ponerla a mi nombre ya!

—¿Quieres dejar de decir bobadas? Gizela no quiere nada, va a vender su casa de Varsovia y se va a venir a vivir a España conmigo. Su madre ya no está y ya nada le ata para quedarse allí. Se ha pasado todos estos años entregada a ella, viviendo nuestro amor en secreto porque su madre era muy estricta y no quería que estuviéramos juntos, así que cuando iba a visitarla me escondía en la buhardilla...

—¡En qué líos te metes, abuelo!

—Líos maravillosos, gracias a que pasaba tantas horas muertas escondido, mientras Gizela atendía a su madre y a su negocio, me dio por escribir y se me despertó esta gran vocación tardía... Le debo tanto a Gizela, me ha devuelto la ilusión, las ganas, la esperanza, ¡estoy muy enamorado, Bruno! ¡Y ya no pienso vivir más escondido, en septiembre me caso!

—¿Por qué os ha dado a todos por hacer locuras en septiembre?

—Tú deberías también a empezar a hacerlas y dejar de perder el tiempo con esa chica que te trae por la calle de la amargura.

Bruno cogió el cojín que reposaba en el antebrazo del sofá y se lo colocó debajo del cuello, mientras respiraba hondo intentando mantener la calma:

—¡Tania es perfecta para mí! Solo necesito dedicarle tiempo, pero me dirás tú ahora con mi hermano en San Francisco, claro que cuando venga la rusa y me lo quite todo, tiempo es lo que me va a sobrar. ¡Tal vez la solución sea esa!

—Gizela es polaca y no te va a quitar nada. La casa de Varsovia está situada en un buen barrio, tiene tres alturas más la buhardilla donde yo me escondía, la floristería está en la planta de abajo... Le van a dar un buen dinero por la venta del edificio, con eso tiene pensado abrirse otra floristería en Madrid. No quiere nada de mí... Así que tranquilo que la empresa no te la va a quitar nadie.

—Ya veremos, soy muy desconfiado —dijo Bruno, comprobando el estado de su manicura.

—Porque no amas...

—Amo tanto que con tal de complacerla, he estado a punto de morir hace un rato en la tienda de bicicletas.

—¿Morir? —inquirió el abuelo extrañado.

—Macarena Aranda me ha amenazado con un hacha, esa mujer está loca... ¡Menudo sitio me recomendaste para comprar la bicicleta! ¡No sé para qué te haré caso!

El abuelo se echó a reír y luego dijo devolviéndole el mando a distancia:

—Si te ha amenazado con el hacha, será porque te lo tenías merecido.

—¡Menuda histérica! ¡A ver si me traen pronto la bicicleta y la pierdo de vista para siempre!

—Pues me parece que lo vas a tener difícil porque tu hermano se ha flechado de su hermana Rocío...

Bruno cogió el mando y replicó furioso:

—¡Vaya familia! ¿No tenéis cosas mejores que hacer que enamoraros como unos idiotas?

—O sea que reconoces que tú no estás enamorado.

—Como un idiota, no. Desde luego que no. Yo me enamoro con mesura, con prudencia, con sensatez y con cabeza, mucha cabeza —dijo llevándose el dedo índice a la frente.

—Entonces, permite que te diga que tú no estás enamorado.

—Los que no lo estáis sois vosotros. Es más que evidente que lo vuestro es enajenación transitoria, que llegará septiembre y todas las cosas volverán a su curso.

—A lo mejor cuando llegue septiembre el que está enamorado como un idiota eres tú.

—¡Imposible! Soy el único cuerdo de la familia. Así que haré como que no he escuchado nada y seguiré adelante con mis planes. Paso de vosotros y de vuestros amores locos —concluyó encendiendo la televisión.

Y al hacerlo apareció el video de la canción *Loves Come Quickly* de Pet Shop Boys y el abuelo, por supuesto, lo tomó como una señal:

—¿Ves lo que dice la canción? *El amor viene rápidamente, hagas lo que hagas...* A ti también te

llegará... ¿Por qué si no crees que suena la canción?

—Porque tengo un hermano cabeza hueca al que solo le interesan las cancioncitas —respondió quitando el video musical y poniendo un canal de noticias 24 horas.

—Aunque pensándolo bien, a lo mejor el amor ya te ha llegado... ¿Por qué si no te desquicia tanto Macarena Aranda y tú a ella?

—Jamás de los jamases me enamoraría de alguien como ella —masculló Bruno, pensando que *solo le faltaba enamorarse de esa desequilibrada*—. ¿Y ahora te importaría que viera las noticias?

El abuelo sonrió y se marchó a su habitación canturreando la canción de los Pet Shop Boys:

—*Cause when you least expect it/ Waiting round the corner for you/ Love comes quickly, whatever you do/ You can't stop falling (Oooh, oooh)*.

Bruno al escucharle cantar se tapó la cara con el cojín y gruñó pidiendo al cielo que terminara cuanto antes ese día...

# Capítulo 21

Y mientras Bruno gruñía y pensaba que Macarena era una “desequilibrada”, ella no podía dejar de rumiar todo lo que había sucedido con “ese merluzo integral”.

Es más, el enfado monumental de Macarena, lejos de amainar, se avivaba con el paso de las horas. Y eso que Rocío lo había intentado todo para que se le pasara, incluido invitarla el domingo a su restaurante favorito a degustar su comida favorita: el Long Chicken del Burger King.

—Me apetece muchísimo, pero sé que me va a sentar como un tiro —dijo Macarena, mirando la hamburguesa con resignación.

—Pídete otra cosa...

—Da igual lo que coma. Estoy fatal. Todo me va a sentar mal, así que mejor morir comiendo mi mierda favorita... —replicó dando un mordisco a la hamburguesa.

—¿Todavía sigues rumiando lo de la bicicleta de Bruno? —preguntó Rocío temiéndose lo peor con otra hamburguesa en la mano.

Macarena, con la boca llena, replicó con el ceño fruncido:

—Tía, ¿no me habrás invitado a comer para seguir dándome la chapa con la bicicleta de ese despojo humano?

Rocío, obviamente, mintió:

—No, qué va. Es que como hemos tenido esta semana tan complicada, he pensado que nos ayudaría a destensarnos.

—Esta semana solo he tenido de complicación al señor Grano en el Culo, pero por lo demás bien... Así que mejor no hablemos de él, por favor...

—Lo entiendo y te respeto. Eso sí, te recuerdo que es mi cuñado...

—¿Todavía sigues con el genio de cabeza hueca? —preguntó Macarena, perpleja.

—¡Maca no te pases!

—¿Qué quieres que piense después de las cosas que me dijo?

—Está muy arrepentido y créeme que es un buen chico. ¡Y su hermano también!

—¿Otra vez a vueltas con el hermano? Me estoy empezando a mosquear, ¿esto no será una encerrona, verdad? —preguntó mirando en todas direcciones buscando a Bruno.

—No. He quedado con Guido luego...

Macarena entró en pánico y replicó engullendo la hamburguesa:

—¿Luego? ¿En cuánto tiempo es eso? ¿Diez minutos? —preguntó con la boca llena y los ojos como platos.

—Luego es luego... Por la tarde, a las siete... Come despacio que no va a venir —respondió para

tranquilizarla.

—No sabes el peso que me quitas de encima —dijo llevándose la mano al pecho.

—Tampoco pasaría nada si viniera...

Macarena se removió en su asiento y de nuevo volvió el pánico a su rostro.

—Me va a dar un infarto, tía. —Retiró la pajita y la tapa y se bebió medio vaso de Coca-Cola del tirón.

—¡Que no va a venir! ¡Relájate!

—No puedo. ¡Esa familia me desquicia! A ver si rompes de una vez con él y mi vida puede recuperar el sosiego.

—Lo mío con Guido es para siempre —afirmó Rocío con una gran sonrisa.

—Lo que es para siempre es mi fobia a los Juanelo.

—Pues se te tendrá que quitar, porque va a ser el padre de tus sobrinos.

Macarena se bebió la otra mitad de la bebida, después se levantó y dijo:

—Voy a por más líquido, necesito beber mucho para tragar este sapo.

Cuando regresó, Rocío parecía triste aferrada a su hamburguesa:

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Macarena.

—¿Te parece poca cosa tu fobia a los Juanelo? ¿Cómo voy a ser feliz si tú detestas a mi novio y a su familia?

Macarena dio un sorbo a su bebida y luego respondió:

—No te voy a mentir. Tengo una fobia severa y no se me va a pasar en la vida, así que la que tiene que aprender a aceptarlo eres tú, el tiempito que estés con él.

—¿Tiempito? ¡Que te digo que lo nuestro es para siempre! —insistió Rocío.

—Pues si tu amor es para siempre y mi odio también, habrá que llegar a un acuerdo —concluyó Macarena, encogiéndose de hombros.

—¿Serías capaz de perderte bautizos, comuniones, cumpleaños, actuaciones escolares y varicelas con tal de no ver a los Juanelo?

—Tú primero ten al nene y luego ya veremos... —dijo Macarena convencida de que como mucho en un mes su hermana habría dado el finiquito al genio.

Rocío respiró hondo y luego volvió al tema que de momento era más urgente: lo que estaba llamado a ser la primera piedra que asentaría una larga relación con los Juanelo. Porque así iba a ser...

—De acuerdo. Mientras llega el bebé, voy a pedirle a Mario que ponga el embalaje más bonito que tengamos para la bicicleta de Bruno.

Macarena por poco escupe de la impresión el buche de refresco que tenía en la boca:

—¿Quéeeeeeeeeeeee?

—Es lo más sensato y lo más prudente.



—Rocío, no. No pienso decir nada más que: no. Ene, o. No. Y no. Y más no —negó con la cabeza, enojada.

—¿Prefieres tener un *hater* suelto intoxicando nuestras redes sociales? Bruno es como tú...

—¡Lo que me faltaba! —replicó Macarena, de nuevo al ataque con su hamburguesa—. Esto me va a sentar fatal por tu culpa. ¡Vaya comidita que me estás dando!

—Siento mucho si te duele escuchar la verdad: pero es así. Bruno es como tú, persistente en sus filias y en sus fobias. Si no le damos esa bicicleta, va a estar criticando nuestros productos y nuestro servicio de atención al cliente en todo lo que salga a su paso.

Macarena dio un manotazo al aire, se limpió los labios con la servilleta de papel y luego exclamó:

—¡Nadie hace caso de los comentarios maliciosos! ¡Se ve a la legua que están hechos por gente amargada y poca cosa que como no pueden volcar su bilis sobre los que tienen al lado, acuden a Internet para obtener su pequeña venganza de pobre! ¡Todo el mundo sabe que el critiqueo es un pasatiempo de mediocres destalentados!

—¡O sea de gente como tú, porque te pasas el día valorando todo y colocando puntuaciones hasta al frutero de la esquina! —le recordó Rocío.

—Perdona, el frutero de la esquina no se merecía ni puntuación —se defendió—. Tiene suerte de que le metiera una estrella después de aquellas manzanas de corcho. Lo mío es una cuestión de justicia y de amor al trabajo bien hecho. Si no vale para tener una frutería, que se dedique a otra cosa.

—¿Ves? Tienes la misma lógica que Bruno, es igual de exigente, justo y perfeccionista que tú, por lo que lo mejor es que le entreguemos la bicicleta y nos quitemos de líos.

Macarena resopló, puso cara de asco y luego dijo:

—A mí no me compares con ese, que no me parezco en nada. ¡A Dios gracias!

—Lo que tú digas, pero si no quieres tener a un ser justo, exigente y perfeccionista ensuciando tus redes sociales y mancillando tus impolutos expedientes...

Macarena apuntó a su hermana con el pequeño trozo de hamburguesa que le quedaba y compartió con ella la idea que de pronto surcó su mente y que explicaba el empeño de Rocío en endosarle la bicicleta al energúmeno:

—Te ha amenazado ¿verdad? La bicicleta o la difamación. ¿Se puede ser más vil y más rastrero? Pero tranquila, Ro que pondré el caso en manos de mis abogados...

—¿Qué abogados? ¿Qué dices? La que tienes que tranquilizarte eres tú y pensar con lucidez. Bruno no me ha amenazado, no he vuelto a hablar con él desde el bochornoso episodio del hacha voladora...

—Ojalá hubiera volado el hacha... —murmuró engullendo el último trozo de hamburguesa que le quedaba.

Macarena sintió a su hermana tan exageradamente irritada y furiosa que le dio por pensar que:

—Oye... nunca te había visto tan desatada con nadie, ¿a ti no te gustará Bruno y por eso estás así de

loca?

—Ro, ¡no me ofendas! Ni me gusta ese orco, ni estoy loca. Lo que pasa es que ese tío me desquicia, me hace perder los estribos, me saca de mis casillas, me... —farfulló cruzándose de brazos.

—Ya. Captó la idea. No te preocupes. Para eso estoy yo aquí. Como tu odio no te deja regir bien, yo me haré cargo de este asunto...

—Pero Ro, que no quiero que ese tiparraco se salga con la suya...

Rocío dio unas palmaditas en la mano de su hermana, sonrió y luego dijo:

—Confía en mí.

# Capítulo 22

A Rocío le costó cinco horas más convencer a su hermana de que entregar la bicicleta a Bruno era lo correcto, pero finalmente lo logró. Llegó el lunes y a las doce de la mañana Mario llamaba a la puerta de los Juanelo con la flamante bicicleta holandesa y rosa, envuelta en un papel de infinitos corazones.

Le recibió el abuelo, que le invitó a pasar y a tomarse a algo, pero Mario declinó la invitación:

—Te lo agradezco, pero hoy tengo un día complicado de repartos. ¿Dónde te lo dejo?

—Sígueme...

Mario siguió con el carro por un camino de baldosas hasta llegar a la entrada de la casa donde le pidió que dejara la bicicleta. Luego el abuelo insistió:

—¿No quieres ni un vaso de agua?

—No, de verdad que no —dijo el chico quitando las cuerdas elásticas que sujetaban el paquete.

—¿Cómo va todo?

—En la tienda bien, con lo otro... Fatal, como siempre.

El abuelo dedujo que lo otro era Nuria, la chica que trabajaba en la inmobiliaria de al lado de la tienda de bicicletas y de la que el joven llevaba secretamente enamorado un par de años.

—¿No has hecho ningún avance desde aquella vez que entré para enterarme de cuál era su nombre?

Manuel entró hacía unos meses a la inmobiliaria haciéndose pasar por interesado en un piso, solo para averiguar el nombre de la joven y poca cosa más, no porque no hubiera tenido suficiente ingenio para hacerlo, sino porque Mario se lo había prohibido tajantemente, ya que no quería precipitar las cosas.

—Nos cruzamos las miradas, a veces nos sonreímos, pero nada más...

El abuelo se pasó la mano por la frente y propuso achinando los ojos:

—Hay que hacer algo, ya. No te preocupes que soy novelista y se me está ocurriendo que podríamos...

—Nada. No podemos nada, porque el amor no se puede forzar, tiene que suceder por sí solo...

—¿Y ti quién te ha dicho esa tontería?

—Siento que debe ser así, me lo dice mi instinto —dijo tras liberar el paquete con la bicicleta y dejándolo pegado a la pared.

—A veces hay que empujar un poco las cosas para que sucedan.

—¿Dejo la bicicleta aquí?

—Sí, déjala ahí. Pero volviendo a lo importante, ¿por qué no le dices algo bonito cuando pase a tu lado?

—Porque el piropo es machismo callejero.

—¿Y si se lo dices por Facebook?

—¡Me encantaría ponerle *MeGustas* a sus publicaciones, pero no tiene redes sociales. La he buscado por todas partes y nada. En fin, esto es ridículo, si seguro que ni sabe que existo —dijo el chico metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Cómo no se va a fijar en ti, si tienes un aire al lobo de *Crepúsculo*?

—Creo que le gustan mayores que ella, con un aire a Colin Firth, incluso puede que a Jeremy Irons... Estoy por teñirme el pelo de blanco...

—Yo quiero ponerme pelo porque voy a casarme con una dama treinta años menor... Le gusta agarrarse fuerte a mi pelo cuando hacemos el amor... —dijo tocándose los pelos de la coronilla.

—¡Felicidades, Manuel! —dijo dándole un abrazo fuerte—. ¡No sabía que tenías novia! ¡Qué calladito te lo tenías! ¿O ha sido un flechazo fulgurante?

—Los de los flechazos fulgurantes son mis nietos, que están locos con tus hermanas.

—¿Tus nietos? —replicó Mario negando con la cabeza—. Creo que te equivocas, los enamorados repentinos son Rocío y Guido, porque Macarena odia a Bruno con todas sus fuerzas, no para de ponerle verde. ¡Yo no sé ni cómo no le revientan los oídos de las cosas que dice mi hermana!

—¡Eso es amor! Ya lo verás, tiempo al tiempo.

El chico se encogió de hombros, frunció el ceño y luego dijo:

—Con el debido respeto a sus años, Manuel, yo le digo que lo dudo... Es que le cae fatal, de hecho el otro día le escuché cómo decía que era el peor cliente que había tenido en su vida. ¿Y sabes cómo le llama? ¡Señor Grano en el culo!

—¡Ni caso! No hay que fijarse en el significado de las palabras, sino en la intensidad y el apasionamiento con las que se dicen. ¡Esos terminan en boda!

—No es por llevarte la contraria, pero Macarena en el supuesto de casarse, que lo veo muy difícil, lo haría con un chico totalmente opuesto a tu nieto. Ella busca perfiles más tranquilos y predecibles, ¡tu nieto es explosivo! A mi hermana le pone de los nervios...

—Eso es bueno. Tu hermana dice que le gustan los tíos muermos, porque la pobre tiene miedo a que le hagan daño. Pero en el fondo, lo que desea es un chico-bomba como mi nieto y él otro tanto de lo mismo. Tiene ahora una novia que es un horror, no le conviene para nada, menos mal que ha aparecido tu hermana y tengo el pálpito de que va a haber tomate entre ellos.

—Tomate triturado. ¿Y conmigo tienes algún pálpito? ¿Crees que tengo alguna posibilidad con Nuria?

—Como no muevas ficha: ninguna.

—Manuel ¡no me digas eso!

—¿Te has tirado alguna vez a una piscina sin saber si hay agua o a un mar sin saber si hay tiburones? Yo muchas, como te decía acabo de pedir matrimonio a mi novia, a mis ochenta y siete

años, y sigo empeñado en ser el viejo que escriba la mejor novela de la historia.

—¡Eres admirable, Manuel! Yo solo me he bañado en la piscina de mi pueblo. Y en el mar, con bandera verde...

—Paparruchas. A mí no me engañas, que sé que te matas cada día para sacar adelante tu tienda de bicicletas, así que sí que sabes lo que es nadar entre tiburones.

—Nuria me impone demasiado, nunca me había pasado nada parecido.

—Hay que lanzarse al agua, muchacho. La vida es atrevimiento o sopor. Y ya vas a tener suficiente sopor cuando estés fiambre, así que ¡salta y no lo pienses más...! Y ahora te dejo que esta conversación me ha inspirado algo genial para el capítulo 23. ¡Me voy corriendo que se me escapa la idea!

Mario suspiró y pensó que ojalá tuviera la mitad de las agallas que tenía ese abuelo...

# Capítulo 23

Tras despedirse de Mario y antes de ponerse con el capítulo 23, Manuel telefoneó a su nieto...

Cuando Bruno recibió la llamada de su abuelo comunicándole que la bicicleta ya estaba en casa, en la primera persona en la que pensó no fue en Tania, sino en Macarena a la que había vencido.

¡Se sentía tan bien! Era tan satisfactorio meter las palabras en el cuerpo a la insufrible señorita Mauks, que al escuchar las palabras mágicas: “acaba de llegar la bicicleta”, lanzó un grito desgarrado de victoria que por poco no deja sordo a su abuelo.

—¡Míaaaaaaaaaaaa! ¡Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiiií!

—Hijo ni que acabaras de ganar un oro olímpico —observó su abuelo.

—Para mí es casi lo mismo. No te figuras lo que he tenido que luchar para hacerme con esa bicicleta.

—¡No será para tanto! Si son unas chicas encantadoras...

—Rocío sí, pero la otra es una raspa de cuidado. Es áspera como una lija, terca como una mula, taladrante como una gotera, antipática como una caniche con cistitis, irascible como un orco con flemones...

—Para ya, por favor. ¡Así no se habla de una joven tan amable y servicial como Macarena! —le reprendió su abuelo, convencido de que, aunque su nieto no se hubiera percatado todavía, hablaba así de ella por lo mucho que le gustaba.

—¿Amable y servicial? ¡Qué engañado te tiene! El otro día esa damita encantadora quiso atacarme con un hacha...

—A saber qué harías para llevarla a ese extremo.

—¿Te pones de su parte?

—Si te parece...

—Me da lo mismo. ¡La bicicleta está en casa y no concibo mayor felicidad! Cuídamela hasta que llegue, y sobre todo que el patoso de Guido no se acerque a ella, por favor.

—Que sí, pesado. Corta el rollo. Voy a colgar que tengo el capítulo 23 esperándome y se me acaba de ocurrir algo que...

Bruno escuchó cómo entraba otra llamada y comprobó que era Tania...

—Ya me lo cuentas después. Ahora el que cuelga soy yo, que me está llamando Tania.

Bruno colgó a su abuelo y con una sonrisa radiante, saludó a su novia:

—¡Buenos días, amor! ¿Has visto que sol más maravilloso luce hoy?

—Pues ni me he fijado —respondió cortante—. Estoy en el trabajo. Llevo desde las ocho de la mañana metida en este sitio de mierda y si todo va bien, no veré el sol hasta las cinco de la tarde.

A Bruno las asperezas de su novia le sonaron a música celestial...

—¿Qué tal en Marbella, preciosa? ¿Estás muy cansadita?

—El *finde* genial —contestó fingiendo cierto entusiasmo—. Lo que pasa es que estoy agotada. Solo tengo ganas de llegar a casa y dormir... —mintió porque ella lo que quería era ese maldito anillo en su dedo, ya.

—Vaya... —murmuró Bruno, decepcionado—. Entonces, ¿quedamos otro día para darte el regalito? —preguntó angustiado, rezando para que dijera que se moría por verle, tanto como él se moría por verla a ella.

Tania sonrió satisfecha. Tenía a su novio justo donde quería: de rodillas y moviendo el rabito. Bueno, lo del rabito habría que dejarlo para más tarde...

De momento, el plan seguía adelante:

—¿Otro día? No sé. Tengo la agenda a *full*, pero a lo mejor puedo hacerte luego un hueco... —propuso como si fuera el plan menos apetecible del mundo—. Es que tenía cita para hacerme las uñas permanentes, pero me acaba de llamar la recepcionista del centro de estética para anularla.

Bruno vio el cielo abierto y aunque estaban a tope de trabajo en la fábrica, decidió que por primera vez su vida iba a estar por delante de todo.

—¿A qué hora te vendría bien que pasara a recogerte?

—¿Para llevarme adónde? —preguntó intentado disimular su curiosidad—. Lo digo para vestirme de una u otra forma...

*¡Eso era un sí!* Bruno estuvo a punto de saltar de alegría:

—Mi regalo está en casa. Si quieres te lo doy y luego nos damos un bañito en la piscina... —propuso cruzando los dedos para que aceptara.

A Tania le habría gustado más que Bruno le hubiera entregado el anillo en algún paraje exótico, como el desierto de Dubai, pero lo cierto era que estaba tan ansiosa por ver su espectacular anillo de pedida que la propuesta hasta le pareció medio aceptable.

—Está bien... —dijo a regañadientes, como si fuera el plan más aburrido de sus incontables planes.

—¡Eres maravillosa! ¡Gracias, amor! ¡Gracias! De verdad que te va a encantar...

—Eso espero —masculló antipática.

—¿A qué hora paso a buscarte?

Tania se quedó pensativa porque lo del baño en la piscina le había descolocado por completo. Tenía preparado el *outfit* ideal para la pedida de mano, pero ahora que había piscina de por medio había caído en la cuenta de que le faltaba el traje de baño divino para la foto posterior en el agua con el Moët y el pedrusco en la mano.

—Mejor acudo yo a tu casa...

*¡Ella no estaba dispuesta a subir su foto de compromiso a Instagram vestida de mamarracha! Necesitaba un bañador importante y no se iba a conformar con menos, así se plantara en casa de*

*Bruno a las doce de la noche.*

—De acuerdo. ¿Te espero sobre las siete?

—Tú espérame —advirtió y después colgó.

A pesar de que estaba advertido, Bruno estaba de los nervios cuando dieron las nueve y media de la noche y Tania aún no había llegado.

Desesperado, no paraba de dar vueltas alrededor de la piscina, mientras comprobaba una vez más que su amorcito tenía el móvil apagado.

Y a todo esto que Enríquez no paraba de llamar, porque se había estropeado una de las máquinas de la cadena y necesitaba que acudiera con urgencia para sacar adelante el pedido de las cremas de una gran firma de cosméticos con la que trabajaban.

—Bruno, te necesitamos para que le des tu toque mágico a la máquina porque como sigamos solo tirando de la otra, el pedido no va a estar listo para entregar en fecha —comunicó Enríquez, el ingeniero jefe y la mano derecha de Bruno en la fábrica, el tío en el que Lucas quería que delegase.

Bruno se revolvió el pelo de la ansiedad y luego dijo al borde de la piscina:

—Todavía sigo reunido. Desde la casa ¿no te han dado otras soluciones?

—Ninguna. El teléfono lo atiende un tío que no tiene ni idea de nada y yo ya no sé qué hacer para que este bicho vuelva a rodar. Marlene solo te quiere a ti, necesita de tus manos...

En su empresa todas las máquinas tenían nombre y lo cierto era que siempre le tocaba a Bruno echarlas a andar cuando daban problemas, era como si solo respondieran a su “toque mágico”, como decían todos en la empresa, no sin cierta retranca, la verdad.

Y Bruno, por su parte, estaba hasta las narices del don que le obligaba a salir de la cama a las cuatro de la mañana a reparar una maldita máquina para no parar la línea de fabricación o a no poder ni pasar una tarde de piscina con su novia... si es que aún la conservaba.

—Muy gracioso —bufó—. Pues no sé lo que se alargará esto, porque creo que me van a invitar a cenar...

—Joder, qué suerte. Y luego ¿copa y puro también?

Eso es lo que quisiera él, pensó Bruno: *¡fumarse un puro para celebrar de una vez que toda estaba bien con Tania!*

—Deja de parlotear y vete a dar otro repaso a Marlene, que para algo te pago... Si no te hubieras pasado la carrera en el bar, ahora tendría un ingeniero como Dios manda.

—Tú sabes que jamás tiro la toalla, seguiré dale que te pego, pero esto está muy jodido...

Bruno pensó que él sí que lo tenía jodido como Tania no apareciera en las próximas horas... *¿Dónde estaría metida? ¿Finalmente la de las uñas le habría dado la cita y estaría haciéndoselas? ¿Y cuánto tiempo se tardaba en pintar unas uñas de forma permanente? ¿Ocho horas?*

Bruno entonces se lamentó de no escuchar más a Tania, de no estar más pendiente de esos pequeños detalles cuando le hablaba, porque así sabría lo que se tarda pintar unas uñas para siempre y



no estaría a punto de hundirse en la angustia de la espera.

—Esmérate majó y no me llames más a no ser que sea para darme buenas noticias... —ordenó Bruno a su ingeniero.

Y tras colgar la llamada, sucedió el milagro...

De repente, sonó el timbre de la puerta de la entrada, alguien desde dentro abrió y apareció Tania en la puerta...

# Capítulo 24

Bruno salió corriendo en dirección a la puerta, mientras gritaba:

—¡Amor! ¡Por fin estás en casa!

Tania cruzó el umbral de la puerta con la cara hasta los pies y luego exigió a su novio:

—Paga el taxi que he dejado la tarjeta tiritando por tu culpa.

—¿Y eso? —preguntó Bruno con una sonrisa enorme, feliz de tenerla al fin en casa.

—¿Todavía me vas a pedir cuentas de cómo gasto mi dinero? —replicó ella a la defensiva.

—No, mi amor. Solo es que me intereso por ti.

—Este modelito que llevo puesto para este día tan especial me ha costado un ojo de la cara y el

traje de baño que llevo en esta bolsita —dijo agitando la bolsa de Armani delante de la cara de Bruno

—, un riñón y medio páncreas. Así que échate a un lado —pidió empujándole con la bolsa— que voy

a ponérmelo antes de que caiga definitivamente la noche.

—Yo no llevo bañador... —se excusó Bruno, encogiéndose de hombros.

Tania le miró de arriba abajo con desdén y le espetó:

—¿Tú para qué? Si la que va a salir en la foto soy yo. Anda, paga el taxi y prepara el champán mientras me cambio.

Bruno obedeció y después casi le dio algo cuando el taxista le indicó el importe de la carrera...

—¿Desde dónde ha traído a mi novia? ¿Desde Murcia?

—Llevamos desde las cinco de la tarde buscando un bañador para este día tan especial —explicó el taxista con una sonrisa amable.

—Ya —replicó Bruno, sacando la tarjeta de crédito del bolsillo—. Es un día muy especial. Cóbrense por favor y gracias por la paciencia de acompañar a mi novia en sus compras.

El taxista cogió la tarjeta de crédito, la introdujo en el datáfono, Bruno marcó el código Pin y mientras esperaban a que el banco aceptara la operación, aquel preguntó:

—Perdóname por meterme donde no me llaman ¿pero usted se lo ha pensado bien?

—¿Me queda otra opción?

—Decir que no —respondió el taxista. Era obvio.

—¿Y entonces quién paga? ¿Usted? ¡Invita la casa! —replicó Bruno, esbozando una sonrisa irónica.

—No estaba hablando de la carrera, sino de la señorita... —dijo poniendo cara de susto—.

¡Menudo carácter!

Bruno respiró hondo, se acarició la barbilla y luego confesó:

—Eso es lo que más me gusta de ella. Me pone lo difícil: es mi gran reto.

—¿Algo así como subir una montaña muy alta? —preguntó el taxista mientras le devolvía la tarjeta.

—La más alta.

—¿Necesita copia del recibo? —Bruno negó con la cabeza y luego el hombre siguió—. ¿Usted sabe que hay gente que se deja la vida en las montañas?

Bruno asintió y luego contestó convencido, señalando la puerta de su casa:

—Ella es mi felicidad.

Se despidió del taxista y regresó a su casa silbando *Soy un genio genial*, la canción que más detestaba del universo, la que su hermano se pasaba el día ensayando, pero que justo en ese instante no podía dejar de tararear de felicidad.

Después se fue a la cocina en busca champán y no encontró más que unas botellas de sidra natural que había traído su abuelo de un reciente viaje a Asturias. ¡Seguro que servirían!

Cogió dos vasos y regresó flotando al jardín donde estaba esperándole su amor, con un precioso bañador de rayas rojas y blancas, al borde la piscina.

—¿Qué es eso qué traes ahí? —preguntó con cara de horror.

—Sidra. La trajo mi abuelo de Asturias, hace poco, está buenísima y a mí se me da genial escanciar.

—¡Tú estás majara, Bru! ¿Cómo voy a posar con este Armani y un vaso de sidra gualdraperera en la mano? ¡Soy una chica con clase, idiota!

—No sabía que era un Armani, amor. Pensaba que era un traje de baño de Zara... —improvisó, dejando la sidra y los vasos en una mesita de madera junto a las hamacas.

Tania al borde las lágrimas de pura ira, le replicó furiosa:

—O sea ¿eso es lo que piensas de mi trabajo y de la empresa a la que dedico mi vida entera? ¿Mi carrera profesional te parece tan insignificante, tan frívola y tan cutre como una botella de sidra El Gaitero?

Bruno negó con la cabeza, se frotó los ojos de los nervios que tenía y se excusó como pudo:

—Oye que es una botella de sidra natural traída por mi abuelo desde la mejor sidrería de Asturias. Aparte de que amo a la sidra El Gaitero, para mí es mítica. ¡Está presente en todas mis celebraciones!

—Mira, no perdamos más tiempo que está a punto de caer la noche y dame mi regalito —dijo exigiéndolo con un movimiento de la mano—, que me quiero retratar con él en la piscina. Por cierto, ¿no tienes algún flotador en forma de unicornio o de donut?

—Mi abuelo tiene ganchitos de colores para hacer estiramientos en el agua —respondió Bruno convencido de que a su novia le encantaría la respuesta.

—¿Tú eres re-idiota? ¿Cómo voy a posar para el Instagram con mi regalito y un pincho de yayo? Ahora se llevan las colchonetas en forma de frutas o los flotadores con forma de unicornio. ¡Tienes que cuidar esos detalles, Bru! ¿Dónde tienes la cabeza?

—De mañana no pasa que me compre un unicornio hinchable. Discúlpame, mi amor.

Tania levantó las cejas, puso cara de resignación y luego farfulló:

—¡Una más! ¿Por qué no? Bueno, venga, dame mi regalito de una vez... —exigió moviendo los dedos de la mano rápidamente.

—¿Al final te has puesto tus uñas perpetuas? —preguntó Bruno, con suma curiosidad, para que su novia se percatara de lo mucho que le importaban sus asuntos.

—¿Qué? ¿Perpetuas? ¡Qué palabra más fea! ¡Me da yuyu! ¡Suena a cosmética funeraria! ¡Cuida tu lenguaje, Bru! —habló espantada.

—Perdona, cielo.

—Son uñas con esmalte de espejo. Es lo último, son ideales para lucir tu regalito aquí en la piscineta —dijo mostrándolas orgullosa.

Bruno pensó en lo bonita que iba a quedar la foto de Tania en bañador con su flamante *bici* nueva, ahora lo que no entendía muy bien era para qué necesitaba al unicornio. ¿Para colocarlo en el sillín? Daba igual, lo importante era que el momento cumbre había llegado: la entrega del regalo que iba a ser su pasaporte al amor y a la felicidad absolutas, a los besos infinitos y a las caricias interminables, a las palabras tiernas y a los susurros procaces... Eso era al menos lo que pensaba Bruno, por eso embargado por la emoción anunció señalando con ambas manos la pared blanca junto al seto de arizónica:

—¡Ahí tienes tu regalo, mi amor!

Tania miró hacia la zona que Bruno indicaba y se quedó perpleja:

—¿Ese paquetón con ese envoltorio-horror es para mí? ¿Todavía no sabes que los corazones me provocan náuseas, mareos y vómitos? ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? —protestó con la vista clavada en ese *despropósito de paquete*.

Bruno no sabía dónde meterse, después de la paliza que le había dado a la señorita Mauks con el envoltorio, ahora resultaba que a su novia los corazones le provocaban el mismo efecto que subirse en barco en un día de tormenta.

—Una vez más: lo siento, mi amor. Pero lo importante es lo de dentro. Acuérdate de *El principito*...

Tania lanzó a Bruno una mirada despreciativa y luego espetó:

—*El principito* es el de *lo esencial es invisible a los ojos*, cateto. Es en *La Bella y la Bestia* donde dicen que la belleza está en el interior.

—¡Eso es! No te fijes en el envoltorio, porque te garantizo que la belleza está dentro... —dijo otra vez señalando el paquete con ambas manos.

Tania solo podía pensar una cosa *¿su novio habría tenido el mal gusto de esconder un señor pedrusco en cajas y más cajas hasta lograr la forma de una mesa de comedor para diez? Porque eso era lo que parecía el paquete... ¿Se podía ser más hortera y más necio? Mira, que venir con*

*juegucitos el día más importante de su relación. Claro que de su novio se podía esperar de todo... En fin, así era Bruno y había que aceptarle con sus luces —tres o cuatro— y con sus sombras que eran unas cuantas, más de ocho mil. Lo importante era que faltaba ya muy poco para que en su mano luciera un impresionante anillo de pedida.*

Tania sonrió de oreja a oreja, alzó las cejas un par de veces y luego exclamó:

—¡Vamos a ver esa belleza!

# Capítulo 25

Ya delante del paquete y a punto de rasgar el papel de corazones abominable, le dijo divertida:

—Espero no estropearme las uñas abriendo cajitas y más cajitas.

—No. Será rápido...

Tania respiró aliviada de no tener que pasarse la noche abriendo cajas y luego se excusó:

—No hago foto al paquete porque el envoltorio es demasiado casero y abuelesco y quedaría fatal en mi Instagram. Pero tú no enfades, ¿vale?

—No te enfades tú por mi falta de gusto en la elección del envoltorio, además hemos convenido que la belleza está en el interior —habló Bruno cruzándose de brazos y rezando para no meter más la pata.

—Bien...

Tania sonrió, respiró hondo y rasgó con ganas el embalaje hasta deshacerse por completo de él. Después, se quedó frente a la caja de cartón y, sorprendida, comentó:

—¡Te has tomado la molestia de buscar una caja de embalaje de una bicicleta! ¡Si es que en el fondo eres más mono! —susurró con los ojos brillantes, acariciando el rostro de Bruno con la mano.

Bruno agradeció el gesto con una sonrisa enorme y luego confesó humilde:

—No voy a colgarme una medalla que no me corresponde: lo han embalado los de la tienda.

Tania se quedó mirándole alucinada y boquiabierta y preguntó intrigadísima:

—¿Qué tienda? ¿Tiffany's&Co? —Bruno negó con la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿Anita Ko? —Bruno siguió negando con la cabeza—. ¿Yanes? —*Una joyería rancia pero segura*, pensó Tania y Bruno otra vez negó—. En Tous no creo que sea porque las dependientas son muy poco enrolladas...

Aparte de que ella no se había comprado unas cuñas de Louboutin, un bañador de Armani y una cartera en forma de piña de Valentino para que le colocaran en el anular un anillito de Tous.

—No creo que la conozcas, es una tienda que llevan los hermanos Aranda... —explicó Bruno, loco porque su novia abriera de una vez el regalo y no volviera apartarse de él nunca más.

Porque esa mujer le fascinaba, además el traje de baño de aire retro le estaba poniendo cardíaco. La deseaba tanto que le dolía. Le dolía ahí y le dolía el corazón. No soportaba estar más sin ella. Necesitaba con urgencia hacerle el amor con el bañador puesto, con el bañador quitado y con el bañador puesto otra vez.

—No los conozco. ¿Qué es una tienda multimarca?

—Sí, supongo que sí. Tienen muchas marcas, pero yo te he comprado lo que sé que te gusta —respondió Bruno, guiñándole el ojo.

Tania, muy ilusionada, levantó con cuidado la cinta adhesiva que cerraba la tapa de la caja para no

echar a perder su manicura, mientras pensaba en el texto que iba a subir al Instagram para acompañar a la foto de su posado espectacular con su *pedrolo* en la mano.

Cuando al fin logró levantar la tapa, con la ayuda de Bruno, y de apartar unos plásticos de burbujas, casi le dio un pasmo:

—¿Ahí dentro hay una bicicleta? —preguntó horrorizada como si lo que hubiera dentro fuera una bomba a punto de estallar.

—Holandesa y rosa, como a ti te gustan —respondió Bruno con orgullo, retirando la caja y dejando la hermosa bicicleta a la vista.

Tania parpadeó muy deprisa, tragó saliva y respiró hondo para no acabar hiperventilando por culpa del *shock* de encontrarse con “eso”.

—En el tiempo que nos conocemos ¿tú me has visto alguna vez subida a una bicicleta?

—No, porque no tienes.

—Exacto, no tengo porque vivo en un apartamento donde no cabe ni un jarrón chino, así que ¿me dices cómo coño voy a meter una bicicleta? —preguntó furiosa.

—Eso es lo de menos, la puedes dejar aquí.

—Jolín, Bruno, ¿pero cuándo te he dicho yo que quiero una bicicleta rosa?

—Así como tal no lo has verbalizado nunca, pero he visto que pones muchos corazones a las fotos del Instagram en las que aparecen bicicletas rosas. ¡Para que luego digas que no me fijó en los pequeños detalles! —dijo apuntándose el tanto.

—¡Doy a las bicicletas rosas, a los monos salvajes, a los almendros en flor, a las estepas nevadas, a los gatos que hacen chorradas... y eso no significa que quiera que me los regalen!

—Pero recuerdo que me enseñaste un blog de una bloguera que tú sigues mucho y que aparecía con una bicicleta rosa recorriendo Europa y tú me dijiste que te encantaría hacer como ella.

—¡Sí, pero me refería a vivir del cuento y a llevar una vida regalada de bloguera de moda! Viajes gratis, hoteles gratis, cremitas gratis, ropita gratis... ¡no a que me regales una maldita bicicleta! —dijo dando un puntapié a la bicicleta—. *Aaaaaaay* qué daño me he hecho con la puñetera bicicleta. ¡Joder qué mala suerte la mía! —exclamó llevándose la mano a los dedos del pie con el que acababa de golpear a la bicicleta.

Y a Bruno le dolió aquello como si la patada se le hubieran propinado en sus partes, y le dolió porque de repente se le vino a la mente la imagen de los tres hermanos Aranda metidos en ese cuartucho repleto de bicicletas viejas y se le partió el corazón. Los Aranda no se merecían que una de sus bicicletas fuera a parar a alguien que valoraba tan poco su empeño, su dedicación y su esfuerzo.

—Siento no haber acertado... —se excusó Bruno, compungido.

Tania clavó su mirada en la de Bruno porque de pronto le asaltó una duda: *¿y si todo era una broma? ¿Y si el anillo estaba en la cestilla de la bicicleta o pegado debajo del sillín?*

Ansiosa por conocer la verdad, se puso en jarras y habló retadora, señalando con el dedo índice a

la bicicleta:

—Venga. Va. Vayamos al grano, que ya he perdido demasiado tiempo. ¿Dónde has escondido el regalo de verdad?

—¿Qué grano? ¡La bicicleta es tu regalo! No te figuras lo que he tenido que pelear para que esta joyita sea tuya.

Tania se dobló de la risa y luego le espetó con toda su rabia:

—Eso era lo que esperaba: una joyita. Claro que para eso hay que tener más estilo y más cojones que tú.

Bruno resopló, se frotó los ojos con el dorso de la mano, como para despertar de una pesadilla angustiada y preguntó sin entender nada:

—¿Estilo y cojones?

—Un tío con un par se hubiera dejado todo para salvar su relación y hoy se habría presentado aquí con el Setting de Tiffany&Co.

—¡Yo cómo iba a saber que te gustaba ese modelo de bicicleta si jamás me has hablado de ello!

—¡No es una bicicleta, membrillo! El Setting es el anillo de pedida de la gente con *clasón*... ¡Pero tú no sabes lo que es eso! —protestó dando un manotazo al aire con desdén.

Bruno más confundido todavía, sin entender cómo esa mujer, que se ponía tan *sexy* cuando se enfadaba y a la que se moría por tumbarla en el césped para hacerle el amor, podía estar esperando un anillo de pedida cuando eso se hacía a los doce o catorce años de relación, como poco... Él desde luego no tenía pensado casarse antes de los cuarenta. ¿Qué necesidad había?

—¿Esperabas un anillo de pedida? —replicó extrañadísimo—. ¿Tan pronto? ¡Pero si somos jovencísimos!

Tania sí que estuvo a punto de tumbarle con la mirada pero de puro desprecio...

—¡Tío, lo tuyo no tiene remedio! Pídeme un taxi y cuando madures, me llamas... —exigió tumbándose en la hamaca.

—Tania estás yendo muy deprisa. Creo que lo sensato es que vayamos afianzando paso a paso esta relación.

—Vete a la mierda, Bru, y tráeme algo con estilo para matar el tiempo hasta que llegue mi taxi.

—¿Escancio la sidra?

Tania se llevó las manos a la cabeza y gritó:

—¡Mejor tráeme una caja de Valium!

—Tania, por favor, yo lo que quería decirte con la bicicleta es que voy a cambiar, que voy a sacar tiempo para hacer excursiones, para dar paseos románticos, para ir al cine, para ser ¡normal!

Tania soltó una carcajada y, señalándole con el dedo índice, replicó:

—¿De verdad crees que vas a arreglar esta mierda de relación llevándome al campo a coger margaritas? ¡Bru: tú eres gilipollas! Pero mucho, mucho, mucho...



# Capítulo 26

Bruno insistió en que iba a cambiar, en que iba a darlo todo para que la relación funcionase, pero Tania ya no quiso escuchar más: abrió su Instagram y se perdió en sus laberintos...

Diez minutos después llegó el taxi, Bruno sacó un billete de 100 euros de su cartera para pagarle la carrera, ella se lo arrebató de un manotazo y abandonó el lugar en bañador, barbilla en alto y sin decir ni un triste adiós.

Desolado, Bruno se fue derecho a por la botella de sidra y se la bebió del tirón, sin escanciar y a morro, mientras seguía analizando lo que acababa de suceder.

*¿Cómo iba a imaginarse que Tania, estando tan quejosa de la relación, esperaba que le regalase un anillo de pedida? ¿Cómo iba a figurarse que lo que ella demandaba era el compromiso máximo en vez de un cambio en su vida de locos? ¿No era lo más sensato que él primero bajara el ritmo de trabajo y luego que, con el rodar de la relación y el andar los años, le propusiera matrimonio tranquilamente?*

Sin entender nada y sin cenar, porque tenía el estómago cerrado por la pena, se metió en la cama y siguió dando vueltas al asunto hasta que a las tres de la mañana recibió una llamada...

Y no era de Tania, para su desgracia.

—Bruno tienes que venir, esto es una catástrofe. La puta máquina no tira...

—Enríquez, no me jodas —farfulló, enterrando la cabeza en la almohada.

—Tengo que hacerlo, porque no puedo hacer más. Me rindo y bien sabes que no me gusta hacerlo. Pero hasta aquí he llegado: lo siento mucho, tío.

A Bruno lo que menos le importaba en ese momento era su empresa, como si salía ardiendo. ¡Que se fuera todo al cuerno!

—Me la bufa todo, Enríquez. Haz lo que te dé la gana.

Bruno apartó el teléfono de la oreja y a tuestas y con el pulgar intentó dar a la tecla de colgar, pero no lo logró porque escuchó a lo lejos a Enríquez chillar:

—¿Estás bien? Es la primera vez que te escucho decir que te la bufa tu empresa, porque te recuerdo que es tuya...

—¡Te la regalo! —gritó al teléfono.

—¿Te has golpeado con algo con la cabeza? —preguntó mordaz.

—Déjame tranquilo. Solo quiero quedarme en mi cama reflexionando...

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que me salga de las gónadas —murmuró llevándose otra vez el teléfono a la oreja.

—Vente y reflexionamos juntos. Es que como no resucites a Marlene vamos de culo con la fecha de entrega y te recuerdo que uno de nuestros principales clientes nos ha encargado tarros como para

untar de crema a media Europa.

—Están contentos con nosotros, la reunión de Frankfurt fue de maravilla y en breve vamos a colocar nuestros maravillosos tarros en Europa entera.

—Están contentos de momento, porque te juro Bruno que como no vengas vamos a ir muy justos con los tiempos.

Bruno saltó de la cama y maldijo la mano mágica que tenía con las máquinas desde que con siete años resucitó una tostadora. ¿Por qué los dioses no le habían regalado como a Guido el don del zanganeo?

Qué triste sino el suyo que con lo a gusto que estaba rumiando su desgracia en la cama, tenía que salir en mitad de la noche a encontrarse con su ingeniero jefe y una máquina esquiua.

Sin dejar de lamentar su suerte, se puso unos vaqueros y una camisa, y voló hasta el garaje donde una vez más comprobó que Guido había consumido casi todo el depósito de la moto. *Maldito gandul.*

Descartada la moto, se subió al coche y condujo hasta el polígono donde se ubicaba la empresa, pensando en cómo recuperar a Tania. Estaba tan guapa con el bañador de rayas y ese cabreo infinito que se erectaba cada vez que la recordaba tumbadita en la hamaca mirando su Instagram.

*¿Y si le pedía matrimonio con un anillo de esos que le gustaban a ella? Total, qué más daba casarse unos años antes de lo previsto, además quedaba muy poco para empezar a delegar en Lucas las tareas duras de la empresa y a partir de entonces iba a tener tiempo más que suficiente para demostrarle que podía ser el marido perfecto.*

Sin duda, era el momento ideal para casarse y para cerciorarse de que así era se le ocurrió tentar a la suerte: si encendía la radio y sonaba una canción de amor, Tania aceptaría su propuesta de matrimonio.

Con una sonrisa expectante e ilusionada, encendió la radio y sonó un parte meteorológico que además anunciaba tormentas.

—¡Odio las noticias del tiempo! ¿A quién le interesa a estas horas de la madrugada el tiempo que va a hacer mañana?

Decidió probar suerte otra vez y salió un anuncio de laxantes...

*¿Pero quién le mandaba jugar a esa estupidez? Él era un adulto, cabal, formal y serio que estaba muerto de miedo y que por nada del mundo quería perder a Tania.*

*Era un sueño de mujer: talentosa, decidida, con carácter, impetuosa, brava, esforzada, luchadora y tan sexy, que qué pena que no supiera leerla como era debido y que estuvieran más distanciados que nunca.*

*De verdad que qué mala suerte la suya. ¿Por qué los dioses en vez de entregarle el don de entender a las máquinas no le habían regalado el de comprender a las mujeres?*

Esta pregunta taladrante le acompañó hasta su triste destino, donde con su peor cara de perro se presentó ante Marlene y Enríquez sintiéndose el hombre más desdichado del planeta.

¿Por qué en vez de estar haciendo el amor con Tania sobre el césped del jardín, tenía que pasarse la noche metiendo mano a una máquina?

—De verdad que siento haberte levantado de la cama a estas horas intempestivas, pero Marlene solo reacciona a tus caricias —dijo Enríquez, socarrón, con un porro en la mano.

—Tío, qué asco, apaga esa mierda —exigió Bruno, dando manotazos al aire para espantar el olor a marihuana.

—Estoy muy ansioso, necesitaba aquietar un poco mi mente. Ya sabes tú lo que me descompensan las averías... ¡No tengo tu talento!

Bruno gruñó y aunque se moría por mandar a la mierda a su ingeniero jefe, en el fondo era injusto hacerlo porque tenía razón: las máquinas no tenían secretos para él.

De hecho, tan solo después de un examen de apenas diez minutos de duración, ya tenía la avería detectada:

—Es un fallo en el sensor de la temperatura. Lo cambio ahora mismo y en un pispás retomamos la línea de fabricación.

Enríquez con una mezcla de rendida admiración hacia su jefe y a la vez sintiéndose un completo inútil por no haber sabido reconocer el fallo, exclamó:

—¡Eres grande, Bruno! ¡Muy grande! ¡Vivan los jefes buenos! —Y dio una calada al porro.

Bruno se ofuscó más todavía porque el único “Viva” que debía haber escuchado esa noche era el de Tania, extasiada de amor entre sus brazos.

—Desde luego que soy bueno, porque sacarme de la cama por un sensor de la temperatura es para que te ponga de patitas en la calle.

—Pero no vas a hacerlo porque además de ser magnánimo, sabes que no vas a encontrar a nadie como yo —bromeó.

—No, desde luego que no. Ni en 1º de Ingeniería encontraría a alguien con tu miopía galopante para las averías.

—Por eso estoy aquí, para absorber todo de mi maestro... —replicó Enríquez con sorna.

—Apaga esa mierda y vete a la cama.

—Sí, solo llevo diecisiete horas trabajando como un cabrón... —ironizó enarcando una ceja.

—Y bien que te las pago —repuso divertido.

—Y bien que me lo gano con el sudor de mi frente.

—A lo mejor se trata de sudar menos y pensar más... —dijo Bruno llevándose el dedo índice a la sien.

—Tú estás muy tenso. Toma una calada. —Y le tendió el porro.

—*Vade retro*. ¡Yo me drogo con la vida!

—Oye tío que yo no me drogo. Solo me he liado un *trocolín* para poder pensar mejor.

—No te esfuerces. De donde no hay, no se puede sacar.

—Pues tú te drogarás mucho con vida, pero cada día estás más amargado.

—Yo estoy perfectamente, lo único es que estoy atravesando un pequeño bache con Tania. —Y tras sincerarse, se arrepintió porque a Enríquez no había cosa que le fascinara más que un drama amoroso.

Obviamente, a Enríquez se le iluminó la mirada, se vino arriba y propuso:

—Nos tomamos las birritas que he metido en la nevera esta mañana y me cuentas...

# Capítulo 27

Bruno no estaba para birritas en la fábrica a las cuatro de la mañana, así que declinó la propuesta de Enríquez, le mandó a la cama y tras dejar funcionando la máquina, se tumbó en el sofá de su despacho con la intención de dormir un par de horas.

*Mejor solo que mal acompañado*, pensó. Y lo de mal acompañado lo decía por Enríquez, claro, que para los asuntos de amor era un pesado de mucho cuidado.

Le conocía desde la universidad y desde el principio hicieron un buen equipo: Enríquez era el que se ocupaba de la parte creativa y él de la resolutive. O sea que Enríquez la mayoría del tiempo se lo pasaba en la inopia o en el bar y él era el que sacaba siempre las castañas del fuego.

El caso era que como el tándem funcionaba, porque Enríquez para el diseño era un *crack*, en cuanto terminaron la carrera le propuso que se fuera a trabajar con él, en la empresa que acababa de heredar de su padre, y sin pensárselo aceptó.

Bruno reconocía que sin Enríquez su aterrizaje en la empresa habría sido mucho más complicado y que gracias a él y a su talento para el diseño habían logrado contratos muy jugosos con clientes importantes, pero como consejero sentimental no le aguantaba.

Se tenía por un experto en el amor porque se había financiado la carrera trabajando como animador de un chat de ligoteo en un portal de contactos. Según Enríquez, durante esas largas noches en vela dinamizando chats frecuentados por insomnes, solitarios, locos y presuicidas lo había aprendido todo sobre la verdadera naturaleza del amor. Y con esas credenciales se permitía opinar sobre las relaciones de todo el mundo, incluida la suya.

Y Tania no le gustaba, según él era una trepa interesada que jamás podría quererle porque no se amaba más que a sí misma.

*Qué sabría ese porretas...*

En conclusión, que estaba mejor solo tirado en el sofá pensando en Tania que escuchando las bobadas que Enríquez tuviera que contarle.

Y tenía tanto que pensar... porque la necesitaba, porque no quería perderla y porque estaba dispuesto a todo para recuperarla: anillo, boda y lo que fuera menester.

Y así, pensando en el anillo se quedó dormido una hora después, y tal vez por eso soñó que Golum y un unicornio de plástico le perseguían por toda la ciudad subidos a un taxi de color rosa... Muy rosa.

Tan rosa que cuando Bruno se despertó dos horas después sudoroso, con taquicardia y con un dolor de cuello horrible, lo primero que hizo fue escribir un correo electrónico a Macarena Aranda.

Porque la interpretación del sueño era más que evidente: el peligro venía de rosa, así que tenía que

deshacerse de la bicicleta lo antes posible, antes de que ese trasto le complicara más la vida todavía.

Para: [bicicletasaranda@bicicletasaranda.com](mailto:bicicletasaranda@bicicletasaranda.com)

Asunto: Pedido 06/6754

Buenos días, Macarena:

*Lamento comunicarle que ya no estoy interesado en la bicicleta. Quiero devolverla. ¿Cuándo pueden pasar a recogerla?*

*Adiós.*

*P.D.: Espero que para recogerla se den más prisita que para traerla.*

Y Bruno dio a “Enviar” con una sonrisa perversa en los labios, *¡qué divertido era ganarle siempre a Macarena! Una y otra vez se salía siempre con la suya y eso era bueno para la joven porque así aprendía un poquito de humildad, que buena falta le hacía.*

Lo que Bruno no sabía es que dos horas después, ese correo le provocó a Macarena un ataque de risa como no recordaba.

—¡Al cretino de Brunelo le han dicho que se meta la bicicleta por donde le quepa! —le comentó a Rocío doblada de la risa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su hermana preocupada—. Guido me dijo que había quedado por la tarde con su novia...

—¿Qué va a pasar? Que la novia debe ser una chica sensata y le ha mandado a picar hielo a Groenlandia.

—¿Y por qué te lo cuenta a ti? —inquirió Rocío sin entender nada—. ¿Tan solo está que tiene que sincerarse con su peor enemiga? Pobre chico, qué pena me da. ¿Por qué no se apoyará en Guido?

Macarena dio un manotazo al aire y habló toda eufórica:

—¡Pena ninguna! Tiene lo que se merece, y a mí no me ha contado nada: lo he deducido del mensaje tan digno que me ha enviado diciéndome que quiere devolver la bicicleta...

—A lo mejor tiene alguna avería —sugirió Rocío con ansiedad.

—La revisamos, como hacemos siempre, y está perfecta. No es eso. A este le han dado calabazas y muy bien dadas. —Y Macarena volvió a soltar otra risotada.

—Maca está feo alegrarse del mal ajeno. Tú no eres así.

—¿Mal ajeno? Pero si lo mejor que le puede pasar a ese patán es que la novia le deje y aprenda de una vez a ser un tío como Dios manda. Voy a decirle que yo misma me pasaré a recoger la bicicleta: necesito ver la cara de idiota que se le habrá quedado.

Macarena se recogió el pelo en una coleta, se sopló los dedos y luego se lanzó sobre el teclado del ordenador:

Para: [bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com](mailto:bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com)

Asunto: RE: Pedido 06/6754

Buenos días, Brunelo:

*Lo entiendo perfectamente. No siempre estamos a la altura y en este caso era evidente que era demasiado para usted. No se preocupe que pasaremos a eso de las ocho de la tarde a recogerla.*

Mauks,

Macarena Aranda

Macarena dio muerte de risa a “Enviar” y justo cuando el mensaje se acababa de colocar en la bandeja de elementos enviados, se percató de que había vuelto a mandarle besos.

¡Horror y más horror!

Su risa estaba a punto de transformarse en llanto de impotencia y Rocío se dio cuenta:

—Has liado alguna ¿a qué sí?

—Le he vuelto a mandar besos. No, si todavía se va a creer que estoy enamorada de él.... —ironizó furiosa, sin poder dejar de releer el mensaje.

—Tiene toda la pinta...

—¿Qué dices, Ro? ¿Estás loca o qué?

—Desde lo más profundo de ti, y con una urgencia infinita, deseas besar a Bruno...

—¡Qué asco, por favor! Solo de pensarlo me dan hasta nauseas... —murmuró Macarena, llevándose la mano al vientre.

—Eso es a nivel consciente, pero tú inconsciente pide “Mauks”. Tú solita te has delatado.

—Qué estupidez. Lo triste es que el idiota de Brunelo seguro que está pensando lo mismo que tú...

Y tenía razón, porque Bruno en ese instante estaba pensando que la raspa de señorita Mauks en el fondo se moría por besarle. ¿Por qué si no tenía esa obsesión por mandarle besitos?

Eso sí, las dos primeras frases del correo eran tan desconcertantes que volvió a escribir exigiendo una aclaración:

Para: [bicicletasaranda@bicicletasaranda.com](mailto:bicicletasaranda@bicicletasaranda.com)

Asunto: RE: Pedido 06/6754

*¿Me podría decir quién o qué es demasiado para mí? Es que no me queda claro...*

Adiós.

*P.D.: Sé que se muere por besarme, pero no estoy por la labor. No insista, señorita, jamás caeré en esa trampa.*

Bruno dio a “Enviar” y sonrió satisfecho sin poder dejar de releer su *post data*...

Macarena leyó el mensaje, resopló y luego contraatacó:

Para: [bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com](mailto:bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com)

Asunto: RE: Pedido 06/6754

*Todo es demasiado para usted, yo incluida. ¿O es que es tan lerdo que todavía no se ha dado cuenta de que el que se muere por besarme es usted?*

*P.D1.: Yo sí que no estoy por la labor de besar a sapos de charca contaminada con residuos tóxicos, fétidos y nucleares.*

*P.D2: Recuerde: pasaremos a las ocho a rescatar a nuestra princesita. Me muero por recuperarla.*



# Capítulo 28

Bruno sintió hasta ternura por la señorita Mauks, su vida tenía que ser tan aburrida y triste que tenía que consolarse fantaseando con que los clientes perdían la cabeza por ella.

*Seguro que lo único a lo que se abrazaba en sus noches oscuras era a su gato o a la botella, o a todo junto, vaya usted a saber. Pobre criatura, desde luego que era digna de lástima...*

*No como él, que tenía una vida apasionante y un amor de verdad que estaba a punto de reconquistar, en cuanto comprara el anillo que Tania deseaba tanto.*

Anillo que por cierto había olvidado cómo se llamaba, si bien supuso que se le vendría su nombre a la cabeza a lo largo del día. Sin embargo, como sus jornadas de trabajo era tan largas y tan exigentes, como ese día atendió cincuenta llamadas de teléfono y otros tantos correos, como asistió a tres reuniones con sus ingenieros y comerciales, más a un almuerzo con un cliente, le dieron las ocho de la tarde y no solo no había recordado el nombre del anillo, sino que no volvió a pensar en él hasta que Macarena se lo recordó.

Macarena acababa de aparecer en su casa, feliz y triunfante, conduciendo la furgoneta de su empresa, tal y como habían acordado, a las ocho de la tarde.

Él normalmente solía llegar pasadas las diez de la noche, pero ese día Enríquez se había empeñado enviarle a casa porque según él las ojeras le llegaban hasta el cogote.

La casualidad o mejor dicho la fatalidad quiso que llegaran los dos casi a la vez y que no les quedara más remedio que verse las caras e intercambiarse palabras muy... amables.

—Vaya careto que tiene, Brunelo. ¿Cuánto ha dormido esta noche? ¿Doce minutos? —preguntó Macarena en cuanto entró en la casa, con el carrito en la mano, y se topó con Bruno en el jardín.

Bruno lamentó que no le hubiera dado tiempo a atrincherarse en su habitación y así no tener que contemplar el extraño brillo en los ojos de la señorita Mauks, que solo podía obedecer a que se estaba pillando hasta las trancas de él. *Pobre infeliz.*

—Seguro que no tanto como usted. Parece otra: rubor en las mejillas, fulgor en sus ojos, ni rastro de amargura y tedio en el rictus de su boca... Reconozca que le sienta de maravilla soñar conmigo...

—Si hubiera soñado con usted, ahora estaría verde de espanto, con el gesto contraído y los ojos como huevos de puro terror.

—O sea su semblante habitual, hasta que me ha conocido y le ha cambiado la cara por completo —replicó risueño, porque podía engañarse a sí misma, pero a él no.

Macarena se cruzó de brazos y se defendió disimulando su enojo:

—Yo no tengo la piel verde, ni el gesto contraído, ni mucho menos los ojos de huevo.

—Porque tal vez nunca se haya visto levantando el hacha —apuntó mordaz.

—Lo del otro día fue por su culpa. Yo no soy así —dijo Macarena, encogiéndose de hombros.

—Como culpa mía es que usted hoy esté tan radiante —repuso Bruno, muy seguro de que tenía a la señorita Mauks en el bote.

—Reconozco que me hace feliz saber que su novia le ha rechazado el regalito... —confesó poniendo morritos. Y Bruno, *lejos de soltarle un buen corte a esa descarada*, que es lo que tenía en mente, se quedó con la vista clavada en esa boca pintada con un sutil carmín de color fresa ácida y con unas incomprensibles ganas de probar esos labios. —¿Qué pasa? ¿Tengo restos de algo en las comisuras? —preguntó Macarena, nerviosa, tapándose la boca con la mano.

Bruno parpadeó muy deprisa y, como despertando de un hechizo, recobró la cordura:

—Entre Tania y yo todo va de maravilla. Lo que sucede es que quiero regalarle algo mejor. La bicicleta no me sirve para demostrar lo mucho y grande que siento por ella —explicó llevándose la mano al pecho.

—¿Y se da cuenta ahora? Si sabía que su amor era tan grande, ¿por qué no ha ido directamente a comprar un castillo en vez de darme a mí por saco durante semanas? —preguntó Macarena con la mirada fija en la mano enorme que Bruno tenía sobre su pecho.

Era tan grande, tan fuerte, tan masculina que Macarena no pudo evitar preguntarse que qué sentiría al ser acariciada por semejante mano...

—Me está haciendo sentir como *El caballero de la mano en el pecho*, en el Prado —reconoció Bruno, bajando la mano.

—¿Qué dice? —preguntó Macarena frunciendo el ceño.

—Que se ha quedado absorta mirándome la mano, como si fuera la obra de un extraordinario pintor. Le molo, lo sé. No hace falta que finja.

—Usted es imbécil. ¿Y qué me dice de cómo me mira los labios?

—¿Yo? —replicó Bruno, incrédulo.

—Sí, usted. Me mira con gula y con lujuria, como si quisiera devorarme.

Bruno rompió a reír y luego se excusó, como pudo:

—Estaba mirando el color de su barra de labios, tiene el color de las fresas en el punto exacto en el que a mí me gusta comérmelas. Tal vez por eso me haya visto cara de gula, pero yo estoy enamoradoísimo de mi novia.

—Sí, por eso ni sabe acertar con los regalos.

—Es que yo no soy muy bueno regalando, suelo siempre equivocarme.

—Eso es porque piensa más en usted y en su gusto que en la persona a la que va a regalar. Por eso nunca acierta...

—Usted como siempre regalándome los oídos, señorita Mauks.

Macarena arqueó una ceja y esbozó una sonrisa:

—¿Me llama señorita Mauks?

—¿Le molesta? —preguntó intrigado.

A Macarena se le iluminó la mirada más todavía y, tras morderse los labios, contestó:

—Sé que se muere por besarme, hasta el nombre que me ha puesto le delata. Reconózcalo, no se lo diré a nadie.

Bruno pensó que lo cierto era que tenía una boca que era una tentación, pero desde que tenía cuatro años había aprendido que con las mujeres no se podía ir con la verdad por delante, así que dijo:

—No confunda los guiones de sus fantasías con la realidad.

—Por la cuenta que le tiene mejor que no. Porque en el guión de mi fantasía ahora mismo le pondría un buen esparadrapo en la boca y, de una patada en el culo, le enviaría al centro de su estupenda piscina.

Bruno con la sonrisa ladeada y la mirada maliciosa, preguntó:

—¿Y después qué? ¿Le va el rollo duro, señorita Mauks? ¿Le gustaría atarme a la palmera y atizarme con su kit de fustas de siete puntas?

—Lo que me gustaría es largarme de una vez de aquí —mintió, porque la verdad era que se lo estaba pasando genial y eso no entraba en sus planes.

Y Bruno al ver que la señorita Mauks se aferraba a su carro y bajaba la vista al suelo, se sintió un cretino y un bocazas.

—Disculpe si la he incomodado con mi ironía de medio pelo...

—Ahí le doy la razón. Su ironía es pésima, pero no se preocupe. Estoy bien. ¿La bicicleta dónde está?

—En el salón, le pedí a Guido que la metiera dentro por si llovía. Está sin usar, Tania solo levantó el plástico de burbujas y del espanto ya no quiso ver más...

—¿Espanto? —replicó Macarena con una sonrisa enorme—. O sea que yo tenía razón: su novia le rechazó el regalo.

A Bruno le costaba tanto dar la razón a la señorita Mauks, que se estaba *pinochizando* por momentos:

—Lo que sucedió es que justo en el momento en el que ella estaba arrancando el envoltorio, me di cuenta de que me había equivocado...

—¿Ah sí? —preguntó Macarena, divertida.

—Claro, lo que está pidiendo nuestro amor es un buen anillo de pedida. Y no cualquier anillo, por supuesto. Mi chica se merece el mejor anillo, uno que le gusta muchísimo y que se llama... Sí, hombre, sí... El anillo... El anillo...

—¿El anillo de los nibelungos? —replicó muerta de risa.

—Señorita, menos mofa, por favor, que esto es serio. Nuestro amor es muy serio.

—Sí, claro. Por eso ni recuerda el modelo de anillo que le gusta a su prometida —dijo doblada de la risa.

—Es que el universo de la moda y los complementos no me interesa para nada, por eso no retengo un puñetero nombre. Si fueran máquinas de inyectar poliuretano, recordaría hasta lo que pesa. ¿Y usted qué me dice? ¿Qué tal lleva el tema de los anillos?

—Pues mal, conozco el de Frodo y poco más. Pero si me da alguna pista más, tal vez lo podamos encontrar en Internet.

—¡Estupendo! ¿Verdad que no tiene prisa, señorita Mauks?

La señorita Mauks lo único que sabía era que se lo estaba pasando genial, que hacía una noche estupenda y que no le apetecía volver a casa.

—Tengo miles de cosas que hacer; pero si le urge mucho, puedo llamar a casa para decirles que me voy a retrasar un poco.

—Avisé por favor, avise, que necesito arreglar este asunto cuanto antes...

# Capítulo 29

Macarena mandó un wasap a su madre para avisarle de que iba a llegar un poco más tarde y luego con el Google abierto, preguntó a Bruno:

—Dígame cosas que recuerde del anillo...

—Me dijo el nombre y la marca, sonaba a algo así como: “Tiritití” —comentó muy serio y Macarena se partió de risa.

—¿Pongo anillo “Tiritití” a ver qué sale? A mí me suena a Isla del Pacífico, pero...

—¿Vamos a hacer nuestras pesquisas aquí de pie? —interrumpió Bruno.

—No tengo inconveniente, va a ser solo un momento. No creo que sea tan difícil encontrar un anillo.

—No las tengo todas conmigo. Por favor, pasemos al salón o si quiere conversemos mejor en la piscina...

El sol de la tarde estaba poniéndose, pero todavía caía sobre una de las esquinas de la piscina de forma rectangular. Macarena, que hacía años que no disfrutaba de un día de piscina, se imaginó sumergida ahí, justo en esa esquina aún soleada, sintiendo el sol agonizante en la cara: y suspiró de placer.

—Qué maravilla... —susurró mientras contemplaba extasiada la piscina.

—¿Quiere darse un baño? —preguntó Bruno, al ver cómo la señorita Mauks perdía su mirada fascinada en el azul ondulado de la piscina—. Si quiere la acompaño, no tengo ningún problema en hacerlo.

Ella sí que lo tenía, porque aparte de llevar una ropa interior vieja y fea, se suponía que Brunelo era el ser más odioso que había conocido jamás. *¿Cómo iba a compartir una relajada tarde-noche de piscina con él? ¡Era de locos!*

—No, gracias. Si quiere nos sentamos un momento en las hamacas que tiene junto a la piscina, mientras hago las búsquedas en Google.

—Perfecto. ¿Quiere tomar algo?

Macarena se encogió de hombros porque seguía sin comprender muy bien qué hacía dentro de la casa de Brunelo y lo que era peor: por qué cada vez tenía menos ganas de irse.

—No sé...

A Bruno le pareció tan encantadora la respuesta de la señorita Mauks y sus vanos esfuerzos por ocultar la atracción irresistible que sentía por él, que le susurró al oído:

—Yo sí que lo sé: puedo leer el pensamiento.

Macarena sintió una especie de escalofrío cuando los labios de Brunelo rozaron su oreja y solo

pudo pensar que ese hombre iba a hacer todo para seducirla. Por eso, dio un paso atrás, atrajo el carro hacia sí a modo de escudo y dijo:

—Traiga lo que quiera.

Bruno la miró, parapetada tras su carrito, y lo cierto es que sintió hasta ternura por la mujer que más le había sacado de quicio en los últimos tiempos:

—Traiga usted ese carro y váyase a sentarse a la hamaca.

Bruno le arrebató el carro con la mano, lo dejó apoyado en la pared y después se marchó a la cocina a traer unos refrescos.

Mientras hacía tiempo para que Brunelo regresara, Macarena se situó en el borde la piscina, se descalzó y metió un pie en el agua con cuidado por si estaba fría.

Pero no lo estaba, de hecho se quitó el otro zapato, se sentó en el borde de la piscina, levantó la falda de su vestido blanco, metió las piernas en el agua y suspiró de placer.

Se había olvidado de la delicia que era chapotear con los pies en el agua, era tan agradable que le estaban entrando unas ganas incontrolables de quitarse el vestido y darse una pequeña zambullida antes de que regresara el petardo de Brunelo.

¿Y si lo hacía? Total, entre que llegaba a la cocina de esa casa tan grande y el tiempo que iba a tardar preparando el piscolabis, seguro que le daba tiempo a meterse en el agua, dar tres brazadas y salir...

Sin pensárselo dos veces, miró hacia la puerta por donde Brunelo había desaparecido y al no ver a nadie, se quitó a toda prisa el vestido y lo dejó sobre la hierba.

Luego, apoyó las manos sobre el bordillo, saltó al agua y soltó un gritito más por alegría que porque estuviera fría. Bueno, realmente, a ella le pareció que había lanzado un gritito, pero en realidad fue lo suficientemente fuerte como para que lo escuchara Bruno desde el salón donde se encontraba con la bandeja ya lista con bebidas y jamón.

Asustado porque a la señorita Mauks le hubiera dado un vahído, dejó la bandeja en el suelo y salió corriendo hacia la piscina, donde aquella mujer braceaba de forma muy extraña.

—¡Aguante, señorita Mauks! ¡Ya voy a su rescate! —gritó Bruno, mientras corría desesperado hacia la piscina.

Macarena al escuchar los gritos de Bruno, se puso muy nerviosa y retrocedió las cinco brazadas que había avanzado, rezando para alcanzar el vestido antes de que él pudiera verla en ropa interior ¡y de color carne!, mientras chillaba:

—¡Estoy bien! ¡Me he tirado al agua por mi propia volun...!

No le dio tiempo a decir más, porque Bruno se lanzó de cabeza al agua, vestido y con zapatos, dio dos brazadas, se situó detrás de ella, pasó un brazo por delante del pecho de la señorita Mauks y la atrajo hacia sí:

—Tranquila, que tengo el diploma de socorrista de la Cruz Roja.

Macarena intentó darse la vuelta, pero Brunelo la apretaba con una fuerza que era imposible moverse. Así que dio un cabezazo hacia atrás, mientras gritaba:

—¡Suélteme! ¡Yo no me estoy ahogando!

—No se resista, señorita Mauks. No tenga miedo a mostrarse vulnerable. No siempre tiene que ser fuerte...

La señorita Mauks la única preocupación que tenía en ese momento era que con el forcejeo se le había quedado un pecho fuera y Bruno se lo estaba aplastando.

—¡Será cretino! ¡Quiere quitarme las manos de encima! —chilló mientras intentaba zafarse de Brunelo convulsionándose por completo y propinándole mordiscos en el brazo.

Bruno, sin perder el control y resistiendo como un campeón los ataques de la señorita Mauks, le explicó:

—No pasa nada por marearse, no me voy a burlar de usted por no saber nadar. Relájese y confíe en mí. ¡No voy a permitir que se ahogue!

—¡Yo sé nadar perfectamente, tío lerdo! La que le voy a ahogar soy yo a usted como no me suelte —amenazó sin parar de forcejear con Brunelo.

Y justo en ese momento, la puerta de entrada se abrió y aparecieron Rocío y Guido quienes se encontraron con la escena que era difícil de interpretar:

—¡Esa voz es de Macarena! Dime, por favor. ¿Qué hace? ¿Se está peleando con tu hermano en el agua?

—No sé qué decirte, él la está agarrando por detrás, vestido con traje y corbata y ella está en sujetador y con una teta fuera.

—¿Se están liando? ¿Es sexo?

—Podría ser sexo o podría ser un intento de asesinato. ¡No sé decirte, amor!

Rocío se puso muy nerviosa y gritó para que su hermana se tranquilizara:

—*Macaaaaaaaaaaaaa*, estoy aquí. ¡Tranquila!

Macarena y Bruno se giraron y vieron cómo Rocío y Guido de la mano, corrían hacia la piscina:

—Tranquila, Rocío, que ya estoy yo intentando convencerla para que me deje que la salve —explicó Bruno, sin soltar a Macarena.

La pareja llegó al borde de la piscina y allí Rocío emocionada, con la mano en el corazón de la impresión, preguntó:

—¿Salvarla de la soledad? ¿De la frialdad de su cama? ¡Bruno, qué bonito! ¡Qué momento más romántico!

Macarena aprovechó que Bruno la agarraba con menos fuerza para hacerle de una llave de judo, que aprendió con diez años y llegó a cinturón amarillo, y librarse al fin de él al grito de:

—¡Suéltame ya, imbécil! ¡No necesito que nadie me salve de nada!

Bruno salió del agua ajustándose el nudo de la corbata y fascinado por cómo esa criatura peso

pluma había conseguido hacerle semejante aguadilla:

—Lo tendré en cuenta para las próximas veces —dijo mordaz.

Macarena se colocó bien el sujetador y muy digna replicó:

—Ni lo sueñe. La primera y la última. Y Rocío, tú tranquila, que a aquí lo único que pasa es que se me ha ocurrido darme un chapuzón y este señor, como es tonto de remate, se ha pensado que me había caído al agua y me estaba ahogando.

—Es muy romántico, igualmente —dijo Rocío, con una sonrisita—. Y a todo esto ¿tú qué haces aquí?

—Vine a recoger la bicicleta, pero me he quedado un poco más porque voy a ayudar a Brunelo a que recuerde qué anillo de compromiso quiere su novia.

—¿Tú? —replicó Rocío—. Pero si no tienes ni idea de anillos. Tú estás aquí por otra razón, pillina...

—¡Calla, no digas nada! —gruñó Macarena—. Que estoy loca por irme de aquí...



## Capítulo 30

Guido se agachó a recoger el vestido de Macarena, pero su hermano le regañó desde dentro del agua:

—¿Vas a permitir que se ponga el vestido empapada de agua? ¡Vuela a por una toalla para la señorita, gandul!

Guido obedeció a su hermano y se fue a buscar un par de toallas que tenían guardadas en un pequeño armario de madera junto a la piscina.

—¡Qué grosero es usted! ¡No sé ni cómo no le da vergüenza tratar así a su hermano! —le reprochó Macarena, flotando casi pegada al borde de la piscina.

—Es un juego que tienen entre ellos —intervino Rocío, quitándole importancia.

—Y sobre todo es una verdad, mi hermano es un zángano y un desconsiderado.

—Eso no es cierto. Guido es muy trabajador y muy gentil —matizó Rocío.

—Porque se habrá pasado el poco tiempo que se conocen fingiendo que lo es, pero no se engañe: en breve, mostrará su verdadera naturaleza y se va a quedar espantada.

—Sé perfectamente cómo es mi novio y le repito que es muy trabajador y muy gentil —insistió Rocío cruzándose de brazos.

—Querida hermana, me da muchísima rabia dar la razón al maleducado de Brunelo, pero no te ha dado tiempo a saber cómo es ese señor al que llamas novio.

—¡Sois tal para cual! —repuso Rocío, ofendida—. A ver si os liais de una vez y os dejáis de estos juegos absurdos.

—Yo con este señor no quiero nada, he venido a por la bicicleta y me he quedado un poco más solo para asegurarme de que compre el anillo de pedida a su novia y vuelva a hacer el ridículo otra vez —mintió Macarena, porque solo le faltaba que Brunelo supiera que había decidido quedarse porque estaba pasándose lo rematadamente bien.

Bruno soltó una carcajada puesto que conocía perfectamente las razones por las que, según él, la señorita Mauks había decidido quedarse un poco más.

—Ridículo ¿por qué? —preguntó Bruno que, tras un par de brazadas, se quedó frente a Macarena.

—Porque se lo va a rechazar, lo mismo que la bicicleta.

—¿Ah sí? —preguntó Bruno, arqueando una ceja.

—Por supuesto, porque a quien detesta a es usted. ¿O es que todavía no se ha dado cuenta? —replicó Macarena, aferrándose con ambas manos al bordillo de la piscina, pero sin dejar de mirarle a los ojos.

—Nuevamente confunde sus deseos con la realidad —replicó Bruno, retándola con la mirada,

mirada que por cierto a Macarena le pareció más azul que nunca tal vez por reflejo del agua.

—No se crea tan importante, a mí me importa un bledo lo que haga con su vida.

—Ya, por eso está deseando que mi novia me mande a la mierda...

—Yo no lo deseo: es lo que va a pasar —replicó aguantándole la mirada.

Bruno se desplazó un poco más hasta quedarse muy cerca de la joven, tanto que sus cuerpos casi podían rozarse, tanto que podían olerse y sentir las respiraciones, tanto que se quedaron en silencio mirándose y ambos sintieron un vértigo extrañísimo del que les liberó Rocío, quien muerta de curiosidad preguntó:

—¿Y ahora qué pasa? ¿Por qué os calláis? ¿Os vais a besar o qué?

Horrorizada por la idea, Macarena dio un salto y se sentó en el borde de la piscina a esperar a que Guido le trajera la toalla.

—Tranquila, Rocío, que su hermana no besa a sapos de charca contaminada con residuos tóxicos, fétidos y nucleares —dijo mirándola socarrón.

—¡Qué pena que tenga novia, porque usted es perfecto para mi hermana! —comentó Rocío, entre risas—. Y a todo esto, que ya somos casi cuñados ¿por qué no nos tuteamos?

—Tienes toda la razón —asintió Bruno.

—Yo tutearé a Guido, pero con ese señor no quiero confianzas —aclaró Macarena, señalando a Bruno con la cabeza.

—Pues podías tenerlas, querida cuñada —intervino Guido de regreso con la toalla—, y así librarías a mi hermano de cometer el gran error de su vida.

Bruno rompió a reír y luego replicó:

—¿Quieres que me libre de un gran error cometiendo otro aún mucho mayor? ¡Gracias Guido, tienes unas ideas brillantes! ¡Como siempre! Oye ¿y a mí no me has traído toalla?

Guido negó con la cabeza y se encogió de hombros con una sonrisa enorme. Bruno resopló, salió de la piscina de un salto y comenzó a desvestirse allí mismo: primero la corbata, luego la camisa...

—¿Qué haces? ¿Te vas a desvestir aquí? —pregunto Guido, perplejo.

—Si prefieres mejor entro chorreando en el salón y luego lo limpias tú.

—Me parece indecoroso, qué quieres que te diga —opinó Guido, negando con la cabeza.

Bruno sin hacer caso de los remilgos de su hermano, se bajó el pantalón y se quedó en calzoncillos de leopardo.

—¿Dónde te has comprado eso? —preguntó Guido, estupefacto ante la visión de la ropa interior de su hermano.

—¿El qué? —preguntó Rocío, curiosa.

—Los calzoncillos más feos que he visto en mi vida —replicó Macarena muerta de risa por lo ridículo de los calzoncillos, pero también de los nervios tontos que le habían entrado de ver de repente a ese hombre casi desnudo.

Y qué casi desnudo, porque había que reconocer que Bruno tenía un buen cuerpo del que era difícil apartar la vista: espalda ancha, brazos y piernas fuertes, pectorales y abdominales marcados, y algo muy prometedor debajo del espantajo del calzoncillo.

Y mientras Macarena se debatía entre la fealdad de la prenda interior y la maravilla del cuerpo de Brunelo, él explicaba a su cuñada:

—Son unos *slips* modernos de estampado de leopardo, querida Rocío. No hagas caso de tu hermana que no hay más que verla para saber que no tiene ni idea de tendencias en ropa íntima.

—¿Qué le pasa a mi ropa interior? —replicó Macarena exagerando su enojo porque Brunelo tenía razón. Ella sabía muy bien que la ropa interior de color carne que se había puesto para que no se transparentara nada con el vestido blanco era un destroza libidos de primera.

Y Bruno por su parte solo sabía que al ver a la señorita Mauks envuelta en la toalla blanca, con su pelo mojado y tiritando de frío, le estaban entrando unas insólitas ganas de abrazarla. *¡Abrazar a la señorita Mauks! Sin duda, las pocas horas de sueño le estaban pasando factura...*

—Que es muy aburrida —respondió Bruno, tras apartar ese absurdo pensamiento de la cabeza.

—Que me llame aburrida alguien con tan mal gusto como usted es todo un piropo. Gracias —replicó Macarena, forzando la sonrisa.

—¿Lo del mal gusto lo dice por mis calzoncillos? Estos *slips* me los regaló Tania para Nochevieja, son de Zara y por lo visto estaban muy solicitados, pero como ella es la encargada apartó una docena para mí...

Macarena soltó una carcajada y luego preguntó:

—Imagino que tendrían mucha demanda: ¡los horteras son legión!

—¿Tienes una docena de calzoncillos de leopardo? ¡Esa mujer es más retorcida de lo que pensaba! —soltó Guido, entre risas.

Bruno sacó pecho y, muy orgulloso de su novia y de su regalo, aclaró:

—Tania es una mujer generosa que solo desea lo mejor para mí.

—Por eso te regala un saco de *slips* espanta-polvos-casuales... —comentó Guido sin parar de reír—. Dudo que haya una mujer en el planeta que quiera montárselo contigo después de verte con esas pintas.

—Tania sabe que soy un hombre fiel y además es una persona íntegra que no necesita valerse de ninguna artimaña para tenerme a su lado. Y si tuvieras un poco de cultura de moda sabrías que estos calzoncillos son lo máximo en moda interior masculina. La alternativa perfecta al rojo...

—¿Al rojo? —replicó Guido, doblado de la risa.

—Sí, la gente se pone calzoncillos rojos en Nochevieja y en las ocasiones especiales. En su día me negué a ponérmelos porque para cuestiones de moda soy un pelín anticuado, pero hoy quise darle el gusto y mira por dónde se ha marchado sin vérmelos puestos —lamentó encogiéndose de hombros.

—¡Es una chica lista! —exclamó Macarena sin parar de reír—. ¡Se lo ha olido y ha puesto pies en

polvorosa!

—El que los pone soy yo.

—¿Se va? —preguntó Macarena frunciendo el ceño y arrebujiándose en la toalla.

Ese pequeño gesto provocó que a Bruno le volvieran las ganas de abrazarla para que entrara en calor. *Calor muy casto, por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a ser? Él era un hombre de bien, con una novia formal a la que estaba deseando poner el anillo “Tiritití” en el anular, y también un hombre mordaz que no pudo resistirse a replicar:*

—¿Le apena?

—Me alivia... —mintió Macarena, con una sonrisa enorme.

—Voy a cambiarme de ropa y regreso para que siga divirtiéndose...

—Perfecto —dijo Macarena, sin dejar de sonreír.

# Capítulo 31

Bruno regresó al cabo de diez minutos con un traje de chaqueta cruzada, sin camisa ni corbata y una propuesta a sus invitadas:

—Si no tenéis nada mejor que hacer, podemos improvisar una cena en el jardín.

—¿Y ahora por qué te disfrazas de gánster? —preguntó su hermano divertido, mirándole de arriba abajo.

—Porque he entrado a mi habitación y me he encontrado al abuelo roncando...

—Mi abuelo es que trabaja por las noches en su novela y se echa la siesta sobre esta hora y donde le viene el sueño —explicó Guido a las chicas.

—Me he puesto lo primero que he cogido, para no abrir la luz y despertarle.

—Va hecho un adefesio. Lleva un traje sin camisa ni corbata —explicó Guido a Rocío—, solo le falta la metralleta.

—Pero va a la moda, es un rollo muy Gucci —opinó Rocío—. Yo creo que estás muy guapo, Bruno.

—Seguro que tu hermana no piensa lo mismo —sugirió mirando a Macarena, burlón.

—¡Bingo! —replicó Macarena levantando los pulgares.

—Mejor, así no se le despiertan pensamientos pecaminosos —habló Bruno, socarrón, a la vez que se metía una mano en el bolsillo del pantalón.

—No se preocupe, a mí no me ponen nada los fantoches —le cortó Macarena, dando un manotazo al aire.

—¿Pero puede cenar con ellos? Le advierto que los fantoches somos una compañía perfecta para las noches de verano —comentó sin que el insulto le hubiera afectado lo más mínimo. Al revés, los ojos le chispeaban más todavía, como si estuviera disfrutando de hacer rabiar a Macarena.

—Perdona, pero yo he sido el que he invitado a mi novia a cenar a casa —le recordó Guido a su hermano.

—Pero como resulta que es mi casa, ahora soy yo el que invita —matizó Bruno.

—Aceptamos vuestra invitación, sois muy amables —intervino Rocío, con una sonrisa encantadora.

Macarena frunció el ceño y, enojada porque su hermana tomara decisiones por ella, replicó:

—La aceptarás tú, porque a mí no me apetece nada quedarme a cenar. Tengo muchas cosas que hacer en casa...

—¿El qué? Carlota está en un cumpleaños y va a ir mamá a recogerla.

—Tengo que... planchar... —Macarena dijo lo primero que se le ocurrió porque lo cierto era que

su único plan para esa noche era cenar algo rápido y quedarse dormida frente al televisor viendo algún bodrio.

—Pero si tú solo te compras ropa que no necesita plancha —se chivó Rocío, para espanto de su hermana que la miraba más furiosa todavía.

—Genial. Me voy entonces a la cocina a por cosas ricas para una cena para cuatro —dijo Bruno frotándose las manos—. Genio de la lámpara —exigió a su hermano—, colabora un poquito, majo, que los fantoches solo tenemos dos manos.

Guido acompañó a su hermano a regañadientes hasta la cocina, mientras Macarena siguió reprendiendo a su hermana por forzarla a cenar con el ser más odioso del planeta.

—Es la última vez que me haces una encerrona como esta. ¿Todavía no te has enterado de que detesto a este tío?

—No le detestarás tanto cuando te has bañado en bragas en su piscina —replicó Rocío.

—Porque era una tentación después de pasarme años sin pisar ni una charca —se excusó, Macarena.

—No será porque no te suplicamos que te vengas con nosotros a la piscina del pueblo.

—Está llena de cotillas, tú la primera. Paso. Como paso de quedarme a cenar con Brunelo, yo me piro...

—¿No ibas a ayudarlo con el anillo?

—Tú lo has dicho: iba. Pero ya no me necesita estando tú aquí que lo sabes todo sobre moda y complementos.

—¡Yo qué voy a saber! Anda, no seas aguafiestas y quédate.

—¿En qué idioma te explico que no soporto a Brunelo y que además llevo puesto un vestido blanco sin ropa interior? —Macarena había dejado la ropa interior secándose detrás del seto y luego se había vuelto a poner el vestido blanco—. ¡No respondo como ese tío haga una sola broma al respecto!

—Está muy centrado en sus problemas. ¡No te agobies por eso y quédate por favor! Me hace mucha ilusión cenar con mi hermana y con mi novio —le rogó Rocío juntando las palmas de las manos.

—¿Y con tu cuñado, no? —preguntó Bruno, que apareció de nuevo en el jardín con una bandeja con ensaladas y unos platos con quesos y jamón.

—Y con mi cuñado, claro que sí —contestó Macarena, sorprendida de haber sido pilladas en mitad de la conversación.

—A mí también me hace mucha ilusión que esté aquí mi cuñada —intervino Guido, que venía con otra bandeja con las bebidas, vasos y copas.

—¿Y qué es lo que le agobia tanto, señorita Mauks, que le impide disfrutar de esta maravillosa cena? —preguntó Bruno, señalando con la cabeza a las delicias que llevaba en la bandeja.

Macarena resopló y retándole con la mirada, respondió:

—Básicamente, usted.

—Entiendo que es duro asumir que no puedo ser suyo, pero cuanto antes empiece a aceptarlo, menos sufrirá.

—Sufriría, si usted fuera para mí. ¡Menudo tormento! —le aclaró Macarena, echando a volar las manos.

—¡Lo mismo digo! —replicó Bruno, asintiendo con la cabeza—. ¿Y sabe qué? No solo celebro que quiera ausentarse de la cena sino que, si ese es su deseo, le invito a que lo haga —dijo con una sonrisa enorme, satisfecho *de haber puesto en su sitio a esa muchacha que ya no sabía qué hacer para fingir que se moría de amor por él.*

—¿Ah sí? —preguntó Macarena, bufando.

—Por favor... —murmuró Bruno, señalando la puerta con la cabeza.

Macarena no estaba dispuesta a permitir que ese hombre tan maleducado se saliera con la suya. Así que decidió hacer un drástico cambio de planes:

—Pues ahora me quedo. Déjame que te ayude con las copas, Guido —dijo acercándose a él y tomando un par de copas de la bandeja.

—Macarena, te pido disculpas en nombre de mi hermano. Es un ermitaño, huraño y desagradable, que apenas sabe tratar con los humanos —se excusó Guido.

—¿Qué quieres decir con lo de los humanos, hermano tan traidor como bocazas? ¿Que soy un chalado que solo se lleva bien con las palomas y los patos del parque?

—Ya quisiera. Esas criaturas seguro que también salen volando en cuanto le ven aparecer —le respondió Macarena—. Acepto tus disculpas, Guido; y te acompaño en el sentimiento de tener un familiar así —dijo Macarena, asintiendo con la cabeza.

—Estoy muy feliz de que nos honres con tu presencia, Macarena —replicó Guido con una ligera inclinación de cabeza—. Lamento profundamente aquello que pasó cuando nos conocimos y solo deseo que este sea el comienzo de una larga y entrañable relación.

—Está todo olvidado, Guido.

—Te lo agradezco de corazón y ahora ¿me acompañáis a la mesa? —sugirió Guido.

Rocío se enganchó del brazo de Guido, mientras Bruno se quedaba atrás protestando, bandeja en ristre:

—Y ahora ¿qué pasa? ¿Que me dejáis castigado sin cenar? ¿O preferís que ejerza de servicial mayordomo?

—Prefiero que te comportes como un adulto y que acerques la bandeja —respondió Guido, tras dejar la suya en la mesa, bajo una pérgola de madera, y apartarle la silla a Rocío para que se sentara.

—Tiene gracia que me pida que me comporte como un adulto el gorrón que no hay manera de echar de casa.

—¡Deje de decir groserías y tenga la decencia de dar gracias a su hermano por tener el valor de

compartir techo con usted! ¡Dudo que haya un humano con tanto coraje! —le exigió Macarena, después de colocar las copas en la mesa.

—No se preocupe seguro que hay multitud de extraterrestres deseosos de vivir a la sopa boba y ocupar su lugar —replicó Bruno, dejando la bandeja sobre la mesa—. Y hablando de ocupar sitios: siéntese por favor... —le pidió a Macarena, retirando la silla contigua a la de Rocío.

—Y usted siéntese frente a mi —le ordenó Macarena, porque lo que menos quería era tenerlo sentado al lado.

—No, yo a su vera. Tranquila que seguro que lo resiste, no en vano es una humana con tanto o más coraje que mi hermano. ¿Verdad que sí, señorita Mauks? —preguntó burlón, sentándose a su lado.



# Capítulo 32

Macarena tenía todo el coraje del mundo, pero ella se sentaba dónde le daba la gana. Así que le pidió a Guido que le cambiara el sitio y por fin tuvo a Bruno enfrente, donde ella quería.

Luego durante la cena, los dos jugaron a ignorarse, pero a los postres sucedió que la ligera brisa que había estado soplando toda la noche, se transformó en un repentino vendaval que no se conformó con agitar los cabellos de las chicas, hacer volar unas cuantas servilletas de papel y remover otras tantas hojas caducas, sino que también arrastró la ropa interior de Macarena desde detrás del seto de arizónica, hasta los mismos pies de Bruno.

—¿Este trapajo es nuestro? —preguntó Bruno con cara de asco, sosteniendo con el índice y el pulgar las bragas y el sujetador de Macarena, que ella misma había atado con un nudo.

Macarena estuvo a punto de atragantarse con el helado de mojito que acaba de servirle Guido, al ver cómo el impresentable de Bruno agarraba su ropa interior como si fuera un bicho asqueroso.

—¡Traiga para acá! —exclamó Macarena, arrebatándole las prendas íntimas de un zarpazo.

—¿Es suyo? —preguntó Bruno, sorprendido de la reacción de la señorita Mauks.

Macarena no respondió, se limitó a guardar las prendas en el bolso que tenía colgado en la silla y después, muy digna, hacer como si nada.

—Hable de una vez del anillo de compromiso, porque en cuanto nos terminemos el postre, nos vamos —advirtió la joven.

—¿Qué prisa tienes, Maca? —preguntó su hermana, que no tenía ninguna gana de irse.

—Eso digo yo. Si todavía no son ni las once de la noche —apuntó Guido.

—Mañana trabajamos y yo tardo mucho en conciliar el sueño —explicó Macarena, mientras se preguntaba si Bruno se habría dado cuenta de que lo que acababa de guardarse en el bolso era su ropa interior.

—Eso es propio de quien ni trabaja mucho, ni tiene la conciencia muy tranquila... —observó Bruno, tras probar una cucharadita de helado.

—Lo que usted diga —replicó Macarena, batiendo la mano—. Y ahora le ruego que siga ignorándose como lo ha hecho durante la cena. ¡No he podido ser más feliz!

—Lo mismo me ha pasado a mí —habló Bruno con una sonrisa enorme—. No se preocupe que solo era una sugerencia puntual para que su vida sea mejor.

—No se moleste, mi vida está bien como está. Gracias —replicó Macarena, con otra sonrisa más grande todavía.

—Permítame que lo dude, de momento, así a vuela pluma, padece de insomnio y de cleptomanía —dijo Bruno, apuntándola con la cucharilla.

—A mí no me señale. ¡Baje esa cucharilla! Y no sé de qué cleptomanía habla...

—Acaba de afanarse un trapajo de mi vecino, porque en mi casa no tenemos nada de ese horroroso color carne...

—Es color visón —le corrigió Macarena, enojada.

—Y no es un trapajo, son sus prendas más... delicadas... —aclaró Guido, que no encontró adjetivo mejor para evitar decir: bragas y sujetador.

Macarena se aferró a la copa de vino y, sin ganas de beber, dio un sorbo largo para que Bruno no viera que estaba ruborizada por lo bochornoso de la situación.

Bruno, entonces, ató cabos y miró a la señorita Mauks de refilón, para que no pensara que quería comprobar cómo el vestido blanco transparentaba sus hermosos pechos. Porque lo eran, sin querer ya le había visto uno durante la refriega en la piscina y daba fe de su belleza...

—Retiro lo de cleptómana, pero incluyo: asalta-piscinas —dijo con sorna.

Macarena lamentó la hora en que había decidido lanzarse a esa maldita piscina, en realidad se arrepintió de todo: de haber ido a por la bicicleta, de haberse bañado, de estar cenando con *ese ser de alcantarilla* y encima enfrente de él. Porque durante la cena había conseguido evitar sus miradas y sus palabras, pero ahora parecía con muchas ganas de cháchara y además estaba mirándola con cara de sátiro. *¡Solo quería terminar su postre y salir de allí cuanto antes!*

—¡Olvídese de mí y céntrese en lo suyo! ¡Explique cómo es el dichoso anillo, de una vez! —exigió Macarena resoplando.

—Está bien —replicó Bruno, mirándola fijamente a los ojos para que no se pensara que quería aprovecharse de que tuviera el sujetador metido en el bolso—. Lo único que recuerdo es que el anillo se llama algo así como: “Tiritití”.

—*Tirititrán Tran Tran* —canturreó Macarena, dando palmas, burlándose de él—. ¡Olé los novios buenos!

—Y luego dice que tiene ganas de irse. ¡No hay quién se lo crea! ¡Yo no desde luego! Reconozca que se lo está pasando pipa... —replicó Bruno, molesto por las mofas de la señorita Mauks.

—Es que usted es un payaso de primera —asintió Macarena, divertida.

—¡Ya sé que anillo es! ¡Es muy fácil! —intervino Rocío—. Es el Setting de Tiffany&Co.

—¡Eso es! —exclamó Bruno, con entusiasmo—. ¡Eres genial, Rocío!

—Desde luego que sí, porque con las pistas de mierda que usted ha dado: Tiritití... —repitió burlándose de él—. ¡Hay que ser merluzo!

Bruno quiso lanzar una mirada de desdén a la señorita Mauks, pero sin saber cómo la vista se le fue a los pechos que se transparentaban por debajo de la tela blanca del vestido. Apurado por la metedura de pata, dio un sorbo a su copa de vino, mientras Rocío excusaba a su hermana.

—No es merluzo. Es que si no ha escuchado antes el nombre, es normal que no se quede con él. Es un modelo de anillo de pedida muy famoso entre las celebridades...

—¿Es muy caro? —preguntó Macarena, deseando que lo fuera y hiciera el ridículo por todo lo grande.

—No soy una experta, pero creo que depende de la montura, de los quilates, del color, de la pureza, de la talla... —respondió Rocío.

—Quiero el mejor anillo.

—Si quiere lo mejor, piense algo así como lo que vale una casa de campo con unos treinta olivos en hilera —respondió Rocío, que no encontró mejor respuesta para no desalentar a su cuñado.

Pero a su cuñado lo que le estaba preocupando en esos instantes no era el precio del anillo de pedida, sino el miedo a volver a caer en la trampa de los pechos de la señorita Mauks.

—Vaya —farfulló Bruno, con la vista puesta en el helado para evitar caer en la tentación de la carne.

—La jugada está clara: aceptará el anillo y después hará fú como el gato —sentenció Macarena, muerta de risa.

Bruno pensaba que eso era justo lo que quería hacer, fú como el gato para no tener que volver a contemplar semejante maravilla.

—Uf. Qué calor —dijo Bruno, abanicándose con la mano.

—¡Pues yo estoy muy a gustito con esta ventolera que se ha levantado! —exclamó Guido, mientras terminaba su helado.

—A mí también me entraría la sofoquina solo de pensar en la pasta que voy a palmar con el anillo —habló Macarena más divertida que nunca.

Bruno entonces la miró con la intención de decirle cuatro cosas muy bien dichas, pero lo que sucedió es que sus ojos de nuevo se fueron adonde no tenían que irse. Por eso, muerto de rabia y frustración, se quitó la chaqueta y, tendiéndosela, le exigió:

—¡Cúbrase, por favor!

—¿Yo? ¿Para qué? —replicó Macarena, apartando la chaqueta de un manotazo.

—Porque acaba de escuchar a mi hermano, se ha levantado una ventolera y no quiero que se resfríe.

—¡Oh, qué caballeroso! —exclamó Rocío emocionada.

Macarena se quedó mirando el torso desnudo de Brunelo y se sorprendió a sí misma lanzando un suspiro de lo más... ridículo.

—¡Qué suspirito, nena! Reconoce que el gesto te ha gustado —dijo Rocío más emocionada todavía.

Macarena estaba ofuscada por haber perdido los papeles por culpa de unos pectorales increíbles y unos abdominales bien definidos. ¡Ni que ella no estuviera harta de contemplar semejantes atributos en las estatuas de los dioses griegos o en las fotografías de tíos buenorros! Sí, porque en otro sitio no los había visto jamás, vamos que en vivo y directo era la primera vez que estaba delante de semejante catálogo de músculos. *¿De dónde sacaría tiempo para estar tan en forma?*, pensó Macarena.

—Coja la chaqueta, por favor, se lo ruego... —dijo Bruno, que para su desesperación tuvo que sentarse porque de repente le sobrevino una erección de lo más traicionera.

Y a todo esto que Macarena no solo no podía apartar la mirada del cuerpo de Brunelo sino que, de pronto, le dio por imaginarse lo que sería sentirlo sobre el suyo. ¡Horror!

Asustada porque unos cuantos músculos le estuvieran haciendo perder la sensatez, se puso de pie, se colgó el bolso del hombro y dijo:

—Mejor me voy. O voy a cometer una locura... —masculló nerviosa.

—¿Qué locura, Maca? ¿De amor? —replicó Rocío, risueña.

—Romperle a este señor una silla en la cabeza, ahogarle en la piscina, meterle la cabeza en el horno o atropellarle doce veces con mi furgoneta. ¡Qué sé yo! ¡Me voy cuando todavía me queda algo de cordura! ¡Buenas noches!

—Espera que te acompaño... —le rogó Rocío, limpiándose los labios con la servilleta.

—Quédate, si quieres, y que luego te lleve Guido —sugirió Macarena.

—Está bien. Pero no te vayas así, la cena ha sido agradable y Bruno acaba de ser muy gentil contigo.

Bruno, el gentil, estaba mirando al suelo, no fuera a ser que su inconsciente le traicionara y le diera por mirar a otras zonas del cuerpo de la señorita Mauks.

Lo que no sabía era que a Macarena le estaba pasando exactamente lo mismo y que por eso, evitando con todas sus fuerzas volver a poner la vista en ese pedazo de cuerpo, dijo:

—Es solo una pequeña tregua. Hazme caso, lo mejor es que me vaya...

# Capítulo 33

La señorita Mauks se marchó con tantas prisas que olvidó llevarse la bicicleta, por lo que al día siguiente Bruno llamó en cuanto tuvo un hueco en su agitada jornada de trabajo:

—¡Buenos días, señorita Mauks! Tranquila que la tregua sigue...

—Mire que lo dudo, Brunelo.

—¿Lo ha probado alguna vez? —preguntó Bruno sin ninguna doble intención.

Si bien la señorita Mauks se lo tomó de la peor manera posible:

—¿No dice que sigue la tregua? ¡Pues déjese de provocaciones depravadas! ¡No pienso probar nada! ¡Usted es tóxico para mí!

Bruno se echó a reír y luego aclaró:

—¿Depravadas? Debería atar más en corto a su volátil imaginación. Hablo del vino. ¡El *brunello* de Montalcino!

—¿Me ha llamado para hablar de vinos? —replicó Macarena, entre abochornada y enfadada.

—Le llamo para saber cuándo vuelve a por la bicicleta.

Macarena estaba loca por recuperar la bicicleta, pero no quería volver a reencontrarse con él:

—Pues ahora mismo no lo sé. Tengo que hablar con mi hermano para que me diga cuándo puede pasar a recogerla.

—¿Por qué no viene usted? ¿Acaso tiene miedo a volver a caer en la tentación, pequeña asaltapiscinas?

Y al pronunciar la palabra “tentación” a Bruno le vino a la mente la imagen de la señorita Mauks, sentada frente a él, con su vestido blanco y sus hermosos pech... *¿Pero por qué no podía quitarse esa imagen de la mente?*, pensó Bruno.

*¡Ni que fueran los primeros pechos que veía en su vida! Además era un hombre a punto de comprometerse con su novia para toda la vida. ¿Qué hacía fantaseando de esa forma recurrente con una mujer que no era Tania? Porque no solo se la imaginaba con el vestidito blanco, sino que tampoco podía sacarse de la cabeza la estampa de la señorita Mauks envuelta en la toalla y sus ganas tontas de abrazarla...*

*Seguro que era el estrés, sí, concluyó. Estaba muy estresado y por eso su mente le jugaba esas malas pasadas.*

—¡Déjeme en paz! —replicó Macarena, mientras pensaba que ella lo que no quería era volver a caer en la tentación de imaginarse debajo del espectacular cuerpo de Brunelo.

Y a Bruno no le quedó más remedio que darle la razón, porque eso era lo más sensato para todos.

—Creo que sí... —murmuró Bruno, que de pronto tuvo una gran idea.

—¿Cómo que cree? —bufó Macarena.

—Que tiene razón. Voy a dejarla en paz porque estoy pensando que después de que le pida matrimonio con el anillo “Tiritití”, la bicicleta va a ser la guinda perfecta para tanta felicidad. ¡Anillo y bicicleta es la combinación perfecta! No tiene que venir a por ella. ¡Me la quedo! ¡Disculpe mi llamada! ¡Que tenga un buen día!

Bruno estaba a punto de colgar cuando escuchó a la señorita Mauks gritar:

—¡Espere!

—¿Qué quiere ahora? —replicó Bruno a la defensiva por si la señorita Mauks se le había pasado por la cabeza que cambiara de opinión.

Macarena lo que quería era recuperar la bicicleta, porque era evidente que esa mujer no la quería y ella se moría por tenerla. Por eso, respondió:

—¡Es una idea absurda! ¡Su novia le rechazó la bicicleta! Usted mismo me dijo que le espantó...

Bruno pensó que a la pobre señorita Mauks lo único que le pasaba era que se moría por volver a verle, pero era una decisión tomada:

—Porque esperaba otra cosa, pero ahora que la bicicleta viene acompañada del anillo “Tiritití”, le va a encantar. Lo sé.

Macarena sintió que era muy injusto que esa mujer se quedara con una bicicleta que no apreciaba y sobre todo que Bruno se gastara ese dinero en un anillo. Por eso, replicó:

—¡Su novia no quiere la bicicleta! A ver si se entera de una vez. ¿Y de verdad que se va a gastar esa cantidad indecente de dinero en el anillo?

*Y ahora ¿qué pretendía? ¿Impedir que se comprometiera?*, se preguntó Bruno. *Pues sentía mucho desencantarla, pero ya no había marcha atrás:*

—Voy a hacer feliz a la mujer que amo.

Macarena pensó que era imposible que una ameba emocional como Bruno pudiera hacer feliz a nadie. Pero decidió no ser cruel y centrarse en algo que le preocupaba mucho más:

—El dinero del anillo podía emplearlo en una buena causa. No sé si sabe que el mundo está lleno de personas en situaciones terribles que necesitan muchísima ayuda.

Bruno resopló. *¿Se podía ser más entrometida y más marisabidilla que la señorita Mauks?*, pensó Bruno.

—Yo ya empleo mi dinero en causas que no voy a contarle a usted. Y sé que piensa que Tania es una interesada que va a salir corriendo con el anillo, pero una vez más le repito que no confunda sus deseos con la realidad. Nuestro amor es inmenso, sólido, eterno... Y voy a regalarle un anillo a juego con nuestros sentimientos —dijo con orgullo, porque así sentía que era su amor, aunque últimamente estuvieran un poco distanciados.

Macarena soltó una risotada porque para ella los sentimientos de la pareja lo que merecían era:

—Si es lo que busca, creo que sería ideal uno de 0,99 euros. Conozco un bazar chino donde

venden unos preciosos, de los que te dejan el dedo verde.

—¡Qué cansina es usted, señorita Mauks! Mejor búsquese un novio que le regale una baratija de esas y olvídense de mí.

A Macarena lo del novio y la baratija le pareció un golpe muy bajo:

—Estoy muy bien como estoy. ¡Ni necesito novio, ni soporto los anillos!

—Quién lo diría... —masculló Bruno, con sorna.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Macarena, temerosa de que Bruno, a pesar de ser una ameiba emocional, se hubiera percatado la noche anterior de sus deseos más inconfesables y bochornosos, porque *¿había algo peor que desear estar debajo de semejante trol?*

Tal vez para un rato y con la boca cerrada estaba bien, pero a ver quién era la valiente de aguantar a ese impresentable después del polvo. *Ella desde luego, no.*

—Esa insistencia suya en que mi relación no vale un pimiento me da qué pensar.

—Me ha descubierto: me muero de amor por usted —dijo Macarena, en tono irónico.

—Lo sé —replicó Bruno, convencido de que era cierto.

—Oiga, no lo flipe —protestó Macarena furiosa—. ¡Estoy bromeando!

—Ya, sí, seguro que sí...

—¿Y no será al revés? ¿Qué es usted el que está colgado por mí?

—Colgar es lo que llevo deseando hacer desde hace un buen rato. ¡No delire, señorita Mauks! Lo siento por usted, pero mi corazón ya tiene dueña. Y ahora si no le importa, tengo cosas que hacer...

—¿Importar? ¡A mí como si se cuelga de un pino! —exclamó ella, furiosa. Y colgó.

*¿Qué había hecho ella para merecer semejante tormento?*, se preguntó Macarena furiosa. El caso era que ya no estaba dispuesta a soportar nada más, por eso en ese mismo instante decidió olvidarse de la bicicleta rosa y de Bruno para siempre.

Para siempre no, porque la relación de Rocío y Guido, en contra de todo pronóstico, se afianzaba por momentos y todo apuntaba a que iba para largo. *¡Solo pedía que no le tocara compartir muchos momentos familiares con ese ser insensible y descerebrado!*

Bruno por su parte ni pensó, se limitó a respirar aliviado en cuanto la señorita Mauks colgó y se centró en lo importante que era en buscar financiación para el anillo “Tiritití”.

Para ello, se pasó las tres semanas siguientes de reuniones con su asesor financiero, con su banco y con los fabricantes de una prestigiosa firma de electrodomésticos con los que estaba a punto de ultimar un importante contrato para la fabricación de ojos de buey para lavadoras.

El resultado de tanto esfuerzo fue que, tras unas duras negociaciones con los de las lavadoras y después de que le costara unas jaquecas tremendas convencer a su asesor y a su amigo banquero de que el anillo “Tiritití” era una gran inversión más que un gasto, a finales de julio todo estaba ya listo para hacer la compra más importante de su vida...

# Capítulo 34

Bruno estaba tan entusiasmado con la compra del anillo que no pudo resistirse a hacer una visita a Tania, convencido de que el notición haría disipar los feos nubarrones que les habían tenido distanciados las últimas semanas.

Desde el día de la bicicleta no habían vuelto a tener contacto de ningún tipo y Bruno ya no podía más. Necesitaba verla con urgencia y qué mejor excusa que aparecer en su tienda con la noticia de que estaba a punto de encargarse el anillo “Tiritití” en la mejor de sus versiones.

Así, a las doce de la mañana, ilusionado y nervioso como un novio el día de la boda, o sea como él iba a estar en apenas unos meses, apareció en el Zara de la zona pija en la que trabajaba su futura esposa.

La tienda estaba abarrotada de clientas que buscaban chollos con los que llenar la maleta antes de irse de vacaciones, pero que finalmente terminaban en la zona de New Collection donde todo estaba más ordenado y parecía más bonito.

Bruno echó un vistazo rápido al local y enseguida divisó a su novia que se dirigía a la caja central con la cara hasta los pies:

—¡Tani, una *devo!* —le comentó la cajera que debía llevar sin esbozar una sonrisa desde el día que firmó el contrato para trabajar en la compañía.

Tania se acercó a la caja, cogió un bolígrafo que estaba sobre el mostrador y firmó la autorización para hacer la devolución con la desgana de una diva a la que obligan a firmar discos.

Después, abandonó el bolígrafo de nuevo en el mostrador y cuando se dirigía a los probadores a colocar la ropa de uno de los percheros, *porque si no lo hacía ella no lo iban a hacer las ineptas y las vagas con las que trabajaba*, Bruno salió a su paso ansioso y con su mejor sonrisa:

—¡Buenos días, amor!

Tania le miró de arriba abajo con desprecio y luego replicó alzando la barbilla:

—Yo no soy tu amor.

Bruno se encogió de hombros y dijo:

—Me dijiste que te llamara cuando madurara y aquí estoy.

—¡No me hagas reír! —dijo dando un manotazo al aire y mirándole con más desprecio todavía.

—Te estoy diciendo la verdad, el último día cometí un terrible error y estoy aquí para enmendarlo.

—Ya es demasiado tarde.

—No lo es, porque tengo algo muy importante que decirte.

Tania negó con la cabeza y dirigió la vista hacia la zona de los probadores donde la montaña de ropa que las clientas dejaban tras probarse crecía por momentos. *¿Por qué todas las reinas de la*



*incompetencia mundial trabajaban en su tienda?*, se preguntó. Y por si fuera poco, *de repente aparecía el estúpido de su ex a terminar de amargarle el día. ¡Qué ganas tenía de mandarlo todo a la mierda y de empezar de cero una vida nueva junto a Alexander!*

Respiró hondo, se recordó a sí misma que tenía que tener paciencia y luego le dijo a Bruno:

—Me da igual lo que tengas que decirme, ya no me importa en absoluto. Y ahora si no te importa, tengo que trabajar...

Bruno desesperado, se llevó las manos a la cabeza y repuso:

—¡Joder, Tania! ¡Que voy a encargarme del anillo “Tiritití”! ¡Que quiero casarme contigo!

—*Shhhhhhhhhhh*. ¿Quieres cerrar el pico, gilipollas? —gruñó echando chispas por los ojos—. ¿No ves que estás haciendo el ridículo?

Tania pensó que solo faltaba que se presentara Alexander en la tienda y saliera espantado para siempre al ver la escena.

—Estoy abriendo mi corazón —dijo llevándose la mano al pecho.

—No, perdona, lo que estás abriendo es tu boca infecta que voy a cerrar de un bofetón como sigas diciendo tantas sandeces.

—No te imaginas lo duro que he trabajado para que tengas el anillo de tus sueños...

—¡Ya estamos con lo mismo! —exclamó Tania enojada, poniéndose en jarras—. ¡Siempre poniéndote medallas! ¡Tú y tu maldito trabajo! ¡Tú y solo tú! ¡Mira, desaparece de mi vista o me vas a obligar a llamar a seguridad!

—Solo quiero que sepas que estoy dispuesto a todo. Que te amo y que quiero pasar lo que me reste de vida junto a ti.

—¿Quieres callarte de una vez, pringado de mierda? —exigió Tania, llevándose el dedo índice a los labios.

—¿Cómo voy a callar este amor inmenso? —preguntó Bruno, muy emocionado.

—¡Se me ocurren miles de maneras y todas muy dolorosas! —respondió empujándole hacia los probadores, para dejarle de una vez las cosas claras.

Y a Bruno ese gesto le llenó de ilusión y de esperanza:

—¿Me llevas a un rincón apartado para decirme que sientes lo mismo por mí?

—¡Cállate que me estás haciendo pasar la vergüenza del siglo! —masculló Tania, furiosa.

—No tienes que avergonzarte de sentir —explicó Bruno, mientras Tania tiraba de él hasta el probador.

—¡Me avergüenzo de ti, idiota! —exclamó llevándole a empujones hasta una puerta que estaba junto a la montaña creciente de ropa descartada.

—¿Qué hay tras esa puerta? —preguntó Bruno, tremendamente desconcertado.

—¡Un mundo lleno de color y fantasía! —contestó mordaz, mientras abría la puerta con llave.

—Déjame hacerte feliz, Tania...

Tania empujó la puerta del almacén de ropa y, tras comprobar que nadie les observaba, le susurró con un gesto de la cabeza:

—¡Pasa y calla, desgraciado!

Bruno entró resoplando, ansioso y un poco agobiado ante la cantidad de ropa que se apilaba por todas partes. Sin embargo, consideró que para Tania, que amaba la ropa, eso tenía que ser el paraíso. *¿Todavía habría esperanza para él?*, pensó angustiado.

—Este sitio es muy bonito —mintió—, ¡eres una privilegiada por tener la llave de acceso a este lugar mágico!

Tania le fulminó con la mirada, se recogió el pelo con una goma que llevaba en la muñeca y luego le dijo sin ninguna compasión:

—¡Esto es un puto infierno del que me va a sacar un hombre de verdad!

Bruno parpadeó muy deprisa y con la garra de la ansiedad a punto de retorcerle las tripas, preguntó:

—¿Cómo?

—He conocido a alguien hace poco que me llena como nadie lo ha hecho jamás.

—¿El qué te llena? —preguntó Bruno, incrédulo.

—¿Qué va a ser, gilipollas? ¡El corazón! Vino a la tienda acompañando a... su abuela, nos miramos y sentimos que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Así, tan deprisa? ¿Sin que mediaran unas cenas, unos cines o unos *algos*?

—¿Quién quiere toda esa mierda cuando te miras a los ojos y los polos se funden? ¡Estoy feliz! —dijo suspirando—. Es ruso, está forrado y lo nuestro ha sido el megaflechazo del siglo. Ahora solo hay que ultimar algún detallito y en breve estaré dando vueltas por el mundo, con un anillo de pedida como Dios manda y compartiendo su fascinante vida de locos.

Lo que Bruno jamás sabría era que el detallito se llamaba Analia, la novia desde hacía tres años de Alexander, una modelo medio yonqui y medio depresiva, con la que el ruso seguía por pena y por temor a que se volara la cabeza en cualquiera de las mansiones que tenía por el mundo.

O al menos eso era lo que Alexander le había contado a Tania, mientras la modelo se probaba la tienda entera y ellos no habían dejado de coquetear hasta *acabar follando como cochinos* en el almacén en el que ahora se encontraba con *el patético* de Bruno.

—Me dejas destrozado, creo que voy a morir... —balbuceó Bruno, que estaba sintiendo que le faltaba el aire.

—¡Tú y tu egoísmo de siempre! ¡Por primera vez en mi vida un hombre pone el mundo a mis pies y en vez de felicitarme, te pones a hacer una escena!

Bruno se sentía cada vez peor, pero él no estaba dispuesto a que nadie le arrebatara a la mujer de sus sueños. Por eso, respiró hondo y dijo muerto de amor:

—¡Pero es que ese hombre puedo ser yo! ¡Estoy aquí porque quiero dártelo todo! ¡No voy a dejar

de luchar por ti, Tania! ¡Te amo demasiado!

Tania soltó una carcajada y luego replicó:

—¿Qué es todo? ¿Una bicicleta rosa? Alexander va a permitir que crezca a todos los niveles, incluido el profesional. ¡Voy a ser su estilista y su *community manager*! ¿Tú qué me ofreces?

—Mi amor.

—Si me amaras como dices, no me pedirías que regresara a las alcantarillas, cuando ya he tocado el cielo con los dedos.

—¿Yo soy las alcantarillas?

—Sé generoso, por una vez piensa en algo más que en ti y déjame que sea feliz con un hombre que me merece.

—Pero si me esfuerzo, ¡te juro que puedo llegar a ser digno de ti! —replicó Bruno que no pensaba tirar la toalla.

—Ya es demasiado tarde. Te desearía que fueras feliz, pero jamás vas a encontrar a nadie como yo. Así que solo puedo decir: ¡que te sea leve, chato!

Y sin más, Tania abrió la puerta del almacén y le invitó a salir de su vida para siempre...

# Capítulo 35

Bruno estaba tan destrozado con el abandono de Tania que ni dormía, ni comía, ni podía concentrarse en otra cosa que no fuera su dolor.

—Deberías tomarte unas vacaciones —le aconsejó Enríquez una semana después de la tragedia.

—Yo no sé lo que es eso —dijo Bruno, en su despacho destartado, con la mirada perdida en la pantalla del ordenador.

—Pues más vale que lo vayas aprendiendo porque como sigas trabajando en el estado en el que te encuentras, vas acabar comiendo alguna pifia y ¡bien gorda!

—¿Qué estado? —preguntó Bruno, pálido y ojeroso, tras levantar la cabeza del ordenador.

—Lamentable. Da susto verte.

—No me mires —replicó encogiéndose de hombros.

—Sé lo que se sufre con el mal de amores y en estos casos lo mejor es romper con la rutina y cambiar completamente de aires. Te voy a reservar unos días en una cabaña que tiene mi primo en la Patagonia Norte y vas a volver como nuevo...

Bruno gruñó mientras se arrepentía de haberle contado lo sucedido con Tania a ese terapeuta de saldo, en pleno ataque de desesperación.

—¡Yo estoy perfectamente, sufriendo lo normal en estos casos! Pasaré unas cuantas noches más vela, seguiré con el estómago cerrado otro tanto y ya está. ¡Ni loco dejo la empresa en tus manos! —exclamó enojado—. ¡No quiero ni imaginarme lo que podría encontrarme a mi regreso!

—Perdona, tú eres el que va a hundir esta empresa como sigas viniendo por aquí en ese estado. ¡No hace falta más que mirar cómo está tu despacho! ¡Es el perfecto reflejo de tu estado de ánimo! ¡Mierda y más mierda por todas partes! —replicó mirando la desordenada habitación, con papeles y más papeles desperdigados hasta por el sofá.

—Es el despacho de alguien que trabaja como un cabrón, pero claro tú no sabes lo que es eso...

Enríquez cogió un *dossier*, que estaba en la mitad de una torre de papeles, dando un tirón tan fuerte que estuvo a punto de venirse abajo:

—¡A ver qué es esto! Seguro que es todo carne de trituradora papel.

—¿Qué haces, loco? ¡No se te ocurra tocar nada! ¡Son informes importantísimos! —habló aferrándose a la torre con ambas manos.

—Desde luego que sí. Estos garabatos que hiciste cuando estuviste en Frankfurt son muy artísticos, con los años tendrán la importancia de un Miró.... —dijo mostrándoselo—. ¡Afronta la realidad, Bruno! No haces más que acumular y acumular porque en el fondo te sientes muy solo y muy vacío.

Bruno le arrebató el *dossier* de la mano, lo colocó en lo alto de la torre y señalando la puerta con

la mano, le dijo a Enríquez:

—¡Ya me gustaría a mí sentirme solo! ¡Pero resulta que tengo que soportarte a ti, todo el día zumbándome al oído como un puto moscardón! Así que si eres tan amable... ¡vete a currar de una vez! —le exigió, enojado.

—Pero estás vacío, ¿te sientes vacío? ¿A que sí? —preguntó apuntándole con el bolígrafo.

—Pues no, me pasa justo lo contrario. Me siento tan lleno que me están entrando unas ganas tremendas de vaciarme sobre ti a puñetazo limpio... —masculló apretando los puños.

—La irascibilidad te delata. Necesitas descansar unos días. Así no puedes seguir. Primero por tu salud y segundo por tu empresa. Mira, no te lo pensaba decir, pero esta semana has estado ausente en las cuatro reuniones con los alemanes, te has equivocado en ocho pedidos, has bloqueado la línea de fabricación principal varias veces y me has llenado el correo de virus porque no sé qué coño estás abriendo últimamente...

—¿Yo he hecho todo eso? —preguntó incrédulo, cayendo abatido en la silla.

—Y más cosas que me callo para no hundirte más.

—No estoy hundido. Solo estoy cansado de no dormir. Oye y tú ¿no tienes nada mejor que hacer que estar marcando mis fallitos como si fuera tu becario?

—Ojalá fueras como un becario: estás tan torpe como un elefante drogado.

—Deja los chistecitos, por favor. No tengo la cabeza para tus chorradas —exigió Bruno, llevándose las manos a la frente.

—¿No ves que estás pidiendo a gritos unas vacaciones? Cógete una semana libre, súbete a un avión y piérdete en una isla cualquiera.

—Ibiza, que debe estar casi vacía en esta época del año... —ironizó Bruno, revolviéndose en la silla.

—Conozco una idílica en el Pacífico donde una amiga tiene...

—¡Deja de mandarme a lugares lejanos! ¿Qué pretendes asegurarte que estoy bien lejos para organizar reuniones de *fumetas* en la fábrica o qué? ¡Me mosquea bastante tu interés en que me ausente!

—A lo mejor, podría ser, que soy tu amigo.

—Si fueras mi amigo, tendrías un poquito de paciencia conmigo en estos días que son tan difíciles para mí.

—Fíjate si tengo paciencia y generosidad que estoy dispuesto a quedarme una semana al frente de la nave hasta que tú te recuperes.

—Una semana es suficiente para que te cargues el trabajo de tres generaciones de Juanelos. No, gracias.

Enríquez soltó una carcajada y luego insistió:

—Pues un par de días, duerme bien, descarga la cabeza y luego vuelve.

Bruno bostezó y no porque Enríquez le estuviera aburriendo, sino porque tenía razón y necesitaba con urgencia unas buenas horas de sueño. Después, consultó en su ordenador las reuniones y tareas de los próximos días y eran todas perfectamente delegables en Enríquez. Así que a lo mejor no pasaba nada si descansaba un par de días. Eso sí, *le supervisaría por teléfono porque en absoluto se fiaba de ese fumetas...*

—Está bien. Me iré un par de días, pero no pienso quitarte el ojo de encima. ¡No te hagas ilusiones! ¡Y que sepas que tengo la fábrica llena de topos!

—¡Genial! —exclamó Enríquez levantando el pulgar—. Tengo una amiga que tiene un hotel con encanto en una playa de Levante que es perfecto para pasar unos días...

—Deja de venderme sitios con encanto que ya tengo el plan ideal para estos días —dijo con una sonrisita un poco perversa, después de tener de repente una iluminación. *¡Una idea perfecta!*

—¿Tu habitación y tu pijama?

Bruno soltó una carcajada y lo agradeció porque desde lo de Tania no había vuelto ni a esbozar una sonrisa.

—Me acabo de acordar de que a Guido le ha invitado su novia a las fiestas de su pueblo. Está a 100 km de aquí, ¿hay algo mejor para recuperar el tono vital que unos días de campo, sol y gallinas? —preguntó Bruno sin dejar de sonreír, y más cuando recordó lo mejor que le ofrecía la escapada campera: a la señorita Mauks. Desde luego no se le ocurría nada más apetecible que pasar unos días chinchándola un poquito. Tal vez era un poco cruel, pero le relajaba muchísimo la idea de estar a su lado desquiciándola completamente.

—¿Y estará también la hermana, o sea la chica que no soportas? —preguntó Enríquez rascándose la cabeza.

—¿Te he hablado de ella? —replicó Bruno, extrañado, porque no recordaba haber hablado de la señorita Mauks con el *fumetas*.

—Es la pobre que soportó tu bilis cuando tuvo la mala suerte de que le encargaras la bicicleta, la “pequeña asalta-piscinas”, sí, esa chica que te habla claro y que siempre te dice la verdad. ¡Me gusta! —concluyó entusiasmado, levantando las cejas.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó Bruno, resoplando—. ¿Me espías?

—Gritas. Gritas tanto que tú nos vas a dejar sordos antes que las máquinas. Y me parece una idea estupenda que vayas con tu hermano, esa chica sabrá darte el repaso que mereces y hacer que olvides a esa arpía lo antes posible.

—No me vengas ahora con que Tania es tal y cual, porque el que la ha pifiado completamente soy yo. Ella es una chica maravillosa y la he perdido por imbécil, no hay más.

—Tan maravillosa que no tiene escrúpulos en tirarse a un ruso forrado en el trabajo, mientras la novia se prueba trapos a tres metros.

—Porque sintió un flechazo, ella se deja llevar por el corazón. ¿Pero qué hago hablando de esto

contigo? ¡Vete a currar de una vez que yo tengo que dejar todo listo antes de irme de vacaciones! ¿Qué raro suena? ¡Me voy de vacaciones! Siempre solía darme pánico pensar pasar unos días debajo de una palmera sin hacer nada, pero esto del campo me pone...

—A ti la que te pone es la pequeña asalta-pisc...

—¡Deja de decir tonterías, mentecato! ¡Y márchate de una vez! —le interrumpió Bruno, cogiendo un *dossier* y amenazándole con lanzárselo a la cabeza.

—Ya me contarás, ya... —replicó Enríquez, muerto de risa.

# Capítulo 36

A Bruno le costó un poco convencer a su hermano para que se lo llevara de vacaciones al pueblo, pero finalmente la buena de Rocío medió y tres días después, y a las seis de la mañana, ponían rumbo al pueblo en su coche y cargadísimos de equipaje:

—No entiendo cómo puedes llevar tanto bulto para dos días que vamos a estar fuera —dijo Bruno, después de meter la última maleta.

—Yo pienso quedarme la semana entera y por lo que me ha contado Rocío en su pueblo no se para, hay muchísimas actividades durante las fiestas, así que llevo un atuendo para cada ocasión.

—Pues serán catorce pijamas, porque tú de actividad poco... —Bruno miró a su hermano con cara de que no tenía remedio y se metió en el coche dando un portazo.

—Solo espero que no nos amargues la fiesta —dijo Guido, sentándose en el asiento del copiloto.

—Yo no voy buscando fiestas. Tranquilo, que solo estaré un par de días, no pienso molestarte para nada. Mi único objetivo es encontrar un poco de paz y sosiego, dormir a pierna suelta, dar largos paseos en bicicleta y sacar un poquito de sus casillas a la señorita Mauks. Con eso me sobra y me basta... —habló Bruno, mientras sacaba el coche del garaje y ponía rumbo a su destino.

—Macarena no sabe que vienes, su hermana no ha querido asustarla antes de tiempo.

—¿Asustarla por qué?

—¿Tal vez porque te detesta? Aunque según Rocío vais a terminar juntos más pronto que tarde, por eso ha aceptado que vengas.

—¿Juntos dónde? ¿Qué piensan: ponerme a varear olivos con esa loquita?

—No, la idea es que la acompañes a limpiar las porquerizas —bromeó Guido.

—¡Ah no! ¡Conmigo que no cuenten! Yo no voy a ese pueblucho a trabajar, eso te lo digo ya —dijo Bruno, tajante, negando con la cabeza.

—¡Tú eres tonto, tío! ¡Juntos como pareja!

Bruno miró a su hermano como si hubiera dicho una grandísima estupidez y luego le aclaró:

—Todavía tengo a Tania dentro. Pero ni con el corazón libre, me enamoraba yo de esa mujer tan antipática, tan amargada, tan retorcida, tan soberbia, tan orgullosa, tan...

—Perdona, pero quien encaja a la perfección en esa definición es Tania —le interrumpió Guido mientras se removía en el asiento buscando la postura más cómoda para echarse un sueñecito.

—¡Ya quisiera ella! ¡No compares, por favor! Tania es una diosa y la otra...

—¡Ojo con lo que vas a decir que es mi cuñada! —le advirtió Guido, enarcando una ceja.

—Tu cuñada es una pesadilla de mujer.

—Repito: ¡esa es Tania! ¡Deberías ponerle un monumento al ruso por librarte de tamaña zorrasca!



—exclamó Guido, muerto de risa.

Bruno se arrepintió de haber contado intimidades a su hermano en un momento de flaqueza, porque era obvio que iba a utilizarlo como arma arrojadiza.

—¡Un respeto, tío! Tania es una mujer libre que puede decidir hacer con su vida lo que quiera, aunque eso suponga un dolor infinito para mí —dijo Bruno, mordiéndose los labios porque mira que le dolía Tania.

—Con todo el respeto te digo que menos mal que te has librado de ella. Y solo espero que Macarena pueda llegar a hacerte tan feliz como Rocío me lo hace a mí.

Bruno puso una cara de asco infinito y luego le replicó a su hermano, mordaz:

—Gracias por desearme lo mejor, hermano.

—Te lo digo en serio y, por favor, te ruego que te comportes estos días, es lo mínimo que puedes hacer, ya que Rocío ha tenido la amabilidad de aceptarte en su casa.

—¿Y por qué crees que me llevo la bicicleta rosa?

—¿Para provocar a Macarena?

—¡Por quién me tomas! —mintió porque justo esa era la razón porque la había cargado con la bicicleta—. Es un gesto de buena voluntad, para que vea lo contento que estoy con lo que me ha vendido.

—Tú no montas en bicicleta desde hace siglos... —dijo Guido, sin creerle en absoluto.

—¿Y? Nunca es tarde para retomar las buenas costumbres.

—Espero que en el lote de las buenas costumbres no vaya incluido desquiciar a Macarena.

*¡Por supuesto que iba!, pensó Bruno. ¡Si era lo más estimulante y apetecible de la escapada rural!*

Pero prefirió mentir un poco, más que nada para que Guido dejara el tema de una vez:

—No te preocupes que todo va a salir muy bien. Van a ser unos días idílicos...

—Eso espero... —masculló Guido, antes de cerrar los ojos y quedarse dormido en cuestión de segundos.

Claro que Bruno no se dio cuenta de que su hermano dormía hasta que después de soltar un monólogo de doce minutos sobre las bondades del campo, Guido le interrumpió con un fuerte ronquido:

—¡Gandul! ¡Zángano! ¡Perro! —gritó para que se despertara.

—¿Qué pasa? —murmuró Guido, sobresaltado.

—¿Me has tomado por tu chófer? ¿Te vas a pasar todo el viaje roncando?

—¿Qué esperas a las horas que son?

—Las mejores horas para llegar prontito con unos churros y con todo el día por delante.

—¿Qué churros? —farfulló Guido a punto de dormirse otra vez.

—Los que compremos en el pueblo en cuanto lleguemos. Ya verás qué contenta se va a poner la familia cuando nos vean llegar. ¡Los churros siempre dan alegría a los hogares, pasa como con el

jamón! —dijo Bruno con una sonrisa, deseando que Macarena estuviera a dieta y que fuera un suplicio para ella ver comer churros a los demás.

—Ah pues compremos también un jamón en el pueblo.

—No, jamón no, que ya es demasiada alegría y a ver si van a colapsar. De momento, solo churros...

—A Rocío le encantan... —habló Guido, desperezándose un poco al recordar a su novia.

—¿Y a su hermana? —preguntó Bruno con mucho interés.

—Ni idea —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Y sabes si la hermana está preocupada por su peso?

—¿Por qué tendría que estarlo? Yo la encuentro estupenda... ¿Te preocupa que se te vuelva gorda con los años?

—¿Qué años? ¡A mí como si crece medio metro! —exigió Bruno, porque no tenía sentido seguir con esa conversación absurda.

—Relájate y mírame a mí que, sin buscarlo, he pasado de *picafoollador* consumado a enamorado hasta las trancas. Quién sabe si mi Rocío tiene razón y Macarena es la sorpresa que la vida te tiene deparada.

—¿Sorpresa? ¡Eso es una putada! —dijo Bruno, refunfuñando solo de pensar en que lo mejor que la vida tenía que ofrecerle era a la señorita Mauks.

—Macarena solo es una chica herida, pero tiene una fuerza descomunal.

—Pues yo no le veo la herida por ninguna parte. Araña, abofetea, muerde, patalea... ¡Y con fuerza, eso sí! ¡La encuentro en plena forma!

—Por eso, porque está herida. No conoce otra forma mejor de protegerse para que no le hagan daño.

—¿Quién va a hacer daño a esa mantis? —preguntó Bruno, mientras el día se abría completamente.

—Tómate la molestia de conocerla y entonces lo entenderás todo.

Bruno miró de refilón a su hermano como si hubiera dicho otra barbaridad y luego preguntó:

—¿Qué eres ahora: un *coach* del amor? A mí déjame de pamplinas que tengo ya bastante con aguantar a Enríquez. Por lo que conozco de esa chica, ya tengo suficiente para hacerme un retrato perfecto. A mí no me engaña, así que mejor búscate a otro incauto para que cargue con tu cuñada. ¡Que te crees que soy tonto, Guidito! —exclamó dando golpecitos en el hombro de su hermano.

—Lo eres, y para los asuntos del amor, de remate.

—Lo que tú digas, pero conmigo no cuentes para librarte de tu cuñada. Seguro que en las olimpiadas rurales que te esperan estos días encuentras un soltero perfecto para ella. ¿No dices que tiene tanta fuerza? Pues chico, emparéjela con el campeón de lanzamiento de bombona de butano, o el de volteo de tractores...

—¡Y luego yo soy el inmaduro! Despiértame cuando llegue... —pidió Guido, recostándose en el

asiento y cerrando los ojos.

—Aunque creo que el ideal sería el campeón de los 10.000 metros con saco de 60 kilos de patatas al hombro, porque sin duda que vas a necesitar a un tío no solo fuerte, sino también resistente... — insistió Bruno, divertidísimo con su ocurrencia.

—¿No estás tú muy chistoso para estar de duelo por tu gran amor? —farfulló Guido, intentándose dormir.

—Es que todo lo relacionado con tu cuñada me revive. No sé por qué...

—Blanco y en botella —murmuró Guido, resoplando.

—Eso es lo que tú quisieras, pero tranquilo, que yo encontraré al hombre perfecto para ella—dijo Bruno, relamiéndose de placer solo de pensar en los días tan intensos y entretenidos que tenía por delante.

# Capítulo 37

Dos horas después, los hermanos se plantaban delante de la casa de los Aranda con tres docenas de churros, cuatro maletas y la bicicleta en su embalaje de cartón.

La casa debía de tener más de un siglo, era grande, de piedra y estaba bastante bien conservada, contaba además una especie de jardín salvaje con unos cuantos manzanos, higueras, rosales y jazmines.

Guido, siguiendo las indicaciones de Rocío, describió el cerrojo de la puerta de hierro verde desgastado por el trasiego de los años, luego cruzaron un sendero junto a un parrón y llegaron hasta la puerta de atrás de la casa:

—Me ha dicho Rocío que entremos por la puerta de la cocina —explicó Guido.

—¡Casa con dos puertas, mala es de guardar! —exclamó Bruno, contrariado—. ¿Y por qué nos hacen entrar por la puerta del servicio? ¡Esto es muy humillante, hermano!

—¡Calla! —exigió Guido, mientras tocaba con los nudillos en el ventanuco de la puerta.

—¡Me niego a entrar por la puerta de atrás! ¿A qué ha sido idea de tu cuñada?

—¿Quieres bajar la voz? —le reprendió Guido—. ¡Son las ocho de la mañana y esta gente está de vacaciones! ¡Los vas a despertar!

—¿Y quién nos va a abrir? ¿El fantasma de la abuela?

Entonces, se abrió la puerta y apareció Macarena, recién duchada, con el pelo mojado, un vestido rosa de tirantes de algodón y una sonrisa enorme:

—Yo —dijo arrebatándole la bolsa de papel gigante con los churros—. ¡Gracias y adiós!

—¡Joder, qué susto! —exclamó Bruno, llevándose la mano al pecho.

—¡Cuñado, qué alegría verte! —dijo Macarena, ignorando a Bruno por completo, y saludando con dos besos efusivos a Guido.

—¿Y no se alegra de verme a mí? —preguntó Bruno, imaginándose cuál iba a ser la respuesta.

—Solo lamento no haber sido el fantasma de la abuela y haberle provocado una parada cardíaca —replicó Macarena sonriente.

—Rocío me dijo que entráramos por esta puerta, porque estaría Macarena desayunando —explicó Guido a su hermano.

—Es lo que estaba haciendo en este momento, así que no veas qué bien me vienen los churros —le dijo a Guido a la vez que dejaba los churros sobre la mesa de madera maciza de la cocina en la que estaba desayunando. Luego, se dirigió a Bruno, muy cortante—: Usted puede dejar el equipaje de Guido en la cocina y marcharse por donde ha venido. ¡Gracias!

—¿Cómo que me marche? —preguntó Bruno, agachándose a por las dos maletas y dispuesto a

quedarse lo quisiera la señorita Mauks o no.

Y lo cierto era que Macarena no quería que Brunelo se marchara, al revés: lo que le apetecía era que se quedara allí unos cuantos días, más que nada para torturarle lentamente. Pero obviamente prefirió disimular y decir:

—Lo que oye.

Guido decidió intervenir, para que su novia pudiese cumplir su deseo de pasar unos días en familia, aunque como Bruno siguiera retando a Macarena iba a ser una misión imposible:

—Qué bueno que seas tan madrugadora y estés despierta a estas horas —celebró Guido, con una alegría un tanto impostada.

—¿Madrugadora? —intervino Bruno, arqueando una ceja—. A estas horas yo suelo ir por mi tercer café.

—Así está siempre de nerviosito —replicó Macarena, divertida.

—Hoy no mucho. Solo me he tomado uno, por cierto: ¿qué clase de anfitriona es usted que todavía no nos ha ofrecido uno? —preguntó Bruno dando un paso adelante y aspirando el delicioso olor a champú de fresa, o eso le pareció a él, de la señorita Mauks.

—Tío, me has dicho que te ibas a comportar —murmuró Guido, reprendiendo a su hermano.

—Déjalo. Si ya le conozco... —replicó Macarena, dando un paso atrás y ocurriéndosele venganzas varias, de lo más entretenidas. *No, si tal vez hasta podía ser divertido que Brunelo se quedara unos días*, pensó con una sonrisa que no pudo reprimir.

Se lo estaba pasando genial, pero también estaba nerviosa. Reconocía que la presencia de ese hombre le intranquilizaba bastante. *¡Y le daba una rabia! No entendía cómo estando acostumbrada a tratar en su trabajo a diario con hombres en una forma física casi similar, podía ponerse atacada ante la presencia de Bruno. ¡Qué tontería!* Pero eso era lo que sucedía y la razón por la que había dado un paso atrás.

—¿Qué sabe de mí? —inquirió Bruno, dando otro paso adelante para ganar el terreno que le había arrebatado la señorita Mauks y porque necesitaba oler ese champú de fresa, *del hambre que tenía*, pensó. *Solo por eso*.

Macarena sonrió para disimular lo nerviosa que le estaba poniendo tener a ese tío otra vez tan cerca y respondió señalando la caja que estaba apoyada junto a la puerta:

—Que es tan gentil que me ha traído mi bicicleta.

Macarena se dispuso a cogerla, más que nada para apartar a Brunelo de su vista, que porque le apeteciera cargarla.

—¡Quietecita! ¡Deje eso ahí! —ordenó Bruno, cogiéndola por la cintura con ambas manos y sintiendo algo que era difícil de definir. Algo así como un hormigueo en el estómago, como un no poder respirar a fondo, como un ligero acolaramiento... *O sea, hambre*, pensó Bruno. *Todo aquello no era más que hambre y de verdad que maldita la hora en la que señorita Mauks se había duchado*

*con ese champú de olor a fresa tan rico que le estaba entrando ganas de comérsela. ¡Qué increíble y qué locura, porque ni borracho se zampaba a la señorita Mauks!*, pensó.

Macarena por su parte sintió las manos enormes de ese tío en su cintura y lejos de incomodarla, inexplicablemente le gustó. *¿Por qué? Tal vez porque lo que no quería era cargar con la bicicleta y esas manos de alguna forma habían sido su salvación. No era más que eso*, pensó. *Solo eso.*

—La bicicleta es mía. Usted ya no tiene novia, como no podía ser de otra manera —repuso Macarena, aferrándose a la caja para arrastrarla hasta el interior de la casa.

A Bruno no le quedó más remedio que apartar las manos del cuerpo de la señorita Mauks, muy a su pesar porque su olor casi le estaba alimentando y se lanzó al otro extremo de la caja para evitar que le arrebatara la bicicleta, su bicicleta.

—¿Y qué pasa porque no tenga novia? La bicicleta la he pagado yo, así que le exijo que la suelte, ¡ladronzuela! —exclamó tirando con fuerza de la caja para quitársela.

—¿Para qué quiere usted una bicicleta rosa? ¿Para la futura novia que jamás tendrá? —Macarena soltó una carcajada mientras agarraba con todas sus fuerzas la bicicleta.

—¡No sea sexista! ¿Por qué no puedo tener una bicicleta rosa? Además, ¿qué hago dándole explicaciones? —replicó Bruno, justo antes de dar un fuerte tirón y quitarle la caja de las manos.

—Los que se pelean se desean...—dijo Rocío, que en ese momento apareció en la cocina con una camiseta enorme que tenía estampada el cartel de *West Side Story*.

—¡Mi amor! ¡Qué bien te queda mi camiseta! —exclamó Guido al verla, corriendo hacia ella.

Luego, se abrazaron con fuerza, Guido la alzó por las caderas y ella le rodeó el cuerpo con las piernas.

—¡Cuánto te he echado de menos! —susurró Rocío, mientras Guido la estrechaba contra él.

—Y yo, yo mucho más —musitó Guido, besándola apasionadamente.

Macarena y Bruno se miraron y a él le entró un pánico repentino:

—¿Esto no será contagioso, verdad? —le preguntó, muy preocupado, a la señorita Mauks.

—Tranquilo, que como no venga mi vecina Anselma a pegarle el morreo... —respondió Macarena cruzándose de brazos mientras pensaba que no se podía ser más cretino que Brunelo.

—¿Está segura? —preguntó arqueando una ceja.

—Completamente —asintió Macarena, con total convencimiento.

—Entonces ¿por qué no quiere que me quede un par de días?

—Porque no le soporto —replicó Macarena, acercándose a la mesa, cogiendo un churro y metiéndoselo en la boca. A falta de besos, buenos eran churros. O eso creía.

Bruno se llevó el dedo índice a la boca y preguntó haciéndose el sagaz:

—¿Y no será que no quiere que me quede para evitar las tentaciones de la carne?

—¿Qué carne? ¿La del cerdo? ¿O sea: usted? —preguntó a punto de escupir el churro. *¿Se podía ser más creído?*, pensó Macarena.

—Ajá. Tiene miedo a no poder resistirse a mis encantos, por eso no quiere que me quede.

—Deje de hacer proyecciones, eso es justo lo que le pasa a usted conmigo.

Macarena dio un sorbo a su café, que estaba ya frío, mientras Rocío y Guido seguían besándose y diciéndose que se querían.

—¡Qué pesados con los besos! —exclamó Bruno, resoplando.

—En eso le doy la razón —dijo Macarena, apuntándole con un churro.

—Un par de besos y tal, está bien... Pero esto... —murmuró Bruno, mientras se acercaba a la mesa y cogía un churro del hambre que tenía por culpa del champú de la señorita Mauks.

—Menudas fiestecitas me voy a pasar con estos dos comiéndose los morros todo el día. ¡Qué aburrimiento! —se quejó Macarena, bufando.

—No se preocupe, para eso estoy yo aquí: ¡me ocuparé de que se divierta! —Macarena puso una cara rara y Bruno se explicó un poco más—: yo le buscaré a alguien perfecto para usted. Me ofrecería como candidato, pero es que estoy haciendo el duelo de mi exnovia y seamos sinceros: en la vida le tiraría los trastos a una mujer como usted. —Y tras decirlo, se comió medio churro de un mordisco.

—Me pasa lo mismo. Le detesto desde lo más profundo de mi ser y por favor, no me busque novios: estoy muy a gusto así—replicó Macarena, mientras la parejita seguía con los besos y diciéndose que se amaba.

—Bueno, pues solo diversión sin más. Nada de novios. Y sepa que yo también la aborrezco hasta lo más hondo de mi ser. Así que no se preocupe, solo quiero desconectar un par de días y de paso chincharla un poco. Es que me relaja y me divierte a partes iguales... —confesó tras acabar con el churro.

Macarena sonrió porque no solo le entendía, sino que lo suyo iba a más y ya estaba muerta de risa solo en pensar en las venganzas que tenía preparadas para él.

—Bien, está bien. Quédese —dijo cogiendo otro churro y rozándole sin querer el brazo.

—¿Así de fácil? —preguntó Bruno, sorprendido tras engullir otro churro.

—Sí, tiendo a complicarme muy poco la vida. Y ahora desayune rápido que tenemos un día muy largo por delante... —replicó Macarena, con los ojos chispeantes solo de pensar en la que le esperaba al incauto de Brunelo.

Y Bruno, por su parte, que solo podía pensar en el hambre que tenía y más ahora que tenía a la señorita Mauks tan cerca otra vez, replicó:

—Genial. Por cierto, ¿no tendrá por ahí un poco de mermelada de fresa?

# Capítulo 38

Después del desayuno en el que Rocío y Guido se siguieron besando y Bruno se tomó el bote entero de mermelada y una docena de churros, Macarena propuso dar un paseo en bicicleta por una vereda que había muy cerca de la casa, antes de que el sol apretara más.

A los novios les pareció una idea perfecta y les faltó tiempo para subirse en una bicicleta tándem y perderse por el camino entre jaras, cantuesos, enebros y romeros mientras cantaban *Un mundo ideal*.

Bruno prefirió cambiarse de ropa y aparecer a los cinco minutos con un *look* mucho más fresquito que a Macarena le provocó un ataque de risa:

—¿Vas al circo a pedir trabajo de payaso, Brunelo?

Bruno dio un tirón a los bajos de la camiseta roja de manga larga que llevaba porque el bañador bóxer de pata de gallo que en su día le había regalado Tania le marcaba demasiado *su masculinidad y podía causar estragos en la necesitada de la señorita Mauks*.

—Póngase al día en moda y tendencias y luego me juzga. Gracias.

—Ah, que lo que lleva es lo último en moda para payasos —dijo mirándole de arriba abajo muerta de risa—. Tiene razón, es que no estoy muy puesta en tendencias circenses...

Pero lo que Bruno no sabía era que Macarena además de reírse de su aspecto, se estaba fijando en otras cosas que le provocaron un súbito calor que le hizo abanicarse con la mano.

Y es que Brunelo *era insoportable pero estaba muy bueno, eso era innegable*, pensó Macarena. La camiseta roja remangada al codo dejaba al descubierto los brazos potentes y el torso perfecto que ya había visto y que no le importaba volver a ver y el bañador *absurdo* dejaba a la vista unas piernas fuertes y cierta prominencia que Brunelo se esforzaba por tapar, porque según Macarena ese tío sentía por ella *una terrible atracción, por mucho que lo negara*.

A Bruno por su parte la forma en que le estaba mirando la insufrible y carcajeante señorita Mauks, le estaba poniendo tan nervioso que se puso a desembalar la bicicleta para ver si así Macarena dejaba de devorarlo con la mirada.

—¿Y su bicicleta, señorita Mauks? —preguntó Bruno, mientras desembalaba la suya.

—Esa es mi bicicleta —respondió Macarena, señalando la bicicleta rosa.

—No sea cansina, y vaya a buscar una bicicleta, por favor.

—Están en el cuarto de la leña y tiene mi hermano la llave. No le voy a despertar...

—¿Entonces se queda en casa o hace el camino a pie?

Macarena sonrió de oreja a oreja porque había una tercera opción mucho más divertida:

—Arranque la bicicleta de pie y yo me siento detrás, tan ricamente.

Bruno arrugó el ceño y sin salir de su asombro, preguntó:



—¿Quiere que demos el paseo montados los dos en mi bicicleta?

—No. Quiero estrenar mi bicicleta y que usted pedalee por mí —contestó comprobando el estado de su manicura.

—Pero eso es algo...

—Que mola mogollón. ¡Nos lo vamos a pasar genial! —exclamó Macarena, entusiasmada.

—¿Me va a obligar a que haga el paseo pedaleando de pie? —preguntó Bruno, alucinado de la cara tan dura que tenía la señorita Mauks.

—¿Duda de su forma física? —preguntó Macarena ajustando bien uno de los tirantes de la mochila en la que llevaba agua helada.

Bruno terminó al fin de desembalar la bicicleta, luego se envaró, y cansado de que la señorita Mauks le vacilara, replicó:

—Trabajo mucho, pero siempre saco tiempo para el deporte porque yo madrugo de verdad. Hago ejercicio por la mañana, cuando regreso a casa siempre caen unos buenos largos en la piscina y los fines de semana entreno con mi hermano, por eso luzco también este aspecto de genio de lámpara. ¿Qué le parece? Le doy permiso para marearse...

Bruno sacó más pecho todavía y Macarena se partió de risa:

—¿Entonces a qué tiene miedo si es usted tan genial? —preguntó Macarena entre risotadas.

Bruno resopló y solo para que *la irritante señorita Mauks* dejara de torearle, se subió a la bicicleta...

—Suba —le dijo a la señorita Mauks con un gesto de la cabeza.

Bruno levantó el culo del asiento, para que lo ocupara Macarena, y ella se sentó agarrándose con las manos a la parte de atrás del sillín:

—¡Arranque, lacayo! —le ordenó con guasa y con la barbilla levantada, como si fuera una damisela altanera y caprichosa.

—No me provoque, señorita Mauks. No monto en bicicleta desde hace mucho tiempo, pero he roto unas cuantas bicicletas estáticas. No le digo más.

—¿De puro patán? —preguntó Macarena con los ojos como platos.

—¡Rompo los contadores, me pongo en 60 km/h! No me meto a ciclista porque tengo una empresa que sacar adelante, si no sería el nuevo Induráin...

—¡Estoy deseando comprobarlo! ¡Deje el parloteo y pedalee! —exclamó Macarena echando el cuerpo hacia delante y provocando que a Bruno se le viniera otra vez ese terrible olor a champú de fresa y que maldijera la hora en la que se le había ocurrido ir a pasar unos días al pueblo de la señorita Mauks.

Y es que otra vez le estaba entrando una especie hambre totalmente incomprensible pues había desayunado como para subirse el colesterol a 400.

—Como siga así, voy a volver a Madrid rodando como una bola —pensó en voz alta.

—¿Cómo dice? —preguntó la señorita Mauks.

Bruno ni respondió porque en ese justo momento se le acababa de ocurrir una idea brillante para acabar con el olor a fresa de la señorita Mauks.

—¡Allá vamos! —gritó Bruno, mientras arrancaba la bicicleta de pie.

—¡Yuhu! ¡Tirando millas, Brunelo! —replicó Macarena levantando las piernas de tal forma que tenía los pies a la altura del manillar.

—¿Qué hace? ¡Estese quieta! ¡O vamos a matarnos! —exigió Bruno, haciendo esfuerzos ímprobos por mantener el equilibrio.

—¡Calle y siga pedaleando! Llevo haciendo esto toda la vida.

—¿El qué? ¿Incordiar? —preguntó Bruno, tras dejar el portón de entrada de la casa atrás.

Macarena soltó una carcajada, porque ese hombre no podía hacerse ni la más remota idea de lo que podía llegar a incordiarle, y luego le indicó:

—Cruce la carretera, siga recto, al llegar al paso de cebra gire a la derecha, luego cruce el puente romano y después tuerza otra vez a la derecha para tomar la vereda de las jaras.

Bruno apoyó un pie en el suelo y se giró arqueando una ceja:

—¿Se va a pasar toda la travesía haciendo el GPS humano? Porque tiene que saber que detesto los GPS...

—¿Y qué no detesta usted? ¡Amargado! —dijo dando un manotazo al aire.

Bruno arrancó porque si algo estaba detestando era ese olor de la señorita Mauks que le estaba poniendo cardiaco. Así que sin decir más, cruzó la carretera y, siguiendo las instrucciones de Macarena, puso rumbo al camino de las jaras.

Pedaleó con fuerza mientras la señorita Mauks gritaba como una loca, como si estuviera en una atracción de feria, y decía cosas como: *¡Pues sí que estás en forma, Brunelo!, ¡Contigo quién necesita una bicicleta eléctrica!, ¡Tenía que haberme traído un pañuelo porque voy a llegar completamente despeinada.*

Pero él no respondía a ninguna de sus provocaciones, solo pedaleaba y pedaleaba por el sendero de las jaras, hasta que a la vuelta de una curva que, cómo no, hizo gritar “a la loca de la señorita Mauks”, encontró la solución perfecta a sus problemas.

Paró, entonces, la bicicleta y se bajó mientras la señorita Mauks refunfuñaba...

—¿Necesita parar a mear ya? ¿Tiene problemas de próstata, Brunelo?

Bruno lo que tenía era un problema, y bien grande, con su olorcito de fresa, por eso se acercó a las lavandas que crecían junto a la vereda y se puso a cortarlas, desesperado.

—Voy a llenarle el pelo de flores, señorita Mauks. Ya verá qué bonito le queda...

# Capítulo 39

Macarena miró horrorizada a Bruno que seguía cortando lavandas como para hacerle una peluca de flores...

—¡Yo no quiero que me ponga flores en el pelo! —protestó mientras sujetaba la bicicleta.

—¡Déjese llevar y permítase sentir las cosas bonitas de la vida! —exclamó acercándose a ella con el ramo de lavanda en la mano.

—¡Aparte las flores de mí que están llenas de abejas, idiota! —ordenó dando manotazos al aire.

—¿Le dan miedo las abejas? —A él le daban igual esos bichos, lo único que quería era librarse de ese maldito olor—. ¿Acaso no recuerda lo encantadora que era la abeja Maya? ¡Ande, relájese y déjese invadir por la poderosa fraganci...! ¡Aaaay mi madre que me ha picado la puñetera! —gritó Bruno, lanzando el ramo bien lejos y sin cesar de agitar la mano en la que le había picado la abeja—. ¡Qué dolor!

Macarena dejó la bicicleta tumbada en el suelo y, doblada de la risa, no paraba de repetir:

—No será porque no se lo he dicho...

—Deje de reírse de mí y haga algo de provecho.

—¿Hay algo más de provecho que partirse de risa? —replicó Macarena que no podía parar de reír.

—¡Cúreme la mano, por Dios! ¡Es su pueblo, digo yo que sabrá cómo hacer frente a los ataques de sus abejas asesinas! —exigió estirando la mano y poniéndola delante de la cara de Macarena.

Macarena resopló y tomando la mano enorme de Bruno, dijo:

—Lo primero que hay que hacer es sacar el aguijón.

—Bien. Saque unas pinzas.

—¿De dónde? —preguntó Macarena con el ceño fruncido.

—De la mochila, supongo que llevará unas pinzas para su bigotito o el entrecejo... —Macarena cogió la mano de Bruno y se puso a explorarla.

—Es usted tan desagradable que me dan ganas de clavarle más profundo el aguijón. ¿Lo sabe, verdad? —replicó Macarena mientras acababa de encontrar el punto donde tenía clavado el aguijón, en el dorso de la mano y justo debajo del pulgar.

—Deje que ya me lo saco yo, gracias por su ayuda —farfulló Bruno, dolorido y retirando la mano que la señorita Mauks se negó a soltar.

—Estese quieto que ya tengo localizado el aguijón.

—¿Con qué me lo va a sacar? ¿Con los dientes? —preguntó muy molesto.

Macarena agarró el aguijón con los dedos y lo sacó de un pequeño tirón:

—Ya está. Ahora póngase un poco de hielo y listo... —La señorita Mauks sacó de su mochila una

botella de agua que ya estaba empezando a deshelarse, extrajo unos trocitos de hielo y los envolvió en un pedazo de clínex que colocó sobre la picadura—. Con esto notará alivio —dijo colocando con delicadeza una mano debajo de la Bruno para sostenerla.

Y Bruno, incomprensiblemente, suspiró de emoción:

—¡Ay!

Macarena le miró con preocupación y luego preguntó:

—¿Le hago daño? ¿Le duele?

A Bruno lo que le dolía era el corazón, volver a sentir una suave caricia en la piel le estaba haciendo recordar todo lo que había perdido y dolía, dolía demasiado. Por eso el suspiro, *¿por qué iba a ser si no?*, se preguntó Bruno.

—No, suspiro de alivio —mintió—. Gracias, señorita Mauks —añadió, mirándola a los ojos verdes que ese día Bruno encontró más bonitos y brillantes que nunca.

—De nada —replicó Macarena, sin soltar la mano de Brunelo y sintiendo un estremecimiento tan pequeño como absurdo tal vez *porque en la mirada de ese hombre había una gratitud sincera. Solo por eso*, pensó.

—Hoy tiene los ojos distintos —dijo Bruno, que no podía dejar de mirarla.

Macarena parpadeó muy deprisa, un poco nerviosa, y luego se justificó:

—Me he puesto rímel, normalmente no me pongo nada, pero como... estamos en fiestas...

Lo cierto era que odiaba maquillarse, que como mucho se ponía *gloss* y colorete, pero la llegada de Brunelo le había hecho animarse y mientras él se había ido a cambiarse de ropa, ella había aprovechado para hacerse la raya del ojo, ponerse sombras y mucho rímel para torturarle un poco más.

—Se lo ha puesto por mí —susurró apretando la mano de Macarena.

—Reconozco que quería... inquietarle —confesó la señorita Mauks, mientras pensaba que los ojos de Brunelo hoy también eran distintos, el azul era menos frío y menos bravo, su sonrisa era más franca y ya no le parecía un tío con un carácter tan malo, ni con un corazón tan negro.

—Pues le sienta muy bien. Hoy le ha vuelto la luz y la alegría de cuando era niña a la mirada... —dijo Bruno, deseando que la señorita Mauks no soltara su mano.

Y no la soltó, porque lo que él no sabía era que Macarena tampoco quería dejar de sentir la mano enorme de Brunelo entre las suyas. Así que siguieron con las manos juntas un poco más, al menos hasta que el hielo del clínex se derritiera.

—¿Le gustaron las fotos de mi despacho?

—Me habría gustado verlas más despacio, pero había una mujer con un hacha gritando detrás de la puerta y desgraciadamente no pude.

—Estaba dispuesta a echar la puerta abajo. ¡Nadie me ha desquiciado tanto como usted! —reconoció Macarena con una sonrisa enorme.

—Me pasa lo mismo.

—Y luego tiene unas ocurrencias... ¿Para qué quería llenarme el pelo de lavanda? ¿O es que buscaba llenarme de abejas? —preguntó la señorita Mauks arrugando la nariz.

Bruno resopló y decidió que lo mejor era decir la verdad:

—Es su champú, quería neutralizar su olor con las lavandas.

—¿De qué habla? —replicó Macarena, parpadeando muy deprisa.

—El champú de fresa que usa. Me desquicia tanto o más que usted. Cada vez que huelo esa fragancia a fresas me entra muchísima hambre. ¿Por qué cree que me he zampado dos docenas de churros?

—Pensé que lo hacía para que no me los comiera yo.

—Pues casi, reconozco que he traído los churros porque pensé que estaba a dieta y que iba a darle rabia ver comérselos a los demás.

Macarena rompió a reír y luego le confesó:

—Siento decirle que tengo el metabolismo rápido y que odio el champú de fresa.

—¿Entonces qué champú usa?

—Uno normal —respondió nerviosa por la forma en que Brunelo estaba mirándola y luego apartando las manos de las suyas porque el hielo ya se había derretido por completo.

Ambos lamentaron haber perdido el contacto de las manos, pero Bruno decidió dar un paso más:

—Pero es que usted huele a... ¿Me permite que me acerque un poco más? —Macarena asintió, Bruno acercó la nariz al cuello de la joven y sucedió lo que jamás imaginaron que sucedería.

Porque ese olor le volvió tan loco que no pudo evitar posar sus labios que ardían en el suave cuello de la señorita Mauks y morderla como si de repente se hubiera transformado en un vampiro hambriento. Y es que no conforme con el beso del cuello, luego colocó los labios sobre los de Macarena y los mordió desesperadamente...

—Brunelo, le recuerdo que nos detestamos —susurró Macarena con los labios pegados a los suyos y deseando que siguiera ejerciendo de vampiro.

—Así es. Desde lo más profundo de mi ser —replicó, a la vez que mordisqueaba el labio inferior de la señorita Mauks.

—Le entiendo: le aborrezco con todo lo que soy —susurró Macarena enterrando los dedos en el pelo de Bruno y abriendo la boca porque le detestaba tanto que necesitaba un beso de verdad para poder soportarlo.

—Yo más... —musitó a la vez que la tomaba por la cintura y la estrechaba contra él.

—Yo mejor...

Y sucedió lo inevitable: sus lenguas se encontraron y llegó el beso que los desconcertó para siempre...

# Capítulo 40

Ninguno podía imaginar que todo pudiera encajar de esa forma tan perfecta en el beso, las bocas, los labios, las manos y hasta los corazones que parecían latir al mismo ritmo...

Era tan extraño que se quedaron abrazados después del beso, intentando entender por qué sucedía lo perfecto cuando lo único que les unía era el aborrecimiento mutuo.

—Señorita Mauks, ¿usted entiende algo? —susurró Bruno, sin dejar de abrazarla.

—No. Pero tampoco importa —musitó ella, disfrutando del abrazo con los ojos cerrados.

—¿No le importa que nos hayamos dado un beso perfecto y que este abrazo sea de 10? ¿Se ha dado cuenta de que el acoplamiento de nuestros cuerpos es técnicamente perfecto? —preguntó estrechándola más contra él.

Macarena suspiró y luego levantando la cabeza para mirarle a los ojos, le respondió:

—Nuestros cuerpos se atraen, pero solo es algo físico. No se preocupe que todo va a seguir igual entre nosotros.

Bruno recorrió la espalda de la señorita Mauks, mientras pensaba que los ojos de esa mujer brillaban cada vez de una forma más intensa y especial, que tenía una boca preciosa y que aquello no había quien lo entendiera.

—¿Está usted segura de que todo puede seguir igual cuando solo deseo besarla otra vez, tumbarla junto a esas jaras y hacerle el amor?

—Absolutamente —aseguró Macarena, sintiendo la tremenda erección de Bruno presionando contra ella.

—¿Conoce algún caso de personas cuyos cuerpos se atraigan y sus almas se repelan?

—Alguno tiene que haber, ¿no dice el refrán que los que se pelean se desean?

—Sí, bueno, también decía mi abuela que cuando dos pelean la boda está cerca y lo peor que me podría suceder en la vida sería casarme con usted.

—Desde luego. Yo no concibo una tragedia más grande...

Bruno besó otra vez a Macarena en los labios y luego preguntó desesperado:

—¿Entonces qué hacemos?

Macarena le devolvió el beso a Bruno y, luego encogiéndose de hombros, respondió:

—Naturalidad.

—O sea que nos dejemos llevar...

Macarena se mordió los labios y, como se moría de ganas de seguir besando a ese hombre, decidió que lo mejor era decir la verdad:

—Llegados a este punto creo que es absurdo que finjamos que no sentimos nada el uno por el otro.

Usted me cae fatal, pero me gustan sus besos y sus abrazos...

—Me pasa lo mismo, señorita Mauks. Solo deseo devorarla entera. ¿No le molesta, verdad?

—En absoluto. Me pasa lo mismo. Pero no se preocupe que esta atracción mutua no va a interferir para nada en nuestra maravillosa relación de hostilidad.

—No sabe qué peso me quita de encima —replicó Bruno, respirando aliviado—. En estos momentos de duelo, lo que menos me conviene es meterme de cabeza en una relación tóxica.

—¿Duelo? Rocío no me ha comentado nada. ¿Quién se le ha muerto? —preguntó Macarena, abrazándole más fuerte para reconfortarle en su dolor.

Bruno se sintió tan reconfortado que le entraron unas ganas irrefrenables de hacerle el amor.

—Duelo por mi novia. Exnovia. Todavía no me acostumbro a llamarla así... —contestó Bruno, al tiempo que levantaba a Macarena de las caderas y la cogía en volandas.

—¿Qué hace? —gritó Macarena, aferrándose con ambas manos al cuello de Bruno.

—Lo que me ha dicho: ser natural. Me apetece muchísimo hacerle el amor detrás de esas jaras...

—Yo no tengo inconveniente. Pero ¿y su duelo?

Bruno volvió a dejar a la señorita Mauks en el suelo y tras echarse el pelo hacia atrás con ambas manos, preguntó:

—¿Qué le pasa a mi duelo?

—No sé si le permitirá concentrarse... —musitó Macarena mordiéndose los labios.

—Por mi excitación no se preocupe, que estoy con ganas de dárselo todo. Una cosa es la pena que llevo dentro y otra el deseo tan enorme como inexplicable que siento por usted.

A Macarena le gustó lo que Bruno acababa de confesar, por eso intentó empatizar un poco con él:

—Lo de su ex y el ruso no va a funcionar...

Pero a Bruno no le hizo ninguna gracia que hasta la señorita Mauks supiera lo del ruso:

—¡Joder, mi hermano es un bocazas! Mira que le dije que no le contara nada a nadie...

—Todo queda en familia. Tranquilo que no va a salir de aquí —replicó Macarena encogiéndose de hombros.

—Estando mi hermano de por medio, mire que lo dudo. Pero bueno, lo del ruso me da lo mismo. Es obvio que Tania pasa de mí...

—No me extraña porque a usted no hay quien le aguante, pero por lo que sé esa chica tampoco le convenía.

—¿Y qué sabe? —preguntó Bruno cruzándose de brazos.

—Que es una egoísta y una caprichosa que estuvo con usted hasta que encontró otra pieza mejor.

—Tania era perfecta para mí y yo lo estropeé todo. Fin de la historia.

Bruno, triste, clavó la vista en el suelo y a Macarena le dio pena verle así.

—Seguro que lo estropeó todo, pero de verdad que esa chica no era para usted.

—Tania creía en las mismas cosas que yo, teníamos una forma similar de estar en el mundo, los

mismos valores y principios... Pero fui tan torpe que no supe ver lo que quería...

—¿Lo dice por el anillo asquerosamente caro?

—Lo digo porque la he descuidado totalmente porque vivo por y para mi empresa.

—Eso es cierto, pero con todo le digo que esa chica no le convenía para nada.

*¿Qué podía saber la señorita Mauks de lo que le convenía o no?*, pensó Bruno.

—¿Me conviene más usted? —preguntó cínico, arqueando una ceja.

A Macarena la réplica de Brunelo le sentó como una patada en el estómago. Sintió que no solo la estaba comparando con la petarda de la exnovia sino que además estaba dando a entender que no le llegaba ni a la altura de los tobillos. *¿Pero cómo podían haberle entrado ganas de hacer el amor con un tío tan repelente?*, pensó.

—Por supuesto que no —respondió Macarena, dando un paso atrás y negando con la cabeza.

—Estupendo. Y ahora sigamos con lo nuestro...

Bruno se acercó a la señorita Mauks, colocó las manos en su cintura para cogerla en brazos otra vez, y llevarla detrás de las jaras, pero ella se revolvió y le dijo:

—Ya no quiero. No hay nada nuestro. Mejor subamos a la *bici*.

Bruno se llevó las manos a la cabeza y, tras resoplar, preguntó:

—¿Se ha molestado porque le he dicho que usted no me conviene?

—Lo que me ha molestado es que yo solo quería que se sintiera mejor y usted me ha hecho sentir como si fuera peor que esa interesada y desvergonzada que tuvo por novia.

—¿Interesada porque sabe lo que quiere? ¿Y desvergonzada por qué? ¿Por dejarse llevar por la pasión? Usted ha estado a punto de hacerlo conmigo hace unos instantes...

—Usted lo ha dicho: he estado a punto. No sabe cuánto me alegro de no haberlo hecho.

Bruno se encogió de hombros y sin entender el brusco cambio de opinión de la señorita Mauks, dijo:

—Espero que no se ofenda si le digo que tiene la piel demasiado fina.

Macarena se agachó a por la bicicleta y apoyada en el manillar replicó:

—Y yo solo espero que usted la tenga bien curtida porque va a tener que regresar andando...

La señorita Mauks se subió a la bicicleta y se marchó de allí a toda velocidad, mientras Brunelo se quedaba atrás y sin dejar de gritar:

—*Vuelvaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.*



# Capítulo 41

Macarena por supuesto que no solo no regresó sino que pedaleó a toda prisa para poner tierra de por medio con Brunelo, quien no pensaba quedarse de brazos cruzados.

Lo primero que hizo fue sacar el móvil del bolsillo de su bañador de pata de gallo y llamar a la señorita Mauks hasta que lo cogiera, así tuviera que hacerlo cien veces.

Realmente, solo fueron dieciocho, pero terminó descolgando el teléfono por si le había vuelto a picar otro bicho o por si el sol de justicia estaba friéndole el cerebro:

—¿Qué quiere? —bufó tras parar un momento.

—Creo que había quedado claro que nos detestábamos. ¿Por qué se ha puesto así? —quiso saber, sentado con las piernas cruzadas debajo de un manzano.

—Porque seguro que su abuela también le enseñó que las comparaciones son odiosas.

—Yo no la he comparado con Tania, solo he preguntado en tono irónico que si usted me convenía más. Lamento muchísimo si la he ofendido, pero de verdad que no era mi intención. Lo que quería decir es que aunque tenga infinitas virtudes, una cara preciosa y un cuerpo que me vuelve loco, jamás podría tener una relación con usted porque somos incompatibles de todo punto.

Tania resopló, se apartó el sudor de la frente por el esfuerzo hecho para huir de Brunelo, y luego replicó:

—¿Lo de infinitas virtudes es de guasa, no?

—No, no. Es completamente en serio. Creo que es usted una chica con talento, inteligente, trabajadora, familiar, protectora, valiente, fuerte, decidida, *sexy*... ¿Sigo? —preguntó Bruno, que estaba dispuesto a seguir hasta adonde hiciera falta.

—No, gracias, ya me hago una idea.

—Estupendo. Puede usted también dedicarme una ristra de adjetivos, si le place...

—Pues no, no me place para nada.

—¿Ni uno?

—Pelmazo —dijo la señorita Mauks con suma convicción.

—Venga, que sé que es usted generosa...

—Cargante. No se imagina cuánto me carga, Brunelo. —Y resopló dejando vagar la mirada por la llanura castellana que tanto solía relajarle.

Y mientras Macarena intentaba encontrar algo de sosiego en el paisaje, Bruno pensaba que aunque la señorita Mauks fuera un hueso duro de roer, no iba a rendirse:

—No más que usted a mí. Pero venga esfuércese un poquito ¿no tiene ni un solo adjetivo bonito para mí?

A Macarena el hermoso estallido de color y vida de los trigales, de las encinas, de los romeros y de los almendros, esta vez más que sosiego le infundió verdad, mucha verdad, toda la verdad. Por eso, respondió:

—No. Ni uno.

Bruno por supuesto que no la creyó, el manzano como a Newton también le había vuelto especialmente sagaz. Así que preguntó:

—¿Ni siquiera alguno que cante las excelencias de mi físico? ¡Ha reconocido que me desea! Cosa que yo ya sabía porque me devora con la mirada...

—Además de cretino, narciso... ¡Lo tiene usted todo, Brunelo! Todo lo malo, quiero decir.

Bruno, que ya le estaba doliendo el trasero de estar sentado bajo el manzano, decidió ir al grano:

—Mire que es usted rencorosa. ¿Cuánto calcula que le va a durar el cabreo por la tontería que le he dicho?

—No soy rencorosa, es lo que pienso de usted. Ni más, ni menos.

Bruno no la creyó, se notaba a la legua que seguía ofuscada con él, pero fingió que la creía:

—Estoy sentado debajo de un manzano. Aquí la espero.

—¿Cómo?

—¿No dice que no hay rencor? ¡Pues venga a por mí!

—¡Qué manipulador es usted! Ya me extrañaba que me dedicara tanto adjetivo...

—Son todos sinceros. Es lo que pienso de usted. Así que levántame el castigo ya y venga a buscarme que estoy a punto de abrirme una oficina debajo del manzano. Mientras se dignaba a cogerme el teléfono, he respondido tres mails y he resuelto unas consultas del incompetente de mi mano derecha.

—Pobre criatura. Se habrá ganado el cielo por tenerle a usted de jefe...

—Le ha tocado la lotería más bien. Venga a buscarme y se lo cuento.

—¡Sí, hombre! —exclamó dando un manotazo al aire—. Pues vaya aburrimento, no tengo otra cosa que hacer que ponerme a hablar de su trabajo.

—Le hablaré de lo que quiera.

—Mejor no hable.

—Hecho —dijo Bruno poniéndose de pie—. Vuelva que quiero seguir disfrutando del paseo en *bici*... No sé por qué dejé de montar, si era muy feliz cuando lo hacía.

—Qué me va a contar, si yo soy una enamorada de las bicicletas. De hecho, creo que es el enamoramiento más sano que existe: tonifica, mejora la capacidad pulmonar, libera endorfinas y te hace sentir libre y feliz. ¿Qué amante puede darte tanto?

—Yo puedo dárselo cuando quiera. Venga a buscarme de una vez y pongámonos a liberar endorfinas por esta bonita campiña. Pero venga ya que no vea cómo pega el sol de su pueblo...

—Yo ya no quiero liberar nada con usted. Lo de antes ha sido un lamentable error que no va a

volver a repetirse.

Bruno soltó una carcajada porque estaba convencido de todo lo contrario:

—Pues a mí el beso me ha sentado de maravilla. ¡Hasta respiro mejor! —exclamó Bruno entusiasmado inspirando profundamente.

—Respira mejor por el campo y el pedaleo —replicó Macarena, restándole importancia.

—A mí usted me atrae una barbaridad, así que no le garantizo que no pueda volver a repetirse.

—Yo sí —dijo con un tono de voz rotundo, que no admitía réplicas—. Así que le advierto que como intente repetirlo le juro que, mi respuesta en su zona más vulnerable, le dolerá mucho más que la mordedura de la abejita.

A Bruno las duras palabras de la señorita Mauks le provocaron una erección que le hizo corroborar que la atracción era irremisible. ¿Pero estaba la señorita Mauks preparada para vivir una pasión sin más? Lo dudaba, porque esa chica tenía pinta de no saber separar sexo de amor y todo apuntaba a que iba a acabar enamorada hasta las trancas de él. Lo que *menos podía permitirse en esos momentos de su vida*, pensó Bruno, así que si ella podía poner freno a la atracción tan potente que sentían era lo mejor que podía sucederles. Por lo que replicó:

—Perfecto, tiene razón. La atracción existe pero no es nada conveniente. Así que a la mierda con ella. ¿Viene o llamo a un tractor-taxi?

Extrañamente, a Macarena no le gustó para nada la respuesta de Brunelo. *¿Pero cómo es que se rendía a la primera de cambio? ¿Esa era la atracción tan intensa que sentía por ella? Fuera cual fuese la respuesta, Brunelo era siempre decepcionante*, pensó Macarena. Bueno, *siempre no*, matizó, *cuando besaba lo hacía demasiado bien, pero eso qué más daba ya*, concluyó con una pena que encontró improcedente. Porque *¿qué sentido tenía seguir besándose con ese tío al que detestaba? Ninguno*. Así que finalmente por mucho que le molestara Brunelo tenía razón. Por eso exclamó:

—¡A la mierda! ¡Sí, señor! Somos seres racionales que podemos mantener a raya nuestros más bajos instintos. Y ahora cuelgue que voy a su rescate.

—¡Aquí la espero! Estoy palote, pero a raya. Tranquila, señorita Mauks. Usted venga con toda confianza.

—¿Palote por qué? ¿Le excitan los manzanos?—bromeó disimulando su entusiasmo, ya que después de todo reconocía que le encantaba provocarle esas “reacciones”.

—Me pone demasiado, pero repito que no se preocupe que está todo bajo control. ¡Venga ya de una vez!

# Capítulo 42

Cuando la señorita Mauks paró la bicicleta junto al manzano en el que se encontraba, sintió una alegría extraña al volver a verla:

—¡Qué feliz me hace volver a verla! —exclamó Bruno con una gran sonrisa.

Macarena sacó una botella de agua de la mochila y se la tendió para que bebiera:

—Déjese de teatros. No hace falta que finja que le emociona mi presencia para que le ofrezca un poco de agua.

Bruno cogió la botella, dio un trago bien largo y luego, tras limpiarse los restos de agua con la lengua, replicó:

—Gracias. Pero se equivoca en lo del teatro, de verdad que me agrada volver a verla.

—Pues a mí no —dijo Macarena, arrugando el ceño y mintiendo vilmente porque le encantaba volver a estar otra vez frente a Brunelo.

—¿Entonces por qué ha vuelto?

—Por cortesía, es un invitado de mi hermana y se supone que no debo abandonarle.

—Le agradezco la gentileza y ahora podemos seguir con el paseo en mi bicicleta. Gracias.

—¿Para qué la quiere? Si usted no monta nunca —replicó Macarena, aferrada al manillar.

—¿Y usted? ¿Cómo es que teniendo una tienda llena de bicicletas se encapricha justo de la mía?

—Porque es un modelo que me encanta y usted no necesita una bicicleta rosa para nada.

Bruno se acercó a la bicicleta, colocó las manos en el manillar, encima de las de Macarena y luego dijo muy sonriente:

—A mí me encanta más. Así que llámeme cuando guste y no tendré inconveniente en dar un paseo con usted. Y ahora si me permite...

Macarena levantó las piernas para que Bruno pudiera colocar un pie en el pedal y arrancar otra vez la bicicleta.

—¿Y usted sería tan amable de liberar mis manos? —preguntó Macarena, mientras disfrutaba de *la maravilla de sentir las manos enormes de Brunelo sobre las suyas*.

—Qué bien encajan nuestras manos, ¿se ha dado cuenta señorita Mauks?

Macarena se había dado tanta cuenta que otra vez le estaban entrando ganas de irse detrás de las jaras... Y es que Brunelo estaba tan cerca de ella, de espaldas, con esa espalda espectacular y esos brazos que se le estaban tostando, que se le estaban viniendo a la cabeza unas ideas de lo más indecorosas.

—No —mintió—. No veo que tenga nada de particular...

—Yo sí. —Bruno tomó la mano izquierda de Macarena y entrecruzó los dedos con los de ella—.

Su mano es perfecta para mí... —susurró alucinado con la vista clavada en las manos entrelazadas.

—No diga tonterías... —musitó mientras Bruno le acariciaba suavemente la mano con las yemas de los dedos.

—Tiene unas manos preciosas y son tan suaves... —Bruno deslizó las yemas de sus dedos por encima de los de ella y luego se giró para mirarla a los ojos—, como sus labios...

—No me va a besar —murmuró la señorita Mauks sosteniendo la mirada a Brunelo.

Pero a Brunelo le gustaba tantísimo la boca de Macarena, ejercía tal poder de atracción que no pudo evitar acercarse a una distancia más que peligrosa.

—¿Me reta o me ordena? —preguntó apenas a dos centímetros de sus labios.

—Le pido que deje de hacer manitas conmigo y que arranque de una vez antes de que el sol termine por achicharrarnos.

—¿El sol o el deseo infinito que siento por mí? —replicó con los labios casi pegados a los de ella.

—Brunelo no insista...

—¿Por qué? —preguntó tras besar el cuello largo y suave de la señorita Mauks y arrancarle un gemido.

Llegados a ese punto y con unas ganas tremendas de besarle, Macarena tuvo que decir la verdad, porque era absurdo ocultar lo que su cuerpo estaba pidiendo a gritos.

—Las dos cosas y las dos son sumamente peligrosas.

—¿Por qué?

—Porque las dos hacen enloquecer: la insolación y el deseo.

—Diga mejor el amor.

—¡Tampoco lo flipe, caballero! —replicó Macarena parpadeando muy deprisa.

—¡Me da estatus de caballero! Bien, parece que vamos avanzando... —celebró Bruno, levantando las cejas.

—Si quiere puedo tutearle... —propuso la señorita Mauks haciendo una mueca graciosa.

—Y así me quita mi recién ganado estatus de caballero, qué lista es usted señorita Mauks.

—El usted era para mantener las distancias, pero como veo que no hay manera de que sueltes mi mano...

—Me gusta tu mano y el usted era muy divertido. Parecía que estábamos en una película de los años 30, pero tienes razón: ha llegado el momento de ser más siglo XXI.

—Detesto el siglo XXI, va todo muy deprisa y por eso hay tanta confusión. Y luego está el asunto del amor...

—¿Qué le pasa al amor? —preguntó Bruno, muy intrigado.

—¿Cómo la gente puede construir su futuro en torno a un sentimiento tan frágil y delicado como el amor?

—Porque se supone que también es para siempre, que es eterno, dicen. Yo no tengo ni idea porque

nunca me ha durado demasiado...

—Para que algo dure para siempre no tiene que haber amor. Hace mucho que tengo decidido que si me caso será sin amor —dijo la señorita Mauks con pleno convencimiento—. El amor romántico es un cimiento muy endeble sobre el que fundar una familia. Tiene que haber algo más sólido como la amistad, la confianza o la lealtad. Se da demasiada importancia al enamoramiento y a las mariposas en el estómago...

—Ya —dijo Bruno boquiabierto, porque no esperaba que la señorita Mauks tuviera las cosas tan claras.

—Hoy lo normal es que cuando la magia de la novedad pasa y el otro aparece ante los ojos tal y como es, se salga corriendo en busca de otro amor más perfecto que llene por completo. La gente espera demasiado del amor, pone toda su felicidad en el otro y eso es una locura que solo puede provocar decepción y frustración. Somos seres en construcción, perpetuamente imperfectos. Por eso creo que una unión a largo plazo fundamentada en la amistad, la lealtad, el respeto, la aceptación del otro, la medida y la prudencia tiene todas las papeletas para que dure para siempre.

—Pensaba que eras más romántica...

—Tú lo has dicho: era. Hace mucho que dejé de creer en los cuentos de hadas.

Bruno miró a los ojos verdes de la señorita Mauks que brillaban más que nunca y lamentó no ser un príncipe para que volviera a creer en los cuentos. Pero con todo, se giró más todavía, rodeó con las manos el cuello largo y suave de la princesa desencantada y la besó como si quisiera despertarla de un larguísimo sueño.

Y aunque ese beso no tuviera nada de medido ni de prudente, aunque fuera una auténtica locura a Macarena le encantó porque, como por Bruno nunca iba a sentir más que atracción y aborrecimiento, estaba a salvo.

Y a Bruno, sin embargo, ese beso perfecto a esa criatura a la que jamás podría amar, le hizo recordar que él sabía muy bien lo que esperaba del amor:

—Pero se puede amar a alguien imperfecto y ser feliz para siempre —susurró mirándola a los ojos, con sus labios todavía muy cerca de los de la señorita Mauks—. De hecho, me encantaría casarme enamorado de alguien que me quisiera tal cual soy, alguien a quien mis defectos no solo no le hicieran salir corriendo, sino que me ayudara a ser mejor.

Macarena pensó que era una pena que no pudiera ser ella, porque ese tío besaba demasiado bien. Así que respiró hondo, se apartó un poco de él y dijo:

—Pues no te quiero desanimar, pero lo tienes muy difícil. Hay que ser muy valiente para verte tal y como eres y no salir por piernas.

—Tú me has visto y estás aquí, quietecita y deseando que te vuelva a besar —dijo Bruno, acariciando con el dorso de la mano la mejilla de Macarena.

—Sí, pero no te preocupes que el deseo que siento por ti no me hará nunca enloquecer de amor —

replicó ella, con unas ganas infinitas de abrazarle y volver a sentirse protegida, reconfortada y viva en su abrazo.

A Brunelo esas palabras le cayeron como un jarro de agua fría, le removieron demasiadas cosas y solo atinó a decir:

—A mí tampoco. —Y se giró porque no quería que la señorita Mauks se percatara de que le habían entrado unas ganas tan repentinas como absurdas de llorar—. Y ahora a pedalear, solo tengo ganas de pedalear...

Macarena frunció el ceño porque ella tenía ganas de todo menos de pedalear, pero fingió entusiasmo y gritó:

—¡Estupendo! ¡A comerse la carretera, Brunelo!

# Capítulo 43

Mientras Macarena gritaba como una loca con los brazos y piernas en alto, Bruno pedaleaba de pie y a toda velocidad, con dos lagrimones recorriendo su rostro.

Y no porque le importara que la señorita Mauks pasara de él, cosa que celebraba porque *sentía el mismo rechazo*, sino porque sus palabras habían hecho que volviera a sentir en carne viva la herida por el abandono de Tania.

Y es que Bruno no podía dejar de pensar en que Tania jamás enloquecería de amor, es más en ese momento hasta dudaba de que alguna vez lo hubiera hecho y eso le hacía sentir tan triste y desamparado como *cuando su madre se olvidó ir a recogerle a la guardería y sintió por primera vez lo que era la angustia*.

*¿Y si jamás encontraba a nadie que pudiera amarle? ¿Y si la señorita Mauks tenía razón y era muy difícil estar frente a él y no salir despavorida?*, pensó al tiempo que pedaleaba frenéticamente con la vana esperanza de que con el esfuerzo físico lograría disipar los amargos y deprimentes pensamientos que le estaban destrozando.

Pero los pensamientos lejos de evaporarse se reproducían en su versión más trágica, hasta tal punto que cuando no debían llevar más de un kilómetro recorrido sintió que *su vida no valía una mierda*.

Entendía perfectamente a Tania, a la señorita Mauks y también que su madre lo dejara aquel día olvidado, porque desde niño tenía que haber sido una criatura aborrecible obsesionado con ser el mejor en lo suyo, o sea en colorear sin salirse de la raya.

*¿Y tanto esfuerzo y tanta dedicación para qué? ¿Para hacer ojos de buey para lavadoras y no tener al acostarse más compañía que la fría soledad de su cama?*, pensó con una ansiedad terrible oprimiéndole el pecho.

Se sentía tan mal que entre la angustia y el esfuerzo físico apenas podía respirar. *¿Y si le sobrevenía un infarto o una muerte súbita, realmente alguien iba a llorarle? La señorita Mauks seguro que no, lo único la impresión porque se le muriera de repente un invitado joven, pero pasado el sofocón lo más probable sería que al día siguiente se pudiera desayunar dos docenas de churros sin derramar ni una sola lágrima*, reflexionó apenadísimo. *¿Pero quién le iba a llorar si los últimos años no había hecho otra cosa más que trabajar y trabajar? Tal vez su familia, tal vez Enríquez, pero dado lo acostumbrados que estaban a sus ausencias, no tardarían demasiado en olvidarle*, concluyó sin que apenas ya le entrara un hilillo de aire en los pulmones.

Se sentía morir... Morir de pena, de soledad, de dolor, de angustia y no se le ocurrió nada mejor para espantar a la muerte que lanzar un grito desgarrado, desde lo más profundo de esa tristeza, que



por poco no mata a la señorita Mauks del susto:

—¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Qué ha visto? —preguntó Macarena con el corazón a mil, mientras buscaba posibles amenazas por todas partes.

Bruno frenó la bicicleta, pues a duras penas podía meter aire en los pulmones.

—A la parca... —atinó a decir, llevándose la mano al pecho.

—¿Paca? ¿Quién es Paca? —preguntó asustada, buscando a la señora entre los viñedos que les rodeaban.

Bruno se giró abanicándose con la mano a ver si así le entraba algo de oxígeno y farfulló:

—¡La muerte, joder! ¡Me muero, señorita Mauks! Quédate con mi bicicleta y, por favor, recuérdame con un odio cariñoso.

Macarena se bajó de la bicicleta, sacó una botella de agua, se la tendió y preguntó muy preocupada:

—¿Cómo te vas a morir de repente?

—Si prefieres lo hago en tres tiempos... —ironizó aunque se estuviera muriendo.

—Bebe agua. Tal vez tengas un golpe de calor, vamos a la sombra... —dijo señalando una higuera de copa redonda y frondosa que estaba junto a ellos.

—No me entra el aire por la nariz, esto es irremisible —concluyó hiperventilando—. Dile a mi familia que me perdonen por mis ausencias y tú también perdóname por lo pesado que he sido durante mis presencias... —musitó hablando entrecortadamente.

—¡Respira despacio que no te vas a morir, Brunelo! ¡Deja la *bici* en el suelo, dame la mano y vamos a la sombra!

Bruno obedeció con el cuerpo agarrotado, tomó la mano que la señorita Mauks le tendía y que le pareció la mano más dulce y suave del universo, y desde luego pensó resignado a su suerte, trágica suerte, que si tenía que morir qué mejor forma que aferrado a esa preciosa mano.

Macarena le llevó debajo de la higuera y luego le pidió que respirara lentamente:

—¡Solo estás hiperventilando! No te va a pasar nada. Confía en mí.

Bruno comenzó a respirar despacio y la verdad es que empezó a sentirse mejor...

—Parece que el cuerpo se va desentumeciendo... —susurró Bruno tras dar otro sorbo de agua.

—Suelta el aire despacio. Vamos, Brunelo, que de esta no te mueres...

Bruno hizo caso a la señorita Mauks, controló su respiración; mientras ella sacaba el móvil de la mochila.

Si bien el gesto hizo que a Brunelo se le saltaran todas las alarmas:

—¿Y si no la voy a palmar para qué quieres el teléfono? ¿Vas a llamar a una ambulancia, verdad? —preguntó Brunelo, respirando ansiosamente otra vez.

—Voy a tomarte la tensión —respondió Macarena, buscando la aplicación en su teléfono—, tengo una *app* que funciona de maravilla. A ver, préstame tu dedo índice, por favor.

Bruno le tendió la mano a la señorita Mauks, al tiempo que preguntaba incrédulo:

—¿Esto es fiable?

—De momento y para salir del paso, sí —respondió Macarena, tomando el dedo índice de Brunelo y llevándolo hasta la pantalla del teléfono—. Ahora deja el dedo pegado unos segundos y veremos cómo está tu tensión...

Bruno al volver a sentir la piel de la señorita Mauks sobre la suya, al volver a aspirar su exquisito aroma, y tal vez porque se podía morir de un momento a otro y su cuerpo clamaba por el canto del cisne final, o eso al menos es lo que él pensó, se le fue toda la sangre a la entrepierna.

—¡Alta porque tu presencia me aturde! —exclamó Bruno, mordiéndose los labios.

Macarena le miró con el ceño fruncido y replicó:

—¿Por qué te aturdo?

—Por tu piel, tu olor, tu pelo, tu boca, tus ojos, todo...

—¿Qué le pasa a mi todo? —replicó perpleja.

—Me excita, me pone cardiaco, ¡me erecta!

Macarena se echó a reír y luego dijo:

—Entonces no te estás muriendo...

—¿Cómo que no? Mi cuerpo puede estar intentando meter un gol en el último minuto del partido, quiere que me reproduzca justo antes del adiós.

Macarena sin dejar de reírse comprobó la pantalla del teléfono y leyó el resultado que daba la aplicación:

—11-7. Estás perfecto de tensión. Y las pulsaciones... marcan 70. Creo que de esta no te mueres...

Bruno resopló aliviado aunque no las tenía todas consigo:

—¿Tú crees? —preguntó con el dedo posado aún sobre la pantalla del teléfono.

—Vayamos al centro de salud a que te revisen, pero yo creo que ha sido un ataque de ansiedad. Trabajas mucho, tienes mucho estrés y...

—Y sobre todo pena —reconoció tras suspirar profundo—, una pena muy grande, señorita Mauks. Confieso que me ha hecho mucho daño que me dijeras que no ibas a enloquecer de amor, no porque quiera tu amor pues bien sabes tú que el aborrecimiento es mutuo, sino porque me has hecho recordar lo de Tania y en esencia la mierda que es mi vida.

Bruno bajó la vista al suelo y retiró al fin el dedo de la aplicación, mientras la señorita Mauks sentía que debía reconfortarle de alguna forma, pues quizá había sido demasiado dura con él:

—Tu vida no es una mierda —dijo tras guardar el móvil de nuevo en la mochila y colgársela en el hombro.

—¿Ah no? —Bruno alzó la cabeza y clavó la mirada en la de la señorita Mauks.

Macarena sonrió, le dio un beso fugaz en la mejilla y luego replicó:

—Tu vida tiene cosas muy bonitas.

Bruno se emocionó tanto con el beso de la señorita Mauks, que la cogió por la cintura, la estrechó

contra él y susurró con sus labios pegados a los de ella:

—Bésame más largo y haz mi vida más bonita de verdad.

# Capítulo 44

Macarena rodeó con los brazos el cuello de Brunelo, porque se moría de ganas por besarle otra vez; pero al mismo tiempo dudaba de si aquello era conveniente después de lo que le había sucedido:

—¿No será perjudicial para tu ansiedad? —preguntó pegándose más a él todavía.

—Como no me beses, sí que me va a dar otro ataque —replicó Brunelo, deslizando las manos por la espalda de Macarena.

—¿No te confundirás?

—Lo tengo todo clarísimo, señorita Mauks. Tengo el corazón roto, siento que mi vida es un despropósito, que me he perdido lo importante por culpa de la entrega absoluta al trabajo, vamos, que soy un pufo de tío, un fracaso absoluto de ser humano, abocado a la soledad y a la amargura; pero ¿te puedes creer que tengo un deseo infinito de hacerte el amor? —confesó deslizando las manos hasta el trasero de Macarena.

—Si tú lo dices, te creo... —susurró mientras Bruno la apretaba contra su erección.

—¿No te parece un poco loco? —inquirió Bruno, a la vez que le mordisqueaba el cuello.

—Qué importa lo que me parezca —susurró cerrando los ojos para disfrutar más del beso.

Él posó sus labios sobre los de la señorita Mauks, ella hundió los dedos en el pelo de Brunelo y abrió la boca para besarle de verdad.

Se fundieron en un beso larguísimo en el que las manos volaron por todas partes y ya que estaban dejándose llevar por la verdad, Macarena sugirió con total franqueza, cuando dejaron el beso suspendido para poder respirar...

—Tengo condones en la mochila —respondió sofocada, al tiempo que los buscaba.

—Vaya si eres previsora... —celebró Bruno, con un sonrisa.

Macarena sacó uno de la caja y se lo tendió a Brunelo:

—Son de mi hermana, se ha llevado un par y me ha pedido que le guarde la caja por si necesitaba más.

—No me tienes que dar explicaciones, no voy a pensar nada raro de ti... —dijo guardándose el preservativo en el bolsillo de su ridículo bañador.

—Me da igual lo que pienses de mí. Te deseo y todo lo demás da lo mismo...

—¿Incluso que sea un impresentable al que detestas?

—Solo va a ser sexo, Brunelo —replicó Macarena, después de darle un beso suave en los labios.

—Pero con cariño, sexo con cariño, por favor, que hoy estoy hecho mierda... —suplicó devolviéndole el beso.

—Está bien... —susurró Macarena, besándole de nuevo pero esta vez con pasión, profundizando

en el beso hasta casi marearse.

Bruno con el corazón latiendo con fuerza, y sintiendo con una intensidad que ni recordaba y que le hizo convencerse de que definitivamente la muerte esta vez no iba a venir a buscarle, cogió a la señorita Mauks por las caderas y la levantó del suelo...

—¿Adónde me llevas? —preguntó Macarena, divertida, mientras Bruno daba unos cuantos pasos, con ella a cuestas, hasta situarla debajo de la rama más gruesa de la higuera que les daba sombra.

—Necesito besarte por todas partes. ¡Agárrate a esa rama!

Macarena miró primero a la rama que tenía sobre su cabeza y después a Brunelo al que preguntó alucinada:

—¿No pretenderás que me enganche ahí como si fuera una mona?

—Ya quisiera la mona gozar tanto como lo vas a hacer tú. Hazme caso...

—No me cuelgo de un árbol desde que tenía diez años. ¿Y si la rama se parte? —preguntó mordiéndose los labios.

—Coloca las piernas en mis hombros y pega tu pubis a mi cara. Soy fuerte, no te va a pasar nada. Nada malo, quiero decir...

—Ya, ya...

Bruno no tuvo que decir nada más, porque como a Macarena lo del “pubis” le había sonado de maravilla, y como tenía unas ganas infinitas de que ese tío comenzara a hacerle cosas malas, le faltó tiempo para tirar la mochila al suelo y pasar los brazos por debajo de la rama para sujetarse bien, mientras que Bruno empujaba de sus caderas hacia arriba para tener la boca justo a la altura de lo que tanto deseaba besar...

—¡Menos mal que es mediodía, que el sol pega fuerte y que la gente estará en la plaza con el concurso de Tortilla de Patatas! —exclamó Macarena aferrada a la rama, con los muslos en los hombros de Brunelo, las piernas cayendo por la fuerte espalda y rezando para que no pasara nadie que la conociera por allí.

—No te preocupes que si pasa alguien, cosa que dudo, fingiremos que estamos cogiendo brevas... —bromeó con las manos agarrando fuerte el culo de la señorita Muaks.

—Espero no tener que fingir nada... —musitó ella, un poco nerviosa.

—Tú relájate —dijo Bruno, metiendo la cabeza entre los muslos de Macarena.

La señorita Mauks sintió cómo Brunelo pegaba la nariz a sus braguitas y después notó el aliento caliente en su pubis. *¿Cómo podía estar pasándole eso? ¡Eso tan bueno, pensó.* Dando gracias a la vida por regalarle ese momento, cerró los ojos y se dejó llevar, *¿qué más daba? ¡como si pasaba la banda de música tocando con todo el pueblo detrás!, pensó.*

Bruno, entretanto, deslizaba las braguitas hacia abajo ansioso por devorarla:

—Te dejo las *braguis* encima de la mochila... —habló después de quitárselas y dejarlas con cuidado sobre la mochila que estaba en el suelo para que no se ensuciaran.

—¡Haz con ellas lo que quieras! —gimió Macarena, al tiempo que Bruno hundía otra vez la cabeza entre sus muslos y comenzaba a lamerla con avidez.

La señorita Mauks se retorció de placer amarrada a la rama de la higuera, en tanto que Bruno no daba tregua con su lengua que manejaba de maravilla. Como si conociera su sexo a la perfección, Brunelo sabía cómo acariciarla, dónde y con la intensidad justa que necesitaba.

Ni que decir tiene que Macarena se estaba volviendo loca, que gemía como en su vida y que celebraba que Brunelo fuera un virtuoso de lo que estaba haciendo, porque *para ser sinceros lo hacía como nunca se lo había hecho nadie*.

Brunelo por su parte era feliz escuchando los jadeos de la señorita Mauks, sintiendo cómo se retorció contra su boca, cómo movía sus caderas buscando más y más placer, justo el que él se moría por darle.

—Brunelo todo lo que pierdes como ser humano, lo ganas con esa lengua que tienes... —masculló Macarena entre jadeos.

Bruno dejó por unos instantes lo que estaba haciendo y dijo, embelesado, aspirando el perfume íntimo de esa mujer:

—No tiene mérito. Tienes la vulva más deliciosa que he probado nunca.

Macarena solo pudo soltar un gemido largo y profundo que hizo que Brunelo se empleara más a fondo todavía. Se perdió en la humedad de la señorita Mauks, lamió, exploró, devoró, recorrió cada pliegue, se demoró donde había que hacerlo y intensificó sus caricias cuando lo exigió.

Y así siguió, hasta que el placer se hizo tan insoportable que acabó provocándole tal orgasmo que Macarena temió que hubiesen escuchado su gemido hasta en la plaza del pueblo.

—¡Dios mío, eres un *crack* haciendo esto! —musitó con la respiración entrecortada.

—Te agradezco tus palabras, pero de verdad que no tengo mérito. Eres tú, que eres una delicia de mujer, y luego un poco yo, que le he puesto ganas y cariño.

—En la vida me han puesto tantas ganas ni tanto cariño... —reconoció Macarena, resoplando.

—Y esto solo acaba de empezar...

Bruno la tomó por las caderas, le pidió que se soltara de la rama y luego con cuidado la bajó al suelo y la dejó de pie frente a él.

—Pues si el comienzo es así... —susurró Macarena, temblando todavía de placer.

Brunelo se retiró el sudor de la frente con el dorso de la mano, luego se mordió los labios y replicó:

—Lo que empieza así, termina mejor...

Después, la estrechó contra él, la besó largo y profundo, y deseó que aquello no acabara nunca...

# Capítulo 45

La pasión del beso hizo que Macarena acabara empotrada contra el tronco de la higuera y con la erección de Bruno presionando contra su vientre:

—Como no entre en ti, moriré —susurró Bruno, sacando el condón del bolsillo y rasgándolo.

—¡Qué pesado estás con la muerte! ¡Nada ni nadie va a impedir que follemos! —exclamó la señorita Mauks empujando del cuello de Brunelo y besándole otra vez con fuerza.

Después, Bruno se bajó el bañador lo justo para ponerse el preservativo con pericia y, acto seguido, cogió la pierna de Macarena, la levantó y la sujetó con firmeza.

—Quién sabe —dijo Bruno apartando las faldas del vestido—. Cientos de peligros nos acechan, las abejas asesinas, los del concurso de tortillas, los ciclistas que vengan a suicidarse bajo este sol de justicia....

—Podremos con todos —susurró ella, mientras Bruno ya acariciaba su sexo con el miembro cubierto por el condón.

—No imaginas lo que deseo estar dentro de ti —replicó Bruno, deslizándose dentro de ella despacio y sin dejar de mirarla a los ojos que brillaban de deseo.

—Brunelo —gimió mientras se aferraba a las caderas del hombre al que odiaba, con el deseo de que la penetración fuera más profunda.

—Señorita Mauks, me vuelves loco... —Y de un empujón entró casi por completo dentro de ella, arrancándole un jadeo que le excitó más todavía.

—Y tú a mí —susurró la señorita Mauks—, todo lo tuyo es perfecto para mí... Menos tú —confesó con una sinceridad de la que al instante se arrepintió, pues temió que a Brunelo le ofendiera y la dejara con aquello “interruptus”. Y ese aquello era demasiado aquello como para perderlo por dos palabritas, así que optó por matizarlo—: Quiero decir que...

Bruno colocó una mano encima del tronco, se acercó a ella hasta casi rozar sus labios y luego susurró:

—Sé lo que quieres decir y debes decirlo abiertamente: no me soportas, pero por nada del mundo querrías que me fuese.

—Quizá sea eso... —musitó ella, mientras Bruno se deslizaba un poco más en su interior.

—No me voy a ir señorita Mauks, porque este es el único lugar del mundo en el que deseo estar...

Macarena cerró los ojos porque aquello era demasiado bueno y masculló:

—Yo no lo sé del todo, todavía no lo sé...

—Voy a hacer que lo sepas...

Bruno a comenzó a penetrarla desesperado, haciéndole el amor contra el tronco rasposo y grueso,

mientras el sol lucía con fuerza y los sonidos del campo acompañaban a sus jadeos.

Se besaban con la misma fuerza de la pasión con la que se detestaban, sus cuerpos se agitaban como un mar convulso en mitad de una tormenta inesperada, el deseo era tan fuerte que podía llevárselo todo, incluso la tristeza, incluso los miedos, incluso todas las mentiras que se habían dicho.

Y así siguieron buscándose, besándose y fundiéndose, sudorosos y fatigados, con prisas y hambrientos, arrebatados y sedientos, devorándose las ganas infinitas que se tenían, perdiéndose y encontrándose en un deseo que parecía que no tenía fin.

Atrapados en un mundo propio que acababa de crearse, Bruno solo quería disolverse en el cuerpo de Macarena y ella estaba a punto de tocar el cielo azul que estaba sobre sus cabezas.

—Creo que no voy a poder aguantar mucho más... —susurró Macarena, contra la boca de Brunelo, con la espalda magullada por el roce con el tronco rasposo, las piernas temblorosas y una bomba atómica a punto de estallar entre sus piernas.

—Tú siempre puedes más, mucho más...

Bruno le dio la vuelta, ella se apoyó con ambas manos en el tronco y él volvió a levantar las faldas de su vestido para penetrarla profundamente desde atrás y arrancarle un gemido que estuvo a punto desbordarlos.

Pero se contuvieron...

Como si el viento no fuera a llevarse pronto toda la locura y todo el deseo, siguieron buscándose de pie, aferrados a un tronco, a un deseo, tal vez a un sueño...

Porque Bruno sentía que aquello era sexo y algo más. El qué no lo sabía, pero era algo que era cierto y de alguna manera necesitaba que la señorita Mauks sintiera esa verdad que tenía dentro, que estaba oculta en alguna parte de ese deseo infinito, y que tal vez podría gustarle, aunque fuera solo un poco.

Y Macarena, por su parte, también estaba sintiendo que lo que estaba sucediendo entre ellos era algo que iba más allá de lo físico, que ese hombre al que supuestamente odiaba, estaba llevándole a un lugar que estaba más allá del deseo. Un lugar al que no le había llevado nadie, en sus relaciones fugaces, un lugar perdido y secreto, en el que todo podía suceder.

Pero no dijeron nada, tan solo se limitaron a expresarlo con la piel, de pie, con los cuerpos trémulos y pegados, aferrados a un árbol y gimiendo desesperados.

Y así siguieron haciendo el amor, salvajes, desatados y libres, diciendo lo que no se atrevían y sintiendo lo que no esperaban, hasta que un orgasmo feroz les dejó felices y exhaustos.

Después, siguieron sin decirse nada, tan solo se abrazaron fuerte y largo, así como estaban, con la espalda de Macarena apoyada en el pecho de Bruno y los corazones latiendo acompasadamente.

Todo fluía, todo era hermoso, el cielo azul, el olor a campo, la calidez del abrazo y el sabor dulce de los besos que aún permanecía en los labios. Y ninguno pensaba, solo sentían y deseaban que ese abrazo no acabara nunca, que no volviera la cordura, ni la sensatez, ni todo eso que los separaba y



que iba a alejarles de ese pequeño paraíso.

Pero la realidad estaba a la vuelta de la esquina y llegó en forma de llamada de teléfono. Era Carlota, la hija de Macarena, quería saber dónde estaban, quería que fueran a la plaza, quería conocer a sus invitados...

Y mientras su hija hablaba, Macarena se dio la vuelta, miró a Brunelo que tenía los ojos llenos de lágrimas y se emocionó porque ella también tenía unas inmensas ganas de llorar de felicidad.

Luego, se despidió de Carlota y tras colgar explicó sin poder evitar acariciar el rostro de Brunelo:

—Mi hija nos está esperando en la plaza.

—Vamos para allá —musitó Bruno, cogiendo con ternura la mano con la que Macarena le acariciaba.

—Ha sido mágico. Siempre que pase por este lugar, me acordaré de este momento.

—Yo me voy a acordar siempre, esté donde esté... —susurró Bruno, emocionado—. Me has resucitado...

—Nunca llegaste a morir, Brunelo —dijo ella, sonriendo.

—Sí, pero tú me has despertado de ese sueño eterno. Ha sido muy especial.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella mordiéndose los labios, ansiosa por saber si la magia volvería a repetirse.

—Ahora voy a tirar el condón a la papelera... —respondió a la vez que se lo quitaba pensando en cómo iba a vivir sin ese abrazo, sin esos besos y sin esas caricias.

—Me refiero a...

Bruno sabía perfectamente a lo que se refería, pero no estaba preparado para escuchar que aquello no podía volver a suceder, por eso prefirió centrarse en lo inmediato:

—A que hay que seguir pedaleando, tu hija nos está esperando... —dijo tras depositar el condón en la papelera próxima a ellos.

—Ya... —masculló Macarena, un poco decepcionada.

Bruno se percató de la decepción de la señorita Mauks y un rayo de esperanza le atravesó por completo, mientras se agachaba a por la bicicleta. Tal vez por eso, tuvo valor para preguntar:

—¿Tendrías algún inconveniente en que volviéramos a besarnos... alguna vez?

Macarena lució una sonrisa enorme y respondió sin dudar:

—Ninguno. ¿Y tú?

—Yo te haría el amor debajo de todos y cada uno de los árboles del planeta...

# Capítulo 46

Volvieron a subirse a la bicicleta, Bruno pedaleando y Macarena sentada detrás, pero esta vez el que gritaba como un loco, más bien cantaba como un loco, era Brunelo:

—¡Soy un genio genial! ¡Soy un genio *geniaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!*

—¡Cómo desafinas, Brunelo! —gritó la señorita Mauks, tapándose las orejas con las manos.

—¿Tanto? —preguntó Bruno, girándose sorprendido.

—Todo. Desafinas al máximo.

—Es que estoy feliz y como mi hermano se pasa el día ensayando tengo esa canción muy metida. Si quieres lo intento con otra...

—No, mejor no intentes nada. Deja el cante para los profesionales.

—Ya, pero es que tengo una alegría muy grande y muy honda, tengo que sacarla para afuera o estallaré de emoción. No sé si me entiendes —dijo mirándola otra vez con la cabeza girada y levantando las cejas para remarcar más el momento.

—Bueno, pues silba...

—El silbido es para alegrías moderadas, a mí es que se me va a romper la camiseta de la felicidad tan grande que tengo en el pecho.

Macarena se tuvo que agarrar con las dos manos al sillín para no caerse de la risa:

—¡Anda que no eres exagerado!

—¿Exagerado? ¡He muerto y he resucitado en este sendero, chata! ¿Cómo quieres que esté? ¡Si es que me rompo la camisa como Camarón!

—Pues flamenco no cantes, tío.

—No, flamenco no, porque no te creas que voy muy sobrado de fuerzas. El *quejío* podría terminar de rematarme...

Macarena iba justa de fuerzas y no estaba pedaleando, así que se imaginaba cómo tenía que estar sintiéndose Brunelo, pedaleando de pie, por lo que sugirió:

—Bueno, pues quédate calladito que ya solo quedan un par de kilómetros y luego te voy a enseñar un atajo para salir directamente a la plaza.

—Me callo, si me cuentas algo...

—¿Algo de qué? —preguntó Macarena, arrugando la nariz.

—De cuando te colgabas de las ramas de los árboles, por ejemplo.

—No me hables de ramas, que tengo los brazos rasguñados y ni me los siento. Y no te cuento la espalda... ¡Parece que vengo de pelearme con un gato salvaje!

—Es que soy un gato salvaje. Gato, no. Mejor león, ¿no te parece? —preguntó sacando pecho.

—Si lo prefieres... —replicó Macarena encogiéndose de hombros.

—Lo prefiero. Y tranquila, que ya no vamos a pelear más, señorita Mauks. O sea, pelea dialéctica, de la otra cuando quieras... —dijo retirándose con la mano el sudor que le caía de la frente.

—¿Tú crees?

—Sí, puedes estar completamente segura de que sí. Reconozco que venía a tu pueblo con la intención de desquiciarte, pero ahora todo ha cambiado.

—¡Qué bonito! ¿Y todavía te sentirás orgulloso?

—No, pero es que necesitaba relajarme por lo de mi duelo y tal.

—¿Te relaja sacarme de mis casillas?

—Mucho —confesó Bruno, asintiendo con la cabeza.

—¿Y lo mismo venías con un plan y todo? Conociéndote...

—Sí, bueno, hasta quería buscarte un novio.

—¿Un novio para qué? —preguntó perpleja.

—Pues para eso, para chincharte y divertirme un rato. Pero ya no quiero que tengas novio.

—Brunelo no sé si estoy hablando con un tío hecho y derecho o con un niño de seis años.

—Es que mantengo dentro de mí al niño que fui, y creo que eso os mola mucho a las mujeres —dijo Bruno, recordando haberlo leído en un artículo de las revistas que tenía su peluquera.

—Depende qué niño tengas dentro, desde luego como sea uno *tocapelotas* y cabrón te digo yo que no, que eso no mola nada de nada.

—Voy a una peluquería unisex y allí me entero de muchas cosas —dijo Bruno haciéndose el interesante.

—O sea que eres el clásico cotilla que pone la oreja en las conversaciones ajenas. Tú sigue que lo estás arreglando...

Bruno resopló, más fatigado por la conversación que por el pedaleo y eso que apenas sentía las piernas.

—Mira que me lo pones difícil, señorita Mauks.

—¿Yo? Eres tú el que te retratas solo, reconociendo que has venido a desquiciarme y que además eres un entrometido y un chismoso —replicó Macarena, sacando una botella de agua de la mochila—. Toma bebe un poco de agua que te noto fatigado.

Bruno cogió la botella, dio un buen trago y luego siguió confesando:

—Me fatiga la conversación, es que lo de la higuera ha sido muy bonito y no me gustaría que nada lo estropeará.

—Lo de la higuera en la higuera se queda y lo otro... Bueno, tú eres así. Tampoco puedes hacer nada para remediarlo —dijo tras coger la botella que Bruno le devolvió.

—Yo soy muchas otras cosas, por eso no quiero buscarte ya novio. Prefiero que me conozcas a mí y que...

—Confirme definitivamente todas mis sospechas —le interrumpió Macarena muerta de risa, a punto de atragantarse con el agua que estaba bebiendo.

—Me temo que es lo que va a pasar, pero conóceme por favor —dijo Bruno riendo también.

Macarena pensó que no tenía nada que perder, que lo quisiera o no iba a tener que aguantarle los días que estuviera en casa, y luego ya se vería; por lo que replicó:

—Está bien.

Bruno se giró encantado por la respuesta y cuando vio que la señorita Mauks seguía bebiendo de la botella en la que acababa de beber, habló entusiasmado:

—Oye, estás bebiendo de la botella que yo he rechupeteado y no te da asco. ¡Me fascina!

—¿Has rechupeteado la botella? —preguntó a punto de atragantarse otra vez y con cara de asco.

—Es un decir... Pero vamos, que se ve que hay buen rollo ahora entre nosotros.

—No te vengas arriba, Brunelo, que esto solo acaba de empezar.

—Ya, tienes razón. Y yo además voy a reservar fuerzas porque me estoy quedando sin fuelle. ¿Queda mucho para llegar al atajo que dices?

—Un poco... Tú dale que ya te aviso... —Macarena guardó la botella de nuevo en la mochila y se puso unas gafas de sol de aviador que tenía guardadas en la mochila—. ¡Qué gusto, no soportaba más el sol en los ojos!

Bruno se dio la vuelta y le pidió otras para él...

—En ese bolso hay de todo, que yo lo sé. ¡Pásame unas gafas a mí que odio ir con cara de estreñido!

—Llevo unas gafas, pero son las de Carlota y yo no me las voy a poner que son rosas y con forma de ojos de gato. Lo siento...

—¡A mí me da lo mismo! ¡Pásamelas! ¡Soy un tío sin complejos! Además así llevo las gafas a juego con la bicicleta...

Macarena buscó las gafas en la mochila y se las tendió partida de risa:

—Dudo que seas capaz...

Brunelo tomó las gafas de la niña, las abrió con cuidado y se las puso muy serio:

—¿No tendrás por ahí una gorrita rosa para terminar de rematar el look?

—No, me temo que no... Jajajajajajajajajajaja. ¡Estás patético, Brunelo! ¡Pareces sacado del musical *Priscilla, reina del desierto*!

—¡Qué buena idea! ¡Me apetece muchísimo cantar *I will survive*! Pero el de Celia Cruz...

—Sí, pero mejor en la ducha o cuando te quedes solo —apuntó Macarena, divertida.

—No seas sosa, señorita Mauks, y canta conmigo: *Yo viviré, ahí estaré/ mientras pase un comparsa con mi rumba cantaré/seré siempre lo que fui con mi azúcar para ti/ Yo viviré, yo vivireeeeeeeeeeeeeeeeeé...*—cantó desafinando al máximo, vamos que no se podía cantar peor.

—¡La que no voy a sobrevivir soy yo! ¡Calla por Dios! ¡Ten piedad de mí! —suplicó llevándose las

manos a los oídos.

—¿Es que no ves que soy un viudo alegre? ¡Necesito cantar a la vida y al amor!

—¿Qué amor?

—Amor a todo. Al cielo, a los pájaros, a las higueras, a tus besos... ¡Lo amo todo! Venga, canta conmigo... ¡Yo vivireeeeeeeeeé!

Y Macarena se puso cantar más fuerte que él, no porque le apeteciera, porque ella no era mucho de cantes, sino porque no encontró mejor forma de neutralizar los tremendos desafines de Brunelo...

# Capítulo 47

Y así, cantando, llegaron al lugar donde se suponía que se tomaba el atajo para llegar hasta la plaza del pueblo.

—Tienes que subir por la calle que hay detrás de la arboleda... —explicó Macarena señalando a una calle que estaba a unos trescientos metros.

—¿Y por qué no subo por esta? —preguntó Bruno, refiriéndose a la calle de pendiente muy pronunciada que estaba junto a ellos.

—Pues porque...

—¿Piensas que mis piernas no van a responder? —preguntó Brunelo, enarcando una ceja—. Te equivocas, yo puedo con esta cuesta y con cuatrocientas como esta.

—Que no es por eso...

—Llevo tal colocón de endorfinas por el polvazo en la higuera que te aseguro que puedo subir un Tourmalet contigo encima y cantando por soleares.

—Antes me tiro por el primer barranco...

—El pueblo es pequeño, qué más da subir por aquí o unos metros más allá. Todo conduce a la plaza... Yo voy a tirar por aquí... —insistió Bruno, enfilando hacia la cuesta.

—Que no lo digo por eso, lo digo porque...

—No disimules, señorita Mauks. Sé que lo haces para que no me fatigüe, pero tus besos me han puesto como una moto. Soy una moto.

—Sí, una de 500 —soltó Macarena dando un manotazo aire.

—Dejémoslo en bicicleta eléctrica...

Como Brunelo ya tenía la decisión tomada, la señorita Mauks prefirió callarse y disfrutar del espectáculo.

—Como quieras. ¡Pero mete el plato grande!

—¡Allá voy, señorita Mauks! ¡Plato grande y cara de escalador nato! —gritó mientras se giraba para que Macarena viera la cara que estaba poniendo.

—¿Eso es cara de escalador nato? ¡Si parece que a estas a punto de ponerte a llorar por culpa de una pena muy grande! —exclamó muerta de risa.

—Deja las penas, que estoy hecho un toro. ¡Vamos que nos vamos!

Bruno puso el plato grande y emprendió la subida de la cuesta, con el cuerpo echado hacia delante, casi doblado, pedaleando con esfuerzo pero motivado como si se hubiera metido un buen chute de euforizantes, un pedazo de *speedball* de cocaína y Eukodal.

—¡Dale, Brunelo! ¡Vamos, que tú puedes! —le jaleaba la señorita Mauks, mientras se deleitaba con

el tremendo paisaje que tenía delante, y que no era otro que el culo perfecto de Brunelo.

¡Y qué bien se lo había pasado aferrada a ese culo!, pensó mientras deseaba que las chicas de las peñas no estuvieran al final de la cuesta. Y no porque estuviera celosa, pues ni lo era ni Brunelo era nada suyo, sino para evitar que, con las pintas que llevaba, se convirtiera en el hazmerreír del pueblo.

Sin embargo, su deseo no fue concedido puesto que al final de la cuesta estaban las chicas de la peña Las Golosas, agitando unos penes de plástico de un metro de largo, mientras gritaban:

—¡Aquí viene un buen mozo, *chicassssssssssssssssss*!

—Esas jóvenes parece que están en problemas... —sugirió Brunelo—. ¿Hay encierro? ¿Se ha podido escapar una vaquilla?

—Me temo que tú eres el que tiene el problema.

—¿Yo por qué? —preguntó Brunelo, extrañado.

—Es una vieja tradición que se llama: “mozo al pilón”. ¿Por qué crees que insistía en que subieras por la calle de la arboleda? ¡Pues porque me olía que podían estar las chicas en la fuente!

—¡Maca qué bien acompañada vienes! —gritó una Golosa, cuando estaban apenas a unos metros de ellas.

—¡Buenos días, chicas! —saludó Brunelo, sudando como nunca al afrontar las últimas pedaladas.

—¡Tías, agítad las pollas para animar al mozo! ¡Vamos tío, que tú puedes! —gritó otra Golosa.

Todas obedecieron y, con los miembros de plástico en alto y moviéndolos sin parar, jalearon a Brunelo en los últimos metros de su escalada.

Macarena no sabía dónde meterse, era la situación más bochornosa de su vida, pero se lo ocurrió algo para escapar cuanto antes del horror:

—¡Abrid paso chicas, que vamos con prisa! ¡Es una urgencia! —dijo batiendo los brazos al aire.

—¡Eso! ¡Rápido a por condones, que en el pueblo no suelen verse ejemplares como este! —gritó una Golosa, enfervorizada.

—¡No, condones, no! ¡Vamos a... a... a por una crema! —puntualizó Macarena.

—¡Lubricante para que te la meta hasta en el bolso! ¡Tú sí que sabes Maca! —gritó una Golosa pelirroja, blandiendo su miembro de plástico, y tan eufórica que empezó a cantar—: ¡Esa Maca cómo folla se merece una buen polla!

Pero lo peor fue que el resto de las Golosas se unieron a la bonita canción...

—Quiero morirme...—masculló Macarena, con la cara como un tomate.

Brunelo que por fin hizo cima, paró la bicicleta y le dijo al oído:

—Tienen razón, follas muy bien.

—¡Calla por Dios! —replicó Macarena, tapándose la cara con las manos.

Bruno vio tan azorada a la señorita Mauks que no se le ocurrió nada mejor para salir del brete que sugerirle a las Golosas:

—Chicas, soy un hombre tradicional, creo que las costumbres están para seguir las, así que soy

todo vuestro.

Bruno tendió sus brazos a las Golosas, inmolándose, y de repente se vio rodeado por ellas, un grupo de unas veinte chicas que coreaban: *¡mozo al pilón, mozo al pilón!*, blandiendo orgullosas sus falos de plástico.

—¡Yo le cojo por el culo y al cielo con él! —gritó una Golosa con el pelo teñido de violeta y los brazos del tamaño de los muslos de Brunelo que se hacía llamar Cindy.

Cuando Macarena vio que la Golosa Cindy ponía las manos en el culo de Brunelo, le exigió apuntándola con el dedo índice y luciendo una mirada más que amenazante:

—¡Quita las manos de ahí, Golosa Cindy!

La Golosa Cindy se giró y replicó a la defensiva, y sin quitar las manos del trasero de Bruno:

—Tía, ¿y cómo quieres que cojamos al mozo?

—Como cogéis a todos, de brazos y pies. Yo nunca te he visto coger por el culo a otros mozos.

—¡Uy que no!

—Además él no es de aquí. No es tradición que se tire al pilón a los mozos de fuera —recordó Macarena encarándose con la Golosa Cindy.

—Pero si acabamos de tirar a un chino. Y tu chico además lo ha pedido, así que Maca no seas celosa, que solo vamos a robártelo unos segundos.

—Yo no tengo inconveniente —dijo Brunelo, tendiéndole a Macarena las gafas de sol de su hija para que no se cayeran al agua.

Macarena cogió las gafas, se las colgó del escote del vestido, y aun a riesgo de quedar como una loca posesiva, pero es que no le apetecía nada que la Golosa Cindy pusiera sus zarpas donde hacía un rato ella acababa de poner sus manos, ordenó:

—Yo sí que lo tengo. Así que tú, Cindy, le vas a coger por los hombros y yo por los pies. Y ya estás soltando las manitas del culo de mi hombre, so *puty*.

Bruno con los ojos como platos y divertido como no recordaba, replicó con orgullo:

—¡Olé, qué territorial que es mi chica!

—¡No! No soy territorial, es que detesto que se cosifiquen a las personas. ¿Por qué tiene esta tía que ponerte las manos en el culo? ¿Acaso le gustaría a ella que viniera un desconocido y le pusiera las manos en las tetas?

—¡Si es un tío tan bueno como este, que me las ponga donde quiera! ¡Y no te pases ni un pelo, mona, que no soy ninguna puta! —protestó molesta, Cindy, frunciendo el ceño.

—Te he llamado *puty* con “y” que, como bien sabes, significa zorrasca a la que se tiene aprecio —se excusó Macarena—. Y ahora venga, coge al mozo por los hombros y acabemos con esto cuanto antes...

Cindy de mala gana retiró las manos del trasero de Brunelo y ayudada por otra Golosa con espaldas de estibador lo sujetaron por los hombros, mientras Macarena con la colaboración de otra



Golosa lo cogían por los pies.

Así lo transportaron hasta el borde del pilón de agua verde y bichitos varios, en tanto que las carcajadas de Bruno podían escucharse desde el pueblo de al lado. Luego tras mecer a Brunelo de un lado a otro, en un ligero balanceo, la Golosa Cindy decidió que había llegado el momento:

—¡Pollo al agua! ¡Vamos chicas! ¡A la de tres y soltamos! ¡Una... Dos... Y tres! ¡Mozo al pilón!

Soltaron, Bruno voló por los aires, cayó de culo en el pilón que no debía tener más de un metro de agua y después, todavía sentado y con los pulgares levantados, dijo muy divertido:

—¡Esto está genial! ¿Repetimos?

# Capítulo 48

Macarena no tenía ganas de repetir nada, así que se despidieron de las Golosas, y se dirigieron a pie, empujando la *bici* por el manillar, hasta la plaza, sin dejar de saludar a todos los que se cruzaban con ellos:

—Vaya si eres famosa, señorita Mauks. ¡Y cómo te quieren! —concluyó Bruno, después de que una señora de unos noventa años le cogiera la cara con ambas manos, le diera un beso ensalivado en la frente y le pidiera que se casara con Macarena *que era muy buena chica*.

—Si me quisieran no me pedirían que me casara contigo —replicó Macarena, divertida.

—Es la vigesimoquinta que nos lo dice... Hacemos muy buena pareja.

—Se lo dirían a cualquiera que viniera conmigo. Ya sabes que la sociedad presiona para ver emparejada a la gente...

—¡Qué dices! ¡A cualquiera no! ¡Qué doña Flora te lo ha dicho bien claro: *Menudo fichaje has hecho, hija. Parece un actor de cine. Este sí que sí y no el otro calvo esmirriado de los pantalones por las canillas!*

Macarena resopló muerta de la vergüenza y luego quitándole importancia dijo:

—Doña Flora no sabe ni dónde tiene la dentadura postiza.

—Pues la he visto más lúcida que yo y ¡con la dentadura bien puesta! Por cierto, ¿quién es el calvo esmirriado con tan pésimo gusto en el vestir?

Macarena miró a Brunelo de arriba abajo con desdén, pues además de medio mojado, estaba cubierto por una extraña pátina de color verde-pilón y soltó:

—Mira quién va a hablar...

—Oye a mi no me compares con el hortera del calvo. Este bañador es muy tendencia y fíjate lo que te dice el pueblo: las abuelas me llaman hermoso y me cubren de babas y las jóvenes se enganchan a mi culo que no hay manera de soltarlas. ¡Por algo será! ¡A ver si al calvo le pasaba eso!

Macarena soltó una carcajada y replicó:

—Hace dos veranos cometí el error de invitar a las fiestas a un cliente: un chico urbanita, reservado y formal que acabó abrumado por los cotillas de mi pueblo.

—Joder, qué coñazo de tío. Urbanita, reservado, formal y con pantalones por las canillas. Tía, ¿cómo se te ocurre invitar a un espécimen así a este lugar tan maravilloso?

Macarena se negó a contarle que se había ilusionado tanto con Jaime, su cliente, que después de unos cines, cuatro copas y unos wasaps, había decidido invitarle a las fiestas. Hasta entonces, le había parecido un chico centrado, sensato, tranquilo y serio, es decir el candidato perfecto para establecer la relación estable y duradera que tanto deseaba. Claro que eso fue antes de pasar tres días juntos de

aburrimiento supino, en los que Jaime se pasó las fiestas quejándose de todo: su ex, su trabajo, sus vecinos, la ciudad, el país, el planeta y las galaxias, y convencerse de que se había equivocado por completo.

Así que Macarena decidió correr un tupido velo y replicar a la defensiva:

—¿No te he invitado a ti?

—No. Por lo que parece solo invitas a los tíos coñazos. Yo me he autoinvitado solito...

—Desde luego, porque como esperases una invitación mía...

Cuando Bruno estaba a punto de darle la réplica, apareció un señor de unos cincuenta años, con vaqueros y camisa de cuadros remangada al codo que les saludó entusiasmado:

—¿Cómo está la pareja?

—¿Qué pareja? —preguntó Macarena, mirando a su alrededor a ver si encontraba alguna.

—Pues nosotros, cariño. ¿Qué pareja va a ser? —respondió Brunelo, cogiéndola por el hombro y estrechándola contra él.

—Acabo de ver a tu hermana, me ha presentado a su novio, un chico muy simpático y muy guapetón, pero oye que la muy pillina se ha callado que tú también te has agenciado un buen mozo.

—No, yo no... —aclaró Macarena.

Bruno vio a ese hombre tan contento porque Macarena tuviera pareja, que decidió seguirle el rollo:

—Tú sí, mi amor —dijo Bruno, tras darle a la señorita Mauks un beso en la mejilla.

—¿Qué haces? —susurró Macarena, alucinada.

—¿Qué te cuesta hacer feliz a este señor? —cuchicheó al oído de Macarena, haciéndolo pasar por ronronería de enamorados.

—Soy Gonzalo, el cura del pueblo —se presentó tendiendo la mano que Bruno apretó con fuerza.

—Soy Bruno, encantado —dijo abrazándole también con ganas.

—¡Vaya si tienes fuerza, tío! —replicó el cura encantado—. Me vienes genial para la procesión a la ermita...

—¿Procesión? Yo es que ando escaso de fe —habló Bruno, lamentando chafarle la propuesta al cura.

—Quien no tiene fe cae en las garras de la angustia y el miedo. ¿Lo sabes, verdad? —preguntó el cura, clavándole la mirada.

—Sí, por eso tengo fe todavía en algunas cosas...

—¿Cómo cuáles? —inquirió el cura, levantando una ceja.

—En el trabajo y en el esfuerzo —respondió sin dudar.

El cura esperaba escuchar otra respuesta, tal vez una más romántica, pero se encogió de hombros y dijo:

—El bien está siempre del lado de la dedicación y de la laboriosidad...

—Eso mismo pienso yo, para destruir algo hace falta un segundo, pero crear algo... Ay padre,

para crear algo hay que dejarse los riñones y eso ya no gusta a todo el mundo. Yo lo digo siempre: la destrucción y el mal son cosa de vagos.

—¡Me gusta como piensas! Oye y ya que hablas de riñones... Lo que se me ha ocurrido es que, ya que estás cachas y que Guido también es fornido, podíamos sacar en andas a la Virgen de las Maravillas.

—¡Ah pues es muy buena idea! —exclamó Macarena a la que de repente le entraron unas tremendas ganas de vengarse un poquito de Brunelo. Y no es que fuera rencorosa, pero no se podía quitar de la cabeza que le hubiese confesado que la principal motivación de su visita era divertirse a su costa. *Pobre diablo. ¡Ahora tocaba que se volvieran las tornas!*, pensó con una sonrisa traviesa.

—A tu hermana también le ha parecido muy buena idea, al parecer le hizo una promesa a la Virgen de que si aparecía el hombre de su vida, iba a hacer con él la procesión a la ermita para agradecerle que le enviara tamaña bendición.

—¿Mi hermano una bendición? —intervino Bruno, poniendo cara de asco.

—¿Es tu hermano el otro joven? —Bruno asintió con la cabeza—. ¡Qué bueno! ¡Dos hermanos para dos hermanas! ¡Tengo que casaros a los cuatro juntos!

—No te emociones, padre —intervino Macarena.

—¿Por qué, no? Me parece que sería algo muy bonito... —dijo Bruno solo por ver la cara de pánico que pondría Macarena.

—Lo será, majo. Seguro que para entonces ya vas petado de fe. Y ahora, al grano: ¿contamos contigo para sacar el trono en andas?

—Si no te importa que vaya raquítrico de fe, yo encantado de colaborar con las tradiciones del pueblo. Ya me han tirado al pilón, no tengo inconveniente en que me sigan haciendo pu... Quiero decir, que estoy a tu disposición.

—Desde hace unos años sacamos el trono de ruedas porque los parroquianos están muy cascados —explicó el cura—, el que no tiene artrosis, tiene lumbalgia, y los jóvenes que tienen fe, tienen muy pocas carnes.

—Pero eso ya no es problema porque la venida de los hermanos Juanelo ha sido providencial... —apuntó Macarena guiñando el ojo a Brunelo—. Para ellos no será problema levantar el trono de... ¿cuánto pesará, padre, 300 kilos?

—No, hija, mucho menos. De todas formas, no os preocupéis que habrá gente que arrimará el hombro...

—Sí, claro que sí. Algún abuelillo habrá... ¡Va a ser muy emocionante! Te va a fascinar la procesión, amorcito, ¿ves esa ermita en lo alto de esa loma? —preguntó Macarena apuntando con el dedo índice a la ermita—. Pues imagina subiendo esa pedazo de cuesta de guijarros con el trono a cuestras y con el calorazo de las seis de la tarde...

—Pero con amor todo se puede. ¿Verdad que sí, Bruno? —preguntó el padre, apretando el hombro

del joven.

Bruno miró fijamente a Macarena que estaba mordiéndose los carrillos para no partirse de risa y respondió:

—Claro que sí, padre. Claro que sí.

# Capítulo 49

Después de despedirse del cura, siguieron caminado por la concurrida calle Mayor que conducía a la plaza, entre puestos ambulantes de vendedores de ropa, accesorios, dulces, variantes...

—¡Hasta el cura nos ha dado su bendición! Al final, con la tontería, vamos acabar casados y todo —habló Bruno con guasa, mientras seguía empujando de la bicicleta.

—Conmigo no, gracias. Me quiero demasiado como para tirar mi vida por la borda —dijo Macarena con una sonrisa enorme.

Bruno se lo estaba pasando tan bien que de pronto se le vino una idea a la cabeza:

—¿Y si nos llegáramos a hacer amigos?

—Eso es imposible —respondió Macarena, tajante.

—Pero mira qué bien nos lo hemos pasado durante nuestro paseo por la vereda y no solo me refiero al momento estelar de la higuera que ha sido...

—*Shhhhhhhhhhh*. ¿Todavía no te has dado cuenta de que estamos rodeados de cotillas? —replicó Macarena, ofuscada—. ¡Ya solo falta que te pongas a narrar con altavoz cómo ha sido el polvo de hace un rato!

—¿Para qué dices “polvo”?

—¿Qué quieres que diga? —contraatacó en voz baja—. ¿Hacer el amor? No hay amor entre nosotros, así que no lo hemos podido hacer...

—Yo solo digo que si no quieres que la gente se entere de que hemos hecho guarrerías juntos que no pronuncies la palabra polvo.

—¿Guarrerías? —espetó Macarena, más enojada todavía.

—¡Me estás poniendo nervioso! Yo lo que quería decirte es que si llegáramos a ser amigos, tal vez podría servirte mejor que el calvo.

—¿Servirme para qué? —preguntó Macarena, con el ceño fruncido.

—Para ser tu marido, tendríamos un matrimonio de los que te gustan a ti: dos personas serenas y sensatas unidas por una amistad y una atracción infinitas. ¿A qué suena apetecible?

El caso era que Bruno había comenzado de broma, pero llegados a ese punto la idea estaba empezando a parecerle de lo más sugerente para dentro de unos veinte o treinta años...

—¡Tan apetecible como una taza de alquitrán hirviendo!

Bruno estaba a punto de explicarle que la propuesta era para cuando ya se hubieran hartado de pifiarla con otros experimentos, pero no pudo exponerla porque una miniseñorita Mauks salió a su paso gritando entre risas:

—¡Mama, has besado a un sapo!

Macarena dio un beso a su hija y luego le preguntó todavía sin saber si tenía que regañarla o no:

—¿De qué estás hablando?

—Del señor verde que tienes a tu lado. ¿Es un príncipe? —preguntó señalando a Brunelo.

—¡Qué fuerte vienen las nuevas generaciones! ¡Cómo se perfecciona la especie! A tu hija le han faltado tres segundos para detectar lo que tú eres incapaz de ver.

—O sea que eres un príncipe —dedujo la niña—. Yo soy Carlota y espero encontrar en alguna charca a un príncipe como tú... —se presentó haciéndole una reverencia.

—Yo soy Bruno, y te garantizo que encontrarás a un príncipe mil veces mejor que yo.

—¿Tú crees?

—Sí, hija, eso es fácil. Mejor que este señor cualquiera... —intervino Macarena.

—Eso es mentira —habló Carlota, negando con la cabeza.

—¡Qué bien me caes, Carlota! —exclamó Bruno alzando el pulgar.

—Y tú a mí. Creo que haces muy buena pareja con mamá —dijo la niña.

—Carlota deja de decir chorradas —le reprendió la madre.

—¿Por qué? ¡Estoy diciendo la verdad! —replicó Carlota, retando a su madre.

—Porque lo digo yo. ¡Y listo!

—Pero es que es el chico más guapo y más divertido que has traído al pueblo.

—Ni que me pasara el día trayendo a chicos...

—El calvo fue un trauma para todos... —concluyó Brunelo, satisfecho.

—Era un aburrimiento —confesó Carlota—, nos miraba como un búho, apenas hablaba con nosotros, ni se reía ni con los videos más graciosos de Youtube, ni bailaba, ni...

—¡Carlota, cállate un poquito, hija!

—Es que era un coñazo de tío, mamá. Le pedí a la Virgen que no te enamoraras de él, no te digo más. Ahora le pediré que te enamores del príncipe... Jijijiji —dijo la niña, echándose la melena hacia atrás.

—¡Ni se te ocurra que esa Virgen es muy milagrosa y solo me faltaba cargar de por vida con este tío!

—Mejor cargar con un guapo divertido que con un feo pelmazo —observó la niña.

—¿De dónde sacas que este tío es divertido, Carlota?

—¡Me congratula que lo de guapo no lo cuestiones! —ironizó Brunelo.

Carlota se echó a reír y luego apuntó encogiéndose de hombros:

—Y a mi madre le pareces divertido también, pero se está haciendo la dura. Yo también lo hago cuando un chico me gusta.

—¿Dónde está tu abuela? —preguntó Macarena, loca porque su hija dejara de decir *impertinencias*.

—Ahí detrás, esperando el fallo del concurso de tortillas.

—Perfecto. ¡No me lo pierdo! —mintió cogiendo la mano de su hija y llevándola hasta ese lugar

para que dejara de opinar sobre Brunelo y ella.

Sin embargo, no le sirvió de mucho porque tras presentarle a su madre a Brunelo, Carlota preguntó a su abuela:

—¿A qué parece un príncipe recién desencantado?

—¡Qué pesadita estás con eso, Carlota! —gruñó Macarena.

—¿Te han tirado al pilón, hermanito? —quiso saber Guido con sorna, que también estaba por allí con Rocío de la mano.

—No. Es que estoy mutando a Shrek... —bufó mientras la niña se partía de risa.

—¿Ves cómo es divertido, mamá? ¡Me meo con él! —le dijo Carlota a su madre.

—¿Qué tal el paseo en *bici*? —preguntó Rocío con muchísima curiosidad, cosa que Macarena agradeció para que la niña dejara de una vez de dar la brasa con la simpatía de Brunelo.

—Mal —contestó Macarena, sin más y muy seria.

—¿Y eso? ¿Os ha pasado algo? —preguntó Rocío esta vez con preocupación.

—Cuéntales solo la parte confesable...

—¿Han sucedido cosas inconfesables? —inquirió Rocío frotándose las manos.

—Este señor es un payaso, así que como imaginarás todo con él es patéticamente inconfesable.

—Para que luego digas que no es divertido tu príncipe...

Macarena miró a su hija con cara de *como no te calles no vas a salir de tu cuarto hasta que cumplas 78 años* y la niña, sin dejar de sonreír, se tapó la boca con las manos.

—Lo dice porque me picó una abeja, luego me dio un ataque de ansiedad y después me entraron unas ganas tremendas de coger brevas...

—¿La abeja te provocó todo eso? —preguntó Guido alucinado.

Macarena no sabía dónde meterse porque intuía que al final Brunelo iba a liarla de una manera o de otra. Así que optó por cambiar rápido de tema:

—¡Cuánto está tardando el jurado! ¡Pero si la tortilla de mi madre es la mejor! ¿Para qué tienen que deliberar tanto?

—¿Qué prisa tienes, hija? —inquirió la madre de la señorita Mauks—. ¿Y cómo das tan poca importancia a la sucesión de infortunios que tuvo el muchacho? ¿Tienes pánico a los bichos, Bruno?

—Los infortunios no tienen relación entre sí, primero me picó una abeja por querer cubrir el cabello de Macarena de flores...

—¡Oh, qué romántico! —exclamó Rocío llevándose las manos al pecho.

—¡Por favor, Ro! ¡Es de idiotas lo que hizo! —puntualizó Macarena.

—Fue un impulso, luego me dio por pensar en mi vida y tal, y me vino un ataque de ansiedad que por poco me muero, menos mal que Macarena me calmó y acabamos... cogiendo brevas. Fue genial, la subí a una rama y...

—Y nada. No había brevas. Ni nada de nada —le cortó en seco Macarena.



—Jo qué historia más rara, pero suena muy romántico —dijo la niña, rascándose la cabeza.

—¡Me aburrís con el rollo del romanticismo! —protestó Macarena—. Y ahora callad que van a dar el fallo del jurado...

# Capítulo 50

El jurado falló que la tortilla de la madre de los Aranda merecía un cuarto puesto, cosa que a los suyos les pareció tremendamente injusta, y más cuando de regreso a casa probaron las seis tortillas de ensayo y estaban de ganadora.

Era una decepción absoluta, pero qué se le iba a hacer si la presidenta del jurado estaba casada con el señor que llevaba ganando el concurso por seis años consecutivos y, además de primo del alcalde, era el dueño del restaurante más famoso del pueblo...

—¡Qué injusta es la vida! —exclamó Macarena con rabia.

Todos pensaron que se refería al concurso de tortillas, pero ella estaba pensando en cómo podía ser que detestara a Brunelo y que al mismo tiempo se estuviera muriendo de ganas de repetir lo de la higuera. *¿Por qué no podía ser un chico normal, por el que sintiera una atracción normal, y con el que intentar tener una vida de pareja normal? ¿Por qué era tan desgraciada de sentir esas emociones extremas por ese señor que no paraba de comer tortilla mientras la miraba con cara de sátiro?*, se preguntó.

Lo que Macarena no sabía era que Bruno estaba pensando algo parecido y que si no paraba de comer tortilla era para a ver si así lograba espantar a *las malditas mariposas que tenía en el estómago*.

Pero no había forma y más teniendo a Macarena enfrente, con la mirada retadora, el flequillo rebelde y esa forma tan excitante de pasarse la lengua por los labios.

Reconocía que la señorita Mauks le ponía demasiado, que estaba empalmado solo de verla comer tortilla, y que estaba loco por echarse una siesta con ella para hacer de todo, menos dormir.

Desde luego, pensaba Bruno que era una pena que tuvieran esos caracteres tan altamente incompatibles, porque de no haber sido así, ahora mismo habría ido a por unas alianzas para casarse con esa mujer que no paraba de mirarle con tan tanto estupor como deseo.

Pero como bien acababa de decir la señorita Mauks: “la vida era injusta” y había que aceptarlo...

Tendría que resignarse a solo sentir esa atracción infinita que entre otras cosas le llevó, mientras todos dormían la siesta, a recorrer sigiloso como un ladrón el largo pasillo que le separaba de la habitación de la señorita Mauks y a llamar con cuidado a su puerta.

La señorita Mauks —que no podía dormir de los ruidos que estaban haciendo su hermana y Guido en la habitación de al lado, ruidos que por otro lado le estaban haciendo recordar los que había hecho ella en la higuera con Brunelo—, sonrió feliz al escuchar que alguien estaba llamando a la puerta.

Y es que no solo sabía que era Brunelo, sino que ya le estaba pareciendo que estaba tardando demasiado...

Sonriente y encantada, a Macarena le faltó tiempo para peinarse el flequillo con los dedos, echarse *gloss* en los labios, abrir la puerta, empujar a Brunelo hacía dentro y cerrar la puerta con el pie:

—Esto es horrible —dijo Macarena mientras le rodeaba con los brazos por el cuello y le besaba desesperada en los labios.

Bruno la levantó, ella le rodeó con sus piernas y, sin dejar de besarla apasionado, musitó:

—Lo más horrible que me ha pasado nunca...

Macarena estiró el brazo para coger al vuelo la mochila que tenía colgada sobre una silla de haya que tenía al lado y luego sacó un condón que le pasó a Bruno.

El cogió el preservativo y cargó con la señorita Mauks hasta la pared blanca que estaba frente a ellos:

—Me encanta tu olor... —susurró Macarena con la nariz en el cuello de Brunelo y sintiendo el frío de la pared en la espalda.

—No me hables de olor que estoy a punto de reventar de deseo —dijo sosteniéndola del culo con una mano y levantándole la camiseta con la otra.

—Eres mi perdición, Brunelo —confesó mordiéndole el cuello, desesperada.

Bruno gimió y después reconoció, mientras devoraba los pechos que encontraba perfectos de la señorita Mauks:

—Estaba en la cama y no podía dormir, y mira que he hecho ejercicio de sobra como para acabar frito a los dos segundos, pero solo podía pensar en ti y en cómo me pones. Qué ganas de follar contigo a todas horas...

—Hazlo, hazlo...

Bruno la dejó en el suelo, se bajó los pantalones que se había puesto tras pegarse una ducha antes de comer, se colocó el preservativo, volvió a cogerla por las caderas, y a empotrarla contra la pared.

Macarena estaba tan excitada que agradeció que Bruno no se demorara con prolegómenos, le sacara las braguitas de un tirón y luego la penetrara con una fuerza que le hizo gemir.

Bruno la cogió por el cuello y la besó intenso y largo, mientras no dejaba de entrar en ella, de penetrarla, de fundirse con esa mujer que le tenía completamente loco.

—Cuando follamos se te ponen los ojos más bonitos, como de fuego verde... —le dijo mientras ella se aferraba a sus hombros con fuerza.

Macarena sonrió y susurró entre jadeos:

—¿Fuego verde?

—Verde en los ojos, pero tienes fuego en todas partes: rojo en tu boca, amarillo en los pechos, azul en el vientre y el arcoíris en tu corazón...

—¡Qué susto! —exclamó Macarena entre risas—. Estaba convencida de que ibas a decir que el arcoíris en mi chichi...

—Todavía no me ha dado por la *pornopoesía*, pero ahí tienes galaxias enteras en las que perderse.

—Brunelo, no sé cómo tomármelo... —replicó Macarena sin parar de reír.

Bruno sin salirse de Macarena, la llevó en esta postura hasta la cama, mientras le decía:

—Tómatelo como que me no me cansaría nunca de follar contigo...

Ya tumbados en la cama, Brunelo sobre Macarena, siguieron haciendo el amor, más salvajes y más apasionados, hasta que un orgasmo brutal los sorprendió a los dos y así se quedaron un buen rato: pegados, sudorosos, abrazados, saciados, exhaustos y despeluchados.

Bruno de hecho se quedó dormido al momento, pero Macarena no...

Macarena no podía parar de dejar de pensar en la maravilla de lo que acababa de suceder, en lo bien que follaba el petardo de Brunelo y en la mala suerte que tenía de que para uno que encontraba que lo hacía bien, resultaba que le caía como una patada en el culo.

Bueno, realmente, no le caía ya tan mal como al principio, pero aún así era el último hombre con el que tendría una relación estable, dada su impulsividad, su vanidad, su terquedad, su sinceridad grosera, su arrogancia, su...

—Joder qué a gusto estoy... —farfulló Brunelo, despertando de golpe e interrumpiendo el listado enorme de defectos que tenía la señorita Mauks en su cabeza.

—Sí —dijo Macarena, parpadeando muy deprisa, temerosa de que ese tío pudiera leer el pensamiento.

—Y las puñeteras mariposas siguen...

—¿Qué mariposas?

—Las de mi tripa.

Macarena se tensó por completo y con el ceño fruncido preguntó asustada:

—¿Mariposas de enamorado?

—Ni idea.

La señorita Mauks se apartó un poco de él y le dijo muy nerviosa:

—Tú no puedes enamorarte de mí.

Bruno la estrechó otra vez contra él y le preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque nos detestamos y porque tú estás de duelo, ¿te parece poco?

—Sí, pero me podría enamorar. No sería el primero ni el último que se enamora de la persona equivocada.

—Gracias por lo de persona equivocada... —replicó Macarena, un poco molesta.

—Equivocada y sexy. Joder qué pasada...

—¿Qué pasada por qué?

—Madre mía, mira que si esta música *heavy* que tengo en la tripa es de amor...

Macarena estaba tan nerviosa que rápidamente se incorporó y le exigió a Brunelo:

—¡Deja de decir tonterías y prepárate que en veinte minutos salimos para la procesión!

Bruno acarició el brazo suave de la señorita Mauks y le pidió:

—Quédate cinco minutos más conmigo...

Sin embargo, Macarena estaba demasiado agobiada como para compartir un solo segundo más con él, así que saltó de la cama y se marchó de allí sin decir nada...

# Capítulo 51

Y callada siguió de camino a la iglesia de donde salía la procesión hacia la ermita, mientras no paraba de rumiar su drama que se resumía en una pregunta torturante: *¿Brunelo se habría enamorado de ella?*

Por si acaso, decidió que no volvería a tener sexo con él para evitar que lo que él llamaba “mariposas” fueran a más, acabara idiotizado de amor y luego no hubiera manera de quitárselo de encima.

Y mientras Macarena rumiaba sus cosas, en un caminar lento y parsimonioso, las mariposas que no daban tregua a Brunelo le hicieron apartarse del grupo y casi volar hasta la puerta de la iglesia con una inquietud que apenas le dejaba respirar.

Muy ansioso, entró en la ermita donde el padre Gonzalo junto al altar estaba ayudando a las camareras de la Virgen a ultimar la flores del trono, y se acercó a él, buscando respuestas:

—Buenas tardes, padre. ¿Podría hablar un momento contigo?

—De lo que quieras —respondió mientras terminaba de colocar una azucena en la parte trasera del trono.

—¿Podría ser en privado?

El padre Gonzalo cogió a Brunelo del brazo y lo llevó de nuevo hasta la entrada de la iglesia, justo debajo del coro y del órgano recién restaurado y le pidió:

—¿Qué te sucede?

—Hay algo que no sé lo que es y tampoco sé bien qué hacer con ello —respondió llevándose la mano al vientre de la angustia que tenía.

—El misterio siempre hay que habitarlo con fe y confianza.

—No me estoy refiriendo al misterio de Dios, padre.

—Lo sé. Yo tampoco —habló el cura sonriendo y mirando a la vez desde la distancia cómo estaba quedando el trono.

—¿De qué misterio me estás hablando, padre? ¡Es que estoy un poco espeso por el calor! —exclamó abanicándose el rostro con la mano.

—Del misterio sin más. Hay que confiar en lo desconocido, hijo —respondió el padre, poniendo una mano en el hombro de Brunelo y apretándolo con fuerza como si así estuviera infundiéndole valor—. Tienes que luchar contra las fuerzas oscuras...

—Ya, entiendo, como en la *Guerra de las Galaxias*.

—Tienes que combatir con fuerza a la angustia, a la desesperación y al miedo. Y para eso tienes que abrir los brazos a todo lo bueno que siempre trae la vida —observó el padre abriendo los brazos.

—Creo que ese no es mi problema, últimamente los abro sin parar... —farfulló temeroso de que el padre quisiera saber hasta qué punto los había abierto.

—Entonces, ¿qué es lo que te aflige?

—Pues lo que te decía que siento algo dentro de mí que no sé lo que es —confesó con una angustia tremenda.

—El amor es siempre la respuesta.

—¿Tú crees que será el amor? —preguntó con mucha curiosidad, revolviéndose el pelo con la mano.

—Ama y deja que te amen. Deja que fluya —dijo dando un manotazo al aire—. Libérate de esa ansiedad y esa angustia que te está atormentando tanto.

—¿Pero cómo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ya te lo dicho con fe y confianza. Mira, te contaré algo... Uno de mis primeros destinos como cura fue en un pueblo perdido de Soria. Yo siempre he sido muy andariego y me encanta echarme al monte, pero aquel día en ese pueblo soriano se me vino la noche encima y estaba completamente perdido. No tenía nada, ni brújula, ni agua, ni un pedazo de pan para comer. Hacía mucho frío y solo llevaba una chaquetilla de pana raída y unas botas rotas. También recuerdo que se escuchaban los aullidos de los lobos a lo lejos...

—Joder, padre, hay que ser un poquito más previsor.

—Ya, pero lo que quiero contarte es que viví mi noche oscura. Imagino que habrás leído a San Juan de la Cruz...

—No, la verdad es que no. La poesía siempre me pareció un coñazo, pero te prometo que voy a leerlo, a ver si me entero de una vez de lo que me está pasando.

—Sí, léelo porque seguro que te ilumina. Como a mí me iluminó esa noche perdido en el bosque soriano.

—Imagino que te cagaste vivo.

—¡Eso pensaba yo! ¿Pero puedes creer que en medio de esa situación tan horrible lo que se me vino encima fue la confianza y no el miedo?

—Coño ¿y eso, padre? —inquirió Brunelo, sin dar crédito.

—Eso es la noche mística, eso es la fe, la confianza y el amor. Eso es abrazar el misterio, eso es creer y esperar confiado.

Bruno estaba boquiabierto, pero también de repente sereno y sin la pesada losa de la angustia que estaba atenazándole cuando había llegado a la iglesia.

—¿Entonces es lo que me recomiendas que haga? ¿Tengo que abrazar al misterio este que tengo y entregarme sin condiciones? —quiso saber batiendo las manos nervioso.

—Eso es. Abraza, hijo, abraza.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si la pifio otra vez? —Bruno bajó la vista al suelo y luego confesó al cura

—: No quiero sufrir, padre, no soy masoca, no me pone para nada el dolor.

El padre Gonzalo cogió a Brunelo por los hombros y, zarandeándole para que espabilara, le dijo:

—La vida es dolor también, tienes que aceptar la vida como es y luego decidir qué es lo que quieres ser.

—Padre, te agradezco que me veas como un chavalín, pero ya hace unos años que decidí que quería ser ingeniero industrial.

El padre Gonzalo se mordió los labios para evitar soltar una carcajada y luego le dijo negando con la cabeza:

—¡Me refiero a si quieres ser feliz o desdichado! ¡Tú eliges siempre!

Bruno se encogió de hombros, resopló y luego replicó:

—Yo quiero ser feliz, padre; pero es que me pasa cada cosa...

*Y solo le faltaba enamorarse de la señorita Mauks y que también decidiera dejarle tirado a la primera de cambio,* pensó Brunelo.

—Da igual lo que te pase, tú siempre decides cómo lo afrontas: o te dejas guiar por la luz de la fe y la confianza o te entregas a las fuerzas más oscuras y tenebrosas.

—Yo quiero achicharrarme de luz, padre.

—Entonces, vive y ama sin miedo... Pídeselo a la Virgen, ya sé que no crees, pero ella atiende a las peticiones de todo el mundo.

—Muy buena idea, padre. ¡Es lo es que haré! —exclamó Bruno, apretando los puños.

—Espero haberte sido de ayuda y ahora si no te importa —pidió el padre tras consultar la hora que era en el teléfono móvil—, voy a seguir con lo que estaba haciendo que apenas quedan diez minutos para las seis.

Bruno se llevó la mano al pecho, respiró hondo y luego habló emocionado:

—Sí, por favor, continua con tu labor. Pero antes, déjame que te diga que cuando he llegado a la iglesia tenía un agobio que casi no podía ni respirar, me sentía confundido y angustiado, francamente mal. Sin embargo, ahora, después de escuchar tus sabias palabras que me han calado muy hondo, lo que siento es sosiego, es luz, es amor, es ¡la leche, padre! ¡Gracias y más gracias!

El padre le dio una palmada fuerte en la espalda y le dijo señalando a la Virgen en el trono:

—Dáselas a ella.

—¿También acepta las gracias de los que no tenemos fe?

—Por supuesto —asintió con la cabeza—. Y no tengas tanto miedo, se ve a la legua que Macarena está enamoradísima de ti. Hacéis una pareja maravillosa.

Bruno sintió un vuelco en el corazón al escuchar esas palabras y emocionado perdido, preguntó:

—¿Por qué sabes que estoy hablando de ella?

—Porque estás hablando con la mano en el corazón y es ella la luz que tienes dentro.

—Pero es que tengo que confesarte, padre, que no somos pareja. Lo de antes fue un teatrillo para



ponerla nerviosa, pero en realidad no estamos juntos.

—¿Estás seguro? —preguntó el padre arqueando una ceja—. La luz ya está dentro de ti, ahora solo tienes que dejar que brille con fuerza. ¡Mucha fe, tío! —le deseó al tiempo que le daba un fuerte abrazo.

Luego, el padre Gonzalo se marchó y dejó a Bruno dando vueltas a cómo podría hacer para que esa bendita luz brillara como tres mil soles.

# Capítulo 52

Pasadas las seis de la tarde, Bruno salió orgulloso de la iglesia portando el trono de la Virgen junto a Guido, Mario, Macarena y otros cuatro chicos del pueblo con más fe que fuerza...

—¡Muchas gracias por permitirme vivir esta experiencia tan emocionante, señorita Mauks! —dijo Bruno a Macarena que estaba justo detrás de él, ocupando junto con Guido y Mario, el “submarino”, la parte central del trono.

No se habían vuelto a hablar desde lo sucedido en la habitación de Macarena y ella todavía no estaba preparada para hacerlo. Por eso, decidió ser contundente y replicar con el banzo al hombro:

—De nada. Pero ahora cierra el pico y ahorra energías para lo que nos espera.

—Voy con tanta motivación y fe que podría cargar yo solo un trono de cinco toneladas —dijo Bruno con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya, seguro que sí —farfulló Macarena, resoplando.

—He hablado con el padre Gonzalo y me ha mostrado el camino... —confesó Bruno, mordiéndose los labios porque se moría de ganas de volver a besar a Macarena.

—Dame una alegría y dime que te vas a meter a cartujo.

Bruno no pudo sacarla de su error porque doña Emilia, la capataz de banqueros desde hacía miles de años, rogó silencio para dar las indicaciones sobre la dirección que debía tomar el paso.

Después, la procesión siguió su itinerario y la hicieron en silencio, hasta que en el primer parón, para que don Anselmo leyera a la Virgen un poema de su creación, Rocío que iba del brazo de su sobrina y en la otra mano llevaba un hachón, se acercó a su hermana para cuchichearle:

—Trata bien a Bruno, que mira qué esfuerzo está haciendo sin tener fe...

Macarena dio un buen trago de agua a la botella que le pasó su hija y, tras limpiarse la boca con la mano, le susurró para que Bruno no pudiera escucharle:

—Te equivocas. Ha debido sufrir una conversión rápida o algo parecido, porque me ha dicho hace un rato que la hace con mucha fe.

—Cree en ti —replicó Rocío, sonriente.

—¡Sí, seguro que es eso! —ironizó retirándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Dime por qué si no va a cargar con un trono con este calorazo?

Macarena se encogió de hombros y luego respondió:

—Pues supongo que porque quiere quedar bien contigo y con el padre Gonzalo.

—¿Con nosotros? —preguntó Rocío negando con la cabeza—. ¿Qué necesidad tiene de hacerlo? Te equivocas, Maca. Yo le agradezco muchísimo que se haya ofrecido a portar el trono en andas para que así pueda cumplir la promesa que le hice a la Virgen, pero no te engañes: Bruno hace esto por ti.

Macarena frunció el ceño y replicó incrédula, mientras don Anselmo seguía recitando su poema:

—¿Por mí?

—Sí, y yo me alegro tanto de que por fin hayas encontrado a alguien perfecto para ti —susurró dando saltitos de alegría.

—¡Calla loca! ¡Solo falta que nos escuche y se crea que es verdad! —exigió Macarena, tirando fuerte del brazo de su hermana para que dejara de saltar.

Y lo cierto era que aunque a Bruno le hubiera encantado escucharla, se encontraba en ese instante a diez metros de ellas, charlando animadamente con Doña Emilia.

—¡Es verdad! Y lo de la siesta lo confirma... —concluyó Rocío.

—¿Quieres callarte de una vez! ¡Ah, y es la última vez que me espías! —amenazó retorciendo el brazo de su hermana.

Carlota que estaba junto a Rocío intentando descifrar los cuchicheos, preguntó escandalizada:

—Mamá ¿qué pasa? ¿Os estáis peleando? ¡Jo, qué vergüenza!

—¡Tú a lo tuyo, que estamos hablando de cosas de mayores! —le ordenó Macarena a su hija.

—¿Qué ha pasado en la siesta? —preguntó la niña con los ojos como platos.

—¿Otra chismosa como la tía? —respondió Macarena—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que copies lo bueno de la gente, Carlota?

—Yo de chismosa tengo poco, solo estoy constando hechos —se defendió Rocío.

—¿El hecho de que mamá se ha enamorado del príncipe? —preguntó Carlota con un gesto gracioso, justo en el momento en el que Bruno regresaba a su puesto en el trono.

—¿De qué habláis chicas? ¿De príncipes? —preguntó en voz baja, porque don Anselmo se estaba arrancando con otro poema.

—¿Te podrías callar que me gustaría escuchar el poema de don Anselmo? —saltó Macarena, muy cortante.

—No hablamos de príncipes en general. Hablamos solo de un príncipe, o sea de ti —dijo Carlota, divertida, en un tono bajo perfectamente audible.

Bruno se envaró, estiró con las manos la camiseta negra que llevaba y tras echarse el pelo hacia atrás con una mano, preguntó:

—Aun a riesgo de parecer un ególatra, diré que me encanta...

—No creo que te encante tanto saber lo que pienso de ti —le interrumpió Macarena, más borde todavía.

—Piensa que eres un príncipe —dijo Rocío, riéndose discretamente.

—Eso es —asintió la niña, riéndose con disimulo también.

—Sí, un príncipe que no lo quieren ni regalado —sentenció la señorita Mauks, alzando la barbilla.

Bruno sonrió y no fingía, era una sonrisa sincera porque Macarena tenía razón, pero no todo estaba perdido...

—Es cierto —susurró con voz queda—. Pero ahora hay una luz dentro de mí —confesó llevándose la mano al pecho—, y solo necesito tiempo para que brille...

—¿Qué dice de luz? —preguntó Carlota muy intrigada.

—Que es un Gusiluz, ese muñeco que era un gusano y que tenía luz dentro, en este caso más *gusi* que luz —replicó su madre, mirando a Brunelo con desprecio.

Bruno siguió sonriendo, se dio la vuelta y volvió a su posición de porteador en el trono, dispuesto a seguir con el peregrinaje a la ermita con más fe si cabe.

Porque Brunelo necesitaba dar gracias por lo que estaba sintiendo, algo incipiente pero a la vez tan grande que le daba fuerzas para soportarlo todo, incluso la mirada desdeñosa de la señorita Mauks.

Lo que él no sabía era que Macarena se estaba sintiendo fatal por haber mirado a Bruno de esa forma, porque en el fondo ella no lo despreciaba en absoluto. Bien era verdad, *que seguía sin soportarlo*, pero estaba empezando a sentir una especie de aprecio sincero por él.

*¿Cómo no iba a valorar que estuviera cargando con el trono tanto para que su hermana pudiese cumplir mejor con la promesa, como para darles el gusto al padre Gonzalo y al pueblo entero?*

Ella reconocía la generosidad y el esfuerzo, pero le ponía de los nervios que Brunelo estuviera planteándose que la relación estuviera yendo más allá de la atracción y el deseo.

Porque según Macarena no podía ser, era imposible que no solo se hubiera recuperado ya del abandono de Tania, sino que además hubiera empezado a sentir algo por ella.

Para la señorita Mauks, era más que evidente que Bruno estaba confundiendo los sentimientos, que estaba dando una pátina de amor a lo que solo era sexo con cariño, porque cariño no negaba que se lo tenía...

De hecho, cuando habían estado en el centro de salud para que le revisaran, justo después del fallo del jurado del concurso de tortillas, le había dado la mano con ternura antes y después de entrar en la consulta, porque le había visto por primera vez de una forma bien diferente: vulnerable y cercano; nada que ver con el hombre arrogante, insensible y pagado de sí mismo que había conocido hasta entonces.

Le había hablado de su trabajo, de su dedicación, de su sacrificio, de su amor a la familia y de lo poco que le gustaban los médicos. Se le veía inquieto, preocupado, jugando tan nerviosamente con los dedos que Macarena había tomado su mano para calmarle y él se lo había agradecido con una sonrisa y un beso en la mejilla.

La señorita Mauks reconocía que ese hombre vulnerable le había gustado, que había sentido una ternura y un cariño al que había que sumar la gratitud por portar a la Virgen de su pueblo bajo un sol tremendo y sin fe que le sostuviera, pero de ahí al amor...

El amor era algo que iba más allá de la ternura, el cariño o la gratitud, pero sobre todo para la señorita Mauks el amor era algo que no iba a permitirse sentir nunca...

# Capítulo 53

A pesar del cansancio por la procesión, después de cenar se marcharon al baile en la plaza del pueblo con una orquesta que tocaba con más ganas que talento.

Rocío y Guido bailaban pegados sonara lo que sonase, como si flotasen en uno universo propio y fuera del alcance de los demás. Ni tenían miedo, ni preocupaciones, ni agobios por lo que pudiera venir, tan solo se amaban para asombro de todos los que habían olvidado que ese estado era posible.

Macarena no sabía si lo había sentido alguna vez, pero le dio lo mismo; se alegraba mucho por su hermana y solo rezaba para que el despertar no fuera demasiado duro...

—¿Por qué miras a la tía con cara de tonta? —preguntó Carlota, que bailaba dando saltos la última de Enrique Iglesias.

—¿Tengo cara de tonta? —replicó Macarena, muy seria.

—Ahora no, pero antes les estabas mirando bailar con cara de: “¡Ay el amor, quién lo catara!” —exclamó la niña llevándose la mano al pecho y pestañeando muy deprisa.

—Ajusta tu antena, hija, porque lees fatal el pensamiento —dijo Macarena, negando con la cabeza.

—¡No te preocupes, mami, que ya te ha aparecido el príncipe! —habló la niña entusiasmada, enganchándose al brazo de la madre.

—Carlota, hay vida más allá de los príncipes, ¡incluso hasta más interesante y divertida!

Carlota frunció el ceño y luego creyó entender a lo que se refería su madre:

—¡Ah! ¡Un guerrero! Bueno, pues si lo prefieres, mami, tú tranquila que ya tienes a tu lado un guerrero para que luche contigo contra viento y marea, contra lo malo y lo feo, contra lo aburrido y lo triste, contra...

—Carlota que no... —interrumpió Macarena para que la niña no se viniera arriba.

—¿Qué es entonces? ¿Tu héroe?

—Carlota, por favor, yo no necesito que venga nadie a rescatarme de nada. Y para luchar me basta yo sola, no necesito compinches...

Carlota se quedó callada unos instantes y volvió a la carga:

—Entonces como ya eres tan fuerte y lo tienes todo tan claro, ¡Bruno es tu rey! ¿A qué es eso, mami? Jolín, cómo no me he dado cuenta antes de que el príncipe se te queda muy corto.

Macarena pensó que menos mal que Brunelo estaba apostado con Mario en la barra portátil a una buena distancia de ellas, porque solo le faltaba que escuchara que su hija pensaba que era su rey.

—Bruno no es nada para mí —dijo Macarena, y sonó tan poco convincente que ni ella se lo creyó.

—El amor, cuando es verdadero, es bonito y acaba bien.

Macarena resopló mientras su hija había vuelto a su coreografía infernal:

—¿De dónde has sacado esa frase? ¿De la canción más tonta del verano?

—¡Tú sí que estás *tolili*, mami! —exclamó la niña dando vuelas sobre sí misma.

—¡Mona descarada! ¡Deja de dar vueltas que te vas a marear! —habló Macarena cogiendo a su hija por los hombros para que se quedara quieta.

—¿Por qué me llamas mona descarada, si tengo razón: *tas tontiki mami*! La frase es del padre Gonzalo, la ha dicho después de que Guido cantara el *Ave María* al final de la procesión. ¿No te acuerdas?

Macarena no podía acordarse porque se había pasado el *Ave María* llorando lágrimas enormes de emoción por la voz maravillosa de Guido y sobre todo de felicidad por verlos a los dos tan increíblemente enamorados. Estaba tan conmovida que ni había escuchado al padre Gonzalo, solo recordaba que Bruno le había ofrecido un clínex y ella lo había aceptado de un zarpazo y sin ni un triste “gracias”, pues no quería que él la viera en ese *lamentable estado*.

Luego Bruno le dijo que era bueno que expresara sus emociones y ella le mandó a la mierda, con todas sus letras...

Menos mal que desde entonces no habían vuelto a dirigirse la palabra y todo apuntaba a que iba a seguir así, porque no se apartaba de la barra donde seguía hablando con Mario...

*Ojalá se olvidé de mí para siempre*, pensó Macarena, luego cogió la mano que Carlota le estaba ofreciendo y se puso a bailar con ella la canción *Cant't stop the feeling* de Justin Timberlake que incluso perpetrado por esa orquesta delirante sonaba bien.

Y allá en la barra Bruno no solo no se olvidaba de ella, sino que llevaba desde que había llegado dándole una buena chapa al bueno de Mario que, pacientemente, escuchaba a ese hombre enamorado...

—Porque esto que siento solo puede ser amor, tío. Aunque parezca una locura... —le repitió Bruno por enésima vez.

—Ya, el amor es así —dijo Mario, encogiéndose de hombros.

—Exacto. ¿Qué le voy a hacer? Esto es que es alucinante. ¿Te puedes creer que yo tenía el corazón roto, de hecho vine a tu pueblo a intentar olvidar a Tania por un rato, mientras chinchaba a tu hermana, y resulta que he descubierto que tengo un corazón nuevo que late por ella?

—Sí, más que nada porque me lo has repetido ya unas cuantas veces... —dijo Mario, resignado dando un sorbo a su cerveza.

—Joder, tío, perdón por ser un brasas, pero es que miro a tu hermana —confesó mientras la veía bailando cerca de la orquesta, con un vestido rojo entallado con el hombro al aire y unos taconazos de impresión, y no se creía que *podiera haber estado dentro de ese cuerpo* —, y el corazón me hace cataplún. ¿Te ha pasado alguna vez?

Mario bufó, se revolvió el pelo con la mano y luego le preguntó:

—¿Tienes como unas catorce noches para te lo cuente?

—Si me puedes hacer un resumen mejor, no creo que tu hermana aguante mi presencia tanto tiempo...

—Tienes que tener paciencia con ella, sufrió un palo muy gordo con el padre de Carlota, era muy joven y tuvo que blindarse el corazón para sobrevivir. La dejó tirada con tres meses de embarazo y ella estaba muy enamorada de él... Le dolió tanto aquello, que jamás ha vuelto a enamorarse.

De repente, a Bruno le entró un gran temor y angustiado preguntó:

—¿Seguirá enamorada de ese puerco?

Mario ni se pensó la respuesta:

—No, no ha vuelto a saber de él desde entonces. Pero no te va a abrir su corazón fácilmente...

—Me conformo con que no me lo cierre de un porrazo.

—Hacía muchos años que no veía a mi hermana tan feliz como hoy, no sé si está enamorada, pero te digo que es otra Maca... Y me parece que casi toda la culpa la tienes tú.

—Joder tío, gracias —dijo Bruno emocionado, dando un abrazo a Mario—. Yo voy a hacer todo lo que pueda y más para que sea feliz. Te lo juro —habló Bruno, llevándose la mano al pecho—. Y si puedo ayudarte a ti en algo con lo tuyo...

—Lo mío está complicadísimo: llevo dos años enamorado en silencio de una mujer que ni sabe que existo —confesó Mario, dando un trago largo a la cerveza.

—Cuenta, a ver si puedo hacer algo para visibilizarte...

—Se llama Nuria y lo sé gracias a tu abuelo, que conoce mi drama, y se prestó hace unos meses a ayudarme, pasando a la inmobiliaria que está al lado de nuestra tienda. Ella trabaja allí, es comercial, y lo único que sé de ella es que camina sin tocar el suelo, que cuando sonrío todo se vuelve azul, que su pelo es un bosque de hayas en otoño y que cuando me mira siento que de verdad existo... —explicó lanzando un suspiro muy largo.

—Pues ya sabes un montón...

—No me sirve de nada, creo que pasa de mí. Debe tener unos diez años más que yo y le debo parecer un crío.

—¿Pero no dices que te mira?

—Todos los días se cruzan nuestras miradas unas cuantas veces, a la entrada, en la hora del desayuno, en el cierre... Pero la cosa no pasa de ahí —susurró el joven bajando la vista al suelo.

Bruno sintió tanta empatía por ese chico que le faltó tiempo para decir de enamorado a enamorado:

—No te preocupes que esto yo lo arreglo.

—Tu abuelo siempre me dice lo mismo, pero no quiero forzar nada. Si sucede algo entre nosotros, quiero que sea de forma natural.

—Anda, no sabía yo que el abuelo le daba al celestineo.

—Tu abuelo es un *crack*, en todo.

—Desde luego que sí. Pues déjame que hable con él, que seguro que se nos ocurre algo para

ayudarte... y todo muy natural. ¡Por supuesto!

—Si es así, perfecto. Y si tú quieres que te ayude con mi hermana en algo...

De repente, empezaron a sonar los primeros acordes de *Una vaina loca* y Bruno dijo:

—No, de momento voy a intentarlo solo. Con tu permiso, voy a sacarla a bailar...

Y Bruno se arrancó para la zona de baile a tal velocidad que a Mario no le dio tiempo de advertirle de la tremenda pifiada que estaba a punto de cometer...



# Capítulo 54

Tras unos cuantos codazos y pisotones, Bruno consiguió llegar junto a Macarena que estaba muy cerca del escenario y decirle:

—Aquí está más Gusi que Luz.

La señorita Mauks a pesar de que deseaba que Brunelo se olvidara de ella, sintió un vuelco en el corazón al verle aparecer:

—¡Qué rencoroso eres, Brunelo! ¿Todavía sigues con eso? —replicó con una sonrisa enorme.

—¡Hola Bruno! —Carlota le saludó con la mano, sin dejar de bailar la canción que tanto odiaba su madre—. ¿No bailas?

Bruno permanecía de pie junto a la señorita Mauks que también estaba quieta y rígida como un poste y, cuando estaba a punto de pedirle que bailaran *La vaina loca*, de repente apareció Mario con la intención de salvarle:

—¡No bailes! ¡No! ¡No te muevas, Bruno! ¡No! —exclamó Mario, cogiendo a Bruno por los hombros.

—¿Se me ha roto el pantalón por el culo? —preguntó echándose la mano al bolsillo de atrás de sus pantalones vaqueros—. ¡No pasa nada, llevo unos calzoncillos muy simpáticos con estampado de tréboles!

—No —le explicó sin soltarle y mirándole fijamente a los ojos—. Es que tú odias esta canción, así que no hace falta que finjas. ¡No bailes!

—¿*La vaina loca*? —preguntó alzando las cejas, sin entender nada pues era imposible que le hubiese dicho a ese chico que odiaba esa canción, si cuando estaba de moda le encantaba ver en el Youtube la versión de *La vaina loca* de Van Damme.

—Sí, te parece vomitiva... —insistió zarandeándole un poco, mientras Bruno ya comenzaba mover la pelvis al ritmo de: *Una vaina loca/ que me lleva a la gloria/ nunca he sentido nada como esto en mi vida.../.*

—Tío, te debes equivocar con otro. ¡A mí me vuelve loco la “vaina ratataaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa”! —Y luego girándose hacia la derecha donde se encontraba la señorita Mauks, preguntó sin dejar de moverse al ritmo de la música—: Señorita Mauks ¿me concede este baile?

Mario zarandeó más fuerte a Brunelo, tanto que estuvo a punto de desequilibrarle y de que se cayera al suelo y le gritó:

—¡Coño que no!

Bruno con dificultad recuperó la verticalidad y, sin entender qué le pasaba a ese tío para ponerse así por una simple canción y que además se negara a que lo bailara con su hermana, replicó:

—¿Por qué no?

—¡Mira que eres cerril, Bruno! ¡Si te digo que no es que no! —exclamó sin saber qué hacer ya para que descartara lo del baile con *La vaina*—. Mi hermana detesta esta canción, no hay otra que odie más —masculló, señalando a su hermana con la cabeza.

Macarena que estaba muerta de risa con la escena, cogió a su hermano del brazo y pidió sin parar de reír:

—Deja que baile con él, que se me ha pasado un poco el odio...

Bruno, encantado, cogió a Macarena por la cintura y se lanzó a bailar con ella, medio agarrado y medio suelto, mientras le comentaba feliz:

—No sabes cuánto me alegro de que se te haya pasado un poco el odio. Sé que a veces puedo resultar...

Macarena sin dejar de bailar ni de sonreír, le interrumpió:

—Me refiero al odio a la canción.

—Ah... —musitó Bruno algo decepcionado—. Pues a mí me pasa como la canción: *Me descontrolas cuando estamos a solas, nunca he sentido nada como esto en mi vidaaaaaaaaaaaaaaaaa*.

Macarena soltó una carcajada, con la cabeza hacia atrás, y muy intrigada preguntó:

—¿Me lo dices a mí o solo es la letra de la canción?

—Te estoy diciendo que es lo que me pasa, si no te importa que te lo diga...

—¡En absoluto! Puedes decir lo que quieras...—replicó Macarena, divertida.

Bruno soltó a la señorita Mauks de una mano para que diera una vuelta sobre sí misma y luego volvió a cogerla de la cintura para seguir bailando.

—Pero no crees ni una sola palabra de lo que digo —susurró al oído de la señorita Mauks, mientras la estrechaba más contra él.

Macarena se echó a reír no sabía si de nervios, de alegría, de felicidad o de todo a la vez y preguntó:

—¿Cómo no te voy a creer si estoy sintiendo cómo se me clava “tu descontrol”?

Bruno se moría por besar a Macarena, pero tuvo que conformarse con mirarla a los labios y musitar con el corazón latiendo muy fuerte:

—Nunca he sentido nada como esto en la vida...

A Macarena le temblaron hasta las pestañas y agradeció que acabara la canción para así separarse de él, sin tener que hacer más comentarios.

Luego Carlota empezó a bostezar de una forma exagerada y le pidió a su tío que la llevara a casa. Macarena atacada de solo pensar en lo peligroso que podía llegar a ser volver a quedarse a solas con Bruno, le pidió a su hermano y a su hija:

—¡Me voy con vosotros! ¡Yo también estoy muy cansada de la procesión y además estos zapatos me están haciendo polvo!

—Mamá no seas mentirosa, si hace un rato me has comentado lo contenta que estabas con tus zapatos nuevos. Es que cuando veníamos de vuelta de la procesión —explicó la niña a Bruno—, nos hemos pasado por la zapatería para que mamá se comprara unos zapatos bonitos para el baile. Ahora solo falta que pierda uno y que tú lo encuentres... —dijo la niña tapándose la mano con la boca.

Carlota tenía razón y a pesar de que quería que Brunelo se olvidara de ella, al pasar junto a la zapatería de Pili, que normalmente solo traía zapatos horribles, se había enamorado de unas sandalias de tiras de tacón alto y fino que sabía que iban a volverle loco.

*¿Por qué quería que pasara de ella y al mismo tiempo volverle loco? No tenía ni idea, pero le había faltado tiempo para comprarse los taconazos y lucirlos esa misma noche.*

Y, aunque estaba muerta de la vergüenza porque Brunelo la hubiera pillado mintiendo, decidió optar por la ironía y decirle a su hija:

—Va a estar difícil, porque precisamente me he comprado sandalias de tiras para evitar que se me pierdan.

Bruno miró a los pies de la señorita Mauks y se erectó de nuevo, esa mujer le gustaba tanto que hasta se ponía con sus pies, otra cosa que no le había pasado nunca. Y eso que Tania se pasaba el día en *manolos* y *louboutines*, pero jamás se había puesto cachondo al mirarle los pies, ni le habían entrado nunca ganas de ponerle anillos en sus dedos y sacárselos con la boca, como estaba deseando hacer en ese justo instante. *¿La señorita Mauks le habría vuelto fetichista de pies?*

Bueno, lo cierto era que quería besarla por todas partes, así que realmente se estaba haciendo fetichista de su cuerpo entero...

Macarena sintió la mirada lujuriosa de Brunelo y se puso más nerviosa todavía, ese hombre la devoraba con la mirada y sabía lo que iba a pasar si se quedaban a solas. Pero llegados a ese punto, ya le daba lo mismo. Era horrible, era una imprudencia temeraria y una locura absoluta, lo reconocía, pero era imposible estar cerca de él y que no le invadiera el deseo más voraz que había sentido en su vida.

Por eso agradeció que su hermano, *para no quedar como una desesperada, aunque realmente lo estuviera*, le echara una mano y propusiera:

—Ya que tienes tus zapatos de baile, aprovéchalos. Nosotros nos vamos a casa —dijo Mario, cogiendo de la mano a su sobrina.

—Sí, es que tengo un sueño como si me hubiera picado la mosca —habló Carlota, fingiendo un enorme bostezo.

—A mí sí que me ha picado...—intervino Bruno.

—¿Tienes sueño? —preguntó la niña frunciendo el ceño—. Los príncipes no tienen nunca sueño... —Macarena fulminó a su hija con la mirada y la niña rectificó—: Lo apunto como dato, no estoy queriendo decir que tú lo seas. Con que te hagas novio de mi madre me basta...

Mario dio un tirón de la mano de su sobrina y salieron a toda prisa de allí, mientras la niña se

despedía agitando la mano y gritando:

—¡Pasadlo bien, parejita! ¡Bailadlo todo, *hasta que os duelan los pies* como a Enrique Iglesias!

Y la parejita se miró y se echó a reír...

# Capítulo 55

Después de seguir el consejo de Carlota y bailarse todo lo que tocó esa orquesta infame, se fueron caminando a casa con un dolor de pies más infame que la orquesta.

Hacia una noche perfecta de media luna cuajada de estrellas y ninguno de los dos tenía ganas de que acabara...

—No bailaba tanto desde que era adolescente —reconoció Bruno, que se moría de ganas por coger la mano de Macarena.

—Y no lo haces nada mal —reconoció ella que, aunque tenía las mismas ganas que Brunelo de cogerle de la mano, se cruzó de brazos como para protegerse, pues de pronto se sintió tremendamente vulnerable, casi desnuda, como si una barrera se hubiera derribado entre ellos y ahora él pudiera leerla, como nunca antes lo había hecho.

—Es porque estás tú. Cuando estás tú, todo es mejor, yo soy mejor.

Macarena sintió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo entero y suspiró sin querer, un suspiro tan inconfundible y revelador, que le dio a pie y valor para preguntar:

—La luz de la que hablaste antes...

Bruno se paró de golpe y mirándola emocionado respondió:

—Eres tú también.

Macarena se retiró el flequillo hacia un lado y tras morderse los labios susurró:

—No sé qué decir.

—No espero que digas nada —replicó Bruno, acercándose tanto a ella que podía embriagarse de ese olor suyo que tanto le gustaba.

—Me lo he pasado muy bien esta noche, para ser sincera ni recuerdo cuando fue la última vez que me reí tanto y eso te lo debo a ti —dijo esbozando una tímida sonrisa.

Bruno sonrió abiertamente, respiró hondo y muy conmovido musitó acercándose lentamente para besarla:

—Soy yo el que te debo tantas cosas, pero no quiero que tengas miedo...

Cuando sus labios estaban apenas a dos centímetros de distancia, escucharon una potente voz femenina gritar:

—¡Métele bien el morro, tío!

Los dos se giraron y comprobaron que era la Golosa Cindy que regresaba a su casa en Vespa.

—¡Buenas noches! ¡Gracias por el consejo, guapa! —replicó Bruno, saludándola con la mano y una gran sonrisa, al tiempo que se echaban a un lado para que pudiera entrar al garaje de su casa.

—De nada, majo, para eso estamos... —dijo la Golosa Cindy guiñándole el ojo.

Y ya que “estaba”, a Macarena se le ocurrió una idea brillante porque la noche con Brunelo no podía acabar tan pronto...

—Golosa Cindy, ¿me podrías dejar la Vespa para llevar a Bruno al pinar?

A la Golosa Cindy se le encendió la mirada y con una sonrisa picarona preguntó echándose, de un manotazo, su melena violeta hacia atrás:

—¿Os hace un trío?

Macarena y Bruno se miraron y tuvieron que hacer serios esfuerzos para no matarse allí mismo de la risa.

—Ya sabes Cindy que yo soy un hombre de tradiciones... —se excusó Bruno, mordiéndose los labios para contener la carcajada.

—Eso no es problema, a partir de este momento ponemos como tradición que este día siempre nos haremos una buena follada a tres en el pinar y todos contentos —explicó la Golosa Cindy poniéndole morritos a Brunelo.

—Es un honor para mí que quieras follarme... —dijo Bruno llevándose la mano al pecho.

—Te voy a hacer una bandera de Alemania —habló la Golosa Cindy pasándose la lengua por los labios.

—¿Y eso qué es? —preguntó Brunelo a punto de soltar la carcajada.

—Que te voy a comer todo lo negro, lo rojo y lo amarillo —dijo levantando las cejas y pasándose el dedo índice por la boca.

Bruno tuvo que fingir un ataque de tos para no desternillarse de risa y luego, tras respirar muy hondo y pensar en el día aquel en que a su madre se le olvidó ir a buscarle a la guardería, en un vano intento por ponerse triste, se sinceró:

—Cuando digo que soy un hombre de tradiciones, me refiero a que me gusta vivir la sexualidad en pareja.

—¡Ah! —exclamó la Golosa Cindy dando un manotazo al aire—. ¡Haberlo dicho antes, tío! ¡Pues venga, sube a la moto y nos vamos los dos al pinar! —ordenó con un gesto de la cabeza y estirando los labios hacia fuera como una chimpancé.

—Ey, *puty* Golosa, que estoy aquí. ¡Yuhuuuuuuuuuuuu! —canturreó Macarena agitando los brazos.

—Tú a callar y a compartir, tía, que para eso están las amigas —dijo la Golosa Cindy llevándose el dedo índice a los labios.

A Macarena no le quedó más remedio que hacer un alarde de posesividad y territorialidad que detestaba, si bien en este caso era estrictamente necesario. Por lo que dio un paso adelante y poniéndose en jarras le espetó:

—Yo no me callo porque este tío es mío, yo le vi primero y yo me lo llevo al pinar. ¡Así que aplícate tú el cuento y bájate de la moto, Golosa Cindy, que tu amiga lo necesita!

La Golosa Cindy se bajó a regañadientes de la moto, mientras Brunelo presenciaba la escena tan

divertido como orgulloso.

—¿No decías que el amor era una mierda y que soñabas con casarte con un feo que te respetara y con el que hacer locuras como jugar al parchís? —recordó la Golosa Cindy mientras le entregaba a Macarena las llaves de la Vespa.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —inquirió la señorita Mauks, arrebatándole las llaves a su dueña.

—Con estas palabras nunca, pero con otras parecidas siempre. Anda que no nos hemos reído las Golosas a tu costa con la de bobadas que solías contar. Y yo siempre le decía a las chicas: *tranquilas, que un día vendrá un apuesto empotrador y dejará de decir sandeces*. ¡Si es que soy bruja!

—Mucho y no precisamente por tus dotes adivinatorias —asintió Macarena.

—¡Joder que no! ¡Mírate! Ha aparecido este tiarrón y te ha quitado de un plumazo todas las telarañas que tenías en el cerebro y en el *chirri*...

—¡Deja de decir tonterías, por favor! —exigió Macarena, cogiendo a Bruno de la mano y llevándose hasta la Vespa.

—¡Ja! ¡Tonterías! ¡Por eso te lo llevas al pinar! —protestó la Golosa Cindy cruzándose de brazos.

—Quiero que vea las estrellas.

—Conmigo sí que las vería, porque la chupo de campeonato —dijo la Golosa guiñándole el ojo a Brunelo, otra vez.

—Chuparás piruletas, porque otra cosa... —replicó Macarena, encarándose con ella.

—Y tú piruletines, porque el calvo ese que trajiste tenía toda la pinta de tenerla de gusanito Risi.

Macarena se subió a la moto, metió la llave y le pidió a Brunelo que estaba partido de risa:

—¡Sube que te va encantar! En Madrid es imposible ver cielos como estos...

—Yo sí que le iba a dar cielos —farfulló la Golosa Cindy lanzándole un beso a Bruno.

—Pues ni en sueños ¿me escuchas? Ni te atrevas a soñar con él —advirtió Macarena apuntándola con el dedo índice.

—¡Caray con la Maca! ¡Pues sí que te ha dado fuerte! Espera que os voy a traer una cosa para que os lo paséis mejor...

La Golosa Cindy entró en su casa y Bruno aprovechó para subirse de copiloto en la Vespa.

—Madre mía, ¡has dejado pasmada a la Golosa con la garra con la que vives esta pasión! ¡Y yo, ni te cuento cómo estoy!

—No te vengas arriba, Brunelo, que he tenido que echarle teatro para que soltara la Vespa.

—¿Teatro? —inquirió Bruno, arqueando una ceja.

—Sí, y del bueno...

Macarena no pudo seguir mintiendo, porque apareció de nuevo la Golosa Cindy con dos bultos en la mano:

—Tomad, son dos colchonetas de *fitness* que me compré por Internet. Están sin estrenar, es que no veo nunca el momento de ponerme... ¡Aquí vais a follar de maravilla!

Bruno cogió las colchonetas y le dio un beso agradecido:

—Y ya sabes, chato, si cambias de opinión, me haces una llamada perdida y me planto en el pinar en un pispás.

Macarena arrancó la Vespa y a Brunelo no le dio tiempo ni a decir “adiós” a la buena y dispuesta de la Golosa Cindy...



# Capítulo 56

Ya tumbados en lo alto del pinar, y bajo un cielo espectacular que los tenía fascinados; a Bruno, de pura felicidad, le entró ganas de sincerarse:

—Estoy tan a gusto que me importa todo una mierda...

Macarena se giró extrañada y le preguntó:

—No te entiendo.

Bruno respiró hondo y luego siguió con la confesión:

—Aparte de lo de Tania, tengo dos problemones más soterrados. No lo he hablado con nadie, ni siquiera me permito pensar en ellos, pero sé que están ahí dando tumbos por mi inconsciente y yo creo que por eso también me ha dado el ataque de ansiedad.

—Lo siento, Brunelo. Debe ser angustioso tener todo eso ahí dentro carcomiéndote por dentro —dijo Macarena poniendo un mohín de pena.

—Mucho, pero hoy estoy tan a gusto que ni siento el peso de esa tremenda losa.

Macarena le puso de repente nombre a la losa y se sintió profundamente triste:

—¿Estás enfermo? —preguntó asustada.

—No, pero me encanta que te preocupe mi salud —respondió con una sonrisa enorme, feliz de que Macarena le quisiera saludable.

—No seas idiota. ¿Cómo no me va a preocupar tu salud? —replicó Macarena un poco enojada.

—Estoy bien de salud...

—¿Es por una cuestión de deudas?

—Joder, señorita Mauks, no das una. Mejor te lo cuento, porque te vas a pasar la noche lanzando suposiciones y no vas a dar ni una. Se trata de mi abuelo y de mi hermano Lucas... ¡Los dos se han enamorado!

—¡Vaya! ¡Qué tragedia! —exclamó la señorita Mauks tapándose el rostro con la cara.

—¡Ríete pero sí que lo es! ¡Y bien grande! Mi abuelo quiere casarse con una señora treinta años menor, ya ves tú...

—¿Qué tengo que ver? —preguntó Macarena, como si aquello fuera de lo más normal.

—Pues que es un matrimonio de conveniencia, ella debe ser una lagarta que se quiere quedar con la pasta de mi abuelo. O sea con la empresa en la que me estoy dejando la vida...

—Tu abuelo es hombre inteligente, es imposible que haya caído en las garras de una estafadora. Seguro que están enamorados de verdad y tu empresa no peligra para nada...

—¿Cómo se va a enamorar de mi abuelo, por Dios?

—Pues yo lo encuentro atractivo y muy simpático.

—¿Más que yo? —preguntó Bruno, incorporándose un poco y apoyando la cabeza en la mano.

—Tal vez... —respondió Macarena para chincharle.

—¡No me fastidies, señorita Mauks! ¡Voy a acabar sintiendo celos de mi abuelo!

—Es un hombre que ha vivido mucho, es sabio, es divertido, es original, es generoso, es cariñoso... ¡Entiendo perfectamente que esa mujer se haya enamorado de él!

—¡Qué suerte tiene mi abuelo! ¡Cómo me gustaría que me definieras con tantos adjetivos bonitos!

—Hombre, si me esfuerzo alguno puedo encontrar para ti. ¡No tengas pelusa, Brunelo!

—¡Pues sí! La tengo y mucha... ¿Te importa?

Macarena negó con la cabeza, divertida, y luego respondió:

—El problema lo tienes tú.

—Desde luego, no creas que no es un problema tener un abuelo chocho al que van a engañar vilmente...

—Que no. ¡Deja de pensar eso! ¡Tu abuelo es quince mil veces más listo que tú!

—¿Tantas veces más? —preguntó Brunelo con los ojos como platos.

—¡Por supuesto! Así que deja que haga con su vida lo que quiera, es un hombre lúcido y responsable, si ha tomado esa decisión es porque es la correcta.

—¿Correcta?

—Sí, las decisiones que se toman con el corazón son siempre las correctas —dijo la señorita Mauks, llevándose la mano al pecho.

Bruno se tumbó otra vez y, mirando al cielo estrellado, siguió desmenuzando su drama familiar:

—Entonces también encontrarás correcto que mi hermano, al que le estoy pagando los estudios en la mejor universidad de lo suyo, para que aplique los conocimientos a nuestra empresa familiar, haya decidido así de golpe y porrazo, marcharse con su novio a montar un negocio en San Francisco, cuando en septiembre termine sus estudios.

—Me parece perfecto, si es lo que le dicta su corazón.

—Es una faena tremenda, yo había puesto todas mis esperanzas en él. Pensaba que con su llegada a la empresa en septiembre yo podría al fin delegar y tener más tiempo para vivir más plenamente, para dedicárselo a Tania, para hacer las cosas que hacen las parejas normales: ir al cine, escaparse de fin de semana, en fin... ¡Qué más da ya!

—Pero puedes hacer todas esas cosas sin necesidad de que tu hermano trabaje contigo. Hoy estás aquí y tu empresa no se ha hundido...

—Cuento con la ayuda de Enríquez, es mi mano derecha, le conozco desde la universidad, pero también es un *fumetas* medio loco en el que no puedo confiar del todo. Él lleva la parte creativa y yo la ejecutiva, formamos un buen equipo, pero con mi hermano sería la bomba. Lucas tiene ambas partes integradas, es imaginativo y resolutivo, tenaz y arriesgado, tiene una mente brillante y es muy generoso. La verdad es que no me extraña que ese Jack se lo quiera llevar a San Francisco, mi

hermano tiene mucho talento. ¡Es muchísimo mejor que yo!

—Tú no lo haces nada mal, Brunelo.

—Tenía tantos planes para nosotros, jamás pensé que me iba a dejar en la estacada.

—No te deja en la estacada, simplemente se ha enamorado...

Bruno giró la cabeza para mirarla y, con una sonrisa cínica, dijo:

—Y me ha dejado en la estacada. ¿Sabes que he estado tentado de pedirle a la Virgen que le deje su novio?

—¡No me jodas, Brunelo!

—Tranquila, que no he podido. Como estoy con el corazón en plena expansión, he descartado rápidamente ese pensamiento y le pedido a la Virgen que sea muy feliz, sea donde sea que encuentre la felicidad.

—Bien hecho —replicó Macarena, risueña.

—Y si me tengo que fastidiar y no tener nunca más vida que mi empresa, pues lo aceptaré con alegría y ya está.

—Lo que tienes que aprender es a confiar más en tu gente...

—Eso lo dices porque no conoces a Enríquez...

—No llevarías tanto tiempo con él si fuera tan malo.

—No, malo no es. Es más, ahora mismo, con esta paz y este sosiego que siento te digo que lo encuentro hasta bueno. Por eso te decía antes que todo me importa una mierda, es decir: que sea lo que tenga que ser. No voy a angustiarme más, no merece la pena. Gracias a ti, a este lugar, a esta noche de estrellas, ya no siento que tenga una losa tan enorme encima.

—Es que no la tienes... Tu abuelo y tu hermano solo están buscando su felicidad y tú debes hacer lo mismo.

Bruno miró de nuevo a las estrellas y dijo emocionado:

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—Me alegro de que este lugar te haga feliz. Por eso quería traerte...

—No es el lugar.

A Macarena le empezó a asustar la deriva que estaba tomando la conversación y decidió bajar la intensidad:

—¿Ah no? ¿Dime dónde has visto una noche más hermosa que esta?

—Sin ti a mi lado, en ninguna parte.

—Brunelo... —suspiró la señorita Mauks.

—Dime, señorita Mauks.

Macarena se moría de ganas de decir que él también hacía tremendamente especial esa mágica noche, pero prefirió de momento musitar solo:

—Nada...

Brunelo se acercó a ella y respirando despacio en su cuello susurró:

—Esa nada ya es mucho...

# Capítulo 57

Bruno se sentía tan feliz, tan pletórico, que le entraron ganas de bromear y preguntó:

—¿Llamamos al Gusanito Risi y a la Golosa Cindy para que esto sea completamente perfecto?

Macarena, conteniendo la risa y con la vista puesta en el cielo, replicó:

—Ni se te ocurra: soy una mujer tan tradicional como tú.

Bruno se giró para contemplar a Macarena que bajo la luz de la media luna estaba *para caerse de espaldas de guapa* y preguntó:

—¿Qué aburridos somos, no?

—Mucho —asintió Macarena con la cabeza.

—Pero eso nos hace altamente compatibles —dijo Bruno, cogiendo la mano de la señorita Mauks.

Ella se giró extrañada y, con media sonrisa, inquirió:

—¿Tú crees?

—Encajamos de maravilla. ¿No ves nuestras manos? —replicó entrecruzando los dedos con los de Macarena.

—Pero tú tendrías que curar tus heridas antes de empezar algo nuevo.

Bruno se perdió en los ojazos de la señorita Mauks, después en su boca y luego le susurró al oído:

—Tú me has sanado, ya no necesito curar nada. Lo que estoy sintiendo es tan fuerte que me ha llenado de luz por dentro...

Bruno deslizó la barbilla rasposa desde el lóbulo de la oreja de Macarena hasta la comisura de los labios y se quedó parado justo ahí.

—Brunelo parece que estás fumado. Me temo que estos pinos no te están sentando nada bien... —Y cogió a Bruno por el cuello y le dio un beso bien dado, de los que te dejan sin aliento ni carmín.

—Cómo besas... Lo tuyo sí que es de campeonato —susurró Bruno, medio mareado—. Dame más.

—Te he puesto como un payaso con el morreo —replicó la señorita Mauks, retirándole los restos del carmín con los dedos.

—Me has puesto como lo que soy. ¿Cuántas veces me has llamado payaso desde que nos conocemos? ¿Ochenta?

—*Mmm.*

—Me da igual. Tus besos lo compensan todo. Y no estoy fumado, estoy más lúcido que nunca ¡y lleno de luz! Mira cómo me late el corazón...

Bruno puso la mano de Macarena sobre su corazón y ella suspiró al escucharlo latir tan fuerte.

—Me has curado, en serio. Y entiendo que pueda parecerte una locura...

—Lo es —susurró Macarena, contundente—. Los expertos dicen que al menos se necesita un mes

por cada año de relación para superar una ruptura.

—Sí, eso dice Enríquez, mi ingeniero jefe, mi mano derecha, mi gran dolor de cabeza y una especie de consejero sentimental de tres al cuarto. Pero yo no he necesitado más que tenerte en mis brazos para sanarme por completo.

Macarena se estrechó contra Bruno y apoyó la cabeza en su hombro:

—Me parece que tienes un lío en la cabeza tremendo, Brunelo.

—Bendita confusión —musitó acariciando el cabello sedoso de la señorita Mauks, que olía de esa forma que le ponía tanto.

—O sea que reconoces que no tienes ni idea de lo que te está pasando —insistió Macarena a la vez que alzaba la cabeza para mirar a los ojos preciosos de Brunelo.

—Sé que me vuelves loco, señorita Mauks.

—Es innegable que hay una fuerte atracción entre nosotros, pero es imposible que sientas por mí algo más que deseo, entre otras cosas porque no ha habido tiempo material para que surjan otros sentimientos —insistió recostándose otra vez en el pecho de Brunelo.

—La confundida eres tú. Siento cosas por ti desde el primer día que te vi en la tienda, me llamaste payaso, me amenazaste con el hacha y exhibiste tus malas pulgas. Me gustaste muchísimo, pero también sentí una profunda admiración por ti, cuando vi las fotos de tu despacho. ¿Sabes que cuando Tania despreció la bicicleta y le dio una patada aquello me dolió tanto como si me la hubiera dado en las pelotas?

—¿Hizo eso? —inquirió Macarena, revolviéndose de rabia.

—No sé tanto como tú de lucha, de esfuerzo y de trabajo duro, pero algo sé y ese gesto rompió algo por donde entraste un poco más. Y digo un poco más, porque ya habías empezado a entrar el día que me encerré en tu despacho y te vi de verdad, vi tu esencia y me fascinó.

—¡Brunelo, no me hagas esto! —rogó tapándose el rostro con las manos.

Bruno frunció el ceño y apartándole las manos de la cara, preguntó:

—¿El qué? ¿Sincerarme? Pues también tienes que saber que me mataste de deseo el día de la piscina en mi casa, que te tuve que poner la chaqueta para no tumbarte allí mismo y follarte como si no hubiera mañana.

—¡Háblame de sexo todo lo que quieras, pero de sentimientos no! ¡Te lo ruego! —suplicó temblando como una hoja.

Bruno la abrazó fuerte, los dos de lado, frente a frente, y luego le dijo acariciándole la espalda:

—Pero es que el sexo que tengo contigo es con sentimiento. ¿Tú sabes lo que me haces sentir cuando follamos? Joder si se me ha puesto una cosa en la tripa, como si tuviera un *alien* dentro. ¿Y qué hago? ¿Me abro la tripa y me saco al bicho del amor?

—Sí, por favor... —susurró apretándose más contra él.

—Ni puedo, ni quiero —replicó bajando la cremallera del vestido—. Es muy bonito lo que nos está

pasando y yo pienso engordar al bicho.

Macarena levantó la cabeza y le dijo muy seria:

—Yo no tengo al bicho ese que tienes tú. Yo solo tengo deseo y poco más... Reconozco que me lo paso genial contigo, que admiro cosas de ti como tu capacidad de trabajo, tus arranques de locura, el buen gusto para la elegir calzoncillos o lo tontito que te pones cuando estás en la consulta del médico...

—Entonces, tienes sentimientos por mí —concluyó Bruno, triunfante al tiempo que le desabrochaba el sujetador.

—Supongo que lo que tengo es una especie de simpatía y cariño hacia ciertas partes de tu personalidad, pero sobre todo muchísimo deseo. ¿Te puedes creer que llevo el bolso lleno de condones? —preguntó mientras Bruno le quitaba el sujetador y lo dejaba a un lado.

—Ya... —susurró Bruno, besándola en el cuello.

—¿Ya? ¿Solo dices ya? —replicó Macarena sacándole la camisa del pantalón para poder acariciarle el torso que tanto le gustaba, *porque Brunelo estaba buenísimo*.

—Mi cuerpo dice el resto. —Bruno clavó su erección en el pubis de Macarena y luego añadió socarrón—: Estoy a punto de reventar mis calzoncillos de tréboles...

—¿Te los has puesto para que te den suerte? —preguntó la señorita Mauks, risueña.

—¿Tú qué crees? ¿Se puede tener más suerte que yo en este momento contigo en mis brazos y sintiendo por mí una especie de algo?

Bruno bajó el tirante del vestido de la señorita Mauks y descendió con sus besos hasta el pecho donde se demoró cuanto quiso. Luego, siguió con los besos por el vientre y acabó entre sus piernas devorándola entera...

Macarena estaba tan excitada que se corrió al poco entre jadeos que a Brunelo le excitaron más todavía.

Con los pelos revueltos y ganas de mucho más, él ascendió hasta la boca de Macarena para besarla apasionado y ella aprovechó el movimiento para empujarlo, dejarlo tumbado de espaldas y repetir el mismo viaje que él acababa de disfrutar por su piel.

Recorrió los pectorales y abdominales perfectos de Bruno con besos, lengua y manos y acabó entre sus piernas, derritiéndole de placer...

Cuando ya no pudo más, le pidió un preservativo a Macarena, se lo puso y se colocó sobre ella penetrándola.

—No me voy a cansar nunca de follar contigo —susurró Brunelo al oído de la señorita Mauks.

Hicieron el amor locamente, como desesperados, y quedaron exhaustos bajo un cielo creciente del que se descolgó una estrella fugaz. Bruno cerró a los ojos y pidió un deseo, Macarena ni se atrevió a soñar. Pero durmieron abrazados y felices, en una noche promesa de todo...

# Capítulo 58

Cuando aparecieron en casa a las once de la mañana, con la ropa del día anterior y dos colchonetas de *fitness*, todos se partieron de risa.

—¡Venimos de hacer gimnasia! ¡No sé qué tiene de gracioso! —se justificó Macarena, con una cara hasta los pies.

—En los cuentos las princesas regresan a casa antes de las doce de la noche, no de la mañana, mami. Tengo que regalarte un reloj para tu cumpleaños... —apuntó Carlota con una sonrisa enorme.

—Lo que quieras, hija. Me voy a duchar que...

—Habéis hecho mucho ejercicio, gimnástico quiero decir —interrumpió socarrona la madre de Macarena que estaba sentada en la cocina dando unas puntadas en la sisa de una chaqueta de telilla fina de piloto.

Bruno soltó una carcajada y la señorita Mauks le fulminó con la mirada para que dejara de hacer el mamarracho; sin embargo, a Bruno lo único que le provocó esa mirada reprobatoria fue una inoportuna y súbita erección, y unas ganas locas de empujarla a la habitación para seguir haciendo ejercicio...

Macarena al ver la lujuria *en los ojos de ese sátiro*, decidió cambiar de tema:

—¿Qué estás cosiendo, mamá?

—Estoy arreglando la chaqueta de Guido para el concurso de autos locos.

—¡Date prisa en ducharte, mami, que el concurso empieza en una hora! —le jaleó Carlota.

Macarena se acordó de repente de que su hermano le había pedido que participara con él de copiloto en el concurso. Mario había construido meses atrás, con mucho ingenio, un coche de novios con tableros de aglomerado, ruedas, manillar y frenos de bicicleta y dos sillas viejas, con la idea de pilotarlo con Nuria, la chica de la inmobiliaria que le gustaba.

Mario fantaseaba con que iba a armarse de valor y que para esas fechas estarían juntos y felices, lanzándose cuesta abajo al amor. Pero durante esos meses había sucedido lo mismo que los anteriores y, para su desgracia y su pena, seguía sin atreverse a decirle a Nuria un simple: “¡Hola”! cuando se cruzaban en la calle.

Así que ahora tenía un coche de novios, sin novia, pero una nueva idea que rondándole por la cabeza:

—Me he levantado con una contractura tremenda y no voy a poder participar en el concurso —le dijo Mario a su hermana, llevándose la mano al cuello y simulando cara de dolor.

—¡No pasa nada! ¡Lo dejamos para el año que viene! —exclamó Macarena encantada, porque



después de procesionar con la Virgen al hombro, pegarse un buen baile y pasar la noche al raso en una colchoneta de *fitness*, no le apetecía para nada subirse a un coche de madera para lanzarse como una loca por las cuestas del pueblo.

—¡Mamaaaaaaaaaá! —protestó Carlota—. ¡Con lo bonito que es el auto loco! ¿Cómo vas a dejarlo para el año que viene?

—Sí, además el traje de novia me ha quedado precioso —dijo la madre, mientras terminaba de rematar la chaquetilla de Guido.

—Que Bruno ocupe mi lugar... —sugirió Mario, así como el que no quiere la cosa.

Macarena solo de pensar en que tenía que subirse a un coche de novios, aunque fuera de madera, con Brunelo al lado y disfrazada de novia, se puso de los nervios. *Solo le faltaba que al verse vestido de novio se hiciera ilusiones y acabara suplicándole matrimonio después de la competición*, reflexionó a toda prisa.

—Bruno no tiene que ocupar nada. Guardamos el coche y el vestido para el año que viene y listo.

—Pero si competimos las dos parejas tenemos más posibilidades de ganar —dijo Rocío, que apareció en la cocina con mallas, chaquetilla y gorro de piloto marrones que había confeccionado su madre, en telilla de raso, para la ocasión.

Y es que Mario había diseñado otro auto loco, en forma de aeroplano y freno de suelo, para que lo montaran las dos hermanas, pero con la llegada de los hermanos Juanelo, sus planes se habían trastocado y ahora era Guido quien iba a pilotarlo disfrazado con la chaquetilla que la madre estaba terminando en ese mismo instante.

—¿Qué parejas? ¡Yo no soy pareja de nadie! —replicó Macarena a la defensiva.

—Jolín mamá. ¡No podemos perder más concursos! ¡Tienes que subirte al coche con Bruno y ganar! ¡No puedo crecer con tantas derrotas a mis espaldas! ¡Eso no puede ser bueno para mí! —pidió la niña con el ceño fruncido.

—No te pongas trágica, hija. ¡Tú no has competido en nada! —exclamó Macarena batiendo nerviosa las manos.

—Los fracasos de mi familia son mis fracasos.

—La niña tiene razón —intervino Mario—, el fracaso repetido acaba haciéndose costumbre.

—Yo no quiero ser una *loser* de mierda... —farfulló la niña cruzándose de brazos.

—¡Un respeto a los *losers*, Carlota! —exigió Macarena—. ¡Se aprende más de los fracasos que de los éxitos!

—¡Entonces compite, pierde y que la niña aprenda! —apuntó Mario, que se lo estaba pasando genial haciendo de celestino de Brunelo, puesto que no iba a parar hasta que los viera a los dos disfrazados de novios.

—¿Por qué íbamos a perder? —saltó Bruno—. Miradme a mí: ayer llegué con el corazón roto y hoy soy...

—Igual de tonto que ayer, pero menos que mañana —le interrumpió Macarena, muy nerviosa.

—¿Por qué le insultas, mamá? ¡Pobrecito! —le regañó Carlota a su madre.

—Es una broma, hija. —Y para evitar seguir con el tema del corazón roto de Brunelo y que este acabara declarándole su amor, para su horror, en la cocina delante de toda su familia, decidió retomar el asunto de los autos locos—: ¿Dónde tienes el vestido de novia, mamá?

—¿Vas a competir? —preguntó la niña, con una sonrisa enorme.

—¡Oye y si luego quieres aprovechar el traje y casarte...! —propuso Bruno, pensando en la maravilla que tendría que ser pasar una noche de bodas con esa mujer.

—No, gracias —replicó Macarena, tajante.

—Mamá qué borde eres. Pues a mí me parecería muy bonito que os casarais...

—¡Y a mí! —asintió Rocío, entusiasmada con la idea.

—Hace falta mucho valor para casarse con mi hermano y no sé si Maca lo tiene —apuntó Guido, chichando un poco.

—Valor tengo de sobra, pero os habéis olvidado de lo más importante: jamás me casaría con un hombre como Brunelo.

—¿Y por qué haces gimnasia con él? —le preguntó la niña, moviendo las cejas.

—Porque es sano. El deporte es sano —precisó sin poder mirar a Brunelo porque iba a partirse de risa—. Y no vengas ahora a hacerte la sagaz, Carlotita, que te conozco.

—No se hace la sagaz, es sagaz —matizó Brunelo, divertido.

—No le puedes pedir más a un chico, mami. Mejor que él, no vas a encontrar muchos. Esto es como el bolso de Primark que vimos a 2. 99 euros, y que no quisiste comprar, pero luego te arrepentiste y cuando volvimos al día siguiente ya no estaba.

—Me han llamado de todo, pero bolso de Primark de 2. 99 ¡es la primera vez! —exclamó Brunelo, muerto de risa.

—Es algo positivo —aclaró Carlota—. Era un bolso que parecía un chanelito, rosa, con una cadena dorada, pequeñito, chulísimo... Pero mamá solo le veía defectos: feo, plasticoso, tieso, hortera, cutre... Nos fuimos de la tienda sin él, pero al llegar a casa se lo vio puesto a una actriz en una serie y se dio cuenta de que no era tan horrible. Total, que volvimos al día siguiente y ya no estaba...

—La anécdota me llena de esperanza, desde luego. Ahora ya sé que tengo que colgarme del brazo de alguna actriz para que me valore. ¿Sabes si la Golosa Cindy tiene dotes interpretativas? —preguntó Bruno, socarrón—. ¡Voy a tener que llevarla al baile de esta noche!

Macarena sintió que, como la conversación siguiera por esos derroteros, ese tío iba a terminar cantando *La Traviata*, así que optó por exigir:

—Dejemos las sugerencias para otro momento, porque apenas queda una hora para la competición y aún tengo que ducharme...

—Voy contigo —dijo Brunelo, como si fuese lo más normal del mundo ir a ducharse con ella.

Todos se quedaron callados, esperando con ansiedad la respuesta de Macarena que miraba a Brunelo con ganas de teletransportarlo sin agua, ni gorra, al desierto más lejano.

—Lo digo por ahorrar tiempo y agua, no porque tenga ninguna intención indecorosa. ¡Válgame el cielo! —mintió porque tenía una erección *con la que podía partir turrónes duros de Alicante*.

Y es que no podía evitarlo, la mirada reprobatoria de la señorita Mauks le provocaba siempre esas contundentes reacciones...

Y a ella le estaba pasando lo mismo, se moría por compartir ducha con él, pero tuvo que disimular, mirarle con un desprecio que estuvo a punto de romperle el pantalón, y decir:

—Quédate aquí, que voy a ser muy rápida. Mientras puedes ir preparando tu traje de novio...

—Te voy a hacer muy feliz, ya lo verás —dijo Bruno, lanzándola un beso.

—¡Calla, payaso! —replicó Macarena, cabreada... pero no del todo.

—*Mamiiiiiii*, ¿cómo puedes llamar payaso a un señor que quiere hacerte feliz? —le recriminó su hija.

—Me lo dice con cariño; los payasos somos así: queremos ver a la gente feliz —le explicó Brunelo a Carlota.

—Ya, pero tú eres un payaso de los chungos, un payaso diabólico de esos que van por la calle atemorizando a la gente, motosierra en mano... —habló Macarena, y se marchó al cuarto de baño ofuscada, pero también muerta de risa.

# Capítulo 59

Cuando Bruno salió del cuarto de baño, después de la ducha, y se encontró a la señorita Mauks vestida de novia, por poco no se cayó de espaldas de la impresión.

A pesar de ser un vestido confeccionado con los visillos blancos de la abuela, le quedaba tan bien que parecía una novia de verdad. Incluso llevaba un velo de tul que le caía por la espalda y un ramillete de florecillas silvestres que Carlota acababa de cortar del campo que tenían enfrente.

—Qué pena no tener un anillo “Tiritití” para pedirte matrimonio aquí mismo —dijo Bruno, contemplándola fascinado.

—Deja, deja, que yo sé dónde habría terminado el anillo.

—En el río —susurró Bruno, sin dejar de mirarla embelesado.

—Exacto...

Macarena también estaba impresionada con Brunelo, pero prefirió disimularlo dado el pastiche sentimental que ese hombre tenía encima. Ahora que *guapo estaba un rato y qué bien follaba el cabrón*, pensó mientras contemplaba el atuendo del novio simulando la más fría de las objetividades.

Pero muy por muy objetiva que fuera es que *el cabrón estaba tan bueno que daban ganas de casarse aunque solo fuera por la noche de bodas*, pensó con un suspiro que contuvo a duras penas.

Brunelo llevaba unos pantalones negros que le había prestado Guido, una camisa blanca que estrenaba ese día y una chaqueta de Mario, que aunque le estaba un poco pequeña, potenciaba el poderío de su pedazo de anatomía.

Y luego tenía unos ojos azules intensos y vivos que la miraban con una mezcla de devoción, deseo y algo que Macarena no quiso nombrar, pero que se parecía demasiado a la ternura, al cariño y tal vez al amor...

Lo de *tal vez al amor* le parecía a la señorita Mauks, por supuesto, porque Brunelo estaba seguro de que lo que estaba sintiendo por esa mujer era amor y del bueno; lo mismo que habría pensado cualquiera que hubiera presenciado la escena, como era el caso de Carlota que muy emocionada, exclamó agitando el teléfono móvil al aire:

—¡Estáis guapísimos! ¡Dejadme que os haga una foto, por favor!

Bruno cogió a Macarena del brazo y se situaron frente a la niña para que tomara la instantánea:

—Una solo, Carlota —le pidió su madre, que no pudo evitar sentir un estremecimiento por el cuerpo entero cuando Brunelo la tomó por el brazo.

—Estás preciosa —susurró a su oído— y voy a darte todo para que esto sea de verdad... muy pronto.

—¿Qué? ¿Cómo de verdad? —replicó Macarena con los ojos como platos y temblándole las

rodillas.

—¡Que quiere que seáis novios de verdad! ¡Di que sí, mami! ¡Di que sí! —gritó Carlota que no paraba de tirar fotos—. Que luego te pasa como con el bolso de Primark...

—Haz caso a tu hija porque la Golosa Cindy tiene un no sé qué que no sé cómo que, como te lo pienses mucho, acabo desposándome con ella.

—Por mí como si te desposas con Doña Flora, ¡me da lo mismo, chato! —dijo Macarena, sacándole la lengua que él quiso morder.

Y que finalmente mordió, porque no pudo resistirse, porque esa mujer le gustaba muchísimo y porque estaba feliz de que estuviera a su lado.

—¿Pero qué haces? —replicó la señorita Mauks, echándose hacia atrás.

—¡No le hagas la cobra, mami! ¡Solo quiere un morreíllo! —explicó la niña, a carcajada limpia, mientras seguía disparando fotos.

—¿Qué voy a querer? ¡Somos novios y los novios se besan! —añadió Bruno, encogiéndose de hombros.

Macarena se mordió los labios y, muy seria, le espetó a Brunelo:

—Somos novios de mentira...

—Pues yo lo que he vivido contigo ha sido muy de verdad, de hecho es lo más de verdad que recuerdo que me ha pasado últimamente.

Macarena sentía lo mismo, pero no era el momento para ponerse a hablar de ese asunto y menos delante de Carlota, así que optó por decir señalando al reloj de cuco de la pared:

—¿Habéis visto la hora qué es? ¡No vamos a llegar a tiempo al concurso! ¡Salgamos de una vez!

Macarena cogió de la mano a su hija y abandonaron la casa con Brunelo detrás de ellas. Guido, Rocío y Mario se habían adelantado con los autos locos y llevaban en la calle de la Amargura, el lugar donde comenzaba el circuito, ya más de media hora de espera.

De camino a ese lugar, que estaba a poco más de cinco minutos de la casa de los Aranda, recibieron las felicitaciones de los vecinos con los que se encontraban, al grito de: “¡Ya era hora!”, “¡Que seáis muy felices”!, “¡Viva los novios”! y “Maca, tía, enróllate, ¿te hace una noche de bodas a tres?”.

Esta última era la Golosa Cindy, claro...

Al principio Macarena se molestaba en aclarar que no iban camino de la iglesia sino del concurso de autos locos, pero luego se cansó y agradecía encantada las felicitaciones, levantando el ramo con entusiasmo.

Luego, cuando llegaron a lo alto de la calle de la Amargura, donde arrancaba la competición, Carlota se fue con Guido, Mario y Rocío que estaban subidos ya en el auto loco, ultimándolo todo antes de competir, y así se quedaron solos Macarena y Bruno.

—Oye pues ¿sabes que después de todo mola que tu pueblo entero te felicite por ser tan dichosa?

Anda que si supieran la joyita que tengo al lado... —le dijo Macarena a Brunelo, mientras hacían cola para que les dieran los dorsales para la competición.

—Yo es que soy dichoso y se me debe notar muchísimo en la cara —replicó Bruno, con una sonrisa enorme.

—Yo te veo cara de... —Macarena tenía dos palabras en mente: “bien follado”, pero para evitar meterse en jardines prefirió decir—: sano, estos días de sol y campo te están sentando muy bien.

—El polvo y la paja, sí —bromeó Bruno.

—Calla que estamos rodeados de cotillas —susurró Macarena llevándose el dedo índice a los labios.

—¡Qué boca tienes, señorita Mauks! —musitó Bruno, suspirando—. Jamás he conocido una boca como la tuya...

Macarena le miró echando rayos y centellas por los ojos y, con el ceño fruncido, le exigió:

—¡Habla de otro tema! ¡A estos señores no les interesa para nada lo que pienses de mi boca! — Aunque a ella sí, y en el fondo estaba encantada de que a Brunelo le gustara, estaban rodeados de chismosos y tenía que protegerse.

—Pues yo les veo a todos muy contentos con la idea de que vayas a casarte con un novio como yo, de la sección con pelo y pantalones largos. Así que tranquila, que seguro que están felices de que muestre mis sentimientos —dijo Bruno, dando a Macarena un beso en la punta de la nariz.

—¿Por qué me besas en la nariz? ¿Qué beso es este? —inquirió frotándose la punta de la nariz con la mano.

—Un beso de: lo quiero todo contigo. Quiero follar en los montes, quiero ir a comprar tomates, quiero que nos contemos el día mientras cenamos con una tortilla francesa, quiero encender las velas de tus próximos sesenta cumpleaños, quiero apagar las velas de la tarta del mío contigo a mi lado, quiero que te pongas mi chaqueta cuando tengas frío y que me metas la lengua hasta la campanilla si tienes calor, quiero abrazarte cuando tengas miedo, quiero que me abracés cuando me fallen las fuerzas, y sobre todo quiero que me digas que sí, que se puede, que podemos tener una historia larga y bonita y que acabe bien...

—¡Los siguientes! —gritó uno de los organizadores del concurso con los dorsales en la mano.

Macarena agradeció que les tocara su turno, pues así se libraba de tener que responder a tamaña proposición. Se limitó a coger su dorsal y pegárselo en su vestido de novia de mentira, aunque en ese mismo instante deseara, como no había deseado nada en su vida, que fuera de verdad.

—¿Cuál es tu número favorito? —le preguntó Brunelo, a la vez que se pegaba el dorsal con el número 416.

—El 4.

—El mío es el 16.

—No me vaciles, Brunelo —dijo Macarena planchándose el dorsal con la mano.

—Es una señal más de que tenemos que estar juntos... —concluyó Bruno con la mano sobre el dorsal.

—Déjate de tonterías. ¡Es pura casualidad!

—Eso no existe. ¿Por qué si no vamos a estar aquí los dos vestidos de novios a puntos de lanzarnos pendiente abajo?

—Eso digo yo... ¿Por qué?

Y sin más, como la que va al cadalso, Macarena se dirigió al auto loco nupcial que estaba terminando de preparar su hermano...

# Capítulo 60

Después de que Mario les diera las instrucciones básicas de cómo manejar el auto loco y de que les comunicara que hasta ahora el mejor tiempo al cruzar la línea de meta lo tenían Rocío y Guido, les deseó suerte y se marchó a jalearlos junto al resto de la familia desde la acera.

Luego, los pilotos se pusieron los cascos y los protectores de rodillas y codos, y Macarena exigió, porque no se fiaba para nada de la pericia de Brunelo:

—¡Yo conduzco!

A Bruno le pareció una idea genial, se subieron al vehículo y antes de arrancar, dijo cogiendo fuerte la mano de Macarena:

—Solo se trata de creer y confiar, abrir los brazos y lanzarse a lo desconocido, con todas las consecuencias. Si duele, duele. Eso es la vida, señorita Mauks. La vida duele...

—Ah pues si no me lo dices, ni me doy cuenta —replicó mordaz, ajustándose el casco.

—Ya sé que lo sabes, pero nunca está de más recordarlo. Es importante que no tengamos miedo, que nos centremos en el aquí y el ahora y nos arrojemos con valentía, con entrega y con confianza, aunque no sepamos si hay agua en la piscina —explicó braceando exageradamente, dando instrucciones como si fuera su entrenador.

—Qué pelma eres, Brunelo—replicó Macarena, resoplando y cruzándose de brazos.

—Esa no es la actitud, señorita Muaks. Con bufidos y quejas no se va a ninguna parte. Se trata de creer y de emprender esta aventura con ganas y con ilusión.

Macarena se revolvió en su asiento y lanzándole una mirada de las suyas, le espetó:

—Joder, Brunelo, qué sueño me está entrando... Me aburres muchísimo...

—Te está entrando sueño por la pedazo de noche que nos pasamos en el pinar. Y no me mires así, porque me pongo cachondo perdido...

—Ese no es mi problema —replicó, disimulando a la perfección lo mucho que le gustaba ponerle así—. Y ahora ¿podemos dejar caer esta cosa por la pendiente y que sea lo que tenga que ser?

Bruno negó con la cabeza y le dijo muy serio:

—El fracaso no puede estar en tu hoja de ruta.

—¿Quién ha hablado de fracaso? —inquirió Macarena frunciendo la nariz.

—¡Tú! Ahora mismo acabas de decir que sea lo que tenga que ser, ¿pero qué confianza y qué fe es esa?

—Es una frase hecha, como si digo “¡y que salga el sol por Antequera!”.

—Mejor di: va a salir todo bien y seremos muy felices —habló Bruno y luego suspiró.

—Tanto como muy felices... Ni que fuera esto el Gran Premio de Mónaco.



—¡No me ofendas! ¡Nuestro amor es mucho más importante que cualquier premio! —replicó Bruno, ofendido.

—¿Cómo que nuestro amor? ¿No estás hablando de la carrera? —preguntó Macarena mientras pensaba que cómo lo hacía ese tío para sacarla siempre de sus casillas.

—No, hablo de nosotros. De todas esas señales que nos están gritando que tenemos que estar juntos, pero para eso hay que mandar a la mierda a los miedos y creer y confiar...

—¿Qué señales ni qué ocho cuartos? ¿Por un puñetero dorsal te estás montando toda esta película? Mira tío —explicó Macarena echándose la melena a un lado—, hemos follado bonito, nos hemos echado unas risas, pero no busques más... No hay nada más.

A Bruno solo se le vino a la mente y al corazón una palabra:

—Cobarde.

A Macarena solo le faltó echar humo por las orejas y, sumamente enojada, replicó:

—¿Yo? ¿Cobarde? ¿Tú sabes los ovarios que hay que tener para ser madre soltera con veinte años? ¿Tú sabes lo que he luchado para sacar mi negocio adelante? —inquirió con los ojos vidriosos y tremendamente molesta.

—Eres una mujer admirable, pero esto que nos está pasando no lo estás afrontando con valentía. Por mucho que lo niegues no va a dejar de existir este sentimiento, aunque digas que no hay más que buscar, yo sé lo que veo en tus ojos cuando hacemos el amor.

—Pasión, deseo...

—Y mucho más.

Macarena estaba tan nerviosa que no se le ocurrió mejor forma de defenderse que atacando:

—¿Qué vas a ver tú, si tu ex te dejó porque tenías la sensibilidad de una ameba?

Pero a Bruno no le hizo ni el menor daño la ofensa:

—Yo he sido muy torpe en mis relaciones, pero ahora sé por qué...

—¿Por qué?

—No sentía como ahora estoy sintiendo contigo, Macarena.

—¿Macarena? ¡Es la primera vez que me llamas por mi nombre! —susurró conmovida, con el corazón a mil.

Bruno la miró a los ojos, intenso y profundo, y volvió a susurrar.

—Macarena...

A Macarena le entró tanto miedo que agradeció que Mario, Guido y tres tiarrones más, empujaran el coche en ese mismo instante cuesta abajo al grito de:

—¡Suerte chicos!

El coche cayó pendiente abajo y Macarena pudo sortear bien la primera curva, la segunda, pero a la tercera Brunelo la desconcentró totalmente al gritarla:

—¡Solo tienes que creer, Macarena! ¡Ten fe!

Tras escuchar esas palabras, la señorita Mauks tomó la curva demasiado cerrada y acabaron despedidos hacia unas pacas de paja...

Macarena terminó sobre Brunelo, el coche por los aires y todos los presentes muertos de risa.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó Bruno, preocupado.

—Ya solo me faltaba esto para rematar las fiestas, pero bien. ¿Y tú? —preguntó Macarena escupiendo un trozo de paja.

—En la gloria. Me encanta tenerte encima de mí... —respondió Bruno, rodeando la cintura de la joven con sus manos.

—¿Y esta señal qué te parece? —le preguntó Macarena, quitándole unas pajas que se le habían quedado prendidas en el cabello—. ¡Estamos eliminados en el primer tramo del recorrido! Sin embargo, mi hermana y Guido han logrado el mejor tiempo. ¿No te da qué pensar?

—Sí, es física pura, su auto es más bajo y más plano y con freno de suelo. Si a eso le sumas tu falta de fe... ¡Es lógico que ganen!

—No me refiero a las características del auto ni a mi fe, me refiero a ellos: se compenetran, se entienden, se respetan... ¡Nosotros en la vida podremos llegar a buen puerto nunca! ¡Me pones de los nervios! —exclamó Macarena, apartándose de Brunelo y poniéndose de pie.

—¿Hay mejor puerto que haberte tenido en mis brazos otra vez?

—¡No te enteras de nada, tío! —soltó Macarena, furiosa, dando un manotazo al aire.

Bruno se puso de pie, con su traje de novio lleno de pajas, y replicó aun a riesgo de que Macarena se lo tomara de la peor forma posible:

—La que no te enteras de nada eres tú. Yo no soy como el padre de tu hija, yo no me voy a marchar nunca, puedes creer y confiar en mí. No tienes nada que temer, estoy aquí para quedarme.

A Macarena le dio un vuelco al corazón, porque jamás pensó que escucharía esas palabras de nadie, y menos aún de Brunelo. Las agradecía y las sentía sinceras, *pero no era el momento... nunca lo sería.*

—¿Quedarte? —contraatacó—. ¿Pero es que no has tenido bastante con la lección que nos acaba de dar el auto loco? ¡Las prisas no son buenas consejeras! La velocidad excesiva te saca de la carretera y acabas siempre comiendo paja. Vas demasiado deprisa, Brunelo. Muy deprisa...

—Te ha sacado de la carretera el pánico. Y no, no necesito más tiempo para saber que te quiero. Ayer viví mi noche místico-loca contigo y me vi envuelto por la confianza y el amor. Yo ya solo creo y espero confiado... —confesó muy emocionado.

Macarena que estaba preparada para todo menos para un “te quiero”, se puso muy nerviosa y replicó ofuscada:

—¿A ti qué te pasa? ¿Se te ha metido dentro el espíritu de un cura o el porrazo te ha dejado medio idiota?

Bruno dio un paso al frente, la cogió por la cintura y le dijo convencido:

—Estoy enamorado.

Macarena estaba tan nerviosa y agobiada que no se le ocurrió nada mejor que darle un empujón y salir corriendo despavorida...

# Capítulo 61

Cuando regresó a casa después de estar dos horas llorando hecha un ovillo debajo de un chopo al arrullo del río, Brunelo ya se había marchado. Le pareció bien, porque si no lo hubiera hecho él, lo habría hecho ella. No podían permanecer juntos ni un instante más, el juego era demasiado peligroso y era más que obvio que se les había ido de las manos.

Según ella, Bruno no podía estar enamorado, solo estaba utilizándola de alguna manera para no sufrir, para hacer un duelo corto y seguir hacia delante.

*Pero ¿y si ella con el juego acababa sintiendo cosas por Brunelo y al final terminaba dejándola en la estacada?*

Macarena sentía que tenía que seguir siendo fiel a la promesa que se hizo el día que el padre de Carlota se marchó, de que jamás volvería a confiar en nadie, de que nunca más volvería a enamorarse como una idiota, y de que esas serían las últimas lágrimas que derramaría por un tío.

Y desde luego que jamás había vuelto a llorar por uno desde entonces, hasta que Brunelo había conseguido abrir todos sus diques y por eso, le detestaba con todas sus fuerzas.

Ese hombre *con sus estupideces y sus excesos sentimentales, con sus exageraciones y sus confusiones*, le había obligado a enfrentarse a sus traumas y a sus miedos y había terminado como un animal herido lamiéndose sus heridas junto al río, para que nadie viera que estaba destrozada.

Por eso, precisamente llevaba evitando el amor desde hacía años, porque se negaba a sufrir, porque se negaba a perder su libertad, porque se negaba a sentirse vulnerable y a merced de otro que supuestamente le amaba.

*¿Pero cómo Brunelo podía ser tan insensato de decirle que la quería?*

Le odiaba, le odiaba y le odiaba con todas sus fuerzas por haberle hablado de amor, por jugar con su corazón, por haberle dado esperanzas solo por puro egoísmo, solo para utilizarla para pasar página y luego seguir como si nada.

Porque Brunelo por mucho que dijera que era de los que se quedaban, con su comportamiento demostraba que no podía creerle... Porque *¿cómo confiar en un hombre que recompone su corazón roto con cuatro polvos?*

Sin duda, ese hombre *no le convenía para nada* y lo mejor que podía haberle pasado era que hubiese decidido marcharse de casa, antes de que hubiese cometido el tremendo error de enamorarse de él...

*Porque tarde o temprano hubiera acabado sucediendo, irremisiblemente. Y ¿entonces qué?*

Macarena lo sabía: conseguido su objetivo, con el ego reforzado y las heridas sanadas, ese tío habría acabado huyendo y ella habría quedado con el corazón herido pero esta vez de muerte...

¿Era demasiado trágica? No sabía, pero tampoco sabía ser de otra forma... Y eso que cuando entró en la casa, forzó una media sonrisa para no preocupar a nadie...

—¿Por qué te has ido sola al río, mami? —le preguntó Carlota en cuanto la vio, con su traje de novia sucio y medio roto.

—Necesitaba que me diera un poco el aire. El golpetazo con el coche me había dejado un poco grogui...

—¿Por qué se ha ido Bruno tan triste? —preguntó Carlota, mordiéndose los labios.

—Tiene que trabajar...

—Tenía pensado ir al baile esta noche para darte celos con la Golosa Cindy, ¿por qué se ha ido de repente? ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado por la carrera de autos locos? —preguntó Carlota, sabiendo que no era por eso.

—No pasa nada, Carlota. Está todo bien —dijo fingiendo una sonrisa completa.

—Dije lo de los *losers* porque quería que te vistieras de novia. Haces muy buena pareja con él, es una pena que se haya ido.

—¿Qué obsesión tienes con emparejarme, Carlota! —replicó Macarena, como si ella no sintiera pena porque Brunelo hubiera decidido marcharse.

—Con él, sí, porque sé que te gusta.

—Pero es todo muy complicado... —dijo dejándose caer en la silla de madera de la cocina.

—Lávate las manos que te voy a poner la comida —le ordenó la niña.

—No tengo ganas de comer —replicó Macarena poniendo cara de asco—. Tengo el estómago cerrado...

—Hay ensaladilla rusa. Te encanta como Bruno.

—No, de verdad —habló con más cara de asco todavía.

—La abuela ha partido jamón, ¿te hago un bocadillo?

A Macarena le sonaron las tripas y, aunque ella le parecían pamplinas lo de las señales, decidió tomárselo como tal.

—Vale, parece que mi cuerpo quiere jamón —dijo levantándose para lavarse las manos.

Carlota sacó una barra de pan de una bolsa de tela con corazones de colores y luego, mientras lo partía sobre la encimera, le preguntó a su madre:

—Mamá ¿tú te acuerdas cuando el año pasado te conté que me había enfadado con mi amiga Valeria y estaba muy triste?

—Sí, claro —contestó Macarena, mientras se secaba las manos con un trapo.

—Te mentí —confesó tras cortar el pan.

Macarena se acercó a su hija, le arrebató el cuchillo con el que acababa de cortar el pan y muy preocupada le preguntó:

—¿Qué vas a contarme que te acosaba? ¿Te hacía *bullying*?

—¡Qué va! Valeria es mi amiga máxima, no hemos discutido nunca...

—¿Entonces, quién? ¿Por qué me mentiste? —Macarena dejó el cuchillo sobre la encimera y se echó, nerviosa, el flequillo a un lado.

—Porque era un chico...

Macarena volvió a coger el cuchillo y le exigió a su hija:

—Dime a quién tengo que cortar las pelotas...

Carlota comenzó a rellenar el pan con jamón, a la vez que le aclaraba a su madre:

—¡A nadie!

Macarena apuntándola con el cuchillo y resoplando ansiosa, le dijo a Carlota que acababa de meterse un trozo de jamón en la boca de los nervios:

—¿Encima proteges a ese cabrón después del daño que te hizo?

—Héctor no tenía culpa de que le gustara más Daniela que yo.

—¿Héctor? —replicó Macarena, dejado el cuchillo en la encimera y marcando con la mano una altura de como un metro.

—Es bajito, pero es muy guapo y muy listo, y no se va a quedar siempre así de pequeño. Todas estábamos por él...

—El amor es una mierda, no será porque no te lo he dicho veces —concluyó Macarena cogiendo un trozo de jamón.

—No lo es. Lloré mucho porque prefiriera a Daniela, pero gracias a tu consejo de la bicicleta lo superé.

—¿Lloraste mucho? —preguntó a punto de atragantarse—. No me fastidies, Carlota. A tu edad no se puede sufrir por amor, a tu edad se tiene que llorar por bobaditas...

—¡No seas frívola! El mundo está lleno de muchísimas cosas terribles por las que llorar de verdad, pero bueno lo de Héctor aunque fuera algo pequeñito comparado con las tragedias del mundo, me provocó muchas lágrimas. Sin embargo, lo superé gracias al consejo que me diste para recuperarme de mi supuesto enfado con Valeria, consejo que ahora te pido que te apliques a ti. ¡Toma, come! —dijo tendiéndole el bocadillo que acababa de hacer.

—Gracias. Y vas a tener que refrescarme lo de la bicicleta porque no recuerdo...

Mientras intentaba recordar, Macarena sacó una lata de cerveza de la nevera y luego volvió a la silla donde escuchó a su hija recordar:

—Me dijiste que la vida es como montar en bicicleta, que lo único que hay que hacer para no caerse es pedalear y seguir hacia adelante.

Macarena dio un buen mordisco a su bocadillo y con la boca llena, inquirió:

—¿Yo te dije eso? —Carlota asintió con la cabeza—. ¿Y qué me quieres decir, que pase de Brunelo y siga con mi vida?

—No, con esto lo que te quiero decir es que olvides lo que pasó con mi padre y pedalees con

fuerza para salir de una vez de la caca de la vaca en la que estás.

—¡Mira que eres desagradable, Carlota! ¡Estoy comiendo no me hables de cacas! —le regañó tras dar un sorbo a su cerveza.

—Lo que te molesta es que te diga la verdad, pero es mi deber de hija decirte que pedalees con fuerza hacia el amor, o sea hacia Bruno.

—Mira, deja aparcados tus deberes un rato y déjame comerme a gusto el bocadillo... —le exigió, al tiempo que pensaba que cuánta razón tenía su hija.

—¿Pero me vas a hacer caso? —insistió Carlota.

—¿Quieres dejarme comer el bocadillo tranquila? —replicó mientras pensaba que no había cosa que deseara más que poder hacerla caso.

¿Pero sería capaz...?

# Capítulo 62

Estuvo dándole vueltas al asunto el resto del día y parte de la noche, porque cuando a las tres de la mañana se levantó para ir a comer algo, ni había logrado aún pegar ojo ni había conseguido liberarse de la preguntita...

Menos mal que al entrar a la cocina, se encontró con Rocío abriendo la puerta de la nevera y se confundió más todavía:

—¿Tú tampoco puedes dormir? —preguntó en voz en baja.

Rocío se dio la vuelta sobresaltada y con la mano en el pecho, replicó:

—¡Maca qué susto! ¡Sabes que detesto que camines como si tuvieras plumas en los pies!

—Perdona...

—No pasa nada. Ya pasó. Me he levantado a por... —Rocío no podía decir la verdad, así que improvisó—, una telita que he metido antes en el congelador para que se enfriara...

—¿Una telita?

Rocío abrió el último cajón del frigorífico que estaba solo ocupado por un antifaz que se ponía la madre cuando tenía jaquecas y la tela azul que había metido por la mañana...

—Esta —dijo mostrándosela con una sonrisa tímida.

—¿Y para qué quieres eso?

—Para... la... frente... Es que me duele un poco la cabeza.

—¿Desde esta mañana? —preguntó extrañada Macarena porque a Rocío nunca le dolía la cabeza.

—Es que como sabía que iba a ser un día ajetreado de muchas emociones, he sido previsora y he metido la tela esta mañana.

—Tú nunca tienes migrañas, a ver si te has hecho daño con el auto loco en las cervicales...

Rocío agradecía que su hermana fuera siempre tan protectora con ella, pero esta vez la estaba poniendo un poco atacada. Más que nada porque Guido estaba esperándola con un calentón tremendo para seguir con sus juegos...

—Estoy bien, la telita es más que nada para refrescarme la cara. Hace mucho calor en el cuarto... ¿Tú estás bien? —preguntó cerrando el cajón de la nevera.

—Me dejas más tranquila... Yo estoy fatal, me he levantado a ver si me como algo. Tengo una bola en el estómago que ni te imaginas.

Rocío se acercó a su hermana, le acarició el rostro con la mano y luego le dijo:

—Pero eso no es hambre, lo que tienes ahí se llama Brunelo.

Macarena suspiró profundamente y luego llevándose la mano a la frente, le suplicó:

—Ni le menciones, por favor. Tengo un agobio tremendo, ya te contaré mañana porque es largo de



contar.

—Pero me parece que se puede resumir en una frase: Brunelo te mola, pero tienes miedo a que esto sea un juego para él y luego se vaya.

Macarena se revolvió el flequillo con la mano y susurró bajando la vista al suelo:

—Puede ser.

Rocío abrazó a su hermana muy fuerte con un brazo, porque el otro lo tenía apartado para no mojarla con la telilla que estaba empezando a gotear y le dijo con un convencimiento absoluto:

—Tienes que estar tranquila porque eso no va a pasar nunca.

Macarena se apartó un poco de ella y mirándola extrañada le preguntó:

—¿Por qué lo sabes?

—Porque he hecho mis averiguaciones y sé que Brunelo jamás ha dejado a nadie en su vida. ¡Le dejó hasta su primera novieta con diez años!

—Madre mía. No sé si alegrarme o asustarme más. ¿Por algo será que le dejan todas, no?

—Te estaba esperando a ti —respondió Rocío, dando un beso en la mejilla a su hermana.

—Sí, ya, seguro... —masculló Macarena con el ceño fruncido.

—Bueno, te dejo que se me están quedando los dedos tiesos... —informó agitando la tela al aire.

—Que descanses —dijo devolviéndole el beso—. Gracias por el dato de Brunelo, creo que lo voy a meditar un poco mientras me zampo la ensaladilla rusa.

—Te va a sentar fatal.

—Es lo que quiero.

—Come poquito, ¿vale? Todo va a salir bien.

—Con que me saliera la mitad de bien que a ti con Guido, me conformaba. Se os ve tan felices y ha sido todo tan intenso y tan rápido. ¿Cómo supiste que era él? ¿Hay algún truco para identificar a la persona adecuada?

Rocío respiró hondo y tras morderse los labios, respondió:

—Porque me ama tanto que sé que es imposible que nadie pueda amarme más.

—Dios... —musitó Macarena.

—Es todo más sencillo de lo que imaginas. A Bruno le importas muchísimo. Permite que te lo demuestre, deja que te quiera...

—¿Y si no sé hacerlo?

—Sabrás... —Ro apretó con cariño el brazo de su hermana y regresó a la habitación pidiendo al cielo que Guido siguiera como le había dejado...

Caminó de puntillas por el pasillo, palpando la pared con cuidado y al llegar a la puerta de la habitación, la abrió sigilosa:

—Ya estoy aquí —susurró en cuanto entró en la habitación.

—¿Qué ha pasado? ¡Estaba a punto de levantarme! ¡La espera se me ha hecho eterna, pero mira

cómo sigo...!

Rocío se quitó la camiseta de tirantes que llevaba sin nada debajo, se metió en la cama, se pegó a él, respiró su aroma que tanto le gustaba y puso la mano sobre la erección que seguía tan tremenda como la había dejado.

—Me he encontrado con mi hermana en la cocina, la pobre está muerta de miedo y de amor por tu hermano —respondió mientras lo acariciaba para ponerle más tremendo todavía.

—¿Miedo y amor? —susurró agónico, porque su entrepierna no tenía secretos para su novia.

—A partes iguales.

—A Bruno le va a encantar saberlo, él está convencido de que le odia —dijo incorporándose un poco a la vez que acariciaba suave la espalda de Rocío.

—Ya hablaremos de eso... Ahora túmbate... —pidió deslizando lentamente la telilla helada desde el pecho de genio fornido de Guido hasta su entrepierna y provocando un incendio en la habitación.

La combinación del ardor que tenía por dentro con el frío de la tela le hizo estremecer de placer...

Guido gruñó clamando venganza:

—¡Ven aquí! ¿O te crees que te vas a librar? —amenazó cogiendo a Rocío, que estaba tumbada a su lado, por la cadera y colocándola encima de él.

Rocío sintió el frío de la tela en su pubis y comenzó a mover sus caderas de la excitación que tenía.

—Estoy tan caliente que como sigas moviéndote así voy a dejar hecha cenizas la telita... —advirtió Guido, cogiendo Rocío fuerte de las nalgas para apretarla más todavía contra la tela y su erección.

—Está helada, pero me quema...

—Tú sí que me quemas —susurró Guido, empujándola para que se quedara tumbada sobre espalda y después pasándole la tela helada muy despacio por los pliegues de su sexo.

La sensación era tan potente que Rocío se aferraba a las sábanas del placer.

—Como sigas así... —musitó entre jadeos.

—¿Qué? —preguntó Guido, acariciándole el clítoris con la tela.

Rocío disfrutaba de cada caricia, el placer se estaba haciendo ya casi irresistible, pero todavía encontró fuerzas para responder entre gemidos:

—Que te voy a querer más y eso ya va a ser demasiado.

—Quiero que sea siempre demasiado —musitó Guido, cogiendo un gel de efecto calor que tenía en la mesilla y aplicándolo sobre la zona clitoriana.

La combinación de frío y calor, hizo que aumentara la excitación y el deseo más todavía. Sobre todo cuando Guido se colocó otra vez sobre ella y comenzó a acariciarle la vulva con su miembro.

Rocío se dejó llevar muy lejos y muy rápido a un orgasmo bestial que tuvo que sofocar tapándose la cara con la almohada.

Luego hicieron el amor, piel sobre piel, sudorosos y jadeantes, hasta fundirse en solo cuerpo y quedarse exhaustos de tanto quererse.

# Capítulo 63

Y mientras Rocío y Guido se amaban, Macarena se zampaba la ensaladilla rusa en la cocina, pensando y repensando en Brunelo, y sin llegar a tomar a una determinación. Ni ese día ni los treinta siguientes en los que estuvo sin tener ni una sola noticia de Brunelo, quien ni siquiera se había molestado en llamarla después de haber tenido la gentileza de enviarle a casa la bicicleta holandesa y rosa que se había dejado olvidada en el pueblo, algo que no sabía más si agradecía o le entristecía.

Pero tenía que ser así, ella no iba a forzar nada y estaba convencida de que el tiempo acabaría poniendo todo en su sitio, fuera lo que tuviera que ser.

Rocío le contaba que Brunelo siempre le preguntaba por ella, su hija le decía que no fuera tonta y que le llamara, pero ella prefería no dar ningún paso en falso y precipitar algo que necesitaba su tiempo.

Un tiempo que cada día llevaba peor, porque le extrañaba muchísimo, más incluso de lo que se hubiese imaginado. Echaba de menos los besos, las risas, los bailes, los paseos en bicicleta y hasta esa forma tan divertida que tenía de llamarla “señorita Mauks”.

Por no hablar de escuchar su nombre de sus labios, como el último día en que habían estado juntos y en que se había estropeado todo; por sus miedos y traumas, lo reconocía; pero también por las prisas de Brunelo...

Macarena no dejaba de preguntarse si la echaría tanto de menos, si se pasaría el día viviendo del recuerdo de unos momentos mágicos como hacía ella o lo habría olvidado ya todo, si preguntaba por ella a Rocío por mera formalidad o realmente estaba interesado en saber cómo se encontraba.

Y lo cierto era que se encontraba cada vez peor, porque el paso de los días no hacía sino acrecentar el recuerdo y para su asombro los sentimientos hacía él iban en aumento exponencial.

*¿Se habría enamorado de Brunelo o su recuerdo no era más que una pertinaz obsesión con la que endulzar sus tediosos días?*, se preguntaba Macarena a todas horas, sin encontrar nunca la respuesta.

Hasta que un día de mediados de septiembre, recibió un correo electrónico y su mundo se puso del revés:

De: [bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com](mailto:bruno.juanelo@plasticosjuanelo.com)

Asunto: Musical Aladino

Buenos días, señorita Mauks:

*¿Qué tal estás? Por Rocío sé que bien, le pregunto todos los días por ti y ella me asegura que lo sabes. Me cuenta que estás genial y que a ratos se te ve pensativa, incluso ausente, y es ahí cuando yo me hago la película y sueño que piensas en mí, en nosotros.*

*Yo pienso en ti, a todas horas, tal vez no debería pero no puedo hacer otra cosa, así que me dejo llevar y me refocilo en los recuerdos. Son pocos pero tan intensos que para mí son como una vida entera juntos.*

*Como ves sigo tan estúpido como siempre, por eso me atrevo a decirte que te echo mucho de menos y que me encantaría que volviéramos a vernos.*

*¿Te parece que sea el jueves? Sé que Guido te ha invitado al estreno del musical y sé por Rocío que todavía no sabes si acudirás, más que nada por mí.*

*Y ahí es donde me entran todos los miedos, ¿dudas en asistir porque temes que el reencuentro te precipite a mis brazos o porque prefieres que siga pasando el tiempo hasta que todo se olvide?*

*Si es por la primera razón, no tengas miedo porque conmigo siempre estarás a salvo, jamás te haré daño; y si es por la segunda quiero que sepas que ni muerto olvidaré el sabor de tus besos, ni dejaré de tener ganas de ti.*

*Espero no habértelo puesto muy difícil, si es así perdóname pero es que no puedo evitar amarte.*

*Me despido ya, y no porque quiera, porque me pasaría el día entero escribiéndote, sino para no meter más la pata, pues me temo que la he metido ya.*

*Pero bueno, me consuela que he sido sincero, que te he abierto mi corazón y que todas y cada una de las palabras que te he escrito crecen cada día en lo más profundo de mi alma.*

*Besos, muchos, si me los aceptas por todas partes y si no pues en las mejillas, y al menos déjame uno en esa boca que me vuelve loco.*

*Decidas lo que decidas, te quiero.*

*Bruno, tu Brunelo.*

Macarena dio instintivamente a “Imprimir” y salió corriendo hacia la impresora para coger la carta y pegársela al pecho. Luego, se encerró en el baño y estuvo leyéndola y releyéndola sentada en la tapa de la taza del váter para no caerse a suelo.

*Brunelo la quería...*

*Brunelo la quería...*

*Brunelo la quería...*

Repetía sin cesar con la frente pegada en las baldosas blancas y frías del cuarto de baño, la respiración agitada y el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Maca, estás bien? —preguntó Rocío, tocando la puerta desde fuera.

—Sí, ya salgo... —mintió porque no estaba bien.

¿O sí? Estaba feliz de saber que Brunelo la quería, pero ¿ella qué quería? *No sufrir*, se respondió a sí misma, solo no sufrir...

Macarena salió del cuarto de baño con una sonrisa impostada para que su hermana no se percatara de nada de lo que estaba viviendo en ese momento, de su gran lucha interior entre el deseo de amar y

el temor a salir lastimada, pero no sirvió de mucho...

—Maca ¿qué te pasa?

Macarena decidió sincerarse porque de cualquier forma su hermana iba a percatarse de todo:

—Brunelo me quiere.

—¡Menuda novedad! ¡Estoy harta de decírtelo!

—Nunca pensé que me pasaría algo así, te lo prometo.

—Bienvenida a la vida, te recuerdo que estás aquí para que te acribille lo inesperado —replicó

Rocío batiendo las manos al aire.

—Pero es que yo detesto lo inesperado —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo inesperado te trajo a Carlota y es lo más bonito que tienes.

—Ya —musitó con dos lagrimones recorriendo su rostro.

—Las heridas de amor solo cicatrizan amando otra vez.

—Estoy muerta de miedo, Ro —reconoció retirándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Rocío abrazó con fuerza su hermana y le susurró al oído:

—Brunelo es el chico más perfecto que existe para ti. Y ya sabes que yo lo veo todo...

—Siempre has visto más que yo...

—Mucho más —susurró Rocío con una sonrisa enorme bañada de lágrimas.

Macarena secó con un clínex las lágrimas de su hermana, mientras preguntaba:

—¿Y ahora qué?

—*Ven princesa y déjate llevar a un mundo ideaaaaaaaaaal...*—canturreó Rocío cogiendo la mano de su hermana.

—Eso quisiera, dejarme llevar...

—Solo tienes comprarte un vestido bonito y venirte conmigo al estreno de Guido. ¡Estoy tan nerviosa! —exclamó Rocío llevándose la mano al corazón—. Si vieras cuánto ha trabajado y la ilusión que le hace que asista al estreno...

—Va a ser un exitazo.

—Seguro que sí. Y tú también vas a triunfar ...

—No veo a Brunelo desde las fiestas del pueblo, tal vez no sea tanto pero se me ha hecho muy largo.

—Ya es hora de que le pongas remedio.

Macarena respiró hondo, se mordió los labios y suplicó:

—Me tienes que ayudar con el vestido...

—Tienes que ponerte tul —dijo Rocío sonriendo a lo grande.

—¿Tul por qué? ¡Eso es para las novias!

—Porque se lleva, porque no te imagino de otra forma y porque es lo que quieres ser...

—¿Quiero ser una novia? —preguntó Macarena frunciendo el ceño.

—¿Tienes ganas de ver a Brunelo?

—Sí. Muchas.

—¿Quieres reírte, emocionarte, ilusionarte, incluso cabrearte con él?

—Lo último menos...

—Pero las reconciliaciones están muy bien. Y por casualidad, ¿no querrás también besarle, cogerle de la mano y...?

—Follar como si no hubiera mañana. Sí, quiero.

Rocío se cruzó de brazos y, muerta de risa, concluyó:

—Entonces, tienes que llevar tul... No te queda otra.

# Capítulo 64

El jueves a las nueve de la noche, Macarena apareció en la Gran Vía con un vestido de tul azul marino, una chaqueta de cuero de cremalleras negra y unos botines de tacón bloque con los que se sentía “más ella”.

De su brazo iba su hermana Rocío con un vestido de flores, largo y vaporoso y unos nervios y una felicidad que no le cabían en su menudo cuerpo.

—Estoy que me va a dar algo... —dijo Macarena cuando apenas estaban a escasos metros del teatro.

—Imagina cómo estaré yo, que soy la novia del artista.

—Pues yo que soy la... ¡Dios, no puede ser! —Macarena de repente se calló porque vio cómo de frente venía Brunelo del brazo de una chica de cabellera abundante, piernas largas y sonrisa enorme —. ¡Soy la tía más cretina del universo! —dijo parándose en seco.

—Maca ¿qué pasa? ¡No me asustes!

Macarena se dio bruscamente la vuelta, para ponerse de espaldas a Brunelo y por poco no hizo caer al suelo a Rocío.

—Brunelo está apenas a unos metros con un traje oscuro que le queda espectacular, pero viene con una tía guapísima colgada del brazo.

—¡Será una prima o algún familiar! ¡Madre mía, qué brusca eres! ¡Por poco me tiras al suelo!

—Que yo sepa no tiene ni primas ni parientes, ¡y menos con esa facha! ¡Es horrible! Es una tía buenísima enfundada en un vestido de terciopelo negro y unos taconazos de infarto... —dijo Macarena presa del pánico.

—¿Y dices que tiene la melena abundante y unos cuantos años más que él? —inquirió sospechando quién podía ser.

—¿Más años que él? Pudiera ser, pero no lo sé. Es una tía espectacular, Maca. ¡Y bien merecido que lo tengo por idiota! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas de pura rabia.

—¿Qué es lo que te mereces, que me he perdido? —preguntó Rocío, cogiendo de la mano a su hermana para intentar calmarla.

—¡Que me haya quitado el novio esa pedazo de tía! ¡Me ha pasado como con el bolso de Primark! ¡Ya me lo advirtió Carlota que me iba a pasar y me ha pasado!

—¿Qué te ha pasado? ¡Hasta que no vayamos a saludarle no sabremos si ha sucedido esa tragedia!

—A mí no me hace falta saber más. ¡He perdido! ¡Una tía superbueno me ha comido merienda! ¡Fin de la historia! ¡Se acabó el sueño! ¡La carroza se ha convertido en calabaza y mañana regresaré a mi rinconcito seguro del que no tendría nunca que...!

—¡Hola chicas! —dijo una voz profunda y rasposa a su espalda. Una voz demasiado familiar. ¡Su voz!

Macarena agarrotada, rígida y muerta de nervios se dio la vuelta muy despacio, mientras Rocío gritaba entusiasmada, tendiéndole los brazos:

—¡Bruno! ¡Qué alegría verte!

Bruno se abrazó a ella con fuerza y le dio dos besos efusivos, mientras Macarena se mordía los labios de la ansiedad y miraba de reojo a la espectacular acompañante de Brunelo.

—Señorita Mauks... —musitó cogiéndola por los hombros y dándole dos besos en las mejillas como a cámara lenta, o al menos esa es la percepción que tuvo Macarena, dos besos como una caricia suave, ligera y larga.

—Brunelo... —susurró medio mareada por su aroma, por sus besos, por su presencia entera.

Brunelo se quedó paralizado, sin poder decir nada, porque estaba en el mismo estado que Macarena: flipado y a punto de caerse al suelo de la emoción del reencuentro.

—¿No nos presentas a tu amiga, Bruno? —preguntó Rocío, divertida.

Macarena miró a su hermana sin entender qué le parecía tan gracioso, al tiempo que Brunelo farfullaba:

—Sí, claro... Sí... Os presento a Nuria.

—Nuria, Nuria... —musitó Rocío, más contenta todavía—. ¡Por fin! ¡Yo soy Rocío!

Macarena que seguía sin percatarse de nada, no entendía por qué su hermana decía “por fin”. *¿Por fin le habían jodido la vida para siempre?, porque como esa tía fuera la novia de Brunelo estaba jodida para siempre. Y bien jodida, pensó.*

Nuria se acercó a Rocío y la dio dos besos en las mejillas:

—Encantada de conocerte y a tu hermana también. Bueno, os conozco de vista...

—¿Ah sí? —preguntó Macarena arqueando una ceja.

—¡Ella es Nuria! ¡Estate tranquila! ¡Tienes la merienda intacta! —exclamó Rocío dándole tirones del brazo.

—¿Qué Nuria? —Macarena estaba tan nerviosa por la situación, que no estaba para recordar a nadie.

—La chica que trabaja en la inmobiliaria de al lado... —le recordó Rocío.

A Macarena se le puso un nudo en la garganta, *¿de todas las mujeres que había en el mundo, Brunelo tenía que haberse liado con la gustaba a su hermano? ¿Para qué? ¿Para hacerle doble daño?* Era todo tan cruel que a Macarena le entraron unas ganas enormes de salir huyendo...

—Nuria nos ha estado ayudando a encontrar una casa para mi abuelo y su futura esposa —explicó Brunelo, mirando derretido a la señorita Mauks.

—Ya... —musitó Macarena, pensando en cómo podía ser tan cerdo de mirarla de esa manera, teniendo ya nueva acompañante.



—¡Abuelo, estamos aquí! —gritó Bruno, al divisar a su abuelo en la mitad de la larga cola para entrar al teatro—. Es que se han bajado antes mientras nosotros aparcábamos... ¡Vamos con ellos que nos están guardando el sitio en la fila!

Rocío dijo que genial y Macarena puso una de mueca de “ya me da todo lo mismo”. Brunelo se echó a andar con Nuria al lado y Rocío aprovechó para decirle a su hermana:

—¡Qué monos son Bruno y Manuel! Yo sabía que estaban buscando casa en la inmobiliaria de Nuria para el abuelo y que tenían pensado invitarla para que al fin Mario y ella se conozcan, pero no era seguro que viniera... ¡Lo han conseguido! ¿No te parece genial?

Macarena puso una cara de alivio tremenda y luego arrugando la nariz, preguntó:

—¿O sea que no está liada con mi Brunelo?

—¿Nuria? ¡No! Ahora a ver si aparece Mario y todas las piezas del puzle encajan por fin.

—Pues yo he pasado un susto que ni te cuento, por un momento creí que era la nueva conquista de Bruno...

—¡Tú eres tonta, chica! Pero si Brunelo se muere por ti...

—¿Tú crees? Pues no me ha dicho nada especial...

—Jolín Maca, con lo tensa y borde que has estado, seguro que ahora mismo está pensando que pasas de él y que has venido por compromiso.

—¿Y qué hago entonces?

—¡Sé natural, déjate llevar y sonríe!

—Pero es que estoy cagada de miedo, estoy agarrotada y ni me sale la sonrisa.

—¡Pues fuérzala y sé tú! ¡Expresa lo que tienes en el corazón!

—A ver si puedo... —farfulló Macarena, con un dolor de tripa inmenso.

—¡Chicas, estamos aquí! —exclamó el abuelo en cuanto las vio acercarse a la fila.

Se saludaron muy efusivos y luego Manuel les presentó a Gizela, que era una mujer guapa, rubia, de hermosos ojos azules, que sacaba una cabeza al abuelo y que le miraba con muchísimo amor.

Desde luego que viéndoles juntos era imposible pensar que esa mujer estaba con Manuel por interés...

—¿A que son guapas las novias de mis nietos? —le preguntó el abuelo a Gizela.

—Sí, guapísimas, hacen unas parejas divinas... —respondió Gizela que hablaba español con un ligero acento polaco.

Bruno no sabía dónde meterse, la señorita Mauks ni había respondido a su correo electrónico, ni había estado especialmente receptiva en el reencuentro, así que ahora solo faltaba la metedura de pata de su abuelo, para acabara detestándole de por vida.

—Gracias, pero los que son pareja son Rocío y Guido... —aclaró para que Macarena no se molestara.

Pero se molestó, porque saltó como se le hubiera picado una abeja de las de su pueblo y, siguiendo

los consejos de su hermana, expresó lo que tenía en el corazón:

—¿Estás seguro?

Y sonrió con una sonrisa tan grande que a Bruno por poco no le dio un colapso.

# Capítulo 65

Y cuando Bruno estaba a punto de responder que no lo estaba, pero que se moría por saber de una vez la verdad, aparecieron Lucas y Jack y tuvo que posponerlo para otro momento.

El abuelo hizo las presentaciones y después contó orgulloso:

—Han venido para nuestra boda, pero en breve se volverán a San Francisco donde tienen muchísimos proyectos.

Lucas que era como sus hermanos, alto, rubio y fornido, dio un abrazo fuerte a su abuelo y luego un beso en la mejilla.

—¡Te quiero, tío! —le dijo Lucas.

—¡*Me too*, abuelo! —exclamó Jack, que no hablaba español, pero se estaba enterando de todo.

Hacían buena pareja, porque parecía que se complementaban a la perfección: Lucas era nervioso, alegre y extrovertido, y Jack era más reflexivo, sereno y tranquilo. Y parecían muy enamorados...

Macarena miró a Bruno que estaba sonriendo, feliz de ver a los suyos felices y eso hizo que se enamorara más de él...

En Brunelo ya no había rastro del tío de mirada fría y carácter intratable y desquiciado que un día llegó a su tienda a exigir su bicicleta holandesa y rosa...

Y desde luego ella ya no era la chica de mil corazas que se negaba a amar por pánico a que volvieran a hacerle daño.

Ya estaba curada y se moría por decírselo a Brunelo, que no dejaba de mirarla mientras todos no paraban de reírse porque a lo lejos vieron que se acercaba Mario.

—¡Ya verás qué sorpresa se va a llevar...! —exclamó el abuelo entre risas.

Y vaya si se la llevó, porque cuando llegó a la fila donde se encontraba su familia y Mario se encontró con que Nuria estaba con el grupo, tuvo que frotarse los ojos para convencerse de que no era un sueño.

—Mario, ven que te voy a presentar a los miembros que no conoces de mi familia y a esta joven que curiosamente trabaja en la inmobiliaria de al lado de tu tienda... —dijo el abuelo, cogiendo al joven cariñosamente por el hombro.

—Genial... —musitó agradecido, porque aunque él no estaba a favor de dar empujones al destino, su estrategia de dejarse llevar no estaba dando ningún resultado.

Mario saludó a todos los presentes y dejó a Nuria para el final, pues estaba un poco apartada del grupo. Y sucedió que, tal vez porque se había imaginado tantas veces ese encuentro, sintió una paz enorme, incluso alivio porque por fin el momento tan ansiado había llegado y se presentó muy tranquilo:

—¡Hola! Soy Mario, tendríamos que habernos conocido mucho antes, pero...

—Soy Nuria y a mí tampoco me gusta precipitar las cosas —confesó cogiéndole por los hombros y dándole dos besos en las mejillas.

—Exacto. Todo tiene su momento...

—Y es este —susurró Nuria, con los ojos chispeantes.

—Es este porque ha dado la casualidad de que mi abuelo ha ido a la inmobiliaria de Nuria... —intervino Bruno y Macarena le metió un codazo en la tripa.

—Sí, ha sido una tremenda casualidad —insistió el abuelo, muerto de risa.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Mario, al que le parecía un milagro la naturalidad y la tranquilidad con la que estaba hablando con ella.

Y a Nuria le estaba pasando tres cuartos de lo mismo, porque después de dos años de juegos de miradas y de preguntarse si ese chico más joven que ella, estaría sintiendo la misma atracción y las mismas ganas, resultaba que ahora que lo tenía enfrente era todo tan sencillo como si se conociesen de siempre:

—Me gustan los musicales, pero cuando los Juanelo me comentaron que tú vendrías: ya ni lo dudé. Me despertaba mucha curiosidad conocer al chico de las bicicletas...

Aun a riesgo de que Macarena le metiera otro codazo, lo que fuera con tal de sentirla, Brunelo se lanzó a decir emocionado, dando a Mario una palmada en la espalda:

—¡Ese eres tú, tío! ¡El mismo que viste y calza!

—Ya, eso parece —dijo Mario encogiéndose de hombros.

—Si vieras cómo te describió una noche en la fiestas de su pueblo... —comentó Bruno en su afán de ayudar a su futuro cuñado—, de repente se puso de hablar de ti, entró en modo poeta y dijo unas cosas más bonitas, algo así como que...

—Déjalo, Brunelo, no creo que sea el momento para ponerse a recordar estas cosas... —le interrumpió Macarena, cogiéndole del brazo.

Bruno estremecido de sentir otra vez a Macarena tan cerca y dispuesto a llegar hasta el final en su papel de celestino, insistió:

—Si es que fue muy bonito, ya me habría gustado a mí que se me hubiera ocurrido algo semejante para decírtelo bajo la luna llena.

Mario dio un paso hacia delante, para acercarse más aún a Nuria y repitió con un arrojo que los dejó a todos pasmados:

—Dije que lo único que sé de ella es que camina sin tocar el suelo, que cuando sonrío todo se vuelve azul, que su pelo es un bosque de hayas en otoño y que cuando me mira siento que de verdad existo...

—¡Olé los tíos valientes! ¡Eso son huevos y no lo que hay en mi nevera! —exclamó Bruno, rendido de admiración.

—Sí que es bonito, sí...—susurró Macarena, emocionada y divertida a la vez con la escena.

—Yo también te he dicho cosas bonitas, tal vez sin tanto lirismo... —habló Bruno, mirando a la señorita Mauks, que le parecía que estaba más guapa que nunca.

—Ni chispa —dijo Macarena risueña, mientras pensaba que tampoco hacía falta que añadiera nada más a todo lo que le daba. Además estaba tan guapo con el traje oscuro que se había puesto, que estaba deseando que el estreno acabara y que la llevara a hacer el amor adonde fuera.

Bruno, ajeno a los pensamientos lujuriosos de la señorita Mauks, pero sintiendo lo mismo, porque acababa de provocarle una súbita erección como cada vez que le retaba, se llevó la mano al pecho y dijo:

—Pero todo lo que te he dicho ha sido muy sentido, todo con esto.

—Eso sí... —reconoció la señorita Mauks, porque sabía que era cierto.

Y mientras Macarena y Bruno no dejaban de mirarse, cada vez con más intensidad y con más ganas de arrancarse la ropa y devorarse, Nuria comentó echándose la melena a un lado:

—¡La que lo tiene difícil soy yo! ¡A ver cómo le doy la réplica a Mario!

—Lo acabas de hacer con ese gesto... —replicó Mario, mirándola fascinado.

Nuria suspiró y justo en ese instante la cola avanzó de tal forma que ella y Mario se quedaron solos, un poco atrás y separados del resto:

—Nos hemos dicho tantas cosas con las miradas durante todo este tiempo... —susurró Nuria, aferrada a su cartera de mano negra.

—Que daba miedo forzar por las cosas por si se rompía tanta magia y tanta belleza —interrumpió Mario para terminar la frase.

—Es precioso lo que nos ha pasado, pero últimamente sentía que estaba llegando a ese punto en el que se desvanece todo o empieza algo nuevo. Y estaba triste...

—Jamás se habría desvanecido, no por mi parte: estaba dispuesto a pasarme la vida alimentándome de miradas.

—Ya no hace falta —musitó Nuria, dándole un beso suave en los labios.

—Ni tú tienes que estar más triste. Tienes a un chico de las bicicletas que se va a matar para hacerte feliz.

—Y tú tienes a la chica que vende casas. Soy un desastre, nunca sé dónde dejo las cosas, me desorienta con facilidad, colecciono pintalabios, me gusta la lluvia, escribir cartas largas que nunca envío, a ti te he escrito unas cuantas, por cierto, ah... y los domingos no me levanto antes de las dos de la tarde...

—Creo que podré resistirlo... —susurró Mario, devolviéndole el beso pero esta vez mucho más largo.

# Capítulo 66

Y el beso habría durado mucho más si no llega a ser porque Carlota y su abuela aparecieron de repente y se quedaron estupefactas:

—¡Ya hay beso! —exclamó la niña alucinada—. Pero si solo hemos llegado diez minutos tarde...  
¡Contadnos qué ha pasado!

—¡Tú eres la que tiene que contarme por qué llegas tarde! —exclamó Mario saludando a su sobrina.

—Mi amiga tardó muchísimo en soplar las velas —replicó la niña encogiéndose de hombros.

La fila seguía avanzando y el resto de la familia estaba ya casi a punto de entrar, por eso Mario agilizó las presentaciones y dijo:

—Mirad os presento a...

—Es Nuria —interrumpió la niña con una sonrisa de “lo sé todo, qué le voy a hacer”.

—Como ves —le comentó a Nuria—, tengo la sobrina más lista del mundo.

—Era fácil de acertar. Es que siempre dices que solo puede ser ella o ninguna. Así que solo puede ser Nuria... ¡Hola, soy Carlota! —se presentó la niña, cogiendo fuerte por los hombros a Nuria y dándole dos besos cariñosos en las mejillas.

Luego Mario presentó a su madre que estaba encantada...

—No sé cómo ha sido, pero me alegro mucho de que estés aquí... —comentó emocionada, después de las presentaciones.

—Ha sido por los Juanelo, lo que no logren ellos... —comentó Mario, agradecido.

—¿Ha venido Bruno? —preguntó Carlota mirando alrededor para ver si le veía.

—¡Sí! ¡Están todos haciendo cola! ¡Y por lo que veo están a punto de entrar!

—¡Vamos que no quiero quedarme fuera! ¡Encantada de conocerte, Nuria! ¡Me alegro muchísimo de tener una tía nueva! ¡Soy feliz! ¡Y ahora me voy a avisar a mi madre para que nos espere! —gritó la niña corriendo hasta donde se encontraba su madre que estaba junto a Brunelo hablando de lo nervioso que estaba Guido.

—Tu hermano acaba de llamar a Rocío para decirle que ya ha perdido la cuenta de las veces que ha ido al baño —comentó Macarena.

—¡Exagerado! Tampoco es para tanto, además el que ha perdido la cuenta de las veces que ha cantado: *Soy un genio genial*, soy yo. ¡Odio esa canción con todas mis fuerzas! Lo tiene tan ensayado que eso va a ser coser y cantar...

—Se me había olvidado lo inflamable que eres. Entiende que son nervios de artista —replicó Macarena, pensando en lo mucho que había echado de menos los apasionamientos de Brunelo.

—¿Artista? —replicó Bruno arqueando una ceja—. Todavía le viene un poco grande la palabra. De momento es un cantamañanas con ínfulas ¡y soy generoso! Y en cuanto a lo de inflamable, es cierto... Cuando estás, ardo entero —dijo con su mirada de empotrador consumado.

Macarena se echó a reír, feliz de que la mirara de esa forma y luego replicó:

—No me refiero a esa clase de ardor, quiero decir que eres un tío reactivo y que estás muy equivocado con tu hermano porque... —Macarena no pudo enmendarle la plana a Brunelo porque de pronto apareció su hija.

—¡Mami! ¡Estoy aquí! ¡Ya he llegado! —gritó saltando a sus brazos.

—He llamado hace un momento a tu abuela, me extrañaba tanto que no estuvierais... —dijo dándole un abrazo enorme.

—Alejandra se ha puesto a hacer coreografías y no había forma de que soplara las velas. Al final la he tenido que empujar hacia la tarta y obligarla a que lo hiciera...

—Hija, qué carácter —replicó Macarena.

—No me quería perder el estreno —replicó la niña encogiéndose de hombros.

—¡Muy bien hecho! —apuntó Bruno—. Me alegro mucho de verte otra vez, Carlota. —Y la saludó con dos besos.

—Soy como tú, tengo muy claro lo que quiero.

—¿Qué dices, Carlota? —preguntó su madre, muy nerviosa, pensando que hablaba del correo electrónico que le había enviado Bruno, y que la niña había leído porque había cometido la imprudencia de dejarlo sobre la mesilla de noche.

—No te asustes, no lo digo por el correo electrónico que leí porque soy una cotilla... —reconoció Carlota agachando la cabeza.

—Correo electrónico que tu madre no me respondió, por cierto.

—Se moría por hacerlo, escribió un montón pero luego los borraba porque pensaba que solo eran tonterías... —se chivó la niña.

—Pues yo me moría por leerlas —confesó Bruno mientras Macarena no sabía dónde meterse.

—Lo sabía y se lo dije a mi madre: “responde a Brunelo, por favor. No le pongas que le quieres, si te da vergüenza, aunque sea verdad que le quieres”. Porque te quiere, ¿te lo ha dicho ya?

Bruno soltó una carcajada y mirando emocionado a Macarena le dijo:

—Con esas palabras exactamente, no.

—Ya te las diré, si las dice hasta dormida. El otro día nos echamos una siesta juntas y decía en sueños: Te quie...

—Carlota ¿qué tengo que hacer para que entiendas que la discreción es una gran virtud? —la interrumpió su madre que en ese mismo instante estaba descubriendo que en sueños le decía a Brunelo que le quería.

—Lo mismo que yo para que asumas que no la poseo.

—Me han dicho que hay un internado suizo que son expertos en desarrollarla. Como no aprendas a controlar tu lengua, a lo mejor nos hacemos un viajecito a Suiza.

—¡Ni hablar! ¡He pasado un mes terrible! ¡Me niego a que ahora os vayáis a Suiza! —protestó Brunelo.

—No estoy diciendo que nos vayamos a ir mañana... —masculló Macarena y sintiendo ternura por Brunelo, que parecía un niño gritando para que no le dejaran en tierra.

—Lo dice de boquilla, tranquilo. Nuestro negocio familiar no da para pagar colegios caros —explicó la niña, batiendo una mano al aire.

—Me quitas un gran peso de encima, Carlota. Y tu hija —explicó dirigiéndose a Macarena—, no es indiscreta es una tiende puentes y eso sí que es una gran virtud...

—Perdona, pero en mi diccionario es una bocazas.

—Pues revisa tus conceptos, porque tu hija lo que está haciendo es derribar muros para intentar acercarnos, a ti y a mí, que vamos por la vida con la alambrada puesta...

—Bruno tú sí que me entiendes —dijo la niña haciendo la “V” con los dedos.

—Tú solo quieres ayudar y lo estás haciendo muy bien. Yo necesitaba saber lo del correo electrónico y el dato de la siesta —dijo mirando con una sonrisa mordaz a la señorita Mauks.

—Gracias, Bruno. Mi madre es que da muchas cosas por supuestas, como si fueras el listo de la clase. Y es obvio que hay cosas que no pillas ni haciéndote un dibujo —dijo la niña, poniendo cara de “qué se le va a hacer, si no das para más”.

—Es cierto. En todo lo que tiene que ver con tu madre no me entero de nada.

—No te preocupes que a la salida intentaré hacerte un resumen sencillito —terció la señorita Mauks, irónica.

—A mí me lo tienes que explicar largo y tendido... —susurró Bruno, mirándola con una sonrisa ladeada y perversa.

Macarena no pudo replicar nada, porque les tocó su turno y entraron por fin al teatro, de butacas rojas, araña en el techo y gran telón de terciopelo, y donde tras acomodarles en la fila 7 a toda la familia, ella se quedó sentada entre su hija a la derecha y Brunelo a la izquierda.

—Me encanta que estés sentada a mi lado porque así me podrás explicar mejor todo... —le susurró Bruno, suspirando en el cuello de Macarena de una forma que ella no pudo reprimir un pequeño gemido.

—Por favor... —le suplicó Macarena.

—¿Qué? —replicó Brunelo, loco por besarla en el cuello, porque su olor le enamoraba.

—Luego hablamos... —musitó la señorita Mauks, mordiéndose los labios.

—Ya has escuchado a tu hija, ¡soy memo!

—¿Quieres callarte de una vez? ¡Que ya empieza...!



# Capítulo 67

Brunelo, como todos, se quedó fascinado con la ambientación de *Las mil y una noches*, con el palacio y el bazar, con la lámpara maravillosa, con la alfombra voladora, con el momento de la balada *Un mundo ideal*, en el que dio la mano a la señorita Mauks y no le cabía el corazón en el pecho, y por supuesto con todas y cada una de las magníficas intervenciones de Guido, incluido el *Soy un genio genial* que tanto odiaba...

Pero cuando se quedó sin habla de verdad, fue cuando la función ya tocaba a su fin y recibió un wasap en su móvil que tenía en modo de vibración.

Brunelo lo miró discretamente y leyó el mensaje de Guido:

*Acabo de atravesarme el pie con un jodido pincho que había en bambalinas. Mi actuación ya ha terminado, pero tengo que salir para los saludos finales porque el público lo espera siempre. Quiero decir que tiene que salir el genio, o sea tú, que eres muy parecido a mí y apenas van a notar la diferencia. Porque yo en cuanto acabe la función me piro al hospital a que me cosan esto. Me estoy desangrando como un cerdo, así que ven como una flecha. En la puerta 3 hay una acomodadora que se llama Piluca, que está al tanto de mi percance y que te acompañará hasta mi camerino. Solo tienes que ponerte mi ropa, la peluca, tiznarte la cara, las chicas de sastrería, pelu y maqui son muy rápidas, ya verás, y salir a saludar, es muy sencillo.*

Bruno alucinado respondió revolviéndose en su asiento:

*¡Tú lo flipas, tío! Véndate el pie y sal tú a saludar, son tus aplausos, es tu público, es tu reconocimiento.*

Pero Guido respondió al momento:

*No puedo poner el pie en el suelo, te repito que me he clavado un pincho en la planta del pie, y necesito que salgas tú. A mi ego le va a venir genial que tú recibas el cariño del público, todo sucede por algo y esta contrariedad también. Así que vente ya, te lo ruego, que no hay casi tiempo...*

Bruno se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta tan inquieto y angustiado que Macarena se dio cuenta y le preguntó:

—¿Va todo bien?

—Mi hermano se ha clavado un pincho en el pie y me pide que vaya al camerino a suplantarle para los aplausos finales. ¡Está como una cabra! —le susurró a Macarena al oído.

—¡Vete ahora mismo para allá! El genio tiene que salir al escenario sea como sea...

Brunelo se revolvió el pelo con la mano y replicó muy nervioso, casi entrando en pánico:

—¿Tú sabes lo que se ha preparado para esta función? Interpreta, canta, baila, imita a Groucho Marx, Robert de Niro, Arsenio Hall, Arnold Schwarzenegger, Jack Nicholson... ¿Cómo voy a salir a

saludar haciéndome pasar un tío que sabe hacer todo eso y dejar a la gente con la boca abierta?

—¿No decías que era un cantamañanas con ínfulas? —le recordó Macarena, arqueando una ceja.

—¡Yo digo muchísimas tonterías al cabo del día! Me retracto de lo de mi hermano y reconozco que soy incapaz de suplir a un artista —repuso cruzándose de brazos.

—No seas cobarde y vete a ayudar a tu hermano. ¿Cómo se va a quedar sin sus aplausos? —inquirió empujándole para que se fuera de una vez—. ¡Métete los miedos en el bolsillo y permite que tu hermano sienta el cariño del público! ¡Vuela, Brunelo! ¡Vamos!

—Voy, pero tú también podías aplicarte el cuento, maja. Me refiero a guardarte los miedos y a permitir que yo...

—¡Olvídate de mí ahora! ¡Tu hermano te necesita! ¡Vete de una vez, que ya va a terminar la función! —le exigió Macarena, sin parar de batir las manos al aire.

Bruno que estaba sentado junto al pasillo, salió a toda prisa y se fue hasta la puerta 3 donde, como su hermano le había dicho, se encontraba la acomodadora Piluca que se echó a correr por un largo pasillo intricado con él detrás, haciendo verdaderos esfuerzos para seguirla:

—Piluca ¡qué ritmo llevas! ¡En el teatro estaréis acostumbrados a estas carreras, pero lo que es yo...! ¡Joder, me siento un puñetero caracol!

Piluca que no debía tener más de veinte años, era espigada y más rápida que el viento, se giró y le aclaró sin dejar de correr:

—Soy atleta además de acomodadora. ¡Compito en 1500 metros!

—¡Madre mía! —replicó Brunelo, apenas sin aliento.

—¡Vamos, que no queda nada! Guido no se puede quedar sin su ovación. ¡Es tan bueno! ¡Le admiro tanto!

Bruno, de repente, se vio haciendo algo que ni recordaba si había hecho alguna vez con Guido: sacó pecho y exclamó con orgullo...

—¡Es mi hermano!

—¡Olé él! ¡Vivan los artistas buenos!

—¡Artista de cabeza a los pies! ¡Y tiene una buena cabeza y no te cuento los pies como tiene los pies largos, claro que por eso luego se los trincha! ¡Qué papeleta tengo...! ¡Señor por qué a mí!

—¿Nunca has salido a un escenario? —preguntó como si fuera habitual hacerlo.

—No —dijo echando el bofe.

—Lo vas a flipar. Subidón nivel Dios —replicó levantando el pulgar y Bruno sintió tal dolor de tripa que casi le dobló.

Después siguieron corriendo hasta una puerta que atravesaron, luego otro pasillo y finalmente llegaron ante una nueva puerta que Piluca golpeó con los nudillos...

—¡Ya está aquí el nuevo genio! —exclamó Rosa, la maquilladora, que en cuanto abrió la puerta tiró de Brunelo y lo metió para adentro.

—¡Ropa fuera! —gritó Telma, la sastra, mientras le sacaba a Bruno la chaqueta.

Él rígido como un semáforo plantado en mitad del camerino estaba lívido contemplando el pie de su hermano envuelto en una toalla blanca teñida de rojo por la sangre.

—Si te impresiona la sangre, no mires... —le dijo Olga, la peluquera al tiempo que le plantaba en la cabeza la peluca con moño del genio.

—Me temo que lo que le impresiona es salir a escena... —apuntó Guido muerto de risa, mientras sostenía la toalla con la mano, apretando fuerte la herida.

—Te vamos a dejar muy guapo, ya verás... —habló Rosa, mientras le pasaba a Bruno una esponjita por la cara para tiznarla de marrón.

—¡Guido tenías razón! ¡Se parece muchísimo a ti! —observó Telma, tras quitarle la camisa a Brunelo y colocarle encima una especie de caftán azul de fantasía con miles de cristalitos.

—Yo no sé si voy a poder... —farfulló Bruno, a la vez que Rosa le bajaba los pantalones y le hacía meterse en unos pantalones bombachos.

—¡Claro que sí, guapo! ¡Ahora quítate los zapatos! —Bruno obedeció mientras la sastra sacaba de una caja unas babuchas de puntas arqueadas hacia arriba.

—Lo vas a hacer muy bien, tío. ¡Tú tranquilo y disfruta por mí! —le animó Guido, sin dejar de reír.

—¿Y por qué no sales a disfrutarlo tú? ¡No tendrás el pie tan mal cuando estás a carcajada limpia! —refunfuñó Bruno, mientras se ponía las babuchas.

—¡Saca los morros para afuera que te los voy a pintar, rey! —le pidió la maquilladora—. Y qué cosas tienes, ¿cómo va a salir tu hermano con un agujero en el pie? ¡Sales tú, haces un reverencia, saludas y te vuelves para adentro!

De repente, se abrió la puerta y un asistente vestido de negro con un pinganillo en la oreja gritó:

—¡Fin de la función, chicos! ¡Genio fuera!

—¡Todo esto es...! —murmuró Bruno, muy nervioso, y contraído hasta las pestañas.

—¡Genial! ¡Eres un genio genial! ¡Te hemos dejado niquelado! —dijo Telma cogiéndole por los hombros y enfrentándole al espejo para que se viera.

Bruno se miró y era el genio de la lámpara...

—¡Dios, solo quiero gritar y correr!

—¡Eso es, pero en dirección hacia el escenario! —gritó Rosa empujándole hacia la puerta. Después, el asistente tirando de él, le condujo hasta bambalinas donde estaban todos los actores esperando a que se levantara el telón de nuevo.

Bruno no podía ni respirar, sentía que se iba a desmayar en cualquier momento, pero entonces el telón se abrió y el elenco empezó a salir a saludar uno a uno... Bruno sintió que se moría, le latía el corazón tan fuerte y era tan poco el aire que estaba entrando a sus pulmones que sintió que había llegado su momento.

Y de hecho había llegado, pero no de morir, sino de salir a escena. El asistente le empujó y trastabillando apareció en el escenario y sintió que el teatro entero se le venía encima.

El sonido de los aplausos era ensordecedor, apenas se veía nada pero se sentía todo y fue cuando comprendió por qué estaba ahí: de otra manera no habría aprendido jamás a respetar a Guido y a su oficio...

Llegados a ese punto, la reverencia salió sola, profundamente conmovido, Bruno inclinó el cuerpo hacia delante y luego agachó la cabeza con humildad, en señal de respeto y admiración a todos los que como su hermano tienen la valentía de subirse a un escenario...

La respuesta fue inmediata, el patio de butacas rompió en más aplausos emocionados, sobre todo la fila 7 donde Rocío vitoreaba al genio emocionada y Macarena que no sabía si lloraba o si reía lanzó tal beso al hombre del que estaba enamorada que Bruno lo sintió y lo correspondió con otro más grande todavía, inmenso, con vocación de infinito.

Y el público, claro, que todo lo ve y todo lo siente, rugió enfervorecido...

# Capítulo 68

La emoción fue tan intensa que Bruno todavía la sentía vibrar en su interior en la sala de espera de urgencias, mientras esperaban a que Rocío y Guido salieran de donde le estaban cosiendo la herida del pie...

—Jamás volveré a decir que mi hermano es un gandul. ¿Tú sabes lo que es ponerse delante de toda esa gente y hacer lo que él hace? —confesó resoplando.

—Me puedo hacer una ligera idea.

Bruno miró a Macarena que estaba observándole risueña, con los ojos brillantes y siguió abriéndose:

—Se siente tal vértigo y hay que tener tanto coraje para enfrentarse a ese abismo, que cuando por unos instantes he estado metido en la piel de mi hermano, me he sentido un miserable por haberlo tratado como si fuera un botarate.

—Tranquilo, él sabe cómo eres. No creo que te guarde rencor.

—Es un genio genial. Y yo me alegro tanto de que tu hermana lo haya liberado... Como tú a mí.

—¿Yo?

—Sí. Gracias a ti, estoy despertando a la verdad. ¡Y te prometo que puedo ser mucho mejor! ¡Lo voy a ser, ya lo verás!

—¿Despertando a la verdad? —preguntó Macarena, susurrando porque enfrente acababa de dejarse caer en la silla una chica lánguida con ojeras de oso panda.

—Sí, a la verdad con mayúsculas. Gracias a ti estoy empezando a ser más lúcido y más auténtico. Mira, con Guido, tenías toda la razón. Y con mi abuelo y mi hermano lo mismo, sin ti jamás podría haber entendido sus decisiones, sus motivaciones, sus sueños... Pero ahora que sé lo que es amar, puedo creer, confiar y estar feliz por verlos enamorados...

—¡Qué asco! —exclamó la chica de enfrente, llevándose las manos a la boca—. ¡Lo que me faltaba! ¡Un romántico apestoso! Mira, tío, te voy a dar un consejo gratis: ¡El amor es una mierda y cuanto antes lo sepas, menos sufrirás! —le espetó furiosa, con un gesto de dolor.

—Las urgencias psiquiátricas están a la vuelta —comentó Bruno señalando una puerta que había al fondo.

—El que tiene que ir para allá eres tú. Yo estoy más cuerda que todos, solo necesito una pastilla para que me calmen esta puta ansiedad que lleva tres noches sin dejarme pegar ojo.

—A mi hermano, otro enamorado, le están cosiendo el pie desde hace quince minutos. No debe faltarle mucho para que salga...

—¿Qué sois la familia “corazón”? ¡Me provocáis nauseas! —replicó con desprecio—. Lo único

que es para siempre son las decepciones, ¡a ver si os enteráis de una vez!

—Uy, yo vengo de ahí y ya no vuelvo ni loco, chata —replicó Bruno negando con la cabeza—. He tenido la suerte de librarme de una relación tóxica con una narcisa perversa y he descubierto que el amor no es para egoístas ni cobardes.

—Es la primera vez que defines a Tania de esa manera —intervino Macarena, sorprendida.

—He tardado un poco en darme cuenta, pero es lo que es. El otro día me llamó porque el ruso le había dejado tirada, a ella y su novia oficial. Me decía que se había percatado de muchas cosas y que teníamos que hablar...

Macarena se planchó nerviosa la falda de tul de su vestido y preguntó en voz baja:

—¿De qué?

—De que había sido demasiado dura conmigo y de que estaba dispuesta a darme otra oportunidad, que me esforzara y luchara por su amor.

Macarena se retiró el flequillo hacia un lado y tragando saliva, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer?

Brunelo cogió a Macarena por el cuello y le dio un beso en los labios:

—Esto.

Macarena suspiró y pestañeando deprisa susurró:

—Es que por un momento había creído que...

—¿Cómo voy a luchar por el amor de una tía que solo se quiere a sí misma? Estaba tan absorto en mi trabajo y supongo que tan necesitado de cariño que me metí en esa relación y seguí por inercia... Pero ahí jamás podía haber habido amor entre nosotros, donde hay tanto ego es imposible.

—Es que el amor es para los ingenuos que todavía no se han enterado que dura lo que tardas en descubrir que tu pareja es un *esquizo*, un trastorno límite, un presuicida, un narciso, un paranoico, un pelele con síndrome de Edipo o un eyaculador precoz... —volvió a terciar la chica de ojos de panda.

—¡Joder tía! ¡Lo tuyo es mala suerte! ¿Todo eso te ha tocado? —preguntó Bruno, perplejo.

—¿Por qué crees que estoy en urgencias pidiendo que me den un martillazo en la cabeza para poder dormir y olvidar un rato? —inquirió la chica con los ojos llenos de lágrimas.

—La vida duele, pero hay que seguir... —le dijo Macarena, saboreando todavía el beso de Bruno.

—Eso lo dices porque tienes un tío que te come el morro y que parece que se ha fumado el *peta* del amor. Espera a que se le pase el efecto y se te convierta en rana... Ahí me llamas y me lo cuentas...

—Le conocí rana —explicó Macarena y Bruno soltó una carcajada.

—Y todavía me queda por mutar... —reconoció Bruno, divertido.

—¿Mutar a qué? ¿A rana sideral? —replicó la chica.

—Perdona que te diga, pero además de una chica con poca suerte, eres una ceniza de primera —observó Bruno—. Yo solo sé que voy a darlo todo para ganarme el corazón de esta mujer... —dijo cogiendo la mano de Macarena.

—Ya es tuyo... —susurró Macarena, acariciando la mano de Brunelo.

—Madre mía, Macarena. Te prometo que voy a esforzarme para estar a la altura, no te decepcionaré...

—¡No qué va! —dijo la ojos de panda, levantando las cejas—. Nena, todos decepcionan tarde o temprano. ¡Hazme caso! ¡No le creas ni una palabra! Lo único que dura para siempre son los boquetes que nos hacen en el corazón. ¡Así que ponte unos tapones en los oídos, blíndate el corazón y evítate futuros sufrimientos!

Macarena hizo tanto caso a la chica lánguida, que cogió a Brunelo por el cuello y le besó húmedo, caliente y largo, y luego le susurró:

—Yo también te lo prometo...

—¡Joder qué tragedia! —exclamó la chica ojos de panda tapándose la cara con las manos para no ver el horror.

—Tragedia la tuya, que te han quitado la esperanza y aún te crees que eres lúcida —le espetó Macarena.

—¿Esperanza? ¿Dónde? ¿En el doctor que está a punto de atenderme? Te digo lo que me espera: un tío estresado, amargado y mal pagado, loco por despacharme con Lorazepam sublingual y al que no le importa nada lo que me pasa.

—No me estoy refiriendo a que el amor te esté esperando tras esa puerta, sino a que si ni confías ni crees, tú sola te abocas a un callejón sin salida —replicó Macarena, que sabía mucho de eso.

—¡La vida es un callejón sin salida! ¡Coño, abrid los ojos! —insistió la ojos de panda.

—La que no tienes ojos eres tú. ¿No ves lo que tienes delante? —espetó Brunelo pasando el brazo por encima del hombro de Macarena.

—Ojalá os dure mucho, pero que sepáis que como todo en esta vida de mierda, viene con fecha de caducidad.

—¿Y qué tenga fecha de caducidad impide que te comas el yogur? —replicó Bruno.

—¿Y luego qué? ¿Qué haces con los años de tu vida invertidos en esa relación cuando te abandonan? ¿Tirarlos a la basura?—replicó la chica lánguida, muy molesta.

—Los guardas en tu corazón, das gracias por lo aprendido y te armas de valor para volver a amar otra vez... —habló Brunelo.

—Y que me vuelvan a destrozar el corazón. No, gracias. Yo ya no pico más... —concluyó cruzándose de brazos.

—Entonces, mejor atibórrate de ansiolíticos y quédate en un rincón abrazada a tu gato —sugirió Macarena.

—Mi gato es como yo, detesta que lo abracen —replicó la chica, resoplando.

—Lo bueno de esto es que aunque te resistas: acabará sucediendo —apuntó Bruno encantado de que a él le hubiera sucedido ya y la tuviera al fin en sus brazos.

—¿El qué? —inquirió la ojos de panda arrugando el ceño.

—En algún lugar del planeta hay un tío que está deseando adorarte... ¡y te va a encontrar!

—¡No me jodas, tío! —soltó la chica, llevándose la mano al cuello porque del agobio no podía ni tragar.

—Sí. Y hasta podrías ser feliz, no te digo que todo el tiempo; pero sí a ratos largos —añadió Macarena mientras buscaba una tarjeta de su tienda en el bolso, que luego se la tendió—: Te recomiendo que te compres una bicicleta, el ejercicio te vendrá bien, la bicicleta te da vida y una sensación de libertad que necesitas con carácter de urgencia, aparte de que dan suerte. A mí me la ha dado, así que seguro que a ti también...

—Y luego soy yo el que no puede desconectar de su trabajo... —masculló Bruno, admirado de que la señorita Mauks hiciera negocios hasta en la sala de espera de urgencias.

—Odio el deporte, pero tal vez me venga bien. Ahora que como me dé suerte y aparezca el tío ese que me va a adorar: ¡vaya faena! Es que sería terrible... Qué espanto. Qué horror. ¿Pero por qué? ¿Por qué a mí? —preguntó dramática, cogiendo resignada la tarjeta, como si aquello fuera desgracia tremenda.

—Creo que tienes que dejar los “porqués” y empezar a pasar a los “cómos”. Te lo digo porque yo era como tú —confesó Macarena—, me pasaba el día preguntándome el porqué de mis desdichas y nunca encontraba una respuesta convincente. Y es que realmente no la hay, porque de lo que se trata es de pasar al “cómo”. Es decir: ¿Cómo hago para salir de esta mierda en la que me encuentro y empiezo a ser feliz? Y ahí sí que hay respuesta: tienes que ser valiente y amar.

—¿Y si sale mal? —replicó la chica metiéndose la tarjeta en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Si amas de verdad, todo te importa un bledo... —respondió Macarena, feliz de haberse liberado también de la lámpara en la que llevaba apresada demasiado tiempo.

La chica de los ojos de panda se quedó pasmada y sin decir nada, hasta que la puerta se abrió y salió Guido con el pie vendado con Rocío colgada de su brazo.

—¿Vas a pasar? —le preguntó Guido, sonriente, sosteniendo la puerta con la mano.

—No. Creo que es mejor que me vaya a casa; tengo demasiadas cosas en las que pensar...

—Es que las paradojas provocan unos buenos *reseteos*. ¡Ya verás como esta noche duermes de maravilla! —le dijo Bruno.

—¿De qué paradoja hablas? —preguntó Guido.

—Esta chica no cree en el amor, pero aquí estamos nosotros...

—Casi nada... —replicó Guido, abrazando con cariño a Rocío.

Y de repente a Bruno le entraron ganas de invitar a la chica lánguida a celebrar el éxito de Guido en el restaurante donde les esperaba el resto de la familia, si bien finalmente se abstuvo porque dudaba de que hubiese sido capaz de tolerar tanto amor y tanta felicidad. En su lugar, le deseó suerte y ella lo agradeció con su mejor de mohín de asco...



# Capítulo 69

Después de la cena, donde se lo pasaron fenomenal, Rocío se quedó a dormir con Guido, pero Macarena decidió volverse a casa con el resto de su familia, tras despedirse de Bruno con un beso suave en los labios.

Luego, se pasó hasta las tres mañana dando vueltas en la cama, ya que las intensas emociones del día apenas le permitían conciliar el sueño y fue entonces cuando recibió un mensaje de Brunelo:

*Estaba loco por quitarte el vestido de tul que llevabas puesto esta noche. Parecías una princesa salvaje con tu cazadora de cuero y tu pelo revuelto, me habría gustado tanto que te hubieras quedado conmigo. Aunque entiendo que tuvieras que marcharte.*

Macarena también quería haber pasado la noche con él, sin embargo las obligaciones cotidianas imponían otra cosa:

*Yo también estaba deseando arrancarte el traje que llevabas puesto, pero mañana tengo que llevar a Carlota al colegio... De momento, tiene que ser así.*

El “de momento” de Macarena le infundió fuerzas a Brunelo para proponer:

*Después de la boda de mi abuelo y de que Guido se marche a vivir con tu hermana al piso de mis padres, esta casa se me va a quedar demasiado grande para mí solo... No sé, estoy pensando que con lo que te gusta mi piscina, podrías pensarte lo de mudarte para acá. ¿Qué te parece?*

Macarena sonrió feliz porque le parecía sencillamente perfecto y escribió a toda velocidad:

*Tu piscina me encanta, pero en otoño me parece que la voy a disfrutar poco...*

Bruno insistió porque no había cosa que deseara más que compartir su vida con esa mujer de la que se había enamorado hasta las trancas:

*Tengo unas rosas de otoño preciosas que te van a gustar más que la piscina. Y luego, no imaginas el estilo con el que caen al suelo las hojas de mis árboles. ¡Eso es digno de ver! Tú piénsalo... Pero no mucho, que te echo de menos demasiado. Es un suplicio estar sin ti... No creo que aguante mucho más sin tus besos.*

Macarena suspiró, besó la pantalla del móvil, a falta de los labios de Brunelo y luego escribió:

*Solo espero que Carlota me perdone que tengamos que madrugar un poco más para ir cada día al colegio.*

Bruno se revolvió en la cama, loco de alegría, y luego replicó:

*¿Eso es un sí?*

Macarena respondió:

*No. Es un SÍ. Rotundo y en mayúsculas. Hasta mañana, Brunelo. Mauks.*

Era bastante tarde y el despertador de ambos iba a sonar en apenas unas horas, pero con todo

Bruno no se resistió a preguntarle:

*¿El “Mauks” qué es? ¿Eso que jamás pondrías a alguien tan retorcido y antipático como yo?*

Macarena sonrió sorprendida de cómo ese ser retorcido y antipático había logrado ponerlo todo del revés, incluido a él mismo. Y luego escribió:

*Todos los “Mauks” que escribo para ti significan siempre que te quiero.*

Bruno acarició con el dedo índice la pantalla del móvil, conmovido por leer esas palabras y replicó:

*Los míos también significan lo mismo, hoy y siempre, mauks. Y más mauks.*

Y después ambos se quedaron dormidos con el móvil en la mano, soñando el uno con el otro...

Lo que soñaron ninguno lo recordó a la mañana siguiente, pero lo que pasó por la tarde mucho podía parecerse a un sueño que cualquiera de los dos podía haber soñado.

Porque Brunelo apareció a la hora del cierre subido a la bicicleta holandesa y rosa y saludó desde el escaparate a Macarena que estaba recogiendo sus cosas.

Ella llevaba una camiseta de rayas y unos vaqueros desgastados que con su flequillo rebelde y la sonrisa descarada, le daban un aspecto de parisina encantadora. *No se podía estar más guapa*, pensó Bruno al verla.

Ella le saludó con la mano, muy contenta, le pidió a Mario que cerrara y salió corriendo a besar a Bruno...

—¡Qué alegría verte! —exclamó mientras le besaba en los labios.

Bruno la abrazó con fuerza y volvieron a besarse más largo y más intenso hasta dejarse casi sin aliento...

—Mauks —le dijo Brunelo.

—Mauks —musitó Macarena.

—He venido a traerte tu bicicleta y traerte este ramo de flores —contó y le entregó el ramo de flores que llevaba dentro de la cesta de la bicicleta.

—Gracias, las flores son preciosas —susurró Macarena, llevándose el ramo de flores al pecho—. Pero la bicicleta es tuya...

—Me tienes que vender otra para mí. Estoy aprendiendo poco a poco a confiar en Enríquez y la verdad es que las cosas marchan mucho mejor de lo que pensaba. He descubierto que en mi ausencia la empresa no solo no se hunde sino que funciona mejor —reconoció al tiempo que Macarena soltaba una carcajada—. Así que sin un ápice de estrés ni de culpa, y por el bien de mi negocio, he salido un poco antes, he dejado el coche aparcado en Montalbán, he sacado la bicicleta, me he dado una vuelta por el Retiro y, cuando he visto que era la hora del cierre, he venido a buscarte. ¡Lo que me está cambiando el amor! ¡Quién me ha visto y quién me ve!

—Te entiendo porque me pasa lo mismo. Gracias a ti me he percatado de que confundía el desencanto y la decepción con la verdad... Y la verdad ahora es que amo, con todo y sin miedo. Amo

en la más absoluta libertad y eso te lo debo a ti, Brunelo.

Bruno se llevó la mano al pecho como para sujetarse el corazón que sentía que iba a salirse y susurró:

—Yo te amo con todo lo tengo, hasta con mi más profunda estupidez. Lo siento, pero va en el lote...

—Creo que podré sobrellevarlo —bromeó Macarena.

—Te amo con todo... Y como yo soy el que verdaderamente está en deuda contigo por traermé tanta felicidad a mi vida, te ruego que aceptes la bicicleta en señal de gratitud... —dijo tendiéndosela.

Macarena negó con la cabeza y luego habló abrazada al ramo de flores

: —No puedo...

—¿Por qué? —inquirió Bruno, sin entender el porqué del rechazo.

—Porque es nuestra.

Bruno sonrió aliviado y Macarena pensó en lo muchísimo que le gustaba ese hombre que se había venido de traje del trabajo, que por cierto le quedaba de maravilla, a buscarla en bicicleta...

—¿De los dos? —replicó Bruno, risueño.

—Esta bicicleta será siempre nuestra —dijo Macarena encogiéndose de hombros.

—Pero ¿no sería mejor que te la quedaras tú? Te encanta este modelo...

—Más me encantas tú —repuso cogiéndole por los hombros y dándole un beso en los labios.

Bruno suspiró profundo, se revolvió el pelo y luego preguntó con los ojos vidriosos:

—¿Y no querrías compartir todo lo demás, aparte de la bicicleta?

—¿Todo lo demás? —inquirió Macarena dejando las flores otra vez en la cesta.

—Sí, me refiero a compartir el colchón, el tubo de pasta de dientes, el mando de la televisión, la manta de estampado de cebra, el bolígrafo de la suerte, la bufanda de ocho metros, el último trozo de chocolate...

—Y la bicicleta holandesa y rosa. Exacto. ¿Has captado la idea, Brunelo!

—¿Dónde firmo? ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo. ¿Para qué crees que acabo de dejar las flores en la cestilla?

—Porque pensaba que no sabías cómo decirme que te horrorizaban.

—Es para que me lleves en nuestra bicicleta...

—A casa... —dijo Bruno, subiéndose a la bicicleta y colocando un pie en los pedales.

Macarena colocó el trasero en el vástago del manillar, los pies en el tubo inferior del cuadro, para luego rodear el cuello de Brunelo con los brazos y decir:

—A casa...

Bruno sintió que por unos instantes el mundo se paraba y, feliz como no recordaba, comenzó a pedalear hacia una nueva vida en la bicicleta para dos, para ellos dos...

# EPÍLOGO

Dos años después, el abuelo presentó con su recién estrenada melena de león su primera novela y al acto asistieron todos, desde su bella y enamorada esposa Gizela hasta Lucas y Jack que estaban recién llegados de San Francisco.

A falta de lo que dijera la crítica, por lo menos para los suyos, Manuel ya era el autor de la mejor novela escrita por un nonagenario de todos los tiempos.

Carlota escuchaba con admiración a Manuel, al que había adoptado como abuelo y sostenía en su regazo un ramo de rosas para entregarle cuando la presentación finalizara.

El ramo lo había comprado en la floristería de Gizela, el mismo lugar donde Macarena y Rocío se compraron los ramos de novia para el día de su boda, apenas un mes antes.

Macarena llevó ese día una hortensia enorme y Rocío prefirió margaritas como un guiño al nombre de su hija, Margarita, que apenas tenía seis meses.

Les casó el padre Gonzalo, como había anticipado, y asistió muchísima gente, incluidos los pelmas de doña Juana y don Julián, que eran fans absolutos de Margarita.

Macarena se casó por amor, convencida de que se puede amar a alguien imperfecto y ser feliz para siempre. Y Bruno, tal y como había deseado, se casó enamorado de alguien que le quería tal cual era, alguien a quien sus defectos no solo no le hicieron salir huyendo, sino que le ayudaba a ser mejor.

Cuando las novias lanzaron los ramos al aire, ambos le cayeron a la Golosa Cindy. Curiosamente, tres meses después los mellizos Pérez Vázquez abrieron una heladería en el pueblo...

Nuria y Mario lucieron jazmines el día de la boda, ella en el pelo y él en la solapa, y se prometieron que algún día se casarían también...

Enríquez, que estaba feliz de casar al fin a su amigo y a su jefe, conoció en el banquete a la princesa Jasmín, la compañera de Guido, de la que se enamoró perdidamente y con la que intuyó que estaban a punto de pasar cosas maravillosas.

La chica lánguida también asistió a la boda con su novio, el doctor que estaba detrás de la puerta aquel día en urgencias y que no llegó a conocer, pero que atropelló año y medio después con la bicicleta negra que le vendió Macarena. Desde entonces está horriblemente enamorada y es asquerosamente feliz...

De vuelta de la luna de miel, Guido siguió triunfando con *Aladino* por todas partes y en breve tendrá una audición para un musical en Broadway.

Rocío está buscando casa en Estados Unidos porque sabe que ambos cumplirán sus sueños: él con sus musicales y ella con la próxima tienda de bicicletas Aranda que quiere abrir en Nueva York.

Brunelo logró aprender a desconectar del trabajo y ya sale a cenar, va al cine y hasta se atreve con

las excursiones de fin de semana. La empresa va a mejor que nunca y están a punto de iniciar un proyecto de energías renovables con la empresa de Lucas y Jack en San Francisco.

Lucas jamás ha vuelto a ir a terapia y junto con Jack, sus cinco perros y cuatro gatos acaban de estrenar una casa preciosa en la que quieren reunir a toda familia para Navidad.

Macarena y Bruno se quieren muchísimo, cada poco se enzarzan en discusiones que terminan en higueras o similares, aunque su felicidad será extrema cuando en el segundo aniversario de boda descubran, una tarde de lluvia, que esperan un niño al que seguro que nunca le faltará ni amor, ni bicicletas...